

AMÉRICA



MARIANA



THE  
LIBRARY  
OF THE  
MUSEUM OF  
ART AND HISTORY  
OF THE  
CITY OF  
NEW YORK



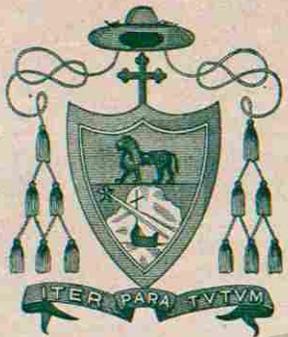
BT650

C4

v.1

003722





1080014936

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ  
Episcopi Leonensis





AMÉRICA MARIANA  
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





# AMÉRICA MARIANA

Ó SEA

HISTORIA COMPENDIADA

DE LAS

IMÁGENES DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

MÁS VENERADAS EN EL NUEVO MUNDO

POR EL

R. P. FÉLIX ALEJANDRO CEPEDA

*Misionero Hijo del Inmaculado Corazón de María*

TOMO I



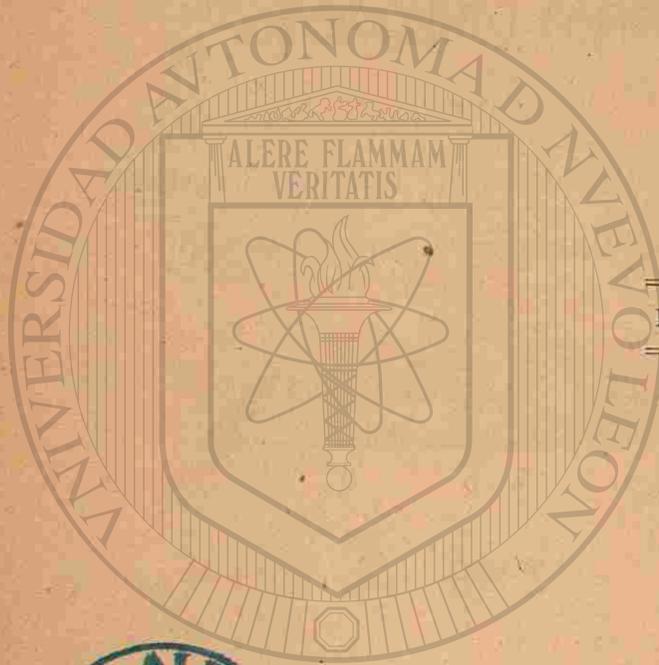
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

MÉXICO.—BARCELONA

1905.

45331

BT 650  
C4  
v.1



ES PROPIEDAD



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
VALVERDE Y TELLER

SANTO DOMINGO DE LA CALZADA  
IMPRESA DE JOSE SAENZ MONEO

AL REVERENDÍSIMO

P. CLEMENTE SERRAT

SUPERIOR GENERAL

de los Misioneros Hijos del Inmaculado

Corazón de María

DEDICA

esta obra en testimonio de veneración y amor, el último

de sus hijos.

*Félix Alejandro Cepeda*

008722

ARZOBISPADO

DE  
MÉXICO

APROBACIÓN ECLESIASTICA

*Habiendo revisado el libro AMÉRICA MARIANA ó sea HISTORIA COMPENDIADA DE LAS IMÁGENES DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MÁS VENERADAS EN EL NUEVO MUNDO, escrito por el R. P. FELIX ALEJANDRO CEPEDA, Misionero Hijo del Corazón de María, damos gustosos nuestra licencia para que se imprima y recomendamos eficazmente su lectura á nuestros amados diocesanos.*

*Lejos de contener nada contra la fe ó buenas costumbres, sus páginas respiran piedad y pregonan las bondades de María para con los americanos.*

*Dado en nuestro Palacio Arzobispal de Méjico á 5 días del mes de Septiembre del año del Señor 1904.*

✠ Próspero María,  
*Arzpo. de México.*

LICENCIA DEL SUPERIOR

*Debidamente examinada la obra compuesta por el RDO. P. FÉLIX ALEJANDRO CEPEDA, de nuestra Congregación, y cuyo título es, AMÉRICA MARIANA ó sea Historia compendiada de las imágenes de la Santísima Virgen más veneradas en el Nuevo Mundo, por lo que á nos toca, damos de buen grado nuestra licencia para que se pueda imprimir.*

*Santo Domingo de la Calzada, 2 de Febrero de 1905.*

*Clemente Serrat, Sup. Gen.*

DELEGACIÓN APOSTÓLICA

DE  
MÉXICO

REVMO. PADRE:

*Non ho altro che rallegrarmi con la P. V. Revma. per l' opera che vi accinge a pubblicare in onore della Vergine S. S. dal titolo América Mariana ó sea Historia compendiada de las imágenes de la S.S. Virgen más veneradas en el Nuevo Mundo il cui manoseritto vi è compiaciuta presentarmi.*

*Essa, infatti, mentre riempie una lacuna nella storia del culto della Vergine S. S. nell' America arricchisce di una nuova gemma la letteratura Mariana, e come un inno di gloria, nella fausta ricorrenza del cinquantesimo della definizione Dogmatica della Immacolata Concezione, si eleva dal Nuovo Continente alla Vergine senza macchia.*

*Inoltre il bel lavoro non manca di interesse storico, e dimostra una volta di più la viva devozione, che hanno sempre nutrito e nutrono a Maria S. S. le Repubbliche Americane.*

*Mi congratulo pertanto vivamente con la P. V. Revma., e faccio voti che le pie fatiche e il suo zelo abbiano quelle accoglienze che meritano.*

*Coi sensi di particolare stima La benedico di cuore.*

*Affmo. nel Signore*

✠ Domenico Arcev. di Spoleto,

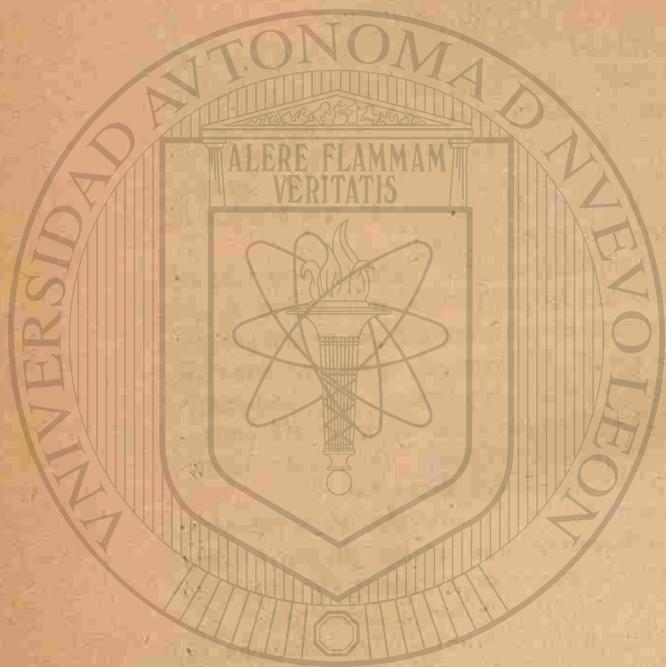
*Delegato Apostolico.*

REVMO. PADRE

*Felice Alessandro Cepeda*

*Misionario del I. Cuore di Maria*

MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## INTRODUCCIÓN

### I

La Virgen María ocupa lugar preeminente en el plan divino de la Redención del humano linaje. Antes que Dios extendiese el inmenso pabellón del firmamento y lo tachonase de astros resplandecientes; antes que abriera la profunda y extendida urna de los mares é hiciese brotar los manantiales de las aguas; primero que asentara sobre sus bases el globo de la tierra y lo cubriese con aterciopelada alfombra de flores y de verdura; había predestinado á María para que fuese su Madre, y la Medianera entre el cielo y la tierra. Á manera de lucero apacible en medio de los astros de la noche, así dispuso la Providencia que brillase María Inmaculada entre las eternas mansiones de los santos. San Juan en sus misteriosas visiones de Patmos la divisó como augusta Soberana, radiante de belleza: el sol con sus rayos formaba los pliegues de su manto real; la luna, compañera de los viajeros y poetas, le servía de peana; y doce rutilantes estrellas se agrupaban sobre su cabeza á guisa de corona.

Jesucristo, que en premio de sus humillaciones recibió del Padre Eterno el cetro de los mundos, quiso honrar á María, compañera inseparable de sus afrentas y de sus dolores, con el título de Reina del universo y depositaria de todas las gracias. Decretó que los hombres todo lo habían de recibir de María, y que no había de

descender á la tierra un solo beneficio que no fuera dispensado por sus manos benditísimas. Justamente admirados los Santos Padres de estos privilegios de la celestial Señora la saludan con los títulos de tesorera del cielo, llave del paraíso y esperanza de los desesperados. San Germán, patriarca de Constantinopla, resume la doctrina de los demás doctores en estas palabras:

«Nadie se salva, sino por tí; nadie es libre de males, sino por tí; á nadie se concede gracia alguna, ni se le otorga misericordia sino por tí, oh purísima, oh santísima Criatura!» El Dante en una de las más inspiradas estrofas de su *Divina Comedia* dice á María: «¡Oh Mujer, eres tan grande y poderosa que quien desea una gracia y á tí no acude pretende que su plegaria vuele sin alas» (1).

De aquí que todos los pueblos la invoquen en sus necesidades, seguros de que jamás dejará de sostenerlos en sus flaquezas y animarlos en los combates; de aquí que todas las naciones católicas la hayan aclamado Señora y árbitra de sus destinos. Francia hace gala de titularse *reino de María*, frase atribuida por unos á San Remigio Arzobispo de Reims, y por otros al melifluo doctor S. Bernardo. España la mira como su madre, desde que se apareció á Santiago el Mayor á orillas del Ebro en la inmortal Zaragoza, y desde que la protegiera de modo patente en la magnífica epopeya de ocho siglos de guerras contra los agarenos. Para atestiguar su amor á María, dice un viejo cronista, «España se cubrió con un blanco manto de iglesias marianas», y su siglo de oro fué un acto de fe á María esculpido en piedra. En Italia, desde que Constantino proclamó á la

(1) Donna, se' tanto grande e tanto vali,  
Che qual vuol grazia ed a te non ricorre  
Sua disianza vuol volar senz' ali. (Paradis. Cant. XXXIII).

Virgen «Emperatriz de Oriente y Occidente», desde que en la cima del Capitolio erigió en su honor la iglesia resplandeciente que llamó altar del cielo, *ara coeli*; en Italia cuando se trata de honrar á la Madona, se piden sus más bellos colores á la pintura, y se hace derroche de oro y mármol para erigirle estatuas ó santuarios. En Polonia se encuentra la imagen de la Virgen de Cracovia en los palacios de los ricos y en la modesta choza de los pobres. Jamás se nombra á María sino llamándola *la gran Señora*; y es tal la veneración que inspira su nombre, que no se permite llevarlo á mujer alguna. En la plaza principal de Viena se alza majestuosa la estatua de María, cobijándose Austria entera bajo su benéfico patrocinio. ¿Quién no ha oído hablar de la devoción de Suiza á nuestra Señora de las Ermitas, cuyo santuario fué consagrado por el mismo Salvador, según que atestigua una Bula del Papa León VIII? Ningún montañés de la libre Helvecia querría morir sin haber hecho su peregrinación al bendito santuario de nuestra Señora de Einsiedeln. María puede bien repetir estas palabras del Eclesiástico, que la Iglesia le aplica en la liturgia: «Yo sola hice todo el giro del cielo, y penetré por el profundo del abismo, me paseé por las olas de la mar, y puse mis pies en todas las zonas de la tierra; y en todos los pueblos y en todas las naciones tuve el supremo dominio» (1). Pero asegura además que arraigó en un pueblo glorioso. Aunque todas las naciones quieren ser las privilegiadas de María, y hay una santa emulación y competencia entre ellas por acreditar los hechos que las favorecen; me atrevo á afirmar que esta dicha corresponde á la América, á la cual expresamente hizo Dios surgir de en medio de los mares, para que fuese alcázar de las glorias de María.

(1) Eclesiástico, cap. XXIV, 8.

Cuando en el siglo XVI Lutero y sus secuaces quisieron con furia satánica borrar el culto de la Madre de Dios en Europa, bien convencidos de que no demoliendo esa torre, el catolicismo subsistiría y cantaría victoria; plúgole á Dios que el genio de Colón descubriese estas regiones de encantos y de bellezas, donde millares de corazones sencillos se consagrasen á la divina Madre. «Aquella milagrosa transmigración de la fe santa, dice un elocuente orador mejicano (1), de unos países á otros países, y de unos reinos á otros reinos, con que Dios manifiesta igualmente sus justas iras y sus inefables misericordias, jamás se dejó ver más clara y sensiblemente que en la gloriosa conquista de la América. Casi al mismo tiempo que Enrique VIII en Inglaterra, Lutero en Alemania, Calvino en Francia y Zuinglio entre los suizos declaraban sangrienta guerra á la fe de Jesucristo, se le preparaba á ésta pacífica y sólida alianza con gentes y naciones idólatras en un mundo desconocido y reputado antes como inhabitable. La religión del Hombre Dios, perseguida y como fugitiva de gran parte de Europa, buscaba en América su asilo, y en las vastas y floridas regiones del Occidente se iban á reparar las ruinas que el reino del Salvador había experimentado en los frios países del Norte. Confrontad á la luz de una exacta cronología aquellas tristes épocas con éstas no menos venturosas, y veréis como corresponden puntualmente desde sus primeros progresos hasta su estado actual los datos de las pérdidas de la religión en Europa á sus victorias en América. Apenas empezaban á rayar en Lutero los primeros crepúsculos de aquella orgullosa razón que cubrió el antiguo mundo de tinieblas, cuando empezaron también á descubrirse en el año 1492 por

(1) Dr. Fernández Uribe, Magistral de [la Metropolitana [de Méjico á principios del siglo XIX.

Cristóbal Colón en una de las islas Lucayas los países que debían formar la nueva herencia de Jesucristo. En el mismo año 1517 en que Lutero en público sermón contra las indulgencias desplegó sus primeros esfuerzos para combatir á la Iglesia, descubrió las costas de Nueva España Francisco Fernández de Córdoba. Entre los errores que, á modo de pestífero veneno, confeccionó Lutero para corromper á los pueblos, no fué el menos pernicioso la guerra á las sagradas imágenes, especialmente de la Santísima Virgen. No pueden, no ya oírse ó expresarse, pero ni aun imaginarse sin horror las blasfemias que le dictó el demonio para deprimir la santidad y el poder de María. No permitió aquel Dios, pacientísimo sí, pero celoso del honor de su Madre que este veneno quedase sin su correspondiente antídoto. Predestinó á la virgen América para que en ella floreciese el culto de su Madre y se multiplicasen sus imágenes. Y María derramó bendiciones á manos llenas sobre estos países, fijó en ellos sus ojos de misericordia y los cubrió con su manto anchuroso como el firmamento, que prestó colores á su traje. Desde entonces hay entre María y la América una especie de simpatía divina, no sé qué armonía misteriosa que inclina la una hacia la otra».

## II

María fué la que envió al descubrimiento varones devotísimos suyos, que encendiesen en los indígenas ese mismo amor. Citemos algunos ejemplos. Cristóbal Colón había bebido con la leche esta santa devoción. Antes de embarcarse confesó y comulgó con sus compañeros en una capilla de la Virgen. Empezó el viaje en la vigilia de la fiesta de nuestra Señora de las Nieves, y lo terminó el día de la Virgen del Pilar. Todas las

tardes hacía cantar á los tripulantes la Salve. En el diario de navegación escrito por el mismo Colón se lee que todas las tardes se reunían los marineros de las tres naves que él mandaba, para cantar la Salve en el tono más expresivo de la fe y del amor hacia la que, después de Dios, todo lo puede. «Quiso que su primer barco se llamase Santa María. Al archipiélago de las Lucayas le dió el nombre de *mar de Nuestra Señora*. Cuando descubrió á Haití puso el nombre de María á un golfo que allí se encuentra. Á otro golfo de la costa nordeste llamó Puerto Concepción. En medio de la mar celebraba con indecible entusiasmo las fiestas de la Madre de Dios. Cuando volvió á España, fué arrojado por una tempestad á Santa María, y allí hizo voto á las Virgenes de Loreto y de la Cintura, y un tercero de confesarse en la primera iglesia dedicada á la Santísima Virgen á que pudiese arribar. En todos los pueblos que ganaba Colón, dice el inca historiador, Garcilaso de la Vega, ponía imagen de María Señora nuestra.»

De Hernán Cortés, el célebre conquistador de Méjico, escribe Fray Antonio de Santa María: «á tan buenas dotes de soldado como tenía, añadía la gran devoción que tuvo á María Santísima; pues refieren que lo primero que enseñaba á los indios, era este dulcísimo nombre» (1). Llevaba también consigo una medalla de nuestra Señora de Candelaria de las Islas Canarias, que recibió, cuando estuvo en Tenerife en 1504 (2). Cuando regresó á España, regaló á nuestra Señora de Guadalupe de Extremadura una lámpara de plata y un escorpión de oro por haberle librado de la picadura venenosa

(1) España Triunfante, cap. 39, pág. 361.

(2) En el tomo II de la obra «Méjico al través de los siglos», escrito por el general Don Vicente Riva Palacios, hay un facsimile de dicha medalla, que conservaba el literato Don Nicolás de Altamirano fallecido, hace pocos años.

de uno de estos reptiles (1). Andrés Díaz de Venero, conquistador de Nueva Granada, fundó cuarenta poblaciones y edificó cuatrocientas iglesias dedicadas á nuestra Señora (2). Alonso de Ojeda llevaba la imagen que hoy se venera en Cuba con el augusto título de nuestra Señora de la Caridad. Aun no habían logrado los conquistadores poner el pie definitivamente en el continente americano, cuando los desgraciados compañeros de Ojeda, Enciso y Vasco Núñez de Balboa, fundaron la villa de Santa María la Antigua de Darién, en cumplimiento del voto que habían hecho á la imagen de ese título que se venera en la catedral de Sevilla. Francisco Pizarro el conquistador del Perú, llevaba la imagen del Rosario; y Pedro de Valdivia y Pedro de Alvarado, conquistadores de Chile y Guatemala respectivamente, traían siempre consigo la de nuestra Señora del Socorro. El adelantado Pedro de Mendoza, que fundó á Buenos Aires el 2 de Febrero de 1535, era devotísimo de María y por ella dió el nombre á la ciudad. Muchos historiadores aseguran que la sultana del Plata debe su nombre al capitán D. Sancho del Campo, cuñado de Mendoza, quien al pisar la región exclamó: ¡*Qué buenos aires son los de este país!* Pero una tradición bien fundada asegura haber sido otro el origen. La expedición de Mendoza fué aparejada en Cádiz y tripulada por marinos gaditanos. Los navegantes de aquel puerto estaban alistados en una cofradía religiosa bajo la advocación de Nuestra Señora la Virgen María de los Buenos Aires; y al zarpar para sus diversas expediciones, sobre todo para aquéllas que eran largas y difíciles, hacían súplicas y votos á su Patrona, á fin de que los favoreciese con vientos propicios y bonancibles; y, como el viaje de

(1) La Fuente, Historia de María, T. 2. pág. 238.

(2) La Fuente, Historia de María, T. 1.

Mendoza y los suyos resultó felicísimo, perpetuaron el nombre de su Bienhechora en el paraje donde llegaron.

María fué, en segundo lugar, quien favoreció la titánica empresa del descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo. ¿Quién guió las naves de Colón hasta este ignorado suelo? ¿Qué estrella les servía de norte en medio de los desconocidos mares que hubieron de surcar durante largos meses? ¿Quién desembarcó primero, pintada en gracioso estandarte, en estas apartadas y lejanas playas? ¿Quién derribó el poder del demonio? María, á quien había Colón ofrecido el mundo que llevaba en la mente antes de ofrecerlo á los reyes de Castilla y Aragón.

Nadie puede negar, escribe fray Antonio de Santa María, que el triunfo de esta conquista se debe á la Reina de los cielos, pues dijo Garcilaso de la Vega: «mucho deben los leones de Castilla á María Santísima por haberles hecho señores de la principal parte del mundo que descubrió Colón». Añade el mismo, citando á Salmerón, religioso mercedario, y á Solórzano, que en la primera batalla que hubo Colón de librar con los indios en el monte de la Vega, se apareció la Virgen con el Niño Jesús en el brazo y con la cruz en la otra mano (1). También es tradición que María se dejó ver atemorizando á los indios en las llanuras de Otumba, donde obtuvo Cortés su más espléndida victoria, y en el campo de Cajamarca en el Perú. Pero donde brilló más patente la singular protección de María á los conquistadores fué en el Cuzco, según que lo refiere Garcilaso de la Vega en sus *Comentarios Reales* de esta manera: «Venida la noche que el Inca señaló, salieron los

(1) *España Triunfante*, cap. 39, pág. 359.— Véase lo que decimos tratando de nuestra Señora de Alta Gracia de la República Dominicana.

indios apercebidos de sus armas con grandes fierros y amenazas de vengar las injurias pasadas con degollar los españoles. Los cuales, avisados de sus criados los indios domésticos (que les servían de espías) de la venida de los enemigos, estaban armados de sus armas, y con gran devoción llamando á Cristo nuestro Señor y á la Virgen María su Madre, y al Apóstol Santiago, que los socorriese en aquella necesidad y afrenta. Estando ya los indios para arremeter con los cristianos, se les apareció en el aire nuestra Señora con el Niño Jesús en los brazos con grandísimo resplandor y hermosura, y se puso delante de ellos. Los infieles, mirando aquella maravilla, quedaron pasmados: sentían que les caía en los ojos un polvo, ya como arena, ya como rocío, con que se les quitó la vista de los ojos, que no sabían donde estaban. Tuvieron por bien de volverse á su alojamiento antes que los españoles saliesen á ellos. Quedaron tan amedrentados que en muchos días no osaron salir de sus cuarteles. Esta noche fué la décima séptima que los indios tuvieron apretados á los españoles que no les dejaban salir de la plaza, ni ellos osaban estar sino en escuadrón de día y de noche. De allí adelante con el asombro que nuestra Señora les puso, les dieron más lugar y les cobraron gran miedo.... Y de aquí nació que después de apaciguado aquel levantamiento de los indios, los naturales del Cuzco y las demás naciones que se hallaron en aquel cerco, viendo que la Virgen María los venció y rindió con su hermosísima vista y con el regalo del rocío que les echaba en los ojos, le hayan cobrado tanto amor y afición (demás de enseñárselo la fe católica, que después acá han recibido), que no contentos con oír á los sacerdotes los nombres y renombres que á la Virgen le dan en la lengua latina y en la castellana, han procurado traducirlos en su lengua general y añadir los que han podido para hablarle y llamarle

en la propia y no en la extranjera cuando la adorasen y pidiesen sus favores y mercedes. De los nombres pondremos algunos para que se vea la traducción y la interpretación de los indios».

«Dicen Mamanchic, que es Señora y Madre nuestra.—Coya, reina.—Nusta, princesa de sangre real.—Zapay, única.—Jurac Amancay, azucena blanca.—Chasca, lucero del alba.—Citoccoyllor, estrella resplandeciente.—Huarcarpaña, sin mancilla.—Huc hanac, sin pecado.—Mana chancasca, no tocada, que es lo mismo que inviolada.—Tazque, Virgen pura.—Diospa Maman, Madre de Dios.—También dicen Pachacamacpa Maman, que es Madre del Hacedor y sustentador del Universo. Dicen Huac chacuyac, que es amadora y bienhechora de pobres, por decir madre de misericordia, abogada nuestra» (1).

Y sin esa especial protección de María es casi imposible explicar cómo un puñado de españoles en pocos años lograron subyugar las tribus indómitas de los indios, y recorrer las llanuras, y trepar las altísimas montañas, y vadear los ríos inmensos de América que semejan mares dilatadísimos. Sólo el que ha visitado las selvas vírgenes de la América del Sur puede formarse idea de la grandiosa empresa realizada por los conquistadores.

María, en tercer lugar, fué la que implantó y arraigó la fe y la civilización cristianas en estas regiones. En la América todo es singular, advierte un castizo escritor, y no podía dejar de serlo la predicación del Evangelio. Para convertir los demás continentes el divino Maestro había dado á sus apóstoles esta orden: *Id y predicad por la redondez de la tierra mi Evangelio*.

(1) *Comentarios Reales* por Garcilaso de la Vega, tom. III, pág. 589-591.

Dóciles á esta voz los enviados de Cristo se repartieron las diversas comarcas del mundo antiguo. En el Asia trabajaron todos ellos; pero señaladamente conquistaron la Europa para Jesucristo los santos Pedro y Pablo, Andrés y Bernabé, Santiago el Mayor y San Juan. Redujeron el Africa al suave imperio de la ley cristiana entre otros los santos Simón y Judas. Y como muchos pueblos no quisiesen doblar la cerviz orgullosa á la fe, ó después de convertidos sacudiesen el precioso yugo, la Iglesia elegía y deputaba varones esclarecidos que fuesen héroes de nuevas conquistas. Recorren la España los Indalecios, Torcuatos y Segundos; convierten á Francia S. Dionisio, á Irlanda San Patricio; San Bonifacio á Alemania, San Agustín á Inglaterra; santifican los Frumencios la Abisinia, los Fulbertos la Moscovia, los Cirilos y Metodios la Rusia; sin que á los afanes y sudores de Francisco Javier queden ocultas las inmensas regiones de la India y del Japón. Sólo la América es el país desgraciado que yace en tinieblas, y adonde no alcanza la luz. En vano una piadosa leyenda nos refiere la venida de Santo Tomás á estos países; pues el silencio de los escritores eclesiásticos anteriores al descubrimiento del Nuevo Mundo, el rumbo que tomó el apóstol para sus santas correrías en la Bactriana y Media, tan lejanas de la América, y su predicación en la India oriental, son argumentos poderosísimos para rechazarla como infundada. Más fácil sería creer que el Evangelio hubiera sido anunciado por los colonos que poblaron la Groenlandia. En 980 fueron descubiertas las costas de este territorio por Eric Rada (el Rojo), Jefe islandés. Veinte años más tarde su hijo, convertido al cristianismo, siguió á su padre y fundó veinte iglesias y la ciudad de Gárdar, que fué residencia de un Obispo. Poco después Olavo, rey de Noruega, envió misioneros que propagasen el cristianismo en esas regiones. La

peste que en 1348 asoló tan cruelmente todo el norte de Europa, y las guerras entre Dinamarca, Suecia y Noruega, hicieron olvidar completamente la pequeña colonia de Groenlandia (1). Así y todo no hay sino débiles conjeturas de que esos colonos pasasen al continente americano.

Entonces ¿quedaría esta tierra abandonada de la Providencia y no había de ser beneficiada por la sangre de Cristo Señor nuestro? ¡Ah! no. Es que la Reina de los Apóstoles tenía la misión de propagar la fe en nuestro continente: aparecióse como visión del cielo en la cima del Tepeyac, en Méjico, y regaló imágenes venerandas suyas á las otras Repúblicas, y luego como por ensalmo se disiparon las tinieblas de la idolatría. En contados años un puñado de Religiosos lograron plantar la cruz desde Canadá hasta la Araucanía. María robó los corazones de los indígenas y dió vigor y elocuencia á la palabra de los misioneros. Y en tal grado es esto cierto, que en la América no se llevó á efecto la conversión de los indígenas por medio de milagros obrados por los predicadores del Evangelio. Éstos no resucitaban los muertos, ni devolvían la vista á los ciegos, ni desataban la lengua á los mudos, ni hacían otros prodigios que los acreditasen ante el público. Todo era efecto de las ternuras maternas de María. Ella era la invicta conductora de estas conquistas, el escudo de los misioneros. Ella fué la que dió alientos á aquellos impertérritos ministros del Señor que le envió España, y se llaman los Beltranes, Mogrovejos, Solanos, Bolaños, Chávez, Las Casas y Zumárragas. Y tanto arraigó la fe en estos países, que jamás ha sido perturbada por

(1) Véase «*Descubrimiento precolombino de la América*» por el presbítero colombiano D. Baltasar Vélez, publicado en París e año 1894, y la Nueva Geografía universal por Vivien de San Martin, Maury, Beudain, Topinard etc. T. 20.

cismas, herejías ni otros errores. Dando una mirada al antiguo mundo, observamos que naciones antes cristianas, donde florecieron las ciencias y las artes, se encuentran agobiadas bajo el peso de crasos errores. La América, gracias á María, se ha visto libre de ellos; y á pesar de las vicisitudes políticas por que ha pasado, el sol de la fe brilla esplendoroso.

Á María debe también la América ese prodigio de una civilización tan completa y cristiana como la de Europa en el corto espacio de tres siglos y medio, prodigio nunca visto en otra parte del mundo. En Asia, África y Oceanía á lo sumo se encuentran florecientes colonias extranjeras, pero no naciones cultas dotadas de vida y elementos propios. Y ¿á quién debemos atribuir esta gracia especialísima, sino á aquélla que fué por Dios constituida general dispensadora de beneficios á los hombres?

Finalmente, María interviene poderosamente en el grande hecho de la emancipación é independencia política de las naciones americanas.

Dios rige los destinos de las naciones por leyes ocultas, subordinadas al establecimiento y desarrollo de su Iglesia, según que se desprende de aquel admirable sueño y profecía de Nabucodonosor declarada por Daniel; y en su plan divino entraba para fines escondidos á nuestros ojos y que la historia cuidará de revelar, la emancipación y libertad de las que habían sido colonias españolas.

Encendióse en éstas el amor sagrado de la patria y de la libertad; y empujadas por él á la arena, enarbolaron la bandera de la independencia, y lanzaron sus hijos al combate para sostenerla enhiesta y triunfante. Y si el sentimiento religioso es el engendrador y el más seguro baluarte del amor patrio, y si María entra en el Cristianismo como factor de primer orden, inseparable de

su divino Hijo Jesús; natural era que, al enardecer los caudillos de la independencia á sus voluntarios en favor de la patria y del hogar, acudieran á la invocación del auxilio soberano y al patrocinio eficaz de María; tanto más, cuanto que la América latina había bebido el más puro Catolicismo y la más confiada devoción á María de la que fué su madre política y religiosa. Y Dios concedió la victoria á los heroicos patriotas, siendo parte muy principal en ella el esfuerzo que las huestes adquirieron merced á las ofrendas y plegarias que en sus distintas advocaciones hicieron á María.

Á los altares de la Reina del cielo acudieron los héroes de la independencia á implorar su valimiento; y, después de la victoria, á rendirle sus estandartes. Al grito de ¡Viva María de Guadalupe! enardeció el cura D. Miguel Hidalgo y Costilla á los mejicanos para luchar por la independencia de la patria, y les dió por estandarte un lienzo de la misma Reina aparecida en el Tepeyac.

El 9 de Diciembre de 1824, segundo día del octavario de la Purísima Concepción, en la que se obtuvo la siempre memorable victoria de Ayacucho, las tropas peruanas capitaneadas por el general Sucre y otros valientes militares, antes de entrar en batalla prometieron á la Madre de Dios y en honor de su Inmaculada Concepción mandar cantar una misa solemne en acción de gracias, si mediante su protección, á que se acogían confiadamente, alcanzaban la victoria. Obtuvieron el triunfo que aseguró para siempre la independencia del Perú é hizo nacer la República de Bolivia, y atribuyéndolo á la protección de la Santísima Virgen, cumplieron su voto el 3 de Febrero de 1825, celebrándose la misa en el antiguo templo del Sol del Cuzco, hoy iglesia de los Padres Predicadores, pronunciando enérgico discurso el guardián del convento de S. Francisco.

No diremos que esta victoria fué milagrosa; pero Dios, que dirige las acciones humanas, así como ha trazado con su dedo á los astros la órbita en que deben girar, por sus altos fines llevó á las huestes americanas, escasas en número y municiones, á la victoria contra un ejército aguerrido, bien disciplinado y enorgullecido por sus continuos triunfos. «Con algunos días más que el enemigo continuara persiguiéndonos, nuestra fuerza debía ser anulada», decía el distinguido general La Mar, que tomó parte en la referida batalla (1).

El ilustre general argentino, D. Manuel Belgrano, antes de la batalla de Tucumán, dada el 24 de Septiembre de 1813, nombró capitana de su ejército á la Virgen de las Mercedes; y después de la victoria que decidió de la independencia de su patria, colocó el bastón de mando en manos de la Señora y distribuyó entre sus soldados el escapulario de la Merced (2).

Chile enlaza la historia de su independencia con las bondades de Nuestra Señora del Carmen. Era el 18 de Marzo de 1818. Las naves de la Catedral de Santiago eran estrechas para contener la afluencia de gente de las diversas clases sociales. Iban á implorar el auxilio de María del Carmelo, porque el ejército patriota había sufrido tremendo descalabro en las llanuras de Cancha-Rayada, quedando herido su bizarro general D. Bernardo O' Higgins. El valiente general español, Don Mariano Osorio, caminaba á paso de triunfo sobre la capital, dispuesto á arrebatarse los girones de libertad que se habían obtenido en ocho años de porfiada lucha.

Los buenos chilenos, hijos fieles de María, se estimularon á quemar el último cartucho por su libertad, jura-

(1) Sermón predicado por el Ilmo. Sr. Arzobispo de Lima, Doctor D. Francisco de Luna Pizarro, con motivo de la declaración del dogma de la Inmaculada Concepción.

(2) Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano*, T. I, pág. 496.

ron á su Madre patrona del ejército, y ofrecieron levantarle un templo en el mismo sitio donde obtuviesen la victoria. Antes de un mes los que se habían reunido con el temor en el pecho y la plegaria en los labios, se reunían otro día en el mismo santuario para entonar el *Te Deum* de acción de gracias, porque el sol del cinco de Abril había alumbrado con sus más puros rayos el triunfo decisivo de las armas chilenas en las llanuras de Maipo.

No se puede negar que la América nació y progresó en los brazos y en el corazón de María y que su libertad se halla íntimamente enlazada con el patrocinio de la celestial Señora.

## III

Pero á su vez también la América ha sabido corresponder á la amorosa solicitud de la excelsa Madre de Dios. Apenas nace, cuando María, el tipo incomparable de belleza y de bondad, arrebató su corazón y la llena de entusiasmo. De la noble é hidalga nación española, su madre patria, recibe como inapreciable tesoro el culto á la celestial Señora, y lo abraza con delirio. Las principales ciudades que se fundan llevan su nombre (1).

(1) Citemos tan sólo las ciudades, pueblos, ríos, etc. que llevan el nombre de Concepción.

*En Argentina.*—Tres departamentos (en las provincias de Entre Ríos, San Juan y Corrientes), cuatro ciudades, tres pueblos, una laguna en la gobernación de Lehaco, cerca del río Bermejo al que entrega sus aguas.

*En Bolivia.*—Provincia del departamento de Tarifa y su capital, villa de 1.150 habitantes.

*En Colombia.*—Distrito de la provincia de Oriente, departamento de Antioquia y dos villas.

*En Chile.*—Provincia, departamento y ciudad de las más importantes de la República.

No hay pueblo que no le erija lujoso templo ó modesta ermita. El rezo del santísimo rosario es la práctica obligada de todas las familias al caer de la tarde. Ricos y pobres cuelgan al pecho, cual honrosas decoraciones, las blancas libreas de los escapularios de María. Los más ilustres jefes de Estado se han gloriado en participar del entusiasmo de sus conciudadanos. Los santuarios de Chiquinquirá, Copacabana y Luján han visto rendidos á las plantas de sus celebérrimas imágenes á los Presidentes de sus respectivas Repúblicas, Colombia, Bolivia y Argentina. El insigne Agustín Itúrbide, libertador de Méjico, depositó su bastón de mando en la Basílica de nuestra Señora de Guadalupe y fundó la orden de su nombre. Del Presidente mártir del Ecuador, don Gabriel García Moreno, vilmente asesinado en 1875 por el puñal de un sicario, y cuyas últimas palabras fueron: «*Dios no muere*», refiere su sabio biógrafo, que llevaba consigo las medallas y escapularios de la Señora, rezaba con inviolable fidelidad el Rosario y se inscribió en la cofradía establecida por los Jesuitas en Quito. Dividiáse esta asociación en dos secciones, la una para los

*En Ecuador.*—Un pueblo de la provincia de Esmeraldas.

*En Guatemala.*—Cinco municipios, dos caseríos y una aldea.

*En Haití.*—Una ciudad.

*En Méjico.*—Una bahía, dos pueblos, cuatro barrios é innumerables haciendas y ranchos (fundos rústicos de cortas dimensiones).

*En Perú.*—Un distrito (situado en el departamento de Junín y provincia de Jauja) y cinco pueblos.

*En Paraguay.*—Un departamento y una villa.

*En Venezuela.*—Cuatro municipios, diecisiete vecindarios, tres sitios y dos ríos.

En el archipiélago de Bahama una de las islas se denomina Concepción.

Añádase que muchas diócesis tienen por titular y Patrona á la Inmaculada Concepción, incluso en el Canadá, Estados Unidos é isla de Trinidad. La más antigua de estas diócesis es la de Honduras (Comayagua) erigida por Paulo III en 1539.

ricos y hombres de carrera, la otra para los obreros. Como en la primera estuviesen inscritos algunos de los adversarios políticos, á quienes disgustaría su presencia, se hizo alistar en la sección obrera, estimándose feliz de llevar su medalla entre los hijos del pueblo (1).

Casi todos los títulos ó advocaciones de María usados en España se hacen populares en América, entre los cuales forzoso es citar el de la Inmaculada Concepción. Dos circunstancias favorecieron en alto grado, para que este simpático título se propagase de modo rápido en el Nuevo Mundo; la fe de los españoles en tan hermoso misterio y las predicaciones de los religiosos franciscanos. Sabido es que España se lleva la palma entre todas las naciones cristianas por su celo en creer y defender la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios. San Ildefonso introdujo esta fiesta en su iglesia de Toledo, y el erudito Martenio pone fuera de duda que á mitad del siglo VII se celebraba en toda la Península. Nadie ignora el privilegio del rey D. Juan I de Aragón, ordenando que esta fiesta, observada desde tiempo inmemorial en su Real Casa, se extendiese á todos sus dominios, ni el decreto de D. Martín, expulsando de sus Estados á cuantos impugnasen el misterio de la Concepción sin mancha. Carlos III pidió con todo encarecimiento al Pontífice Clemente XIII, que declarase á María en el misterio de su Purísima Concepción, Patrona de la monarquía española y de todas las Indias; y el Papa se lo concedió en 8 de Noviembre de 1760. El Rey insertó este patronato entre las leyes fundamentales de la monarquía (2). Á instancias del mismo Carlos III la Santa Sede, en Breve del 14 de Marzo de 1767, otorgó la gracia de que en España y América se añadiera á las

(1) R. P. Berthe. «García Moreno».

(2) Ley 164, tit. 1 de la Nov. Rec.

Letanias Lauretanas la invocación: *Madre Inmaculada, ruega por nosotros*. Todos los reyes desde Felipe III pidieron con ardientes súplicas al Romano Pontífice declarase y definiese ser dogma de fe la Concepción sin mancha de María. Lo mismo hicieron los Obispos que asistieron al Concilio de Trento. Las Universidades, á los que debían graduarse, exigían juramento de defender la Concepción Inmaculada de María. Los más eximios artistas españoles mostraban especial predilección por honrar la Concepción Inmaculada de María. Se podrían citar infinidad de obras de Palomino, Vergara, Maella, Castillo, Carducho, Escalante, Pareja, etc. Pero las más notables son las de Murillo, Ribera (El Españolito), y Juan de Juanes. Murillo, el gran pintor sevillano, fué llamado «el pintor de las Concepciones» por lo mucho que repitió este asunto. Se cuentan veintinueve cuadros originales debidos á su pincel, esparcidos en iglesias y museos de España, Inglaterra, Francia, Rusia, Italia y América del Norte, siendo el más afamado el que existe en el palacio de Louvre, adquirido por el gobierno francés al precio de 615.300 francos.;

Tan encarnado estaba en el pueblo español el amor á María Inmaculada que el saludo propio en las visitas, consistía en decir al llegar á una casa: *Ave María Purísima*; á lo cual respondían los presentes: *Sin pecado concebida*. Esta devota jaculatoria se encontraba escrita en el frontispicio de los templos y de los edificios públicos y particulares. Los serenos la cantaban de noche antes de anunciar la hora y el estado del tiempo. Con entusiasmo febril repetía el pueblo estos versos de Miguel del Cid:

Todo el mundo en general  
 Á voces, Reina escogida,  
 Dice que eres concebida  
 Sin pecado original.

Este amor de los españoles á tan soberano misterio se traspasó é infiltró en las almas tiernas y sensibles de los aborígenes de América, viniéndose á robustecer más y más, gracias á la santa propaganda que de tal devoción hicieron los religiosos franciscanos, primeros heraldos del Evangelio en esta tierra virgen. Notoria y sabida cosa es que ellos fueron adalides de la defensa del augusto misterio en la ardiente contienda que se suscitó desde el siglo XII. El mismo Patriarca San Francisco en el Capitulo general reunido en Asís en 1219, dió un edicto concebido en estos términos: «que todos los sábados se cantase en todos los conventos una misa solemne en obsequio de la Purísima Concepción de María Santísima». Al venerable Juan Duns Scoto, llamado el Doctor Sutil, se atribuye generalmente la gloria de haber trabajado como nadie, para que se desarrollase y prevaleciese en su tiempo la creencia sobre la pureza inmaculada de María; y al vigor de sus argumentos desarrollados luego por sus discípulos, que tuviese completa victoria la doctrina, que hoy acatamos como dogma de fe. Innumerables alumnos de la orden franciscana, que florecieron antes del siglo XVI, siguieron el ejemplo de Scoto. Merece especial mención Francisco de Mayrón, llamado el *Doctor agudo*, *Doctor acutus*, el cual en nueve artículos expuso que la Virgen había sido santificada en el primer instante de su ser; y en otros once desarrolló extensamente este argumento: «Pudo Dios preservar á María de pecado original; fué conveniente que lo hiciera; luego lo hizo». Y todos los hijos de S. Francisco tomaban con empeño y ardimiento el defender la pura y limpia Concepción de María, aunque fuera á costa de su vida, haciendo el día de su profesión religiosa particular voto de mantener á todo trance este privilegio de la Virgen. Con noble entusiasmo sostenían su tesis en las aulas de los Colegios, y de

las Universidades, y en los púlpitos de los templos, en público y en privado, con la palabra y con la pluma. Jamás cedieron un palmo de terreno al enemigo, y no se dieron punto de reposo, hasta que vieron colocada en la diadema de la Reina del cielo la perla más brillante que la adorna, el florón hermosísimo de su pureza inmaculada. En todas las oficinas de sus conventos se leían inscripciones en las cuales abiertamente se profesaba el dogma de la Inmaculada Concepción. Citaré sólo la que se grababa en la puerta de la entrada:

Poco cristiano sería  
El que á esta puerta llegase,  
Y por vergüenza dejase  
De decir: *Ave María*;  
Y menos aquel que, oyendo  
Esta pæerno, de vida,  
Nos, etc. Pæere diciendo:  
La imagen *concebida*.  
frecieron l

Los franciscanos, vada o pues, al recorrer las dilatadas llanuras de América, evangelizando á los indígenas no cesaban de propagar la devoción á la Purísima Concepción de María, junto con la devoción al Santísimo Sacramento. De aquí provino la santa costumbre extendida en toda la América española de rezar el *Bendito*, que aprendemos en las rodillas de nuestras madres, y el que en los templos se cantase el tradicional:

Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar,  
Y la Virgen concebida sin pecado original.

Los mismos franciscanos colocaban la imagen bendita de la Purísima en sus doctrinas, ó sea, parroquias rurales, para que cautivase á los indios y los moviese dulcemente á abandonar la idolatría. Por eso las imágenes

más veneradas de la América, como tendremos ocasión de consignarlo en la presente historia, son las de la Inmaculada. Baste ahora citar las de Guadalupe, del Pueblito, Yzamal y S. Juan de los Lagos en Méjico, las de Luján, el Valle é Itatí en la Argentina y la de Caacupé en el Paraguay.

Con tan saludables ejemplos y enseñanzas no es maravilla que en toda la América española se encendiese el amor á María Inmaculada, así entre la gente humilde como entre los favorecidos de la fortuna, la autoridad ó la ciencia. Las Universidades exigían á sus miembros y á los que pretendían graduarse de doctores, licenciados, ó bachilleres, prestasen juramento de defender la pia opinión de que María, prevenida de la gracia, había quedado exenta de la culpa original muchos años antes de que Carlos III, por Real Cédula de Agosto de 1779, impusiese esta obligación á sus establecimientos docentes de sus vastos territorios; y al vigintiuno de Mayo de 1780 lo hizo la Universidad de Méjico fundada por el Rey Carlos I y declarada por Clemente VIII en Bula de 1595, la cual por aclamación de 8 de Enero de 1653, celebraba anualmente con pompa inusitada la fiesta de la Concepción. Lo mismo hicieron la Universidad de Lima, fundada por Felipe II, las de Bogotá, Quito, Chuquisaca (Sucre), y Córdoba. Esta última alardeaba de ser como la Salamanca del Nuevo Mundo, pues á ella acudían á seguir sus cursos de derecho y sagrados cánones jóvenes de toda la América del Sur. Cuando en 1849 el inmortal Pío IX consultó á los Obispos del orbe católico su opinión y la creencia de los fieles acerca de la Concepción de María, los de América pudieron contestar unánimemente que la tal doctrina la aprendían todos en el regazo materno. Notabilísimos fueron los informes enviados desde Méjico, Chile y Bolivia. El primero fué redactado por el último Rector que

tuvo la Universidad de la República (1), el Sr. Dr. Don José María de Jesús Díez de Sollano, que más tarde fué Obispo de León. El segundo fué debido á la pluma del Ilmo. Dr. D. Rafael Valentin Valdivieso, honra del episcopado americano en el siglo XIX; y el tercero finalmente al inmortal Arzobispo de Bogotá, Monseñor José Manuel Mosquera, mártir de los odios sectarios de la masonería y que murió en Marsella el año 1853, cuando Pío IX le aguardaba en Roma, para hospedarle en el Palacio del Vaticano y premiar su entereza apostólica.

Después de definido el dogma se celebraron en todas las Repúblicas fiestas suntuosísimas. En Méjico tuvo lugar el 26 de Abril de 1855. Celebró de pontifical el Arzobispo Ilmo. Dr. D. Lázaro de la Garza y Ballesteros, predicando elocuente sermón el Ilmo. Sr. Dr. D. Joaquín Fernández de Madrid, Obispo titular de Tenagra, con asistencia del Gobierno, claustro de doctores, comunidades religiosas, etc. Por la tarde se organizó solemne procesión. La imagen de la Purísima, adornada con las joyas que ofrecieron las señoras de más elevada alcurnia, era llevada en magnífico carro triunfal cubierto de riquísimo tisú de oro, rodeada de ángeles de plata, y al frente de la imagen el retrato de Pío IX. El concurso de fieles era inmenso; pues los que llevaban cirios estaban ya en la calle de Mercaderes cuando aun no salía el clero de la catedral. Las calles del tránsito aparecieron lujosamente adornadas con emblemas alusivos á la festividad, habiéndose también levantado á trechos no pocos altares. Abundaron los repiques de campanas, salvas de artillería, cohetes y, por la noche, hubo luminarias y fuegos artificiales. Parecido entusiasmo notóse en las demás Repúblicas. En Chile predicó el Ilustrísimo Sr. Valdivieso elocuente sermón que es una de las piezas

(1) Fué suprimida por un gobierno sectario.

oratorias más perfectas, con que se honra el púlpito americano. No puedo pasar en silencio lo sucedido en Santiago de Cuba, cuyo Arzobispo era el Venerable Antonio María Claret, Fundador de la Congregación á la cual me glorío de pertenecer. He aquí lo que dice textualmente su ilustre biógrafo: «Cuando llegó á sus manos la codiciada Bula dogmática, experimentó inefables dulzuras; sus ojos, humedecidos con las lágrimas que de alegría derramaba, se levantaron radiantes de dicha, y dieron una mirada tierna y expresiva de amor y congratulación á una imagen de la Señora, representada en ese glorioso misterio; apretó una y muchas veces contra su corazón la Bula mensajera de tan felices nuevas para su dulce Madre; y no cabiéndole el gozo en el pecho, tomó la pluma, y con una unción, ternura y amor indescriptible escribió otra Pastoral, que fué la última que compuso, convidando á los fieles á celebrar con regocijo tan feliz acontecimiento, y cantando de un modo desusado las alabanzas de María, y más su pureza virginal, nunca empañada, ni aun con la mancha original común á todos los demás hombres. Concluyó de escribir este hermoso documento el 12 de Julio de 1855, á las cinco y media de la tarde; é inmediatamente se postró de rodillas delante de la imagen de María para darle afectuosas gracias por haberle ayudado á escribirlo. Apenas se hubo arrodillado, de repente, con gran sorpresa suya, percibió una voz clara y distinta que salía de la imagen, y que le dijo: «*Bene scripsisti: Bien has escrito*». «Causaron en el Siervo de Dios estas palabras muy honda impresión, y dejáronle mejorado en el espíritu con muy grandes y vivos deseos de llegar á ser perfecto (1). Excusado es decir lo muy agradecido que quedó á favor tan regalado de la Reina de los ángeles; y, si

(1) *Memorias reservadas del Sr. Claret.*

antes la amaba ya y celaba sus glorias con delirio, después no hallaba palabras con que expresar su amor» (1).

## IV

Uno de los medios más eficaces, que en América han contribuido para mantener vivo el fuego del amor á la Inmaculada Virgen, ha sido el de las romerías á sus más célebres santuarios. Sabido es que el origen de las romerías se pierde en la noche de los tiempos, y que han sido patrocinadas por todas las religiones y sectas «considerando que provienen de un sentimiento natural en el corazón humano» (2).

Los pueblos antiguos tenían sitios privilegiados donde iban á consultar á sus dioses sobre probabilidades de paz ó de guerra. Tales eran los templos de Apolo en Delfos, de Diana en Éfeso, y la gruta de las Sibilas en Cuma. En nuestros mismos tiempos los pueblos de la India concurren á las orillas del Ganges para lavarse en sus aguas, que estiman sagradas. Los árabes tienen dos lugares sagrados donde los fanáticos devotos del falso profeta van una vez en la vida en peregrinación: la Meca, donde nació Mahoma, y Medina, donde fué sepultado. Los judíos tenían sinagogas en todas las ciudades, y un solo templo en Jerusalén al cual iban en peregrinación una vez al año en la fiesta de la Pascua. De la sagrada familia, Jesús, María y José, nos dice el sagrado Evangelio, que cumplían con fidelidad este precepto legal. Los cristianos herederos de las piadosas costumbres de los judíos acostumbraron á visitar los lugares santos de Jerusalén santificados con la presencia

(2) *Vida admirable del siervo de Dios P. Antonio María Claret* por el R. P. Mariano Aguilar, Misionero del Corazón de María. T. I n. 525.

(3) Michaud, *Histoire des Croisades.*

del Hombre Dios, recorriendo con singular afecto la calle de la amargura, por donde pasó el nuevo Isaac cargado con el leño del sacrificio. En la edad Media, Europa entera se puso en marcha como un solo hombre hacia la Palestina para rescatar el sepulcro de Cristo, que había caído en poder de los musulmanes.

Á semejanza de estas romerías á Tierra Santa se organizaron otras á templos ó lugares consagrados por algún hecho memorable. Así se hicieron célebres el sepulcro de los santos apóstoles Pedro y Pablo en Roma y el de Santiago en Compostela de España. En los tiempos modernos casi todas las romerías se reducen á visitar ciertos santuarios de la Santísima Virgen, ya que por conducto de esta divina Señora Dios se complace en conceder sus gracias á los hombres. Es cierto que la caridad del Corazón de María es como el sol que alumbrá y calienta á todos los viajeros de la vida, y no hay un solo desgraciado que sea excluido de su benéfico influjo; sin embargo en ciertos santuarios donde se venera alguna imagen suya, parece haber establecido preferentemente el trono de sus misericordias para enjugar las lágrimas de los afligidos, y derramar el bálsamo del consuelo en los corazones ulcerados. Y como es la tesorera del cielo, ha multiplicado esos sitios benditos y esas imágenes prodigiosas. Si damos una mirada al orbe entero, lo veremos hermozeado de santuarios de María, levantados los unos como antiguos castillos feudales en la cima de los montes, colocados otros á manera de faros luminosos en las playas de los mares; éstos situados en amenos y frondosos valles, semejanado con sus blancas torres, palomas dormidas en blando nido de flores; aquéllos al borde de los precipicios, ó en agrios desfiladeros, como aguardando al atribulado caminante para ofrecerle seguro albergue. Pocos países habrá en el mundo desprovistos de alguna de esas efigies de que

se vale María para hacer ostentación de sus ternuras maternales. Cuéntanse numerosísimos en la vieja Europa, y su fama ha extendido por todos los ámbitos de nuestro planeta. ¿Quién no conoce las imágenes del Pilar, y Montserrat en España, de Lourdes, la Saletta, y las Victorias de Francia, de Loreto y María Auxiliadora en Italia, y de Einsiedeln en Suiza? La América latina ha sido especialmente favorecida por la Providencia dándole santuarios benditos de la Señora, donde acuden los hijos del nuevo continente á recibir mercedes. Es cosa edificante ver en muchos de sus santuarios llegar millares de peregrinos, muchos en actitud penitente, de rodillas, con los ojos arrasados en lágrimas, á implorar la clemencia del Corazón de la mejor de las madres. Á las tales peregrinaciones se debe en gran parte que el pueblo ame tanto á la Santísima Virgen, y que haya conservado incólume la fe, á pesar de tantas vicisitudes como ha experimentado de guerras, revoluciones, motines y cambios políticos. Á referir la historia de esos santuarios va encaminado el presente librito, pues por desgracia en América se conocen más los santuarios de Europa y Asia que no los que se veneran en su propio suelo; que es ni más ni menos lo que pasa en otros acontecimientos.

Las personas ilustradas ó ricas van á visitar Italia, Alemania, Inglaterra, y desconocen su propio continente, que es donde Dios ha ostentado verdadero lujo de bellezas naturales. Hay sabios que conocen perfectamente la historia de Grecia, Roma, Francia, é ignoran cuáles son los héroes de la independencia de América. El Autor de la presente historia, que desea el progreso del continente donde nació, se ha propuesto contribuir con un grano de arena á popularizar el conocimiento de los santuarios de María. Éste no es más que un ensayo, pues he tenido que tropezar con dificultades sin

euento. Con todo puedo asegurar, que los datos que doy son exactos, como quiera que escribí á los señores Obispos respectivos, y, salvo una excepción, todos me contestaron enviando lo que deseaba, y felicitándome por mi empeño, por lo cual les estoy altamente agradecido. He suprimido aquellos hechos que la leyenda popular cree como dogmas de fe, pero que no descansan en sólido fundamento. Así de muchas imágenes se lee que aparecieron con estrellas en la frente, ó que desaparecían de noche, ó que sudaban en presencia de ciertos pecadores. He conservado todo lo que está atestiguado por tradición antigua y por deposiciones de testigos fidedignos. A pesar de esto, no faltarán espíritus fuertes ó por decir mejor débiles que consideren mitos ó invenciones místicas lo que se refiere de algunas imágenes. No faltan quienes niegan la aparición de nuestra Señora de Guadalupe y la renovación del cuadro de la Virgen de Chiquinquirá. Nosotros nos preciamos de creer hechos afirmados por diez generaciones y que han recibido la sanción de la Iglesia.

No me glorio de ser original en este escrito. Aunque, gracias al cielo, conozco muchos de los santuarios descritos, de otros sólo tengo noticias por los datos que se me han comunicado ó por las historias que he leído: no me atrevo, pues, á dar como cosecha exclusivamente mía lo que de tantas heredades he recogido.

Grato me es advertir á mis amables lectores, que todos los santuarios de Maria se hallan en las Repúblicas de la América latina, ó en territorios que antes pertenecieron á españoles ó franceses, como sucede con el Canadá, la isla de Trinidad y la ciudad de Nueva Orleáns en los Estados Unidos. En los países de origen inglés, ó danés, carecen de estos santuarios benditos, por más que el catolicismo vaya dichosamente prosperando. En Jamaica, me escribía su Vicario apostólico,

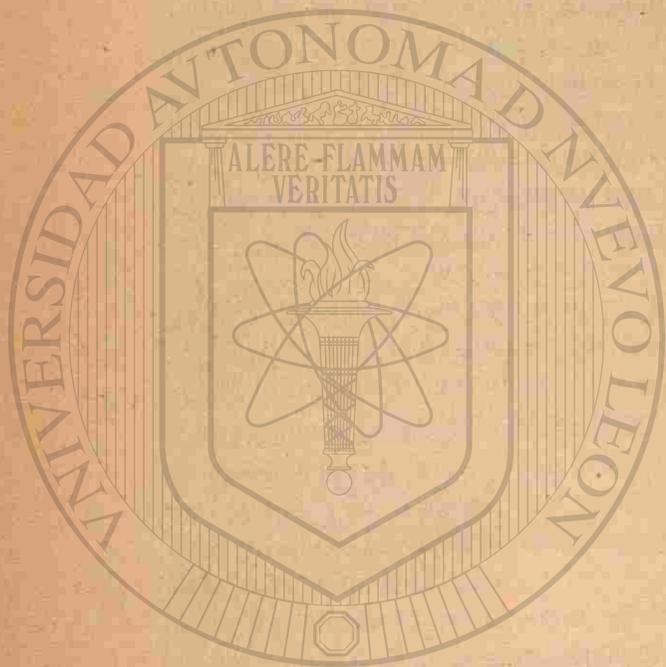
Ilmo. Carlos Gordón, S. J., el catolicismo es muy reciente todavía para que la devoción á la Reina del cielo sea ferviente. El Ilmo. Sr. D. Ambrosio Van Baars, Obispo titular de Teuchyere y Vicario apostólico de Curaçao, me indicaba que en todas las islas que forman el Vicariato, se venera mucho á la Santísima Virgen; pero que no existe ningún templo donde los fieles acudan en romería. Ésto es feliz augurio de que la raza anglosajona no ha de subyugar á la latina.

Ahora sólo me resta pedir á la Virgen Inmaculada bendiga estas páginas y les dé unción para que muchos corazones queden cautivos de su amor. Á falta de méritos y virtudes en el día de la cuenta quiero presentarme con este librito en las manos para recordarle á nuestra Madre la promesa que tiene hecha «de que los que la hayan ensalzado obtendrán la vida eterna.»

FÉLIX A. CEPEDA

Misionero Hijo del I. Corazón de Maria.

*Méjico, 16 de Julio, festividad de la Santísima Virgen del Monte Carmelo, de 1904.*



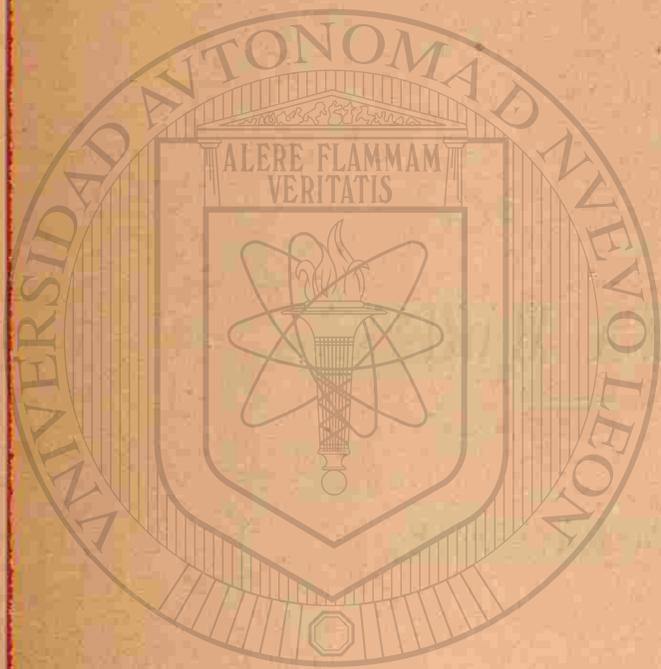
AMÉRICA MARIANA

UANL

PRIMERA PARTE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

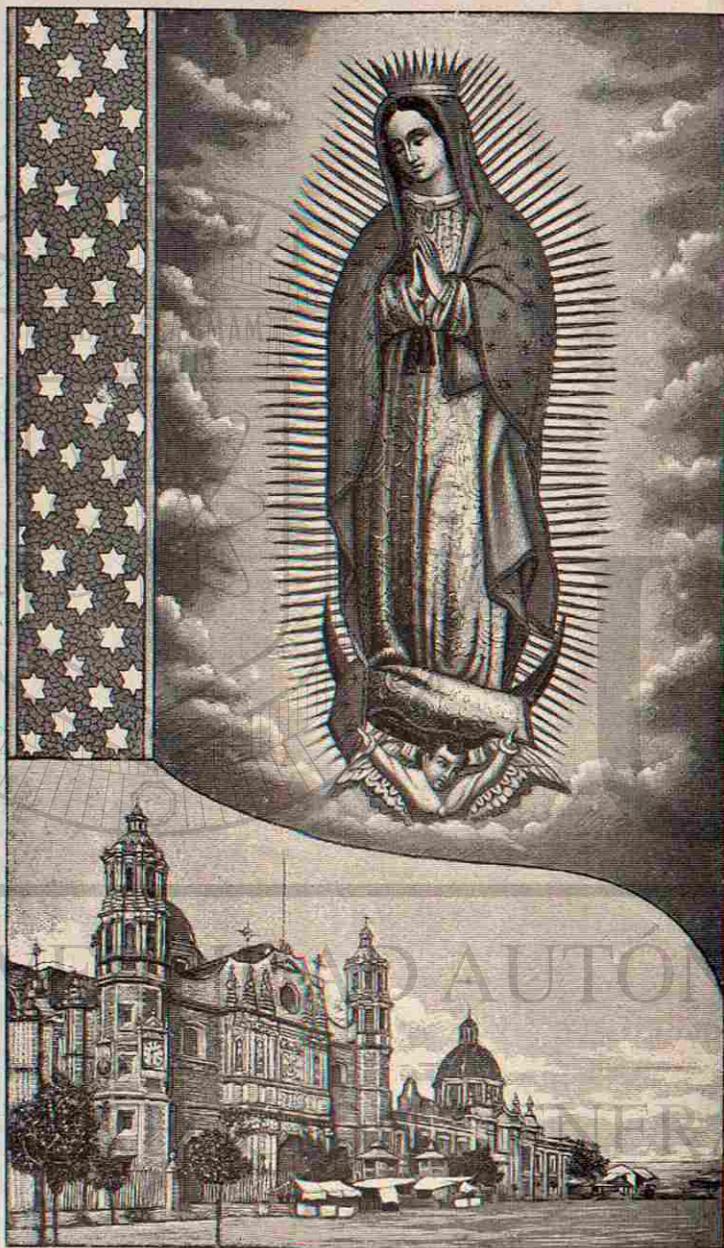


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

## IMÁGENES QUE SE VENERAN EN EL NORTE Y CENTRO DE AMÉRICA

### CAPITULO I

#### La Estrella del Anáhuac, ó sea Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico.

SUMARIO.—I. Nueva España. II. La Capital de Méjico. III. El Tepeyac. IV. El Indio afortunado. V. Flores milagrosas. VI. Pintura celestial. VII. Primera ermita. VIII. Conversión de la Nación mejicana á la fe. IX. El Santuario. X. Otras capillas. XI. Milagros. XII. Amor de los Mejicanos á su Reina. XIII. La Coronación.

### I

#### NUEVA ESPAÑA

Entre las comarcas del Nuevo Mundo conquistadas por los españoles en el siglo XVI la más próspera y adelantada era la que después se llamó Nueva España, y ahora República de Méjico. Por su magnífica posición en los límites de las zonas tórrida y templada, por su exuberante vegetación y por los tesoros escondidos en las entrañas de sus montes, era á propósito para cautivar los corazones de guerreros ávidos de riquezas y aventuras. Como esta República ocupa lugar preferente en nuestro libro, por haber sido la más favorecida de la

Santísima Virgen, hemos creído oportuno dar brevisimo resumen de su historia.

El origen de los pobladores del territorio mejicano, como los de la América entera, yace envuelto en densa niebla que no es dado esclarecer: hasta ahora, á pesar de los empeñados y repetidos esfuerzos de ingenios poderosos, es problema insoluble para la etnografía.

Según el publicista Chavero, en tiempos remotos y protohistóricos, tres grandes grupos ocupaban el país: la raza maya señoreaba al sur, los otomites dominaban el centro, y los nahoas se extendían por el norte. Pero las continuas emigraciones de los mayas al norte y de los nahoas al sur, trajeron la confusión de razas y de familias, mezclándose sus idiomas, cambiándose mutuamente las creencias religiosas y trasformándose las costumbres de un pueblo en las de otro. Llegados al centro del país los *ulmecas*, constructores de las pirámides de Cholula y Tocticuán, los *tarascos*, fundadores del poderoso reino de Michoacán, los *chichimecas*, los *maninalca*, los *tepaneca*, los *menoalca*, los *chalca*, los *xochimilca* y otra infinidad de tribus y familias, con sus múltiples dialectos y diversísimas costumbres, formaron en la historia una madeja, que los más ilustres sabios no han podido desenredar. Calcúlase que se hablaban entonces en el país más de cincuenta idiomas y unos doscientos dialectos. Á fines del siglo vi de la era cristiana empieza á esclarecerse la historia con la aparición en el centro de los *toltecas*, los cuales, después de peregrinar más de un siglo por las costas del Pacífico, se establecieron el año 674 en la ciudad de Tollán (Tula). Los toltecas trajeron el germen de la civilización. Eran aficionados á la agricultura y á la industria: y como fuesen numerosos y fuertes, lograron subyugar á las demás tribus, imponiéndoles su lengua, teogonía y calendario. Hasta 1116 formaron una nación próspera y

feliz; pero en esta fecha, gobernando su undécimo rey, se arruinaron á causa de infausta guerra sostenida contra los régulos de Jalisco, que alegaban derechos al trono.

Al año siguiente de la destrucción de los toltecas vinieron á ocupar el valle del centro varias tribus; pero la más influyente y poderosa fué la de los *méxica* ó *aztecas* que era la que dominaba en el Anáhuac (1) á la llegada de los españoles. La patria de los aztecas era Aztlán, cuya posición geográfica se ignora. Humboldt y otros escritores se inclinan á creer que estaba en la parte septentrional de los actuales Estados Unidos, á distancia de 4320 kilómetros de la ciudad de Méjico. De allí emigraron en 583, y anduvieron peregrinando ocho siglos hasta que hallaron en el valle de Méjico ó Anáhuac el sitio donde, según las tradiciones suyas, debían establecerse definitivamente. En una isleta de espléndida y sonriente vegetación, que surgía del lago de Texcoco, vieron un águila de gran tamaño, que posaba sobre un nopal nacido en las hendiduras de la roca. El ave sujetaba con el pico y con la garra derecha una serpiente, que se retorcia con las ansias de la muerte. Éste era precisamente el signo indicado por su dios Huitzilopochtli para conocer el paraje donde habían de establecer la patria. De aquí nació la idea del actual escudo de la Nación. En aquel punto zanjaron los cimientos de la futura metrópoli mejicana que llamaron *Mexitli*, en honor de su dios *Mexi*—otro nombre que daban á Huitzilopochtli—y también la denominaron *Tenochtitlán*, ó ciudad de *Tenoch*, el sacerdote

(1) Anáhuac, palabra que, según Orozco Berra, significa cerca ó junto al agua, designa la gran meseta de Méjico en que está situada la capital de la República. Por extensión el nombre de Anáhuac se aplicó á todo el país ocupado por el imperio mejicano, y luego á todo el territorio de la moderna República.

fundador. Otros derivan el nombre *Tenochtitlán* de *telt* piedra, *nochtli* nopal, y *tlan* lugar. La fundación de Méjico, según el código Mendocino, fué el año 1325 de la era cristiana, y su primer rey se llamó Acamapichtzin.

Los aztecas realizaron en la isla verdaderas maravillas de ingenio. Para unirla con la tierra firme construyeron calzadas con empalizadas y rellenos. La naturaleza vino en su auxilio, pues las aguas del lago disminuyeron considerablemente de volumen, y poco á poco la isla se convirtió en tierra firme. Los aztecas lograron constituirse en pueblo poderoso, y los reyezuelos y caciques vecinos hubieron de hacerse tributarios ó aliados suyos; únicamente la República de Tlaxcala les opuso tenaz resistencia, lo cual dió lugar á rivalidades enojosas y á guerras sangrientas. Fomentaron la civilización, levantaron templos ó *teocallis* magníficos á sus dioses, y regios palacios á sus monarcas; perfeccionaron el cómputo del tiempo, que habían heredado de las toltecas, y escribieron sus leyes en el gran calendario de piedra, que se conserva en el Museo Nacional. Dividieron la ciudad en cuatro barrios ó cuarteles, que llamaban *Capulli*, y asignaron una deidad tutelar á cada uno de ellos. Los *teocallis* eran comúnmente edificios que contenían una pirámide truncada con gradas, y en el lado opuesto, una escala que daba acceso á la cima, donde se asentaba el adoratorio, frente á la piedra de los sacrificios, teniendo en la base los braseros en que se alimentaba el fuego sagrado. Entre estos *teocallis* sobresalía el que consagraron á Huitzilopochtli, y á Tlaloc, dioses de la guerra, y de las aguas respectivamente, donde acumularon todos los recursos del arte arquitectónico de la época. Era de forma piramidal truncada, con sus respectivas gradas y con ciento veinte escalones de piedra, sólidos y bien contruídos, y tan amplio que, según afirmaba Hernán

Cortés, podía contener una villa de quinientos vecinos, y comprendía muchas salas y corredores, cuarenta torres con unos cincuenta escalones para llegar á su altura. Todo estaba decorado con mosaicos, relieves é incrustaciones. Había un espacioso patio cercado por la tapia que llamaban Coapantli con una puerta para cada lado. Además se contenían dentro de aquel recinto varias capillas pequeñas, que las crónicas de aquellos tiempos hacen subir á setenta, y que servían de asilo y recogimiento á los principales personajes. En este *teocalli* central se inmolaban millares de víctimas humanas, como veremos más adelante.

En tal estado mixto de civilización y barbarie se encontraban los aztecas, cuando gobernando Moctezuma II se presentaron los españoles capitaneados por el insigne Hernán Cortés á engastar esta rica comarca, como brillante de extraordinario mérito, á la corona de Cristo Señor nuestro, cuyo amor únicamente había movido los alientos de la gran Reina castellana Isabel la Católica. Cortés, tan hábil político como bravo militar, comenzó por formar alianza con la República de Tlaxcala, émula irreconciliable del imperio azteca; y el 8 de Noviembre de 1519 se presentó á las puertas de la metrópoli mejicana, llamada justamente la Venecia de América, y que según el mismo Cortés era tan grande como Córdoba ó Sevilla, con cerca de ciento veinte mil casas habitadas por familias de cuatro á cinco personas. Supo captarse la benevolencia de Moctezuma, y hasta logró que se reconociera feudatario de los reyes de Castilla. Seis meses pasó tranquilo, recogiendo el oro y los demás espléndidos regalos que le hacía el Emperador indio, cuando tuvo que salir á pelear contra Pánfilo de Narváez, que, á nombre de Diego Velázquez, gobernador de Cuba, venía á apoderarse de él, como reo de traición. Cortés libró una batalla, que merece ponerse entre las

glorias más puras de su vida, cogió prisionero á Narváez, y robusteció su ejército con los soldados y bagajes de éste. Entre tanto una imprudencia del capitán Pedro de Alvarado, al cual había dejado al frente de la pequeña guarnición de Méjico, formada de 140 españoles y algunos aliados, hizo que los aztecas sintieran hervir la sangre de sus venas, y que abrieran los ojos para conocer como los extranjeros habían venido á arrebatárles patria y libertad; y con la energía que les prestaba la nobleza de su causa y el número, acometieron á los españoles, á los que habrían seguramente destruido, si Moctezuma no hubiera contenido á sus vasallos.

Cortés, avisado por Alvarado y Moctezuma, volvió á la capital al frente de 1300 españoles, 2000 tlaxaltecas y 96 caballos, reprendió severamente á Alvarado por la falta de lealtad, y, comprendiendo lo difícil de su posición, hizo varias salidas por las calles; mas hubiera perecido, á no presentarse Moctezuma en la azotea del palacio vestido de sus insignias reales, para calmar á los mejicanos: durante la arenga del infeliz rey sonó una voz que le llamó cobarde y afeminado; y Moctezuma, herido gravemente de una pedrada, sucumbió al terminar el mes de Junio de 1520. Muerto su protector, emprendió Cortés en la noche del primero de Julio la salida de la capital; pero, avisados los indios, travóse encarnizada refriega. Cortés, haciendo prodigios de valor, y matando á centenares de indios, logró salvar los fosos; y en Popotla, debajo de un árbol denominado *ahuehuate*, que todavía existe, y se conserva rodeado de verja de hierro, se reclinó y derramó amargas lágrimas por los compañeros que habían sucumbido, y porque veía casi deshechas sus ilusiones. Tan espantoso fué el desastre, que los fosos quedaron cegados con los cadáveres de incontables mejicanos, 4000 aliados de Cortés, y 450 españoles; y la historia reconoce á esa

fatídica noche con el calificativo de *Noche triste*. Con solo un puñado de valientes se dirigía Cortés á Tlaxcala á reponer su diezmando ejército y á dar corto reposo á los soldados, cuando en los llanos de Otumba un ejército innumerable de indios le cerró el paso y le presentó batalla. Fiado únicamente en la protección de Maria Inmaculada, porque le faltaban caballos y municiones, y sus soldados tenían las fuerzas agotadas, acometió al enemigo con tales bríos, que obtuvo la victoria más señalada y gloriosa que se haya visto en esta región. Con este motivo los españoles cantan á Maria,

Y en Otumba, Granada y Pavia  
Inmortal fué por tí su pendón.

El 13 de Agosto de 1521, fiesta de los gloriosos mártires Hipólito y Casiano, que desde entonces han sido venerados como patronos de la ciudad, Cortés se apoderó de la Metrópoli, y la hizo dependiente de la corona de Castilla. Al dar cuenta de este suceso al Emperador Carlos V, pidió que la región por él conquistada se llamase *Nueva España*, gracia que le fué otorgada. No faltan escritores que dicen, que el nombre de Nueva España confirmado por el decreto de Carlos V, venia de años anteriores. Cuando en 1518 Juan de Grijalba exploraba las dilatadas y hermosas costas de Yucatán, divisaron muchas poblaciones con edificios de piedra, novedad que movió á un soldado á decir que la tal tierra era semejante á España. Y á tan débil principio se debe el nombre dado á este reino.

Los monarcas castellanos nombraron á Cortés Gobernador y Capitán general de las nuevas posesiones. Poco tiempo más tarde, víctima de la envidia, hubo de regresar á España, viviendo en Sevilla olvidado y desamparado de los mismos á quienes había proporcionado colosal fortuna. Un día en que Carlos V salía de paseo

en coche, Cortés subió al estribo. El emperador le preguntó: *¿quién eres?* Cortés contestó con amargo y robusto acento: «*Soy el que os ha dado más provincias que ciudades os legaron vuestros padres y abuelos*». El emperador no le atendió. Después de Cortés estuvieron al frente de Nueva España tres gobernadores y dos Audiencias, hasta que en 1535 fué creado el Virreinato. Sesenta y seis Virreyes se sucedieron en el mando, y en su mayoría fueron bondadosos, activos, hicieron progresar la colonia; y los nombres de Mendoza, Velasco, Bucareli, 2.º Conde de Revillagigedo... señalan luminosas páginas de bienestar y engrandecimiento colonial. Los frailes y almas generosas predicaron la fe de Cristo, introdujeron con la civilización la rica y flexible lengua de Castilla, y levantaron edificios soberbios, que aun ahora son los más bellos monumentos de la República.

Á principios del siglo XIX se desarrolló en toda América el deseo de la libertad. Eternamente agradecidas las colonias á la madre patria, que les había enseñado la religión, la lengua y la civilización cristiana, creyeron que ya se podían gobernar por sí mismas. Durante tres siglos habían cedido á España el usufruto de sus enormes riquezas; justo era que se sentasen en el festín de los pueblos soberanos y autónomos. En la madrugada del 16 de Septiembre de 1810, D. Miguel Hidalgo y Costilla, cura de un pequeño pueblo del estado de Guanajuato, diócesis entonces de Morelia y ahora de León, llamado Dolores, hizo tocar las campanas convocando á los fieles á misa, y lanzó el primer grito de independencia. Esto le ha valido el título de *Padre de la Patria*, que le dan los mejicanos. Sacerdote de conducta poco ajustada á los sagrados cánones, por lo cual había dado en qué entender á la Inquisición, no era genio para la guerra. Llegó á reunir un poderoso ejército, y tomó las ciudades de Guanajuato, Morelia, Guadalajara, donde

á ciencia y aprobación suya cometieron horribles excesos, asesinando á hombres honrados y pacíficos, que no tenían otro crimen que ser españoles ó *cachupines*, como son llamados por apodo los españoles. Á poca distancia de la Capital ganó la célebre batalla del cerro de las Cruces; pero en vez de entrar en Méjico que estaba atemorizado y sin guarnición, se dirigió á Querétaro. Al cabo, fué cogido prisionero y fusilado. Los insurgentes no cejaron: púsose al frente de ellos otro cura, D. Miguel Morelos, que también dejaba que desear como eclesiástico; el cual abrió activa campaña, casi siempre con feliz éxito; pero derrotado en Texmalaca, cayó prisionero, y fué pasado por las armas el 22 de Diciembre de 1815.

La independencia, por más que lo rechacen los liberales, la debe Méjico al insigne Agustín Itúrbide, que, en unión con Guerrero, fraguó el famoso plan de Iguala, que fué el verdadero triunfo de los patriotas. A esto se añadió que el Virrey O' Donojú, recién desembarcado en Veracruz, al ver que era inútil la resistencia, traicionó á su rey pactando con Itúrbide, y en su compañía entró en la Capital de Nueva España. Era el 27 de Septiembre de 1821, fecha que debe considerarse como la más gloriosa para Méjico, ya que en ella se realizó la Independencia. Itúrbide cometió el desacierto de hacerse proclamar *emperador*; pero sólo un año pudo sostener la corona en las sienes y el cetro en la mano; pues el general Santa Ana suscitó la revolución que resultó victoriosa. Itúrbide, que era católico ferviente, abdicó su puesto con generosidad digna de todo encomio, y fué desterrado á Liorna (Italia). Algún tiempo después, regresó de incógnito á Méjico; pero, reconocido al desembarcar en Soto de la Marina, Estado de Tamaulipas, fué juzgado y condenado como traidor por un congreso, y pasado ignominiosamente por las armas: página negra.

de la historia de Méjico, porque no hay título que justifique semejante iniquidad. ¡Al más grande de los héroes de su patria, un congreso, indigno de este nombre, lo hizo morir en el patíbulo! Afortunadamente, la iglesia, que bendice todo lo heroico, recogió las cenizas del bravo y pundonoroso militar, y las guarda en la capilla de San Felipe de Jesús de la Catedral. Con esto su memoria va adquiriendo simpatías, y la actual generación empieza á hacerle justicia, pues cubre de flores su tumba, y celebra modestas exequias en el aniversario de su muerte.

Después, Méjico, como las naciones jóvenes, atravesó una época de pruebas, de guerras civiles, de anarquía. En 1847 los Estados Unidos, con su táctica acostumbrada, hicieron que se sublevaran los habitantes de Tejas, prestándoles recursos pecuniarios y municiones; y de este modo se hicieron dueños de la Alta California, de Tejas y Nuevo Méjico, es decir, que arrebataron á Méjico 94.600 leguas de terreno fertilísimo. Entre tanto las discordias civiles seguían aniquilando el país. Á esto se añadieron las discusiones religiosas. Cuando en 1857 subió á la presidencia D. Benito Juárez, calificado por los liberales avanzados de *Benemérito de las Américas*, dictó las tristemente célebres leyes llamadas de Reforma, vigentes aún, que separan á la Iglesia del Estado, dejando á la primera en la amarga condición de esclava, sin poder adquirir bienes de ninguna clase: los mismos templos se consideran propiedad de la nación, se prohíben las funciones públicas del culto, los sacerdotes no pueden usar el traje talar si no en las iglesias. Fueron disueltas las comunidades religiosas, y se confiscaron sus bienes. Las heroicas hermanas de la caridad fueron expulsadas del país. Y quien estas medidas tomaba, debía su educación y su valer á un benemérito sacerdote de Oajaca, guardián del convento de San Francisco;

pues Juárez, de pura raza indígena, había quedado huérfano de padre y madre, y hasta la edad de doce años no sabía leer ni escribir. Forzoso es concederle gran talento, que si le hubiera empleado en sostener los principios religiosos, habría labrado la ventura de su patria.

Para colmo de desgracias, á consecuencia de haberse negado el gobierno mejicano á pagar sus deudas exteriores, Francia, Inglaterra y España trataron de invadir el territorio de la República en 1861. Las dos últimas naciones con buen acuerdo se retiraron. Sólo Francia siguió en la lucha. De aquí resultó que fuera elegido emperador un archiduque austriaco, Maximiliano de Habsburgo, en el cual pusieron su confianza los buenos. El infeliz emperador, en vez de revocar las leyes de Reforma, las mantuvo, queriendo con esto granjearse las simpatías de los liberales; pero resultó que los católicos le retiraron la confianza, y los liberales se levantaron en armas, le derrotaron en Querétaro, y lo pasaron por las armas en el famoso cerro de las Campanas.

Por fortuna en 1877 entró á gobernar la República el general D. Porfirio Díaz, que ha devuelto la paz, y en su gobierno de veinte años lleva á Méjico por las vías del progreso.

Indicaremos sumariamente los beneficios reportados por Méjico en el cuarto de siglo que lleva de paz y tranquilidad.

La población ha aumentado, contándose hoy cerca de catorce millones de habitantes, de los cuales cinco millones son indios. La agricultura ha tomado singular incremento. Los productos de los campos y bosques ascienden anualmente á la enorme suma de 262 millones de pesos, siendo uno de los elementos principales de cosecha el maiz, cuyo producto se ha evaluado en 87 millones de pesos.

La industria, fomentada en su máxima parte con capitales extranjeros, se encuentra en estado floreciente.

Hay fábricas de diversas especies, siendo dignas de singular mención las de tejidos de algodón, que son 144 con unos 28.000 obreros. A pocos kilómetros de Guadalajara, en el pintoresco sitio llamado El Salto de Juanacatlán, existe una de estas fábricas, que puede competir con las mejores de otros países.

Se han facilitado las vías de comunicación. La red ferroviaria se compone de 14.000 kilómetros, la telegráfica de 70.000 kilómetros y la telefónica de 36.000 kilómetros. Hay cerca de 2000 oficinas postales.

El comercio de exportación asciende á 160 millones de pesos y á 65 millones el de importación.

La instrucción pública está bastante desarrollada. Existen 12.000 escuelas con 600.000 alumnos matriculados. Hay además 41 escuelas secundarias y 60 profesionales, á cuyas cátedras asisten 11.000 alumnos. Existen además 36 museos, 141 bibliotecas públicas, y ven la luz pública cerca de 600 periódicos.

Lástima que estos beneficios no alcancen á los indios, que se manifiestan todavía reacios á la civilización. Son laboriosos, fuertes y sufridos; pero viven en la miseria, sin nobles aspiraciones, ejerciendo en las ciudades oficios humildes con retribución escasisima. Forman un contraste triste con la opulencia de los edificios y con la cultura de los demás habitantes. Ojalá que pronto llegue para ellos una era de regeneración.

## II

### LA CAPITAL DE MÉJICO

Méjico es una de las ciudades más bellas, importantes y populosas de la América latina. Se halla asentada en el centro de una alta y circular meseta, cuya super-

ficie mide 4214 kilómetros cuadrados, á cuatro kilómetros y medio del lago de Texcoco. Su posición geográfica es 19° 36' 26" de latitud norte y 99° 6' 39" de longitud oeste del meridiano de Greenwich. Aunque situada en la zona tórrida, su clima es muy benigno por encontrarse á 2282 metros sobre el nivel del mar. Su temperatura media es 15° 4'. En el invierno brilla en su cielo azul, completamente despejado de nubes, un sol espléndido. Á eso se debe que en todo tiempo los jardines de sus plazas y paseos ostenten gayas flores, sobre todo gardenias. La población es como de 400.000 almas.

El viajero, que viene á la ciudad, no puede menos de admirar calles anchas y largas con pavimento como de salón, cruzadas por innumerables tranvías eléctricos, magníficos paseos, elegantes edificios, públicos y particulares y bien montados establecimientos científicos y literarios. Entre los paseos sobresale el de Colón, ó de la Reforma, ancha calzada de tres mil metros de longitud, que termina en el parque de Chapultepec, en cuyo centro y en un montecillo se alza el castillo, que es la morada de verano del Presidente de la República. Tiene elegantes glorietas, dobles hileras de árboles y está cercada de elegantes edificios, pues es el camino preferido de los ricos y de los extranjeros. Á ambos lados de esta calzada hay estatuas de los hijos más esclarecidos de todos los Estados. También se encuentran allí la estatua ecuestre de Carlos IV, rey de España, obra del insigne D. Manuel Tolsa, y es la obra de arte más hermosa y monumental que posee la ciudad; la de Cristóbal Colón, y el monumento á Cuauhtemotzin. Sitio ameno dentro de los muros de la ciudad es la Alamedal vasto paralelogramo de 452 metros de longitud por 217 de ancho. Más de 1500 corpulentos fresnos forman e, parque, que posee además glorietas, jardines, fuentes, estatuas.

La industria, fomentada en su máxima parte con capitales extranjeros, se encuentra en estado floreciente.

Hay fábricas de diversas especies, siendo dignas de singular mención las de tejidos de algodón, que son 144 con unos 28.000 obreros. A pocos kilómetros de Guadalajara, en el pintoresco sitio llamado El Salto de Juanacatlán, existe una de estas fábricas, que puede competir con las mejores de otros países.

Se han facilitado las vías de comunicación. La red ferroviaria se compone de 14.000 kilómetros, la telegráfica de 70.000 kilómetros y la telefónica de 36.000 kilómetros. Hay cerca de 2000 oficinas postales.

El comercio de exportación asciende á 160 millones de pesos y á 65 millones el de importación.

La instrucción pública está bastante desarrollada. Existen 12.000 escuelas con 600.000 alumnos matriculados. Hay además 41 escuelas secundarias y 60 profesionales, á cuyas cátedras asisten 11.000 alumnos. Existen además 36 museos, 141 bibliotecas públicas, y ven la luz pública cerca de 600 periódicos.

Lástima que estos beneficios no alcancen á los indios, que se manifiestan todavía reacios á la civilización. Son laboriosos, fuertes y sufridos; pero viven en la miseria, sin nobles aspiraciones, ejerciendo en las ciudades oficios humildes con retribución escasisima. Forman un contraste triste con la opulencia de los edificios y con la cultura de los demás habitantes. Ojalá que pronto llegue para ellos una era de regeneración.

## II

### LA CAPITAL DE MÉJICO

Méjico es una de las ciudades más bellas, importantes y populosas de la América latina. Se halla asentada en el centro de una alta y circular meseta, cuya super-

ficie mide 4214 kilómetros cuadrados, á cuatro kilómetros y medio del lago de Texcoco. Su posición geográfica es 19° 36' 26" de latitud norte y 99° 6' 39" de longitud oeste del meridiano de Greenwich. Aunque situada en la zona tórrida, su clima es muy benigno por encontrarse á 2282 metros sobre el nivel del mar. Su temperatura media es 15° 4'. En el invierno brilla en su cielo azul, completamente despejado de nubes, un sol espléndido. Á eso se debe que en todo tiempo los jardines de sus plazas y paseos ostenten gayas flores, sobre todo gardenias. La población es como de 400.000 almas.

El viajero, que viene á la ciudad, no puede menos de admirar calles anchas y largas con pavimento como de salón, cruzadas por innumerables tranvías eléctricos, magníficos paseos, elegantes edificios, públicos y particulares y bien montados establecimientos científicos y literarios. Entre los paseos sobresale el de Colón, ó de la Reforma, ancha calzada de tres mil metros de longitud, que termina en el parque de Chapultepec, en cuyo centro y en un montecillo se alza el castillo, que es la morada de verano del Presidente de la República. Tiene elegantes glorietas, dobles hileras de árboles y está cercada de elegantes edificios, pues es el camino preferido de los ricos y de los extranjeros. Á ambos lados de esta calzada hay estatuas de los hijos más esclarecidos de todos los Estados. También se encuentran allí la estatua ecuestre de Carlos IV, rey de España, obra del insigne D. Manuel Tolsa, y es la obra de arte más hermosa y monumental que posee la ciudad; la de Cristóbal Colón, y el monumento á Cuauhtemotzin. Sitio ameno dentro de los muros de la ciudad es la Alamedal vasto paralelogramo de 452 metros de longitud por 217 de ancho. Más de 1500 corpulentos fresnos forman e, parque, que posee además glorietas, jardines, fuentes, estatuas.

La plaza de armas que vulgarmente se llama el Zócalo (1) es digna de admirarse por su ameno jardín, y por los edificios que la rodean. El costado oriente ocupó el Palacio Nacional, de arquitectura pobre y monótona; pero notable por sus gigantescas proporciones, que lo hacen uno de los edificios públicos más grandes del mundo. El área que ocupa es como de cuarenta mil metros cuadrados. De su enorme amplitud puede juzgarse por los departamentos administrativos que en él se encuentran instalados, y son los siguientes: Salón de la Presidencia, Salón para la recepción de Embajadores, cinco Ministerios, Archivo general de la Nación, Administración general de correos, Cuartel de Ingenieros, Cuartel de Artillería, Museo Nacional, Imprenta y Litografía, Administración del timbre, un Observatorio meteorológico, y otras muchas dependencias que sería prolijo enumerar. Este palacio fué empezado por Hernán Cortés en el mismo sitio de la regia morada de Moctezuma, embellecido por los Virreyes en la época colonial, y renovado casi enteramente en los últimos años.

En el costado norte de la plaza se yergue imponente la Catedral, en el mismo sitio que ocupaba el enorme Teocalli, ó templo azteca. Es monumento grandioso de piedra de sillería mandado construir por Felipe II cuando era Regente por su padre Carlos V. Casi un siglo se empleó en construir esta basílica, pues habiéndose empezado en 1573, vino á dedicarse el 22 de Diciembre de 1667. Tan magna fué la obra, que duró la vida de cuatro reyes y se gastaron en ella nada menos que tres millones trescientos mil pesos. El interior de orden dórico con ciertas reminiscencias del gótico, que marca el

(1) El guía de Méjico asegura, que este nombre le viene de que se quiso erigir en ella una estatua á la Independencia, lográndose sólo construir el zócalo.

carácter de las construcciones españolas del siglo xvi, consta de cinco naves, cuya altura decrece gradualmente en la central á las laterales, que forman catorce capillas. Veinte columnas estriadas sostienen arcos esbeltos y elevadas bóvedas, de las cuales las del centro, que en su conjunto forman cruz latina, se hallan interrumpidas por bellísima cúpula de figura octogonal con pinturas al temple, que representan la Asunción de la Santísima Virgen, y en diversos grupos los patriarcas y las mujeres más célebres de la Historia sagrada. Mide 118 metros á lo largo por 54 en lo ancho sin contar el grueso de las paredes. La costumbre española de colocar el coro de los canónigos en medio de las catedrales impide, que pueda admirarse en toda su extensión la magnífica nave del centro. El templo es bastante claro, pues recibe la luz por 176 ventanas. Tiene 47 altares, y por ser el mayor de cuatro caras (1) se podrían celebrar cincuenta misas al mismo tiempo. El exterior de este monumento es grandioso y severo. La fachada principal está formada por tres grandes portadas y dos

(1) El altar mayor actual se estrenó el 15 de Agosto de 1850 y costó cien mil pesos. Para llevar á cabo esta obra se vendió una estatua de la Asunción de la Santísima Virgen, Titular de la Catedral, que era rica y hermosa. Era de oro esmaltado, tenía vara y media de alto y pesaba 4984 castellanos.

La iglesia poseía alhajas valiosísimas. Entre ellas figuraban veinte cálices de oro y más de 70 de plata; seis candeleros y la cruz de tres cuartas de altura y de oro; la lámpara de plata, que estaba suspendida delante del presbiterio, que pesaba cerca de ochenta y ocho arrobas y costó 71.343 \$; la custodia que era una verdadera maravilla por las esmeraldas y demás piedras preciosas que la enriquecían. El gobierno liberal de Juárez se apoderó de estas riquezas. La custodia que se apreciaba en doscientos mil pesos fué vendida á Francia y es la que ahora se usa en la Catedral de Paris.

Datos tomados del libro «La ciudad de Méjico» por D. José Maria Marroquí, publicado en 1900, 3 vol.

cuerpos. Los órdenes dórico y jónico se armonizan en éstos con verdadero lujo de molduras, estatuas y otros adornos de mármol. Tiene dos torres del mismo estilo y orden de la fachada, aunque la altura de 62 metros no corresponde á su ancha base y gruesos muros. Entre las campanas es notable la llamada *Santa María de Guadalupe*, que pesa 270 quintales, y costó diez mil cuatrocientos pesos. La catedral de Méjico sería sin duda la más bella del Nuevo Mundo, si no la afeasen su detestable piso de madera, los altares nuevamente construidos de estilo muy diverso al de la iglesia, y el desaseo y poca ornamentación en que se la tiene.

Al lado de la catedral se encuentra la parroquia del Sagrario, de tres naves, cuya planta forma cruz griega, y en cuyo centro se alza sobre cuatro robustos pilares la cúpula octogonal. Su fachada contrasta con el carácter severo del Templo metropolitano, recargada como está de complicados adornos tallados en la cantería, que pueden compararse á trabajos de filigrana; merece citarse como modelo del estilo churrigueresco. De los demás templos son dignos de notarse el llamado La Profesa, de tres naves, que pertenecía á la Compañía de Jesús, y que el gobierno vendió á los Padres del Oratorio de San Felipe Neri á condición de cambiarle el nombre por el de San José el Real; San Hipólito, de estilo bizantino, y Jesús María, que son de los más decorados y concurridos; el expiatorio de San Felipe de Jesús, San Francisco, Santo Domingo, etc.

Méjico se distingue por sus grandes y bien montados edificios científicos y literarios. Tiene escuelas Preparatoria, de Jurisprudencia, de Medicina, de Ingenieros, de Comercio y Administración, Conservatorio de música, con edificios grandiosos; muchos de ellos fueron propiedad de las iglesias ó de los frailes. El Museo Nacional está dividido en dos secciones: la de Historia Natural,

y la de Antigüedades. La Biblioteca Nacional ocupa el templo antiguo de San Agustín, uno de los más soberbios monumentos de la capital. La Biblioteca posee más de ochocientos mil volúmenes de obras eruditas y sabias, dado que se formó con los libros recogidos en los conventos y en la ex-Universidad.

Posee también Méjico establecimientos de beneficencia, en los cuales se deja sentir la ausencia de las Hermanas de la Caridad, y de crédito mercantil de primer orden. Cada colonia extranjera tiene su casino y lugares de reunión. Las colonias más numerosas son la española y la yanki.

### III

#### EL TEPEYAC

Pocos americanos habrá que no hayan oído hablar del Tepeyac, teatro de una de las más insignes bondades de María Inmaculada. En un día de eterna recordación la excelsa Madre de Dios asentó en él sus plantas virginales, y perfumó sus brisas con el aliento de su boca. Desde entonces se ha hecho célebre y sonado en el mundo, y quedó consagrado, como la gruta Masabielle en Lourdes y las montañas de Hebrón en la Judea.

El Tepeyac, llamado por un antiguo escritor *Tabor de María*, es un pequeño cerro árido y triste, cuyo nombre viene del idioma azteca y significa *extremidad ó remate agudo de los cerros*, porque en verdad es el remate de la sierra de Cuautitlán, que á su vez es ramal de la sierra madre que corre á lo largo de todo el país. Desde la antigüedad gentilica fué frecuentado el Tepeyac por romerías que acudían de las más remotas provincias; pues los indios, según afirma la tradición, adoraban allí un ídolo á quien llamaban Tonantzin, *la madre de los*

*dioses*. Por una providencia especial, la Santísima Virgen eligió para santificarlo el lugar mismo en que el demonio devoraba tantas almas. De aquí es que los indios llamaban á la celestial Señora: *La que ahuyenta á los que nos comtan*, es decir, á los espíritus infernales. En su cima se levanta una capilla llamada del *Cerrito*, que describiremos más adelante, y un cementerio que mide tres mil metros cuadrados de superficie; pero desgraciadamente, á consecuencia de las funestísimas leyes de la República, mal llamadas de Reforma, junto á la tumba del católico sincero se encuentra la del afiliado á la masonería, que murió renegando de Dios.

Desde esa cima se descubre vasto y bellissimo panorama. Á lo lejos los montes que circundan á Méjico, azules en sus faldas y reflejando en sus crestas los últimos rayos del sol, como inmensas hornazas de oro fundido. «Las hendiduras profundas del Ajusco semejan con su oscuridad las bocas pavorosas del abismo, y contrastan sus tinieblas con las deslumbradoras reverberaciones del lago Texcoco, inmóvil y brillante cual lámina de acero bruñido de cambiantes de perla y azulados». Cierran el horizonte las dos moles gigantescas coronadas de nieves perpetuas, el Popocatépetl (montaña humeante), volcán no extinguido de 5425 metros sobre el nivel del mar, y el Iztacihuatl (mujer blanca), de 4900 metros. Al pie del cerrito se extiende la ciudad de Guadalupe-Hidalgo, llamada así de la Virgen Inmaculada y del cura de Dolores, D. Miguel Hidalgo y Costilla, que lanzara el primer grito de independencia. Aunque es ciudad pequeña de unas siete mil almas, ha sido notable en los fastos de la historia mejicana.

En ella Gonzalo de Sandoval, uno de los capitanes de Hernán Cortés, puso sus reales en 1521, en que se inauguró el sitio de la capital. En 1847, cuando los Estados Unidos declararon injusta guerra á Méjico, arrebatán-

dole la mitad de su territorio, se firmaron los tratados de paz en Guadalupe-Hidalgo. Pero lo que le da fama universal es el majestuoso y venerando santuario de Ntra. Sra. de Guadalupe, donde se conserva la pintura de la Virgen, obra no de pinceles de la tierra, sino que apareció milagrosamente estampada en la pobre tilma de un indio.

Si bien todos los templos consagrados á la Reina de los cielos son dignos de veneración, éste cautiva los corazones, por haber sido pedido por Ella misma para hacer ostentación de sus misericordias. Cuatro santuarios celeberrimos hay en el mundo que deben su existencia á un milagro, y que han sido levantados á suplicación de la Virgen Santísima. El del Pilar de Zaragoza en España, que Ella pidió al apóstol Santiago, cuando se le apareció en las orillas del Ebro en la noche del 2 de Enero del año 42; el de Santa María la Mayor en el monte Esquilino de Roma, llamado también de Nuestra Señora de las Nieves, debido á la revelación que hizo María al Papa Liberio, al patricio Juan y á la esposa de éste; el de Lourdes en los Pirineos de Francia, para el cual sirviera de instrumento la humilde doncella de catorce años, Bernardita Soubirous; y el de Nuestra Señora de Guadalupe, que la misma Virgen pidió á su siervo, el neófito Juan Diego, y cuya historia tenemos la honra de relatar.

Esta aparición en el Tepeyac es la única visita con que la Santísima Virgen ha honrado á la América, y lo hizo precisamente para manifestar que es Madre, Reina y Amparo de los aborígenes de este continente virgen, que para gloria suya Dios hizo surgir del fondo de los océanos, cual rica presea de la humanidad. Nuestra Señora de Guadalupe es la Soberana del Nuevo Mundo. Así lo han reconocido personajes ilustres en estos últimos tiempos. El 12 de Octubre de 1895, en que fué

coronada la santa imagen, acudieron á presenciar la augusta ceremonia y á rendir pleito homenaje á su Soberana Obispos de diversas Repúblicas, como de los Estados Unidos, Canadá, Colombia, Cuba, de las Guayanas y de Jamaica. En el Concilio Plenario de la América latina, celebrado en Roma en 1899 con asistencia de trece Arzobispos y cuarenta Obispos, al terminar sus tareas, se dieron gracias al Todopoderoso, y después se prorrumpió en esta exclamación: «Perpetua alabanza y honra sempiterna sea dada á la Santísima Virgen María, inmune de pecado original y poderosísima Patrona de nuestra muy amada América latina. ¡Oh Inmaculada, oh benignísima Madre, oh dulcísima y augustísima Reina nuestra! con el mayor regocijo cantamos tus misericordias. Bajo tu amparo nos acogemos. ¡Oh Señora, que atraes dulcemente los humanos corazones! tú has cautivado el nuestro; tú has conquistado el corazón de nuestros pueblos; tú, por medio de tu suavísima protección en tu imagen de Guadalupe y en los demás monumentos de tu maternal amor, has conservado, extendido y confirmado en todas nuestras naciones las primicias de nuestra fe.» Además los Prelados pidieron á la Santa Sede que el oficio y misa propios de Nuestra Señora de Guadalupe, con rito de primera clase, se extendieran á toda la América latina, lo que les fué otorgado para siempre en primero de Enero de 1900.

En 1901 se reunieron en la ciudad de Méjico altas personalidades de todas las regiones del Nuevo Mundo para celebrar el congreso llamado *Pan-Americano*, cuyo objeto era acordar los medios más oportunos de general progreso y buscar solución á los más arduos problemas sociales. En un día memorable, que fué el 29 de Diciembre, la inmensa mayoría de aquellos ilustres sabios asistieron á la función extraordinaria celebrada en la Basilica de Guadalupe para implorar de la divina Bon-

dad el bienestar moral y material de los pueblos del Continente.

De una extensa y amena relación publicada en el periódico *El Tiempo*, redactada por el licenciado Don Victoriano Agüeros, extractamos los detalles de dicha fiesta nunca vista en el Templo del Tepeyac. El altar y el presbiterio estaban adornados con guirnaldas y macetas de flores naturales, que les daban el aspecto de un jardín. Mucho antes de la hora señalada el templo estaba lleno de bote en bote con las familias más distinguidas de la sociedad mejicana, deseosas de contemplar la llegada de los Delegados. Éstos fueron llegando en el orden siguiente: Señores Walker Martínez (Joaquín), de Chile; Carbó, del Ecuador; Dr. Leger, de Haití; Báez, del Paraguay; Álvarez Calderón, del Perú; Calvo, de Costa Rica; Gutiérrez, de Santo Domingo; Velasco, secretario de Bolivia; General Reyes, de Colombia; General Trisbbie, en representación del Señor Davis, de los Estados Unidos, que también estuvo presente; Estupinián, del Salvador; Bermejo, de la Argentina; Dávila, de Honduras; Fausto Estupinián, de Nicaragua. Asistieron además muchos otros miembros de la Conferencia.

Á la entrada de cada Delegado la comisión de recepción le entregaba una bandera de seda de su propio país y le acompañaba al interior de la Basilica.

El Ilmo. Sr. Arzobispo, Dr. D. Próspero María Alarcón, entonó la Salve, y un escogido coro de cantores ejecutó la hermosa inspiración del maestro Leoní. Después de una misa rezada, organizóse brillante procesión, formada por los Delegados, el clero, cabildo de la Colegiata y Prelado. Mientras desfilaba por las naves, los músicos ejecutaban la Letanía de Capocci y luego la Marcha de Teiffer. Al llegar al presbiterio, el Prelado recibió las banderas de manos de cada uno de los

Delegados y las colocó á guisa de trofeo á los pies de la Madre de Guadalupe. Con esto quedaba reconocida Soberana del Nuevo Mundo.

Éste es el motivo por que le asignamos el primer lugar en la *América Mariana*. Si me dejara llevar de los afectos del corazón, la primera serías Tú, Virgen de mis amores, Madre de Andacollo, Perla preciosísima de mi querido Chile, en cuyo santuario bendito, colgado como nido de águila en la cima de altísimas montañas, derramé tantas veces mi alma en los días plácidos de la niñez.

## IV

## EL INDIO AFORTUNADO

Diez años y cuatro meses después que los españoles conquistaron á Méjico, la Santísima Virgen María quiso manifestar su predilección por los naturales de este riquísimo y hermoso país. Vino á embalsamar con su presencia y con su aspecto de amable joven azteca esta tierra feliz, dejando su santa imagen como testimonio de que quería ser para siempre madre y reina de los mejicanos; favor que al Pontífice Benedicto XIV arrancó este grito de entusiasmo, que ha llegado á ser legendario: *Non fecit taliter omni nationi*; no obró María de tal manera con todas las naciones. El insigne políglota mejicano, presbítero Luis Becerra Tanco, en interesante libro titulado, *Felicidad de Méjico en la admirable aparición de nuestra Señora de Guadalupe*, impreso por vez primera en 1666, ha consignado la tradición auténtica, que del prodigio conservaban los indios en sus escritos históricos y que él procuró traducir fielmente. Daremos resumen de dicha tradición.

En la alborada del sábado 9 de Diciembre de 1531 un indio humilde, candoroso y neófito en la fe, llamado

Juan Diego, natural de Cuautitlán, vecino de Tolpetlac, de unos 48 años, viudo de María Lucía (1), venía de su pueblo para asistir á la misa de la Santísima Virgen, que en su iglesia de Santiago Tlalteloleo celebraban los religiosos franciscanos.

Al pasar al pie del Tepeyac oyó cantar dulce y armonioso, que le pareció como de muchedumbre de canoras avecillas, y alzando la vista á la cumbre del cerro, donde le parecía se formaban las voces, vió una nube blanca y resplandeciente, y en el contorno de ella hermoso arco iris de vivísimos colores. Quedó el indio absorto en suave arrobamiento, sintiendo en el fondo de su alma júbilo inexplicable, de tal suerte que dijo entre sí: «¿Qué será esto que oigo y veo? ó ¿á dónde he sido llevado, ó en qué lugar me hallo del mundo? ¿Por ventura he sido trasladado al paraíso de delicias, que llamaban nuestros mayores, origen de nuestra carne, jardín de flores, ó tierra celestial, oculta á los ojos de los hombres?» Estando en esta especie de éxtasis, oyó voz dulce y delicada como de mujer, que saliendo de los esplendores de la nube, le llamaba por su nombre propio de Juan y le pedía que se acercase. No se hizo repetir la invitación el bondadoso indio, sino que á toda prisa subió la cuestecilla del collado. En medio de la claridad contempló á una Señora hermosísima, cuyo ropaje, en frase del mismo Juan Diego, brillaba tanto, que al herir con sus resplandores las rocas de la montaña, las transformaba en transparentes perlas, y ha-

(1) En los siglos XVI y XVII acostumbraban los Misioneros y curas poner á los indios dos nombres de santos, sirviendo el segundo de apellido, que no se trasmitía á la familia. Otros añadian al nombre castellano el indígena, que le servía de apellido y se trasmitía á los descendientes. Como en cada pueblo hay santos de especial devoción, resultaba que abundaban mucho los homónimos ó tocayos.

Delegados y las colocó á guisa de trofeo á los pies de la Madre de Guadalupe. Con esto quedaba reconocida Soberana del Nuevo Mundo.

Éste es el motivo por que le asignamos el primer lugar en la *América Mariana*. Si me dejara llevar de los afectos del corazón, la primera serías Tú, Virgen de mis amores, Madre de Andacollo, Perla preciosísima de mi querido Chile, en cuyo santuario bendito, colgado como nido de águila en la cima de altísimas montañas, derramé tantas veces mi alma en los días plácidos de la niñez.

## IV

## EL INDIO AFORTUNADO

Diez años y cuatro meses después que los españoles conquistaron á Méjico, la Santísima Virgen María quiso manifestar su predilección por los naturales de este riquísimo y hermoso país. Vino á embalsamar con su presencia y con su aspecto de amable joven azteca esta tierra feliz, dejando su santa imagen como testimonio de que quería ser para siempre madre y reina de los mejicanos; favor que al Pontífice Benedicto XIV arrancó este grito de entusiasmo, que ha llegado á ser legendario: *Non fecit taliter omni nationi*; no obró María de tal manera con todas las naciones. El insigne políglota mejicano, presbítero Luis Becerra Tanco, en interesante libro titulado, *Felicidad de Méjico en la admirable aparición de nuestra Señora de Guadalupe*, impreso por vez primera en 1666, ha consignado la tradición auténtica, que del prodigio conservaban los indios en sus escritos históricos y que él procuró traducir fielmente. Daremos resumen de dicha tradición.

En la alborada del sábado 9 de Diciembre de 1531 un indio humilde, candoroso y neófito en la fe, llamado

Juan Diego, natural de Cuautitlán, vecino de Tolpetlac, de unos 48 años, viudo de María Lucía (1), venía de su pueblo para asistir á la misa de la Santísima Virgen, que en su iglesia de Santiago Tlalteloleo celebraban los religiosos franciscanos.

Al pasar al pie del Tepeyac oyó cantar dulce y armonioso, que le pareció como de muchedumbre de canoras avecillas, y alzando la vista á la cumbre del cerro, donde le parecía se formaban las voces, vió una nube blanca y resplandeciente, y en el contorno de ella hermoso arco iris de vivísimos colores. Quedó el indio absorto en suave arrobamiento, sintiendo en el fondo de su alma júbilo inexplicable, de tal suerte que dijo entre sí: «¿Qué será esto que oigo y veo? ó ¿á dónde he sido llevado, ó en qué lugar me hallo del mundo? ¿Por ventura he sido trasladado al paraíso de delicias, que llamaban nuestros mayores, origen de nuestra carne, jardín de flores, ó tierra celestial, oculta á los ojos de los hombres?» Estando en esta especie de éxtasis, oyó voz dulce y delicada como de mujer, que saliendo de los esplendores de la nube, le llamaba por su nombre propio de Juan y le pedía que se acercase. No se hizo repetir la invitación el bondadoso indio, sino que á toda prisa subió la cuestecilla del collado. En medio de la claridad contempló á una Señora hermosísima, cuyo ropaje, en frase del mismo Juan Diego, brillaba tanto, que al herir con sus resplandores las rocas de la montaña, las transformaba en transparentes perlas, y ha-

(1) En los siglos XVI y XVII acostumbraban los Misioneros y curas poner á los indios dos nombres de santos, sirviendo el segundo de apellido, que no se trasmitía á la familia. Otros añadían al nombre castellano el indígena, que le servía de apellido y se trasmitía á los descendientes. Como en cada pueblo hay santos de especial devoción, resultaba que abundaban mucho los homónimos ó tocayos.

blándole en lengua mejicana con semblante apacible le dijo:—Hijo mío, á quien amo tiernamente, como á pequeñito y delicado, ¿á dónde vas?—Voy, noble dueña y Señora mía, á Méjico, y al barrio de Tlaltelolco á oír la misa que nos celebran los ministros de Dios y súbditos suyos.—Sábet, hijo mío muy querido, replicó la Señora, que yo soy la siempre Virgen María, Madre del verdadero Dios; y es mi deseo que se me erija un templo en este sitio, donde, como Madre piadosa tuya y de tus semejantes, mostraré mi clemencia amorosa y la compasión que tengo de los naturales y de aquéllos que me aman y buscan, y donde oíré sus ruegos y súplicas para darles consuelo y alivio; y para que tenga efecto mi voluntad, has de ir á la ciudad de Méjico, y al palacio del Obispo que allí reside, al cual dirás que yo te envío y cómo es gusto mío que me edifique un templo en este lugar; le referirás cuanto has visto y oído; y ten por cierto que te agradeceré lo que por mí hicieres en esto que te encargo, y te daré prestigio y sublimaré por ello.—Postrándose el indio en tierra, respondió:—Ya voy, nobilísima Señora y dueña mía, á poner por obra tu mandato como humilde siervo tuyo; quédate en buena hora.—Y sin pérdida de tiempo se dirigió al palacio del Ilmo. D. Fray Juan de Zumárraga, primer Obispo de Méjico.

Tardó en ver al Prelado, porque los familiares no se lo permitían, ora porque le viesan tan pobre y humilde, ora porque era muy de mañana, obligándole á esperar mucho tiempo, hasta que, conmovidos de su paciencia, le dieron entrada.

Llegado á presencia de su Señoría, refirió, hincado de rodillas, todo lo que había visto y oído. El prudente Prelado escuchó con admiración el relato; pero temiendo que fuese imaginación del indio, poco instruido en la fe, ó sueño, ó ilusión del demonio, lo despidió diciéndole,

que volviera dentro de algunos días, pues quería deliberar con calma sobre tan grave y delicado asunto.

Salió el indio del palacio del Obispo muy desconsolado y triste, tanto por haber entendido que no se le había dado entera fe y crédito, como por no haber surtido efecto la voluntad de María Santísima, de quien era mensajero. El mismo día después de la puesta del sol, volvió Juan Diego á Tolpetlac, que era el pueblo de su residencia (1). Al llegar al Tepeyac encontró á la Virgen María, que le aguardaba en el mismo sitio, donde se le había aparecido por la mañana. Cuando Juan Diego la vió, postrándose en su acatamiento, le dijo: «Niña mía muy querida, Reina y altísima Señora, hice lo que me mandaste; y aunque no tuve luego entrada á ver y hablar con el Obispo hasta después de mucho tiempo, habiéndole visto, le di tu embajada, en la forma que me ordenaste; oyóme apacible y con atención; mas á lo que ví yo en él, y según las preguntas que me hizo, colegí que no me había dado crédito; porque me dijo que volviese otra vez para inquirir de mí más despacio el negocio á que iba y escudriñar lo más de raíz. Presumió que el templo que pides se te levante, es ficción ó antojo mío, y no voluntad tuya; y así te ruego que envíes para esto persona noble y principal, digna de respeto, á quien deba darse crédito; porque ya ves, dueña mía, que yo soy un pobre villano, hombre humilde y plebeyo, y que no es para mí este negocio, á que me envías; perdón, Reina mía, mi atrevimiento, si en algo he excedido al decoro debido á tu grandeza, no sea que yo haya caído en tu indignación, ó te haya sido desagradable con mi respuesta».

(1) Tolpetlac significa lugar de esteras de espadaña, porque sería en aquel tiempo única ocupación de los indios vecinos de este pueblo el tejer esteras de esta planta.

Oyó benignamente la Virgen María al indio, y después de manifestarle que aunque tenía muchos criados á quienes mandar, quería valerse de él para este encargo, le ordenó que volviese á visitar al Obispo y le dijera que la Madre de Dios era la que le pedía el templo. Juan Diego, aunque temeroso de no obtener éxito más favorable que en la primera entrevista, prometió cumplir lo que se le ordenaba y que traería la respuesta al caer la tarde del siguiente día.

El domingo 10 de Diciembre se presentó en el palacio, y después de muchas dilaciones de los familiares, logró hablar al Prelado, el cual le oyó con más atención y quedó convencido de la sinceridad del indio. Mas, para no errar en asunto tan delicado, expuso á Juan Diego que pidiese á la Señora, que lo enviaba, señal de donde pudiera colegirse que era la Madre de Dios y era voluntad suya se le erigiese un templo. Respondió el indio que «viese qué prueba quería que le pidiese». Muy grata impresión produjo en el ánimo del Obispo, que el indio no pusiera excusa en requerir la señal, antes sin turbación alguna le había contestado que indicase él mismo la que le pareciese. Con todo, para evitar hasta la sombra de ilusión ó engaño, llamó á dos de sus familiares de más confianza, y hablándoles en lengua castellana, que no entendiese el indio, los mandó que lo reconociesen muy bien y que luego que se despidiese, fueran en su seguimiento; que sin perderlo de vista y sin que él sospechase que lo seguían, fuesen en pos de él hasta el lugar en que afirmaba haber visto á la Virgen María, que advirtiesen con quién hablaba, y le diesen después razón de todo cuanto vieran y entendiesen. Hizose conforme al mandato del señor Obispo. Despedido el indio de la presencia de su Señoría, le fueron siguiendo los familiares á cierta distancia, hasta el riachuelo que está antes de llegar al cerro del Tepeyac,

donde Juan Diego se les desapareció, sin que pudieran encontrarlo, á pesar de la diligencia que ambos pusieron en buscarle. Volvieron despechados al palacio á informar al Prelado, y le rogaron, que lejos de darle crédito, le castigase, pues era sin duda un embaucador, mentiroso ó hechicero.

Entre tanto Juan Diego se encontró en la cima del cerro con la Santísima Virgen, y le dijo lo que el Obispo le pedía. La Virgen María, agradeciéndole su diligencia, le expresó que volviera al día siguiente al mismo lugar, para darle la señal cierta que el Obispo deseaba. Ésta fué la tercera aparición.

## V

## FLORES MILAGROSAS

Vuelto á su casa encontró Juan Diego á un tío suyo, llamado Juan Bernardino, con quien vivía y á quien amaba y veneraba como á padre, atacado del cocoliztle (fiebre maligna): así es que el lunes 11 no pudo comparecer á la cita que le había dado la Señora, por ocuparse en buscar médico y remedios para el paciente. El martes 12 salió al romper del alba hacia Tlaltelolco á llamar un sacerdote franciscano, que administrase los sacramentos de la Penitencia y Extremaunción á su tío, el cual se había agravado notablemente. Al llegar al sitio por donde debía subir al montecillo, recordó que no había acudido á lo ordenado por la Santísima Virgen, y temiendo que le reprendiera, cogió otra vereda por la falda oriental, creyendo cándidamente que no le vería, ni detendría. Mas he aquí que al pasar por el paraje, donde brota el manantial aluminoso, denominado hoy *El Pocito de la Virgen*, le salió al encuentro María Santísima, circuida de una nube y radiante de claridad,

y le preguntó:—«¿A dónde vas, hijo mío, y qué camino es el que has seguido?»—El indio, temeroso y avergonzado, se puso de rodillas, y respondió:—«Niña mía muy amada y Señora mía, Dios te guarde. ¿Cómo has amanecido? ¿Estás con salud? No tomes disgusto de lo que dijere. Sabe, dueña mía, que está enfermo de riesgo un siervo tuyo y tío mío de un accidente grave y mortal; y porque se ve muy fatigado, voy de prisa al templo de Tlalotelco en la ciudad á llamar á un sacerdote, para que venga á confesarle y olearle, que en fin nacimos todos sujetos á la muerte; y después de haber hecho esta diligencia, volveré por este lugar á obedecer tu mandato. Perdóname te ruego, Señora mía, y ten un poco de sufrimiento, que no me escuso de hacer lo que has mandado á este siervo tuyo, ni es disculpa fingida la que te doy, que mañana volveré sin falta».

Oyó María con semblante apacible la disculpa del indio, y le dijo de esta suerte:—«Oye, hijo mío, lo que te digo ahora: no te moleste ni afija cosa alguna, ni temas enfermedad, ni otro accidente penoso, ni dolor. ¿No estoy aquí yo, que soy tu Madre? ¿No estás debajo de mi sombra y amparo? ¿No soy yo vida y salud? ¿No estás en mi regazo y corres por mi cuenta? ¿Tienes necesidad de otra cosa? No tengas pena ni cuidado alguno de la enfermedad de tu tío, que no ha de morir de ese achaque, y ten por cierto que ya está sano».

Juan Diego quedó consoladísimo con estas suaves palabras, y se ofreció á llevar al Obispo la señal, que le diera María. La celestial Señora le ordenó que subiera á la cumbre del cerro, que cortase todas las rosas que hallara, las recogiese en su capa ó *tilma* (1), y des-

(1) *Tilma* se llama en Méjico la capa de monte con que se cubren los indigenas. La de Juan Diego era *ayate* es decir, jerga hecha de filamentos de magüey (especie de pita): un escritor cree que era de filamentos de palma.

pués le enseñaría lo que debía hacer. Obedeció el indio sin réplica á pesar de que sabía no haber flores en aquel sitio, compuesto de rocas agrestes. Encontró hermoso vergel de rosas de Castilla, frescas, olorosas, aljofaradas; y, poniéndose la tilma como acostumbran los indios, cortó cuantas rosas pudo abarcar en el regazo de ella, y las llevó á la presencia de la Virgen María, que le aguardó al pie de un árbol, llamado de los indigenas *Cuauzahuatl*, que es tanto como *árbol de tela de araña* ó *árbol ayuno*, el cual es silvestre, ni produce fruto, y sólo da flores blancas, semejantes á las de la azucena.

La Virgen cogió en sus benditas manos las flores, las acomodó en la tilma de Juan Diego, y le dijo: «Ve aquí la señal que has de llevar al Obispo, y le dirás, que por prenda de estas rosas haga lo que te ordeno. Y ten cuidado, hijo, con esto que te digo, y advierte que hago confianza en tí. No muestres á persona alguna en el camino lo que llevas, ni despliegues tu capa sino en presencia del Obispo, y dile lo que te he mandado hacer ahora; y con esto se animará á poner manos á la obra de mi templo».

Con tan amorosas palabras le despidió la Soberana Virgen. Quedó el indio muy alegre con la señal, porque entendió que tendría feliz acabamiento la embajada; y trayendo con gran tiento las rosas sin soltar ninguna, las miraba de cuando en cuando gustando de su fragancia y hermosura. Ésta fué la cuarta y última aparición de la Santísima Virgen al venturoso mejicano.

## VI

## PINTURA CELESTIAL

Llegó Juan Diego con su postrer mensaje á la morada del Prelado; y, habiendo rogado á varios sirvientes de

y le preguntó:—«¿A dónde vas, hijo mío, y qué camino es el que has seguido?»—El indio, temeroso y avergonzado, se puso de rodillas, y respondió:—«Niña mía muy amada y Señora mía, Dios te guarde. ¿Cómo has amanecido? ¿Estás con salud? No tomes disgusto de lo que dijere. Sabe, dueña mía, que está enfermo de riesgo un siervo tuyo y tío mío de un accidente grave y mortal; y porque se ve muy fatigado, voy de prisa al templo de Tlalotelco en la ciudad á llamar á un sacerdote, para que venga á confesarle y olearle, que en fin nacimos todos sujetos á la muerte; y después de haber hecho esta diligencia, volveré por este lugar á obedecer tu mandato. Perdóname te ruego, Señora mía, y ten un poco de sufrimiento, que no me escuso de hacer lo que has mandado á este siervo tuyo, ni es disculpa fingida la que te doy, que mañana volveré sin falta».

Oyó María con semblante apacible la disculpa del indio, y le dijo de esta suerte:—«Oye, hijo mío, lo que te digo ahora: no te moleste ni afija cosa alguna, ni temas enfermedad, ni otro accidente penoso, ni dolor. ¿No estoy aquí yo, que soy tu Madre? ¿No estás debajo de mi sombra y amparo? ¿No soy yo vida y salud? ¿No estás en mi regazo y corres por mi cuenta? ¿Tienes necesidad de otra cosa? No tengas pena ni cuidado alguno de la enfermedad de tu tío, que no ha de morir de ese achaque, y ten por cierto que ya está sano».

Juan Diego quedó consoladísimo con estas suaves palabras, y se ofreció á llevar al Obispo la señal, que le diera María. La celestial Señora le ordenó que subiera á la cumbre del cerro, que cortase todas las rosas que hallara, las recogiese en su capa ó *tilma* (1), y des-

(1) *Tilma* se llama en Méjico la capa de monte con que se cubren los indigenas. La de Juan Diego era *ayate* es decir, jerga hecha de filamentos de magüey (especie de pita): un escritor cree que era de filamentos de palma.

pués le enseñaría lo que debía hacer. Obedeció el indio sin réplica á pesar de que sabía no haber flores en aquel sitio, compuesto de rocas agrestes. Encontró hermoso vergel de rosas de Castilla, frescas, olorosas, aljofaradas; y, poniéndose la tilma como acostumbran los indios, cortó cuantas rosas pudo abarcar en el regazo de ella, y las llevó á la presencia de la Virgen María, que le aguardó al pie de un árbol, llamado de los indigenas *Cuauzahuatl*, que es tanto como *árbol de tela de araña* ó *árbol ayuno*, el cual es silvestre, ni produce fruto, y sólo da flores blancas, semejantes á las de la azucena.

La Virgen cogió en sus benditas manos las flores, las acomodó en la tilma de Juan Diego, y le dijo: «Ve aquí la señal que has de llevar al Obispo, y le dirás, que por prenda de estas rosas haga lo que te ordeno. Y ten cuidado, hijo, con esto que te digo, y advierte que hago confianza en tí. No muestres á persona alguna en el camino lo que llevas, ni despliegues tu capa sino en presencia del Obispo, y dile lo que te he mandado hacer ahora; y con esto se animará á poner manos á la obra de mi templo».

Con tan amorosas palabras le despidió la Soberana Virgen. Quedó el indio muy alegre con la señal, porque entendió que tendría feliz acabamiento la embajada; y trayendo con gran tiento las rosas sin soltar ninguna, las miraba de cuando en cuando gustando de su fragancia y hermosura. Ésta fué la cuarta y última aparición de la Santísima Virgen al venturoso mejicano.

## VI

## PINTURA CELESTIAL

Llegó Juan Diego con su postrer mensaje á la morada del Prelado; y, habiendo rogado á varios sirvientes de

Palacio que le avisasen, no lo pudo conseguir por mucho espacio de tiempo, hasta que enfadados de sus importunaciones, advirtieron que en su tilma ocultaba alguna cosa. Quisieron registrarla; y aunque Juan Diego resistió lo posible, al fin vióse obligado á descubrir un tanto lo que llevaba. Viendo que eran rosas, y tan bellas, quisieron coger algunas; mas al aplicar tres veces las manos, les pareció que no eran verdaderas, sino pintadas ó tejidas con arte en la manta.

Dieron noticia de todo lo ocurrido al señor Obispo, el cual llamó al indio. Éste expuso humildemente que traía la señal pedida; y desplegando su capa cayeron al suelo las rosas, y además se vió pintada en ella la imagen de María Santísima, que es la misma que hoy día se venera.

Admirado el Ilmo. Sr. Zumárraga del prodigio de las rosas frescas, balsámicas y con rocío en el rigor del invierno, y sobre todo emocionado al contemplar la imagen maravillosa, cayó de rodillas para venerarla, cuyo ejemplo fué seguido por todos los familiares que estaban presentes. Luego desató el nudo posterior de la manta del indio, y la llevó á su oratorio, donde la colocó con decencia, después de haber dado gracias á nuestro Señor y á su divina Madre. Detuvo aquel día en su palacio al afortunado neófito y le agasajó con indecible cariño. Al siguiente le ordenó le acompañase para indicar el sitio, en que la Santísima Virgen quería que se le edificase el templo.

Con la mayor ingenuidad señaló los sitios en que había visto y hablado cuatro veces á la Madre de Dios. Pidió permiso en seguida para ir á ver á su tío enfermo. El señor Obispo se lo otorgó de buen grado, dándole compañeros de confianza é indicándoles, que si Juan Bernardino había sanado lo trajesen á su presencia. Efectivamente encontraron sano de su dolencia á Juan

Bernardino, el cual declaró, que á la hora fijada por Juan Diego, se le había aparecido la Santísima Virgen y le había insinuado que era voluntad suya se le edificase templo en el lugar en que la había visto su sobrino, y así mismo que su imagen se llamase *Santa María de Guadalupe*.

Tocante al origen de este nombre de *Guadalupe*, con que se venera á la Santísima Virgen, no están de acuerdo los escritores. Becerra Tanco opina que no sería esta palabra la que oyó Juan Bernardino, pues la lengua azteca carece de las letras *G* y *D*, y por esa razón los indios no pueden pronunciarlas. Quizás, dice, la palabra indicada por el indio sería *Tecuatlanapeuh*, que se pronuncia *Tecuatlanupe*, y quiere decir *brotado de la cumbre de las peñas*, ó bien *Tecuantlaxopeuh*, que se pronuncia *Tecuatlasupe*, y significa *Vencedora del demonio*, y literalmente traducida: *La que ahuyenta á los que nos comen*. Los españoles, que modificaban las palabras aztecas amoldándolas á la lengua castellana, la convirtieron en *Guadalupe*. Sin embargo, sabios y prudentes historiadores se inclinan á creer que el nombre indicado por la Santísima Virgen fué *Guadalupe*, el cual se compone de dos palabras árabes que significan *Río de luz*, significación muy adecuada al milagro.

Antes de pasar adelante en la narración, daremos idea de la imagen, tomándolo de la descripción que hace el insigne pintor Cabrera. «La sobrehumana pintura, dice, nos representa á la Virgen como se acostumbra comunmente á representarla en el misterio de su Inmaculada Concepción. Tiene el semblante de una Indita de linaje real, de la edad de catorce á quince años; está de pie en una media luna que descansa sobre la cabeza de pequeño ángel vestido de túnica roja: el cual, como si se asomara de entre las nubes que forman el contorno de la imagen, sostiene con una mano la

extremidad del manto, y con la otra la de la túnica que en largos pliegues cae sobre los pies. La modestia, hermosura y amabilidad de su rostro, cuya tez es poco más morena que el color de la perla; las mejillas sonrosadas del rubor virginal de la inocencia; los ojos bajos y como de paloma, apacibles y de benévola mirada ligeramente inclinados; las manos juntas y unidas sobre el pecho en ademán de quien humildemente ruega; todo el conjunto, en fin, de sus facciones, hace lo que suele decirse «belleza inimitable de encanto virginal y divino». Está vestida de túnica rosada con sobrepuestos ó arabescos de flores de oro; y le ajusta al cuello un botón amarillo en cuyo medio campea una pequeñita cruz de color negro bruñido. Á su cintura tiene faja morada de dos dedos de ancho, que remata debajo de las manos en lazo de cuatro hojas. El manto es de color entre verde y azul, y está todo sembrado de estrellas. Cuéntanse 46 estrellas visibles, 22 por el lado derecho, y 24 por el otro lado. Tiene la cabeza devotamente inclinada á la mano derecha, y sobre el manto que la cubre «una corona de diez rayos ó puntas de oro» (1). Toda la imagen, en fin, tiene como por respaldo el sol, que hermosamente la rodea, despidiendo ciento veintinueve rayos, algunos un tanto serpenteados, y los otros rectos, dispuestos alternativamente, sesenta y dos por el lado derecho, y sesenta y siete por el otro. Sirve de fondo al sol el campo, que se deja ver sus rayos y que en contorno de la imagen es tan blanco que parece estar reverberado, y después se le introduce un color amarillo algo ceniciento, y concluye sobre un contorno de nubes de colorido un poco más bajo que rojo, que forman como un nicho, en

(1) Al hacer los preparativos para la solemne coronación de la Virgen se notó que esta corona había desaparecido «sin ninguna huella de raspadura ú otra violenta acción humana».

cuyo centro está colocada la sobrehumana imagen de la Patrona y Madre de los mejicanos» (1). Según el sentir del mismo insigne artista, la pintura de la imagen es admirable en su ejecución y ella sola prueba su origen sobrenatural y divino. Sólo dos géneros de pintura se conocen, al óleo y al temple, según se aplican los colores con aceite ó sin él; pero como, cuando no se usa el aceite, pueden aplicarse con colas ó gomas, con agua ó de antemano preparados, se distinguen cuatro especies de pintura, al óleo, al temple, al aguazo y labrado al temple. Á lo que parece, en el cuadro de Nuestra Señora de Guadalupe la cabeza y las manos están al óleo; la túnica y el ángel con las nubes que le sirven de orla, al temple; el manto, de aguazo; y el campo sobre que caen y terminan los rayos, se percibe como de pintura labrada al temple. Jamás pintor alguno pensó en reunir en una sola tela y obra los cuatro géneros de pintura, ni, aun ocurriéndosele, hubiera podido ejecutarlo, porque cada especie exige distintas preparaciones, y éstas son entre sí opuestas. Para pintar artística y duraderamente, cualquiera que sea el género de pintura, es indispensable el aparejo, es decir, la preparación destinada á recibir convenientemente los colores; pues sin ella éstos no tendrían consistencia ni producirían el colorido deseado. En el ayate, que sirvió de lienzo á la maravillosa pintura de Nuestra Señora de Guadalupe, no existe aparejo de especie alguna, como lo persuade el que un mismo aparejo no podría adaptarse á cuatro géneros de pintura, que lo exigen cada una distinto; y además, que al través de la tela se ven los objetos que están de la otra parte, lo cual sería imposible, si se interpusiese la opacidad de cualquier disposición en el lienzo.

(1) Cabrera, *Maravilla Americana*, párrafo 8.º

## VII

## PRIMERA ERMITA

Luego que se divulgó la fausta noticia de que la Virgen Madre de Dios se había aparecido á los indios y había dejado milagrosamente grabada en la tilma de uno de ellos el trasunto de su hermosura, se reanimaron los abatidos mejicanos. De todos los barrios de la populosa ciudad y de sus contornos acudían muchos á cerciorarse de la verdad del milagro y á venerar la imagen de su augusta Protectora. Siendo demasiado estrecho el oratorio del Obispo para contener las muchedumbres ávidas de contemplar con sus propios ojos la maravillosa pintura, el Sr. Zumárraga la hizo colocar en el retablo del altar principal de la iglesia mayor. En uno de los altares del lado se pusieron las rosas, que, después de secas, se repartieron como reliquias entre las familias más distinguidas y piadosas. Allí permaneció la imagen hasta el 26 de Diciembre del mismo año. 1531, en que fué trasladada á la ermita, que en el breve espacio de quince días se le había fabricado al pie del Tepeyac. Era de adobes, y de tan reducidas dimensiones, que sólo tenía doce metros de largo por diez de ancho el espacio de su planta. Tan cierto es que las obras de Dios empiezan comúnmente por la pobreza de Belén ó la desnudez del Calvario.

La traslación se verificó con la mayor piedad y con demostraciones de indecible júbilo. El Sr. Zumárraga invitó á los religiosos franciscanos y dominicos, á los pocos clérigos que entonces había, al Presidente y Oidores de la Real Audiencia, al Ayuntamiento, á los

militares y al pueblo en general para llevar la imagen en devota procesión. El camino de la ciudad al Tepeyac, que mide una legua de distancia, estaba cubierto de arcos y enramadas, el suelo alfombrado con hierbas olorosas y muchas y variadas flores, que habían traído de los pueblos de tierra templada.

La imagen era conducida por religiosos franciscanos en andas cubiertas de mosaicos de plumas, mientras otros sacerdotes le iban cantando salmos é himnos, alternando con la reducida música militar que había. Después iba el venerable Obispo, con los pies descalzos, edificando á las turbas su regocijo y devoción. Más de cien mil indios, según afirma el P. Florencia de la Compañía de Jesús, le acompañaban, unos por tierra con danzas y músicas, otros por las aguas en canoas, simulando combates que llamaban *salomas guerreras*. Aquellas muchedumbres pregonaban en su idioma las alabanzas de la Madre de Dios, exclamando en himno sublime: ¡Cihuapilli! Cihuapilli Tonantzin: Cihuapilli Teonantzin. ¡Noble indita! Noble indita, nuestra Madre. Noble indita, Madre de Dios.

Estos gritos de amor quebraban las olas de los hermosos lagos del Anáhuac é iban á repercutir en los flancos de sus altísimas montañas. Así llegaron á la ermita; y después de las ceremonias sagradas de la bendición, la imagen fué colocada en el altar entre cánticos y voces de júbilo; y el Sr. Zumárraga celebró el augusto sacrificio de la misa. Los indios continuaron todo el día sus festejos y [danzas, alternando con alabanzas á la Virgen. El cacique de Atzacapozalco, que en el bautismo había recibido el nombre de Francisco Plácido, cantó en verso, á la manera que los naturales acostumbran cantar los hechos memorables de su nación, todo el suceso ocurrido. Á modo de estribillo repetía con frecuencia: *La Virgen es de nosotros, los indios,*

*nuestra limpia Madre y Señora: La Virgen es de los indios.*

El Señor quiso mostrar con un prodigio cuán gratos le eran los obsequios tributados á su Santísima Madre. Entre otros festejos que hicieron los indios en este día, hubo un simulacro de guerra con sus canoas en la laguna próxima á la ermita, disfrazándose unos de chichimecas y otros con sus trajes militares de aztecas. En medio de este combate una saeta desmandada imprevistamente del arco de un azteca pasó de parte á parte el cuello de un indio del lado contrario, dejándole muerto en el acto. Un grito de dolor se escapó del pecho de todos los circunstantes, é instintivamente invocaron el amparo de la Santísima Virgen. Llevaron el cadáver á los pies de la santa imagen; y en el momento de extraerle la saeta volvió á la vida perfectamente sano, habiéndole quedado sólo las cicatrices de la herida, las cuales le duraron en prueba del prodigio todo el resto de la vida, que consagró á servir á su Bienhechora en la primera ermita. También el dichoso Juan Diego se dedicó al servicio de la Santísima Virgen en su ermita, después de haber dejado su pueblo para siempre, sus casas y tierras á un tío suyo.

Sus mismos paisanos le fabricaron de adobes un aposentito junto al santuario, donde vivió honesta y recogidamente como ermitaño con licencia del Sr. Obispo Zumárraga. Barria la iglesia, la perfumaba, rezaba de continuo y conversaba familiarmente con la Santísima Virgen, como un hijo con su madre. Era hombre ejemplar, temeroso de Dios, de recta conciencia y laudables costumbres. Tuvo tal opinión de santidad, que cuantos iban al santuario á pedir alguna merced á la Santísima Virgen, le ponían por intercesor y se encomendaban á sus oraciones: no había padre ni madre entre los indios, que no echase á sus hijos y nietos esta bendición: *Dios*

*os haga como á Juan Diego.* Murió en 1548 de 74 años de edad (1).

En el mismo mes y año murió el Ilmo. Sr. Zumárraga. Rara coincidencia, que nos hace presumir que la piadosísima Madre de Dios los llevó juntos al cielo, para que vieran el original de la maravillosa copia que juntos habían recibido en la tierra. La tradición señala como habitación de Juan Diego el sitio ocupado actualmente por el bautisterio de la parroquia. Una inscripción antigua, conservada en la sacristía del mismo templo, asegura que allí yace su cuerpo.

### VIII

#### CONVERSIÓN DE LA NACIÓN MEJICANA Á LA FE

El primero de los efectos sorprendentes de la Aparición de la Virgen fué la rápida conversión de Méjico á la fe de Nuestro Señor Jesucristo. La Virgen de Guadalupe puede decir á los mejicanos como San Pablo á los fieles de Corinto: *Yo os he engendrado por la predicación del Evangelio.* Efectivamente, tristísimo era el estado de idolatría en que yacía la raza azteca que dominaba en este país á la llegada de los españoles. Su número no bajaba de treinta millones de habitantes. Cuarenta mil templos, donde se rendía culto á innumerables ídolos, había diseminados en la vasta extensión del imperio. Sólo en la ciudad contaban dos mil lugares religiosos coronados por trescientas sesenta torres. Un millón de sacerdotes, raza privilegiada, atendía al servicio de otros tantos altares.

(1) En el Congreso Católico Mejicano, celebrado en la Ciudad de Morelia en el mes de Octubre de 1904, se acordó pedir á la Santa Sede la Beatificación del humilde Juan Diego.

*nuestra limpia Madre y Señora: La Virgen es de los indios.*

El Señor quiso mostrar con un prodigio cuán gratos le eran los obsequios tributados á su Santísima Madre. Entre otros festejos que hicieron los indios en este día, hubo un simulacro de guerra con sus canoas en la laguna próxima á la ermita, disfrazándose unos de chichimecas y otros con sus trajes militares de aztecas. En medio de este combate una saeta desmandada imprevistamente del arco de un azteca pasó de parte á parte el cuello de un indio del lado contrario, dejándole muerto en el acto. Un grito de dolor se escapó del pecho de todos los circunstantes, é instintivamente invocaron el amparo de la Santísima Virgen. Llevaron el cadáver á los pies de la santa imagen; y en el momento de extraerle la saeta volvió á la vida perfectamente sano, habiéndole quedado sólo las cicatrices de la herida, las cuales le duraron en prueba del prodigio todo el resto de la vida, que consagró á servir á su Bienhechora en la primera ermita. También el dichoso Juan Diego se dedicó al servicio de la Santísima Virgen en su ermita, después de haber dejado su pueblo para siempre, sus casas y tierras á un tío suyo.

Sus mismos paisanos le fabricaron de adobes un aposentito junto al santuario, donde vivió honesta y recogidamente como ermitaño con licencia del Sr. Obispo Zumárraga. Barria la iglesia, la perfumaba, rezaba de continuo y conversaba familiarmente con la Santísima Virgen, como un hijo con su madre. Era hombre ejemplar, temeroso de Dios, de recta conciencia y laudables costumbres. Tuvo tal opinión de santidad, que cuantos iban al santuario á pedir alguna merced á la Santísima Virgen, le ponían por intercesor y se encomendaban á sus oraciones: no había padre ni madre entre los indios, que no echase á sus hijos y nietos esta bendición: *Dios*

*os haga como á Juan Diego.* Murió en 1548 de 74 años de edad (1).

En el mismo mes y año murió el Ilmo. Sr. Zumárraga. Rara coincidencia, que nos hace presumir que la piadosísima Madre de Dios los llevó juntos al cielo, para que vieran el original de la maravillosa copia que juntos habían recibido en la tierra. La tradición señala como habitación de Juan Diego el sitio ocupado actualmente por el bautisterio de la parroquia. Una inscripción antigua, conservada en la sacristía del mismo templo, asegura que allí yace su cuerpo.

### VIII

#### CONVERSIÓN DE LA NACIÓN MEJICANA Á LA FE

El primero de los efectos sorprendentes de la Aparición de la Virgen fué la rápida conversión de Méjico á la fe de Nuestro Señor Jesucristo. La Virgen de Guadalupe puede decir á los mejicanos como San Pablo á los fieles de Corinto: *Yo os he engendrado por la predicación del Evangelio.* Efectivamente, tristísimo era el estado de idolatría en que yacía la raza azteca que dominaba en este país á la llegada de los españoles. Su número no bajaba de treinta millones de habitantes. Cuarenta mil templos, donde se rendía culto á innumerables ídolos, había diseminados en la vasta extensión del imperio. Sólo en la ciudad contaban dos mil lugares religiosos coronados por trescientas sesenta torres. Un millón de sacerdotes, raza privilegiada, atendía al servicio de otros tantos altares.

(1) En el Congreso Católico Mejicano, celebrado en la Ciudad de Morelia en el mes de Octubre de 1904, se acordó pedir á la Santa Sede la Beatificación del humilde Juan Diego.

Los aztecas, más que ninguna otra nación pagana, se habían entregado á la horrenda barbarie de los sacrificios humanos. Como las víctimas de los sacrificios debían ser prisioneros de guerra, presentaban batalla á sus enemigos en el principio de cada uno de los diez y ocho meses de veinte días en que dividían el año. Estimaban más coger un prisionero que matar á cien hombres. Se inmolaban de este modo anualmente por lo menos veinte mil víctimas humanas, cuyos corazones palpitantes se ofrecían al astro del día y al dios de la guerra. No se puede leer sin espanto lo que refiere el P. Clavigero acerca de la dedicación del templo mayor, verificada el año 1487 en el reinado de Ahuitzol. En los cuatro días, que duró la infernal carnicería, fueron sacrificadas *ochenta mil cuatrocientas víctimas humanas*. Ordenaron los cautivos en cuatro columnas: la una estaba desde el pie de las gradas del templo, que es ahora la Catedral, y seguía hacia la calzada que va á Xochimilco; y era tan larga que casi tenía una legua de longitud.

En el Museo Nacional se conserva la piedra de los sacrificios, llamada *Cuauhxicalli* de Tizoc (1). Sobre esta piedra labrada con finas labores de cincel, se abría con crueldad, á golpes de cuchillo de obsidiana, el pecho de las desgraciadas víctimas y se les arrancaba el corazón, para ofrecerlo humeante y sangriento al terrible Huitzilopochtli. Es una enorme piedra de traquito, cilíndrica, de dos metros 55 centímetros de diámetro por 86 centímetros de altura.

Estos delitos sociales clamaban venganza al cielo. Dios castiga á las naciones prevaricadoras en esta vida, ya que no pueden como los individuos recibir en el otro

(1) Se llama de Tizoc por representar á este emperador azteca en sus relieves.

mundo el premio de sus virtudes, ó el castigo debido á sus pecados. Dos medios usa la Providencia divina para castigar á los pueblos, ó los borra del mapa de las naciones, ó les quita su autonomía. Á los mejicanos les cupo esta última sanción. El intrépido capitán extremeño, Hernán Cortés, al frente de sus huestes conquista el Anáhuac, y el 13 de Agosto de 1521 entra en posesión de la capital del imperio. Al lado del soldado de la conquista, que tiñe de sangre su espada, y del encomendero con entrañas de fiera, vióse el abnegado Misionero, mitad ángel, mitad mártir, que no busca las riquezas de la tierra, sino las almas para engastarlas en la diadema inmortal de Cristo. Los hijos del patriarca de Asis fueron los primeros heraldos del Evangelio en la Nueva España. Mas, después de muchas labores, en los ocho años que precedieron á la aparición de la Virgen, lograron bautizar ochocientos mil indios, y éstos casi en su totalidad niños. Los adultos se resistían á abrazar el cristianismo, porque estaban habituados á la poligamia. Bastante común era encontrar individuos que tenían doscientas mujeres ó concubinas. Pero amanece la clara aurora del 12 de Diciembre de 1531, y se disipan por ensalmo las tinieblas de la idolatría. Solamente los franciscanos en los diez años que siguieron á la aparición, conforme escribe el P. Motolinia, uno de los primeros doce frailes menores que vinieron á evangelizar este país, bautizaron diez millones. Eran tantos los que se presentaban á pedir el bautismo, que á los sacerdotes les sucedía no poder levantar el brazo de cansancio y fatiga, y de traer el jarro en las manos se les hacían callos y hasta llagas. Días hubo en que un sólo sacerdote bautizó cuatro mil. En Xochimilco bautizaron en un día pocos sacerdotes más de quince mil personas. Para poder regenerar á tantos con las aguas bautismales sólo empleaban los ministros lo esencial á la validez

del sacramento. La catequesis de los adultos exigía que los Padres supiesen el azteca; y á este fin se valían de los niños que educaban á su lado. Por eso un Obispo de Tlaxcala escribió á Carlos V: «Los Obispos sin los frailes intérpretes somos como alcones en muda, y así lo fueran los frailes sin los niños».

Desde la aparición de la Virgen Purísima se morigeraron las costumbres, los hombres abandonaban la poligamia y se sujetaban á la unidad del matrimonio. Á centenares subía el número de los que pedían la bendición nupcial. En la parroquia de Tlaxcala se celebraron mil bodas en un solo día.

He aquí como el P. Mendieta, de la Compañía de Jesús, refiere el modo que usaban los Misioneros para administrar los sacramentos á tantos al mismo tiempo. «Diré lo que un religioso, que á ello se halló presente, me contó se había trabajado una mañana en cierto monasterio en gran servicio del Señor: y fué, que un día de Pascua de Navidad (1538), se bautizaron y casaron juntamente tres mil indios adultos, desde que amaneció hasta que fué tiempo de la Misa Mayor, la cual se dijo con mucha solemnidad. Y porque se vea la diligencia y cuidado con que estas santas obras se hacían, y no parezca á alguno imposible poderse hacer, diré el orden y manera que en ello se tuvo. Los indios estaban ordenados por sus rengleras, y apareados cada uno con su mujer (futura). Y estándose ellos quedos en su ordenanza, iba un sacerdote poniéndoles el Oleo de los catecúmenos. Y como recibían el Oleo, luego se iban unos tras otros en procesión sin salir de la ordenanza, con sus candelas encendidas hacia la pila, donde otro sacerdote estaba aguardando, que los iba bautizando: y bautizados, salían unos tras otros por el orden en que habían venido, tras la cruz, que se llevaban delante los demás religiosos, que iban cantando las letanias con los

indios cantores de la Iglesia, é ibanse á poner en la postura en que antes estaban, cuando les pusieron el Oleo: y el mismo sacerdote que les puso el Oleo de los Catecúmenos, comenzaba á poner la crisma á los que habían sido primeros. Y el otro sacerdote que había acabado de bautizar, iba tras del que ponía la crisma, tomándoles las manos y administrando el Sacramento del Matrimonio» (1).

Fundados en estos hechos, podemos afirmar que la Virgen de Guadalupe fué el Apóstol que arraigó la fe católica en Méjico. Así lo confiesan todos los historiadores, incluso el protestante norte-americano Humberto Howe Bancroft, autor muy conocido por las numerosas obras que ha dado á luz sobre las Américas.

Refiriéndose á Méjico en uno de los cinco volúmenes, que le ha dedicado, dice textualmente: «En 1531 aconteció un hecho que mucho contribuyó á la supresión de la idolatría, y fué la milagrosa aparición de la Virgen de Guadalupe» (2). Y la razón viene á confirmar este juicio, pues en Méjico no hubo taumaturgos que trastornaran las leyes de la naturaleza: los predicadores no abrían los ojos á los ciegos, ni los oídos á los sordos, no desataban la lengua á los mudos, ni resucitaban á los muertos, ni hacían otros milagros que los acreditaran ante los pueblos. ¡Gloria, pues, á la Reina de los Apóstoles que implantó la fe entre los mejicanos!

## IX

## EL SANTUARIO

Noventa años estuvo colocada la Santísima Virgen

(1) Mendieta, *Historia de la Compañía de Jesús en Méjico*, Lib. III Cap. 38.

(2) Bancroft, *History of Mexico*, Vol. X, Cap. XIX, pág. 403.

en su primera ermita. Mas como crecía de día en día la devoción y el culto; tanto ella como una iglesia que la sustituyó, fueron insuficientes, hasta que en 25 de Marzo de 1625 se bendijo la primera piedra de la soberbia basilica que hoy existe.

La obra costó ochocientos mil pesos colectados de limosnas. El Arzobispo y Virrey, D. Juan de Ortega y Montañés, que murió en olor de santidad, á menudo salía á mendigar para la basilica, acompañado de solos dos niños. Y como solía ir á los arrabales más pobres, no se libró de los oprobios de los mendigos. Un pulquero le insultó villanamente con palabras injuriosas, las que escuchó el Prelado con semblante sereno, tomando para si esta limosna.

Celebróse la fiesta de su dedicación el 1.º de Mayo de 1709, y se le han hecho en diversas épocas reparaciones notables, sobresaliendo las empezadas en 24 de Octubre de 1887 para celebrar dignamente la coronación de la veneranda imagen, decretada por la Santa Sede. Puede formarse idea de la belleza de esta ornamentación sabiendo que se gastó en ella más de un millón de pesos. La fábrica interior del templo, de orden dórico, es de tres naves divididas por ocho columnas, sobre las cuales y los muros asientan quince bóvedas. De éstas, la del centro, que se eleva sobre todas, forma la cúpula del edificio. La nave central es más elevada que las laterales. La longitud total del templo es de unos 77 metros, y el ancho en la parte antigua es de 37,50 metros; en el coro y ábside, de veintiuno. Cuatro escalinatas de mármol, de doce gradas cada una, conducen del cuerpo de la iglesia al presbiterio, coro y capillas, y todas tienen sus pasamanos cubiertos de láminas de plata. El pavimento de las tres naves es de madera fuerte de mezquite, formando con piezas bien dispuestas variado mosaico de figuras geométricas com-

plicadas y entrelazadas entre sí con mucho primor. Adorna todo el frente del presbiterio una barandilla de pura plata. El pavimento del presbiterio está revestido de mármol negro y blanco italiano, formando vistosos tableros. En este lugar está colocado el magnífico altar y baldaquino, de estilo bizantino-románico. El baldaquino está formado por cuatro columnas monolíticas, cuyas basas y capiteles son de bronce, los pedestales de mármoles de varios colores, y los fustes ó cañas de granito de Escocia: miden 6,50 metros de altura con peso de mil arrobas cada una: la bóveda es de bronce dorado rematada por una cruz y cuatro acroteras con cuatro esbeltos arcángeles y las cuatro virtudes cardinales, todas ellas de bronce de irreprochable ejecución artística.

El altar, de blanquísimo mármol estatuario de Carrara con delicadas labores, contiene la santa imagen, provista de dos marcos, el exterior es de bronce dorado, y el otro de oro fino, y pesa 4050 castellanos, donación de los Doctores D. Luis y D. Cayetano Torres, Dignidades del Templo Metropolitano. Además, la maravillosa Pintura está defendida por delante por un cristal finísimo, y por detrás por una delgada lámina de plata, que importó dos mil pesos.

Á los lados del altar, sobre convenientes pedestales, álzanse dos estatuas en mármol, la del Ilmo. Sr. Zumárraga al lado del Evangelio, y la del felicísimo indio Juan Diego al lado de la Epístola, ambas en acto de adorar á la Virgen Madre. Debajo del altar mayor hay una cripta de estilo del renacimiento. Está dividida en siete compartimientos, y todos ellos con lóculos ó nichos cinerarios, destinados á recibir los restos de los canónigos y bienhechores más insignes de la Colegiata. En el primer compartimiento hay cuatro altares de mármol negro, y frente á su puerta de ingreso se encuentra

colocada una esbelta estatua de Carrara representando al Sr. Arzobispo D. Pelagio Antonio Labastida, de eterna memoria, que llevó á cabo las obras de reparación del templo y preparó la coronación de la imagen, en actitud de adoración y rendimiento y elevando los ojos á la Santísima Virgen.

Inmediatamente tras el altar mayor, se encuentra el coro de los canónigos bajo la bóveda principal. La silla es de caoba, con ébano y otras maderas finas: en los altos y bajos relieves se representa la Letanía y pasajes de la Sagrada Escritura. Se compone de dos órdenes de asientos, los altos para el Abad y Capitulares, los bajos para los capellanes y ministros del coro. Éste se halla separado por magnífica verja de la capilla del Patriarca San José, ubicada en el ábside. En la terminación de las naves laterales se encuentran las capillas de San Joaquín, Santa Ana, San Felipe de Jesús, y otros beatos mejicanos, y el de los Fundadores de todas las órdenes religiosas existentes en Méjico, todos en elegante altar de mármol blanco y bellas pinturas sobre lienzo, obra del notable artista italiano Silverio Capperoni.

En fin cuéntanse en el Templo 38 ventanas á más del ojo de la bóveda del ábside. Todas son de cristales de varios colores, grabados y montados sobre marcos de hierro; pero las tres vidrieras de la capilla de San José son de cristal de Baviera con figuras de santos, rodeadas de ángeles y emblemas, según el estilo gótico. En la cúpula hay ocho grandes ventanas. El decorado de los muros y bóvedas es de estilo bizantino con las modificaciones exigidas por las condiciones arquitectónicas del templo. Los pilares y muros tienen un solo color; las molduras y ornato de ellas están doradas. Las bóvedas de color azul, tachonadas de estrellas de oro. Las pechinas tienen figuras de ángeles circuidos de rosas y folla-

je. Adornan los muros de la Basilica cinco grandes cuadros al óleo, que representan episodios de la historia de Nuestra Señora de Guadalupe, como la vocación de los indios á la fe, el primer milagro de la Santísima Virgen al trasladar su imagen á la primera ermita, la jura del patronato, etc.

Justísimo es, al terminar esta breve reseña, poner el nombre del Sr. Dr. D. Antonio Plancarte y Labastida, Abad de la Colegiata, que fué el alma de la ampliación y decoración del templo y de las fiestas de la coronación. Recorrió personalmente la mayor parte de la República para allegar fondos, y tuvo que devorar amarguras sin cuento que lo llevaron al sepulcro. La Virgen Santísima le habrá premiado el celo que desplegó por honrarla.

Para el servicio del santuario y esplendor del culto hay una Colegiata compuesta de Abad, diez canónigos, seis racioneros, seis capellanes, sacristán mayor, dieciséis infantes para cantar y servir de acólitos, y otros empleados subalternos. Se hizo la erección el 6 de Marzo de 1749, sirviendo para esto un legado hecho en su testamento por D. Andrés de Palencia.

Dicho caballero dejó cien mil pesos, autorizando á sus albaceas que los aumentasen, para que se fundara un convento de monjas agustinas, y en caso de no poderse efectuar así, se invirtiese en erigir una Colegiata. El gobierno negó el permiso para el convento, porque había muchos en Méjico; y en consecuencia se llevó á efecto la Colegiata. Los herederos del fundador entregaron 285 mil pesos, y con los réditos de varios años se llegó á formar el capital de 527.832\$.

El santuario está provisto de ricos ornamentos y vasos sagrados; pero no es ni aun sombra de lo que antes poseía. Sin contar el oro y las piedras preciosas, á fines del siglo xvii tenía en lámparas y alhajas de plata 4490

marcos. En 1861 por decreto de Juárez fueron extraídas las principales alhajas.

Los Romanos Pontífices han distinguido con especial solicitud y cariño al santuario de Guadalupe. Benedicto XIV y Pío VI le agregaron á la Iglesia de S. Juan de Letrán en Roma. Benedicto XIII concedió indulgencia plenaria á los que le visiten el 12 de Diciembre y en otras festividades del año. Pío VIII declaró perpetuamente privilegiados los altares mayores de las diversas capillas del Tepeyac. Pío IX le concedió el privilegio otorgado al santuario de Loreto, esto es, que todos los sacerdotes que celebran en el altar de la Virgen de Guadalupe, pueden decir la misa de la Aparición excepto los días solemnes del año, en que no puede celebrarse misa votiva ni en la iglesia de la santa Casa de Loreto. León XIII en 6 de Marzo de 1894 concedió oficio nuevo y propio de nuestra Señora de Guadalupe. En las lecciones del segundo nocturno está consignada la tradición íntegra de la aparición.

## X

## OTRAS CAPILLAS

Además del santuario principal de Nuestra Señora de Guadalupe, construido para obedecer al mandato de la misma Reina del cielo, hay otras capillas á su alrededor, que los peregrinos visitan con placer por respirarse en ellas no sé que atmósfera de piedad.

La primera es la llamada *Iglesia vieja ó de los indios*, y también *la Parroquia*, construida en el mismo sitio donde estuvo la primera ermita. Es una nave de 26,33 metros de longitud por 7,94 de ancho. El actual bautisterio fué, según la tradición, casa-habitación de Juan Diego. En esta iglesia ejerce sus funciones el canónigo

magistral de la Colegiata como párroco de la villa. La capilla está situada de norte á sur con una sola puerta de ingreso que no se ve hacia este último rumbo. El altar es de madera y muy sencillo: en él está colocada la pintura de Nuestra Señora. En ambos lados del presbiterio están los cuadros que conmemoran la traslación de la santa imagen á su primera ermita, y la procesión de unos disciplinantes que los Padres franciscanos trajeron á Guadalupe.

El Monte de Maria, como puede llamarse el Tepeyac, sitio de las tres primeras apariciones, y en donde cortó las flores Juan Diego, no tuvo por muchos años más recuerdos de eso que un montón de piedras, que servían de peana á una cruz de madera. Hoy se levanta la capilla conocida vulgarmente con el nombre del *Cerrito*. La construyó el P. José Olazarán, del Oratorio de San Felipe, formándole altos y bajos, y en ellos una casa de ejercicios. Tiene la forma de cruz latina, con altares pobres, pero aseados: todo en ella respira poesía y mística quietud. Sus dimensiones son 25,91 metros de largo por 5,83 de latitud. Se sube á ella por dos cómodas escalinatas de piedra. Por la del lado oriental, se encuentra el velamen de un buque formado de piedra, cuya historia se conoce por la inscripción que tiene grabada y dice así: «Combatido un buque por fuerte temporal, perdido el timón, el rumbo y toda esperanza de salvarse la tripulación, ésta invocó de todas veras á la Virgen Santísima de Guadalupe, haciéndole presente que si quedaba salva, la traería á presentar en su santuario el palo de su embarcación, cual se encontraba. La Santísima Virgen oyó los ruegos de sus hijos, y la destrozada nave pudo entrar en el puerto de Veracruz. La tripulación cumplió su promesa, trayendo en hombros el conjunto de palos del navio hasta el Santuario y colocando su ofrenda dentro de una construcción de

marcos. En 1861 por decreto de Juárez fueron extraídas las principales alhajas.

Los Romanos Pontífices han distinguido con especial solicitud y cariño al santuario de Guadalupe. Benedicto XIV y Pío VI le agregaron á la Iglesia de S. Juan de Letrán en Roma. Benedicto XIII concedió indulgencia plenaria á los que le visiten el 12 de Diciembre y en otras festividades del año. Pío VIII declaró perpetuamente privilegiados los altares mayores de las diversas capillas del Tepeyac. Pío IX le concedió el privilegio otorgado al santuario de Loreto, esto es, que todos los sacerdotes que celebran en el altar de la Virgen de Guadalupe, pueden decir la misa de la Aparición excepto los días solemnes del año, en que no puede celebrarse misa votiva ni en la iglesia de la santa Casa de Loreto. León XIII en 6 de Marzo de 1894 concedió oficio nuevo y propio de nuestra Señora de Guadalupe. En las lecciones del segundo nocturno está consignada la tradición íntegra de la aparición.

## X

## OTRAS CAPILLAS

Además del santuario principal de Nuestra Señora de Guadalupe, construido para obedecer al mandato de la misma Reina del cielo, hay otras capillas á su alrededor, que los peregrinos visitan con placer por respirarse en ellas no sé que atmósfera de piedad.

La primera es la llamada *Iglesia vieja ó de los indios*, y también *la Parroquia*, construida en el mismo sitio donde estuvo la primera ermita. Es una nave de 26,33 metros de longitud por 7,94 de ancho. El actual bautisterio fué, según la tradición, casa-habitación de Juan Diego. En esta iglesia ejerce sus funciones el canónigo

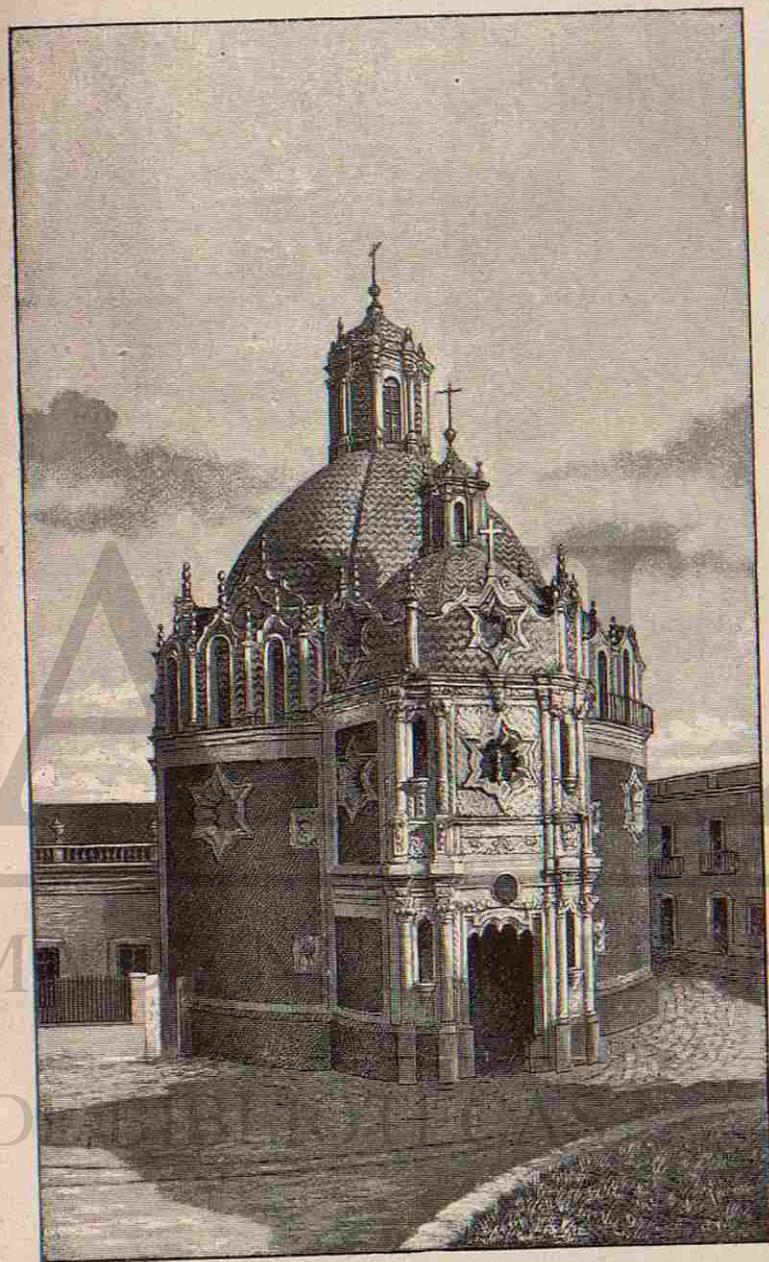
magistral de la Colegiata como párroco de la villa. La capilla está situada de norte á sur con una sola puerta de ingreso que no se ve hacia este último rumbo. El altar es de madera y muy sencillo: en él está colocada la pintura de Nuestra Señora. En ambos lados del presbiterio están los cuadros que conmemoran la traslación de la santa imagen á su primera ermita, y la procesión de unos disciplinantes que los Padres franciscanos trajeron á Guadalupe.

El Monte de Maria, como puede llamarse el Tepeyac, sitio de las tres primeras apariciones, y en donde cortó las flores Juan Diego, no tuvo por muchos años más recuerdos de eso que un montón de piedras, que servían de peana á una cruz de madera. Hoy se levanta la capilla conocida vulgarmente con el nombre del *Cerrito*. La construyó el P. José Olazarán, del Oratorio de San Felipe, formándole altos y bajos, y en ellos una casa de ejercicios. Tiene la forma de cruz latina, con altares pobres, pero aseados: todo en ella respira poesía y mística quietud. Sus dimensiones son 25,91 metros de largo por 5,83 de latitud. Se sube á ella por dos cómodas escalinatas de piedra. Por la del lado oriental, se encuentra el velamen de un buque formado de piedra, cuya historia se conoce por la inscripción que tiene grabada y dice así: «Combatido un buque por fuerte temporal, perdido el timón, el rumbo y toda esperanza de salvarse la tripulación, ésta invocó de todas veras á la Virgen Santísima de Guadalupe, haciéndole presente que si quedaba salva, la traería á presentar en su santuario el palo de su embarcación, cual se encontraba. La Santísima Virgen oyó los ruegos de sus hijos, y la destrozada nave pudo entrar en el puerto de Veracruz. La tripulación cumplió su promesa, trayendo en hombros el conjunto de palos del navio hasta el Santuario y colocando su ofrenda dentro de una construcción de

pedra para defenderla de las injurias del tiempo».

Al oriente del Tepeyac y en su base encuéntrase un manantial de agua ferruginoso-carbónica con otras sales. Desde tiempos antiguos se cree medio á propósito para curaciones prodigiosas. Estuvo el manantial al descubierto y en el abandono hasta el año 1648 en que el cura D. Luis Lasso de la Vega lo cubrió y puso en forma decente, en obsequio á los que se bañaban por necesidad ó devoción. En 1777 se comenzó á fabricar el templo que actualmente existe, y se terminó en el espacio de catorce años. Interior y exteriormente es bellissimo por su forma elíptica, su arquitectura bizantina y por sus cúpulas revestidas de azulejos de brillantísimos esmaltes. Tiene de oriente á poniente 29,26 metros y 17,55 de norte á sur. Está coronado por una airosa cúpula cuya circunferencia ocupa toda la capilla. En el altar hay una imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, copia exacta del original. En otros sitios hay cuadros que representan las apariciones. Los gastos que se hicieron para construirla subieron á cincuenta mil pesos, donados en parte por el Arzobispo D. Alfonso Núñez de Haro, y colectado lo restante de limosnas de los fieles. Contribuyeron á la obra los albañiles de la ciudad de Méjico que iban á trabajar gratuitamente los días festivos. La capilla está aseada, tiene bastante luz y presenta alegre aspecto. En su recinto está *el Pocito*, rodeado de verja de hierro de 0,83 metros de altura: tiene en la parte superior un crucero también de hierro, que cubre toda la circunferencia, en cuyo centro hay una estatua de la Guadalupana.

Por entre las verjas se saca el agua con un pozal de cobre sujeto con cadena. Los peregrinos y devotos beben con viva fe esta agua de sabor poco grato. Y ciertamente que, sea por virtud medicinal, ó por bondad de la Santísima Virgen, las aguas del *Pocito* han curado



CAPILLA DEL POCITO

á muchas personas de varios males, especialmente de afecciones gastro-intestinales.

Frente á la capilla del *Pocito* se levanta una columna de mampostería. Se dice que allí fué donde la Santísima Virgen acomodó las rosas en la tilma de Juan Diego. El Ilmo. Sr. Obispo de Querétaro, Dr. D. Rafael S. Camacho, el más entusiasta propagador de las glorias de Nuestra Señora de Guadalupe, ha proyectado erigir una capillita gótica y elegantísima, que perpetúe la memoria de tan fausto suceso. Ya está comprado el local, trazado el plano, y pintado el cuadro que ha de colocarse en el altar, el cual es verdadera joya de arte.

Por último, contiguos al santuario están la iglesia y claustro de las Capuchinas. Tiempo hacía que doncellas nobles querían fundar un convento cerca de la imagen de la Reina de las Vírgenes; pero el Virrey Enríquez se opuso tenazmente. En 1773, la religiosa capuchina sor María de San Juan Nepomuceno, hija del eximio historiador mejicano D. Mariano Veytia, movida por impulsos sobrenaturales, se presentó al Arzobispo; le dijo que su confesor había aprobado las inspiraciones que sentía de fundar una casa de su orden junto al Santuario, y llena de fe añadió: *«aquí tengo dos reales, y éstos han de producir muchos pesos para la fundación.»* Estas palabras fueron como proféticas, pues en seis años concluyeron la iglesia y el convento, habiéndose reunido de limos más de trescientos mil pesos.

## XI

## MILAGROS

Incontables son los milagros y favores dispensados por la Reina del cielo bajo su advocación de Guadalupe.

No siéndonos posible referir todos los que encontramos en los trescientos autores que han escrito sobre la aparición, nos limitaremos á consignar cuatro ó cinco obrados en diversas épocas.

En el año 1544 se encendió en Méjico la terrible peste designada por los indios con el nombre de *cocoliztle*, que quiere decir en su lengua, *fuego en las entrañas*. La peste se extendía con rapidez espantosa, y de entre los indios, que era en quienes se cebaba especialmente, perecían las cuatro quintas partes. Tan contagioso era el mal, que en cinco meses fenecieron ochenta mil víctimas.

Novenarios y públicas rogativas no habían sido suficientes para aplacar la justicia del cielo, y entonces los religiosos franciscanos concibieron el feliz pensamiento de darle á la plegaria humana la mayor fuerza que puede tener sobre la tierra, prestándole el sollozo del dolor y las lágrimas de la inocencia. Desde Santiago Tlaltiloco subió á la primera ermita de Nuestra Señora de Guadalupe una procesión de niños inditos, de seis á siete años, levantando sus manecitas al cielo y pidiéndole á la Virgen Santísima con sus voces infantiles y quebradas ya por la amargura de la horfandad, que amparase á su raza y tuviese compasión de sus dolores. Quizá en toda la historia de Méjico no se registra plegaria más conmovedora ni de más honda ternura que la entonada por aquellos niños indios, primicias cristianas de las razas aborígenes. La Virgen Santísima, que es toda amor y compasión, no podía resistir á las súplicas de aquel coro célico de ángeles humanos: inclinó hacia ellos su mirada, y á su poderoso influjo se disipó la peste asoladora.

En el primer tercio del siglo xvii, desde el año de 1629 hasta el de 1634, la ciudad de Méjico sufrió la inundación más peligrosa y duradera que recuerda la historia. Copiosísimo aguacero de treinta y seis horas

hizo desbordar el lago Texcoco sobre la ciudad, y las aguas subieron donde menos á dos varas de altura. Enormes fueron las pérdidas de intereses; muchos edificios se derrumbaron aplastando bajo los escombros á sus moradores; encarecieron las provisiones; cesaron los más importantes actos de la vida civil y religiosa; se desarrolló la peste, que en menos de dos meses acabó con treinta mil indios, y de veinte mil familias españolas sólo quedaron cuatrocientos vecinos. Así escribió á Felipe IV el Virrey de Nueva España, Marqués de Cerralbo. Tan apretada era la calamidad, que se pensaba en trasladar la ciudad á otra llanura, cuando una virtuosísima religiosa carmelita indicó á su confesor D. Alonso de Cuevas Dávalos, que la causa de la inundación era la justicia divina, y le indicó cómo y cuándo debía concluir, que así se lo participase al Arzobispo, que lo era el Ilmo. D. Francisco Manso y Zúñiga. Añadió la monja al Sr. Cuevas Dávalos, que él sería el inmediato sucesor del Arzobispo. La profecía de sor Inés de la Cruz, que así se llamaba la religiosa, se cumplió al pie de la letra en todas sus partes. Fué llevada en procesión la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe desde su santuario hasta la catedral, y el nivel de las aguas fué bajando, y con esto cesó la peste y demás desgracias. El Sr. Cuevas fué efectivamente el sucesor del Ilustrísimo Sr. Zúñiga.

Admirable es un milagro obrado en Roma á fines del siglo xviii. Uno de los Jesuitas expulsados de Méjico por el inicuo decreto de Carlos III, llevó fiel retrato de la Virgen Inmaculada que se había aparecido en el Tepeyac, y la regaló á la iglesia de San Nicolás *in Cárcere*, para que se propagara su culto. El 13 de Julio de 1792 se observó que los ojos de la santa imagen se movían como si estuvieran animados: los párpados se levantaban y caían, y las pupilas giraban á uno y otro

lado con incomparable bondad, produciendo grandísima devoción y la dulzura más inefable en cuantos la contemplaban. Millares de personas pudieron admirar el prodigio, que se repitió innumerables veces en quince días. Tal fué el concurso de fieles, que hubo de tomarse la providencia de dejar abierto el templo á todas horas, aun durante la noche. Se levantó información jurídica, en la cual declararon más de ochenta testigos presenciales, y la autoridad eclesiástica dió su fallo declarando el hecho milagroso.

El escritor D. Lucas Alamán refiere el siguiente hecho. En Septiembre de 1819 las lagunas del Norte y Poniente de Méjico tuvieron aumento extraordinario en sus aguas, causado por las excesivas lluvias, estando expuesta á una inundación toda la parte de la ciudad, que mira á aquellos rumbos; y este riesgo era mayor, porque descuidado, durante la guerra, el canal de desagüe de Huehuetoca, las aguas que por él debían salir á las vertientes del río Moctezuma, retrocedían á las lagunas de San Cristóbal y Texcoco. Todos los pueblos pequeños del terreno inundado habían quedado aislados, y sus miserables habitantes reducidos á los montecillos formados para extraer la sal, ó á las iglesias. El Virrey Apodaca (D. Juan Ruiz) con incesante actividad, visitándolo todo por sí mismo tarde y mañana á caballo, mandó conducir, á hombros, de treinta á cuarenta canoas para poner en salvo á los que se hallaban á riesgo de perecer... Habiendo cesado oportunamente las lluvias el peligro fué desapareciendo por grados. Una inscripción latina, colocada en el santuario de Guadalupe, recuerda este beneficio por el que se tributó solemne acción de gracias á la santa imagen que en él se venera; siendo tal el concurso de gente de la ciudad y de la comarca á su festividad el 12 de Diciembre siguiente, que el mismo Apodaca, dando aviso á la Corte de todo

lo ocurrido, lo calcula en *ciento ochenta mil personas* (1).

Por milagro se juzga la conservación de la Santa imagen. El santuario donde se venera está próximo á la orilla occidental del lago Texcoco. El terreno húmedo y salitroso de tal paraje, su atmósfera impregnada de los vapores que se levantan de la laguna, cuyas aguas son salobres y cuyo fondo y orillas abundan en la sosa que vulgarmente llaman *tequezquite*, y los constantes vientos de muy variable temperatura que allí reinan, no son elementos para conservar sino para destruir las obras del pincel. Así lo demuestran las pinturas que allí hay, las cuales, aunque sean al óleo, al poco tiempo se empañan y deslustran, y más tarde se destruyen por completo. Entre tanto la maravillosa imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, que cuenta ya cerca de cuatrocientos años de existencia, nada ha sufrido de tan destructores elementos. Para corroborar esta piadosa creencia se citan dos hechos. Á principios de la aparición de la santa imagen, los que cuidaban de su culto, hicieron pintar querubines al rededor de los rayos del sol; pero en breve tiempo todo lo sobrepuesto al pincel milagroso se desfiguró de suerte, que, por la deformidad que causaba á vista de la permanente belleza de los colores de la santa efigie, se vieron obligados á borrarlo (2).

Un Doctor que abrigaba dudas sobre la verdad de la aparición, mandó sacar copia lo más parecida posible de la santa imagen, y el 12 de Septiembre de 1789 logró que se colocase en la capilla del Pocito. Antes de ocho años hubo de quitarse del altar, porque según dice un cronista «se había vuelto verdinegra, mohosa, cenicienta y denegrada, hasta que concluyó de desmerecer y desapareció». El Doctor pretendía sin duda tener una prueba contra el milagro.

(1) Alamán, *Historia de Méjico*, tomo IV, cap. VII, pág. 545.

(2) P. Francisco Florencia en su obra *La Estrella del Norte*.

## XII

## AMOR DE LOS MEJICANOS Á SU REINA

El amor á la Virgen de Guadalupe está tan arraigado en el corazón de los mejicanos, que han llegado á ser como sinónimos mejicano y guadalupano. No hay diócesis en la República (1) que no le haya dedicado un templo más ó menos suntuoso; no hay iglesia donde no tenga erigido un altar; no hay casa, sea de ricos que de pobres, donde no se la venere con especiales demostraciones de afecto. En las humildes chozas de los indios faltará silla donde sentarse y hasta lecho en que descansar; pero no falta una estampa de la Virgen aparecida en el Tepeyac medio gastada por los besos que en ella imprimen labios agradecidos. ¡Qué oraciones se le rezan! ¡Qué confidencias tan íntimas se le hacen!

El día 12 de cada mes honran con esmero á su celestial Madre. Le consagran novenas y triduos, llevan dones á su santuario.

Innumerables son las Asociaciones benéficas instituidas bajo el patrocinio de Nuestra Señora de Guadalupe, mereciendo especial mención la de sacerdotes seculares de Querétaro, fundada en el siglo xvii y que tiene uno de los más bellos templos de la ciudad.

Todos los sábados se canta con pompa y solemnidad la Salve en la insigne Basílica por los cabildos, parroquias, asociaciones ó cofradías de la capital. Las diferentes diócesis tienen fijo un día del año, en que vienen en romería á visitar á la Santísima Virgen, dedican función solemnisima en la cual celebra de pontifical el Prelado respectivo, y un distinguido orador pronuncia la oración sagrada. Á veces el número de fieles que

(1) Hay siete iglesias metropolitanas y 23 sufragáneas.

toma parte en esas romerías llega á tres mil y cinco mil, que han de recorrer largas distancias.

Pero las pruebas más fehacientes de la devoción que los mejicanos profesan á Nuestra Señora de Guadalupe son el haberla jurado Patrona de toda la República y las ruidosas fiestas con que celebraron su coronación decretada por el Romano Pontífice. Describamos en este lugar la primera.

Á fines de Agosto de 1736 se desarrolló en la ciudad y se extendió después á toda la Nueva España una epidemia horrible, que en cinco ó seis días acababa con las constituciones más robustas. Los indios daban á esta enfermedad el nombre de *matlazahuatl*, que quiere decir pústulas ó granos en el redañó. Los médicos modernos opinan que era la fiebre tifoidea. Como la peste se cebaba más en los adultos que en los niños, el primer resultado del cruel azote fué dejar millares de inocentes criaturas sin padres, sin deudos, sin vecinos que los conociesen, y fué preciso ponerles nuevos nombres para distinguirlos. Tantos eran los enfermos, que se abrieron dieciséis nuevos hospitales, y aun éstos no bastaban para cobijar á todos los desgraciados. Sólo el Arzobispo pagó más de treinta y cinco mil pesos por cuarenta y tres mil recetas despachadas á los pobres que se curaban á domicilio. Veíanse las calles, plazas, oficinas y caminos en triste silencio; las casas solitarias ó abandonadas, interrumpido el comercio, suspendidos los tribunales. No se oían más que los ayes de los enfermos y el ruido de los carros llenos de cadáveres.

Para aplacar la ira del cielo se elevaban en todos los templos oraciones y plegarias y se hacía todo género de piadosos obsequios. No quedó santuario ni devota imagen á quien no invocasen las comunidades religiosas ó las cofradías. Se hicieron rogativas á la Virgen Santísima bajo diversos títulos, y no disminuía la fuerza del

contagio, antes parecía que aumentaba cada día más, porque «se reservaba el Señor esta gloria para su Santísima Madre en su advocación de Guadalupe, á cuyo amparo quería que se pudiese todo el reino,» dice un historiador (1). Reunidos los regidores en cabildo se preguntaban desalentados: ¿porqué la Santísima Virgen, que siempre se ha mostrado benigna, no se apiada ahora de la ciudad terriblemente castigada? Á esto contestó uno de ellos: «No hay más remedio que poner por Patrona principal de la ciudad á la Santísima Virgen en su prodigiosa imagen de Guadalupe». Estas palabras fueron como un rayo de luz que alumbró los entendimientos para conocer el remedio que debían oponer al mal. De común acuerdo los cabildos eclesiástico y civil delante del Arzobispo revestido de los ornamentos pontificales, juraron por Patrona de Méjico á la Virgen Guadalupana. El Prelado ordenó que se promulgara este juramento en el templo metropolitano. ¡Qué día aquél de tan glorioso recuerdo! Olvidóse Méjico de sus calamidades y se vistió de seda y oro: cada calle era un jardín, cada casa un altar. No se vió terrado ni azotea, fuera de pobres que de ricos, que no llevase gallardetes, pendones y banderas. Las puertas y ventanas lucían ricas colgaduras. Deshicieronse las tinieblas de la noche ante el brillo de centenares y millares de luminarias. Las flores de los valles mejicanos ostentaban sus gallardas corolas en los balcones de los edificios y perfumaban el ambiente con sus delicados aromas. Músicas religiosas y marciales resonaban por doquiera. En todos los rostros relumbraba la alegría. Las campanas se echaron á vuelo. Todo era bullicio y alborozo.

El cronista de las fiestas describe de este modo el

(1) Alegre, Francisco Javier S. J., *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España*, Tomo III. pág. 265.

adorno de la Catedral. «Á la diestra del presbiterio y del altar mayor, bajo un gigantesco dosel de riquísima tela se había colocado un altar, cuyos frontales eran de plata martillada, y en medio de una variada multitud de candeleros y vasos de plata, levantábase una peana que representaba el dichoso cerro del Tepeyac, que en vez de peñascos, matorrales y espinas, se copió todo á mano de flores, rosas y plantas tropicales; del medio del cerro aparecía un arco iris formado de varias flores artificiales que imitaban sus colores; gruesas perlas orientales y piedras preciosas, muy variadas de forma y tamaño, echadas así como acaso y con estudiado descuido, imitaban las gotas del rocío de la mañana. En el centro del arco iris campeaba la grandiosa estatua de la Virgen del Tepeyac, vestida de ricos bordados: joyas y pedrerías imitaban las estrellas de su manto celestial, y una perla de precio tan considerable, que sólo faltaban tres quilates para igualar á la célebre margarita, pendía de las manos virginales de la santa Madre de Dios, para simbolizar que todo bien esperaban los mejicanos de su poderosa y maternal protección. Sin contar con la cera que ardió en la procesión y en centenares de altares, y especialmente en el santuario del Tepeyac, en el solo templo Metropolitano se invirtieron por cuenta treinta y seis arrobas y media de cera labrada, empleando ocho arrobas de ella tan sólo para el altar de la soberana Patrona y Madre de los mejicanos» (1).

Se organizó una procesión espléndida. La senda que debía recorrer estaba cercada con rejas engalanadas de telas preciosas, y á distancias proporcionadas se habían colocado enormes cirios en medio de grandes

(1) Presb. Cayetano Cabrera, *Escudo de armas de Méjico*, núm. 935.

vasos, provistos unos de flores naturales ó artificiales y otros con incienso, yerbas y maderas aromáticas. Los gremios de la ciudad construyeron altares notabilísimos por su riqueza y arte. Los que asistían á la procesión llevaban cirios ornados de rosas, símbolo de las que Juan Diego había llevado al Sr. Obispo Zumárraga. La estatua de la Virgen era llevada en hombros de sacerdotes. Se celebró misa pontifical, y después del evangelio el Ilmo. Dr. D. Juan Antonio Vizarrón, Arzobispo de Méjico, de santa é imperecedora memoria, y el Cabildo eclesiástico juraron solemnemente por Patrona á la Virgen de Guadalupe. El Municipio prestó igual juramento, y el pueblo lo ratificó con demostraciones de júbilo y protestas de amor. Luego hicieron lo mismo delegados de toda la Nueva España. La peste, que en el espacio de ocho meses había hecho en la capital unas cincuenta mil víctimas y más de setecientas mil en el resto del país, cesó tan pronto como se hizo el juramento. «Parece que el ángel esterminador no esperaba más que esta resolución para envainar la espada que había acabado con tantas vidas» (1). Para que la consagración fuera canónica y perpetuamente válida, se acudió á la Santa Sede; y Benedicto XIV de grata memoria, por Bula de 25 de Mayo de 1754 aprobó la grandiosa obra y concedió oficio propio. Creemos oportuno advertir en este lugar que ya en 1663 se solicitó de la Silla Apostólica la concesión de oficio propio y fiesta de precepto para el 12 de Diciembre; y con el fin de preparar y desembarazar el camino, el Cabildo Metropolitano hizo en 1666 recibir una información jurídica, en que depusieron veintiún testigos, algunos de ellos de más de cien años, acerca de lo que sabían de la milagrosa aparición de la Santísima Virgen, y mandaron copia á

(1) P. Alegre, *Historia de Méjico*, Tomo III, pág. 267.

Roma archivando el original. Ésta es una de las pruebas más fuertes y poderosas de la verdad de la aparición.

## XIII

## LA CORONACIÓN

Día para siempre memorable en los fastos de la Iglesia mejicana será el 12 de Octubre de 1895, en que fué coronada la veneranda imagen de Nuestra Señora de Guadalupe. El inmortal León XIII por Breve de 8 de Febrero de 1887 había concedido al Arzobispo de Méjico, Dr. D. Pelagio A. Labastida y Dávalos, la facultad de hacer la coronación con su autoridad y en su nombre. Deseando el Prelado que esta ceremonia se verificase con grandioso aparato, dispuso que se embelleciera y restaurase el santuario. Para que las obras se llevasen á cabo sin trabas de ningún género, fué trasladada la Santa Imagen á la iglesia de las monjas capuchinas de la villa, en la cual estuvo siete años, siete meses y siete días. Sólo el 1.º de Octubre de 1895 pudieron estar arreglados los preparativos rigurosamente ajustados al programa redactado por el Ilmo. Sr. Camacho, Obispo de Querétaro. Todo el mes de Octubre fué santificado con solemnes fiestas. El día 1.º el Ilmo. Sr. Arzobispo consagró la Basilica, y doce Obispos mejicanos consagraron al mismo tiempo, en virtud de facultad pontificia, otros tantos altares que hay en ella. Los treinta días restantes fueron asignados á cada una de las diócesis, comunidades religiosas ó asociaciones, que adornaban el templo con esplendor y se celebraban misas pontificales y se predicaban elocuentes sermones. El sábado 12 fué día de grande alborozo. La Basilica lucía sus más ricas galas, y estaba espléndidamente iluminada por centenares de cirios....

Se encontraban presentes treinta y ocho Prelados, veintiuno mejicanos y diecisiete extranjeros, pues se había dirigido atenta invitación á todos los Obispos de la América, para que contribuyesen con su presencia á glorificar á la Reina del Tepeyac en el día de su exaltación.

Además habria como cien sacerdotes, y entre los fieles que pudieron entrar al santuario y los que se quedaron afuera á su alrededor en el atrio y en la plaza, fueron cincuenta mil, que llegaron de todos los Estados de la República. Á las ocho y media de la mañana el Sr. Arzobispo de Méjico, Dr. D. Próspero María Alarcón y Sánchez de la Barquera, recibió de doce distinguidas señoras, que habían costeado y regalado las piedras preciosas, la rica corona colocada en artísticas andas. El Prelado la entregó, previo juramento de guardarla y conservarla, al Cabildo de la Colegiata. Se la llevó en procesión por las naves de la iglesia, yendo acompañado el Prelado de Méjico por los Obispos vestidos de roquete, capa pluvial y ceñida la mitra en la cabeza. De regreso al altar se colocó la corona al lado de la epístola en un cojín de terciopelo rojo recamado de oro, se promulgó la indulgencia plenaria otorgada por el Papa, y empezó la misa pontifical. El magnífico orfeón de Querétaro desempeñó la parte musical.

Concluida la misa, llegó el momento, tan deseado siglo y medio había por los mejicanos. Colocóse delante del trono de la Santa Imagen un tablado con suaves y cómodas escalinatas. El Arzobispo celebrante entonó el *Regina Coeli*, y asistido del Arzobispo de Michoacán, elevaron la corona y la colocaron pendiente de una varilla de oro, que había sido enclavada en el marco á la altura de la cabeza de la Santísima Virgen. Entretanto con voz clara y conmovida pronunciaba las palabras de rúbrica: «Así como nosotros te coronamos á Ti

en la tierra, merezcamos asistidos de tu amparo, ser coronados por Nuestro Señor Jesucristo en el Cielo».

Los fieles que estaban reprimiendo los afectos de sus corazones, al ver coronada á su Madre, dieron rienda suelta á su ternura, y entre lágrimas, sollozos y voces de júbilo prorrumpieron en «¡Viva la Reina! ¡Viva la Reina de los Mejicanos! ¡Viva la Virgen de Guadalupe!» Aquello fué espectáculo embelesador y sublime.

Terminó este acto con una escena ternísima. El Sr. Obispo Camacho, el fino amante de María de Guadalupe, subió las gradas del trono de la Virgen, y dirigiéndose á los Prelados, les dijo: «Invito á los Ilustrísimos Señores Arzobispos y Obispos á deponer mitra y báculo en el altar de la Santísima Virgen de Guadalupe, porque ella es Reina de las Américas y Patrona de Méjico.» Todos, como si hubiesen tenido el mismo pensamiento, subieron las escalinatas y depusieron las insignias de su dignidad á los pies de la Reina de los Apóstoles. Esta conmovedora é inspirada manifestación de piedad hizo que el entusiasmo rayase en delirio.

La corona es una joya que por su valor y mérito artístico no tiene rival en el Nuevo Mundo. La fabricó en París el joyero Edgán Morgan, con oro, plata y piedras preciosas, que ofrecieron doce respetables matronas mejicanas. Pesa una arroba y cuatro libras: tiene de alto sesenta y dos centímetros, la circunferencia de la diadema es de noventa y cuatro centímetros. Su valor intrínseco es, según los inteligentes, de cien mil pesos.

Al artista por su trabajo de mano le dieron ochenta mil francos, cantidad módica, atendido que es obra maestra en su género. El mismo artista hizo esta descripción de la rica joya. «Se compone la Corona de cuatro partes y son: la Diadema ó base del cuerpo, el Cuerpo, la Cúpula y en fin el Remate. La Diadema ó

base en lo exterior está formada por veintidós medallones, donde están pintados sobre oro, y con esmalte de Limoges, ramos de rosas todas diversas: debajo de ellos, en letras esmaltadas, se leen los nombres de veintidós Obispados (los que existían cuando se mandó labrar la corona). Por encima de ellos hay cincuenta y dos estrellas, formadas con diamantes, y entre los medallones hay engastadas unas hermosas esmeraldas. Estos medallones tienen arriba y abajo molduras esmaltadas y embutidas sobre oro.

En la parte plana ó inferior de la diadema, es decir, en lo ancho ó espesor, se encuentran veintidós ángeles de relieve, cincelados y esmaltados, alternando con estrellas y otros adornos con diamantes.

El Cuerpo, ó sea, lo que descansa sobre la base ó diadema, está formado de seis escudos, que son los escudos de armas de los Arzobispados, y de seis ángeles que representan las seis Provincias eclesiásticas de Méjico (1).

Los escudos, hechos de esmalte de Limoges sobre el oro, están circunvalados con diamantitos; después unos cuadros ovalados, adornados con esmalte embutidos sobre el oro, y tienen su respectiva moldura de relieve, cincelado con mucho estudio; lo cual produce una vista agradable y hace que resalte más y más su riqueza. Están los escudos unidos entre sí por medio de seis ángeles de relieve, con las alas desplegadas y esmaltadas desde el rojo hasta el blanco. Sus túnicas están esmaltadas de un color azul muy fino; las aureolas brillan por estar cercadas de diamantes.

Los ángeles nacen de una rosa, refiriéndose alegóricamente á las rosas milagrosas de la historia de la aparición.

La Cúpula se forma de dos secciones; seis fajas verti-

(1) Actualmente son siete.

cales de rosas de oro de distintos colores y seis estrellas de diamantes: los distintos colores de las rosas de oro provienen de las diversas minas de donde se tomó, por ejemplo, minas de California, de Zacatecas, de Potosí, y otras. Corresponden estas fajas á la parte superior de los escudos Arzobispales; cada una se compone de ramos de rosas de oro, realizadas y cinceladas; y dentro de unos marcos con molduras realizadas y cubiertas de diamantes nacen los ramos de una flor de lis, en cuyo centro hay un amatista engastado; y, siendo las rosas en tanta cantidad, no hay una sin embargo que se parezca ó sea igual á la otra; pues parece que el artista de intento estudió en algún plantel de rosas todo el procedimiento de crecer de estas flores, desde el botón hasta el completo desarrollo. El Ilmo. Sr. J. M. Farley, Coadjutor del Arzobispo de New York, en una relación que hizo de las Fiestas, que él mismo presenció en Méjico, escribe «que el artífice apostó que entregaría ochenta mil francos á quien descubriese dos rosas ú hojas iguales en toda la corona» (1).

Siete estrellas formadas por brillantes componen cada una de las seis fajas que corresponden á la parte superior de los ángeles: la magnitud ó tamaño de las estrellas es proporcional á la curva de la cúpula. El remate está formado de una moldura circular que representa un conjunto de hojas cinceladas, llenas de diamantes, rubies y zafiros engastados. Sobre esta moldura descansa el globo de la tierra esmaltado, y en él se ven ambas Américas y con particularidad Méjico. En el punto del globo junto á Méjico, se levanta una cruz adornada con diamantes, y como apoyada en la cruz reposa el águila.

(1) The maker offered 80,000 francs to any one who will discover two roses or leaves alike in the whole of the work. The Seminary. Vol. IV, núm. 3. December, 1895.

heráldica de la República, para significar que la Nación Mejicana nada tendrá que temer mientras estuviere bajo la sombra de la Cruz y la protección de su Patrona, Reina y Madre, la Virgen aparecida en el Tepeyac.

Esta corona es de plata dorada, excepto lo siguiente: en la Diadema, las molduras y los medallones de las rosas; en el Cuerpo, los medallones y sus marcos, y en la Cúpula, los ramos de rosas de las dos secciones.

Pero una corona tan rica y tan primorosamente labrada no convenía que estuviese expuesta todos los días. Por eso doce jovencitas huérfanas de madre, costearon otra menos preciosa, que estuviese colocada sobre la santa imagen. Es toda de plata y de forma esférica; su valor intrínseco sube á dos mil pesos.

Terminaremos esta reseña trasladando los hermosísimos dísticos latinos que León XIII dedicó á la Virgen de Guadalupe con motivo de su coronación, y que los mejicanos han hecho grabar con letras de oro al pie del cuadro de la celestial Patrona:

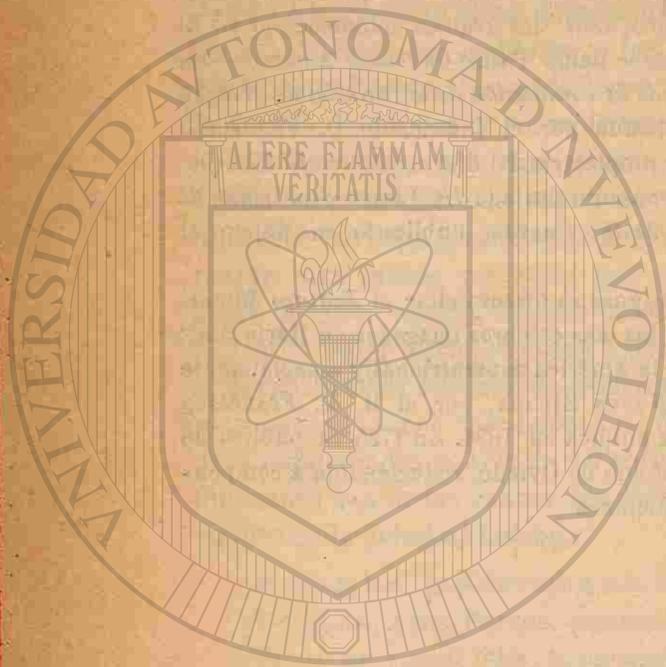
Mexicus heic populus mira sub imagine gaudet  
Te colere, alma Parens, praesidiisque frui;  
Per te sic vigeat felix, teque auspice Christi  
Immotam servet firmior usque fidem.

Un Misionero Hijo del Inmaculado Corazón de María los tradujo al castellano de esta manera:

Entre puras alegrías  
Venérate, oh Madre amable,  
En tu imagen admirable  
La mejicana nación.  
Haz que bajo tus auspicios  
Feliz avance y prospere,  
Y que inmóvil persevere  
De Cristo en la religión.

**Autoridades.**—Más de trescientos autores han escrito sobre la Santísima Virgen de Guadalupe. Sin embargo, en los últimos años se han escrito tres obras que resumen las demás. La primera es la *Historia de la aparición de la Santísima Virgen de Guadalupe en Méjico* por un sacerdote de la Compañía de Jesús (Méjico, 1897) dos gruesos volúmenes en 4.º El autor, bien conocido, se llamó Padre Cayetano Anticoli.—La segunda, *El Album de la coronación de la Santísima Virgen de Guadalupe*, publicado por el Licenciado D. Victoriano Agüeros, redactor y propietario del diario católico *El Tiempo*.—La tercera es un opúsculo titulado *La Virgen Santísima de Guadalupe* por J. de F. Cuevas, publicado en Méjico el año 1888.

Entre las obras antiguas es forzoso citar el *Zodiaco Mariano* ó sea *Historia de las más célebres imágenes de María Santísima veneradas en la América Septentrional* y especialmente en los reinos de la Nueva España, por el R. P. Francisco Florencia. Vió la luz pública en 1694. En 1755 la publicó de nuevo el P. Juan Antonio de Oviedo, reduciéndola á compendio y con algunas adiciones.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





NUESTRA SEÑORA DE LOS REMEDIOS (MÉJICO)

## CAPÍTULO II

### Nuestra Señora de los Remedios

SUMARIO.—I. Origen de la Santa Imagen y su ocultación. II. Hallazgo de la Virgen de los Remedios. III. El moderno santuario. IV. Traslaciones de la Virgen a la Catedral.

#### I

##### ORIGEN DE LA SANTA IMAGEN Y SU OCULTACIÓN

El viajero que sale de Méjico por el ferrocarril nacional en dirección á Toluca, si al llegar á la estación de Naucalpan, dirige una mirada al horizonte, divisa el árido montecillo de Totoltepec que quiere decir *cerro de los pájaros*, coronado por la blanca cúpula de pintoresco santuario. Está dedicado á Nuestra Señora de los Remedios, por contener una imagen de la Madre de Dios, que desde los tiempos de la conquista ha sido el más grato embeleso de los moradores de la capital. Dicha imagen es de talla y de proporciones muy diminutas, por cuanto apenas mide 209 milímetros de altura; el divino Niño que lleva en el brazo tiene 140 milímetros. El rostro está denegrido por los años; sin embargo es objeto de tierno culto por su origen histórico y por los beneficios que ha dispensado.

Su origen, como hemos dicho, se remonta al tiempo de la conquista, pues la trajo de España uno de los compañeros de Hernán Cortés, que, según se cree, fué Juan Rodríguez Villafuerte. Al tiempo de embarcarse

para el Nuevo Mundo, se la había regalado un hermano suyo, religioso agustino, para que le acompañase y favoreciese, asegurándole que en diversas ocasiones había experimentado su protección de modo singular y palpable. Cuando Cortés entró en Méjico el 8 de Octubre de 1519, trató de derribar los ídolos para que fuera solamente adorado el verdadero Dios. Moctezuma le manifestó temor de que se exaltarían y sublevarían los ánimos de los indígenas y darían muerte afrentosa á él y á sus compañeros. El famoso conquistador, que era vehemente é impetuoso, no se acobardó por ello, sino que entrando en el famoso *teocalli*, con una barra de hierro derribó al principal de los ídolos, diciendo: «*á algo nos hemos de exponer por Dios*». Y en el acto colocó en su lugar el crucifijo y la imagen de Nuestra Señora de los Remedios. Luego con la voz embargada por la emoción prorrumpió en esta ardiente plegaria: «*Infinitas gracias te sean dadas, verdadero Dios y Señor de los siglos, que te has dignado, después de tantos años como ha que el demonio en este lugar ha tenido tiranizados estos reinos, y estas naciones engañadas con tantos errores, que por vuestras indignas manos seas puesto en compañía de tu santísima Madre en el trono de este altar, para que en él seas adorado y servido, como esperamos, con la debida adoración, que él te había usurpado, de estas innumerables gentes, y que el enemigo común sea lanzado eternamente á los abismos y destruído por tu divina presencia y la de tu soberana Madre. Suplicámoste, Señor y Redentor nuestro, que bendigas nuestras almas y que todo redunde á mayor gloria tuya*».

La Virgen de los Remedios no tardó en acreditarse obrando muchas maravillas encaminadas á la conversión de los indios á la religión de Nuestro Señor Jesucristo. Efectivamente, éstos que habían guardado misterioso silencio, cuando Cortés derribó el ídolo, se le

presentaron días más tarde cargados de mazorcas y cañas de maíz secas diciéndole: «*Malinche*—este era el título que le daban—, mira lo que has hecho, y lo poco que te debemos por haber menospreciado á nuestros dioses y puesto los tuyos en el lugar que ellos tenían. Después que esto hiciste las nubes no han querido derramar lluvias sobre los campos, y con esto se van secando las sementeras. Por culpa tuya vamos á perecer de hambre».—«Lo que hice, respondió Cortés, bien hecho está, y para que veáis que vuestros ídolos no son dioses, ni los que dan ó retiran las lluvias que necesitan vuestras *milpas* (maizales), sino el único Dios verdadero, cuyo Hijo es el Señor que está allí y de quien es Madre aquella Señora, de hoy á mañana lloverá y tendréis un año tan abundante como no habréis conocido otro. Mis compañeros y yo le pediremos á la Señora, cuya imagen está en el templo, lo alcance de su Hijo omnipotente, cuya es la otra imagen». Hizo que el Padre Bartolomé Olmedo, de la orden de la Merced, que le había acompañado en el viaje, celebrase el agosto sacrificio de la misa; y efectivamente, pronto el cielo se cubrió de nubes que derramaron copiosísima lluvia. Este hecho fué tanto más notable cuanto que era á fines de Noviembre, época en que no llueve en Méjico, dado que el periodo de las aguas empieza á fines de Mayo y termina á principios de Octubre; lo restante del año es periodo de sequía.

En la noche del 10 de Julio de 1520 los indígenas se levantaron contra los españoles, matando 450 de ellos y más de 4000 indios auxiliares. Los demás huyeron des-pavoridos á refugiarse en los montes. La historia ha dado á esa noche fatídica el título de *noche triste*. Parece que Juan Rodríguez Villafuerte, que fué uno de los que lograron escapar de la matanza, llevó consigo la bendita imagen de Nuestra Señora de los Remedios, y

la ocultó en el cerro de Totoltepec, que dista dos leguas y media de Méjico y que en aquella época estaba cubierto de copiosa y abundante vegetación. Allí quedó escondido el precioso tesoro, hasta que el Señor fué servido que un indio afortunado la encontrase del modo que refiere la tradición, confirmada por escritores muy antiguos.

## II

## HALLAZGO DE LA VIRGEN DE LOS REMEDIOS

En el año 1540 el cacique Juan *Ce Clautli* ó del Águila, vecino de San Juan, que iba todos los días al pueblo de Tacuba, al pasar por un lado del cerro de Totoltepec, le parecía oír una voz suave como de mujer que le decía: «Hijo, búscame en este sitio»; pero él no comprendía cómo ni dónde la debía buscar. Como estas voces se repitiesen varias veces, el indio fué á consultar á los religiosos franciscanos de Tacuba acerca de lo que había de hacer; mas ellos procuraron persuadirle que todo era vana ilusión, y aun lo amenazaron con castigarle severamente si volvía con el mismo negocio. Dócil á las exhortaciones de los religiosos, Juan guardó silencio en adelante; pero un prodigio vino á declarar la voluntad de la Santísima Virgen. Sucedió que subiendo Juan á uno de los pilares de la iglesia que se estaba fabricando en Tacuba, se derrumbó el pilar y le cogió debajo. Lleváronle moribundo á su casa y le administraron el sacramento de la Extremaunción. En la noche creyó ver á la Santísima Virgen que le daba una cinta y le encargaba se ciñese con ella. El hecho fué que á la mañana siguiente se levantó completamente sano con admiración de todo el vecindario.

Pasados algunos días fué el indio á cazar al bosque de

Totoltepec, y debajo de un magüey (1) encontró la imagen de Nuestra Señora de los Remedios. Se acercó á ella reverente, y con la mayor ternura le dijo: «No estáis aquí bien, Señora; en mi casa estaréis mejor, donde os serviré con la reverencia que conviene á mi Ama y Señora». La tomó en sus brazos, la envolvió en su tilma, y la llevó á su morada, donde la tuvo en pacífica posesión sobre diez ó doce años. El Maestrescuela de la catedral de Méjico, D. Álvaro de Tremillo, con sólo ver la santa imagen, quedó prendado de ella, y consiguió que Juan le erigiera decente oratorio con altar, donde D. Álvaro celebró la misa.

Atraídas por la fama de las bondades de Maria de los Remedios acudían innumerables personas á visitarla, y el pobre indio por atenderlas, no podía acudir á su trabajo. Para solucionar este conflicto obtuvo licencia de colocar la imagen en la capilla del vecino pueblo. Enfermó de gravedad; y atribuyendo su mal á ingratitude para con la Reina del Cielo, le construyó en el cerro de Totoltepec una modesta ermita de adobes. Los historiadores antiguos de la imagen, como Cisneros, Florencia y Carrillo, refieren como un hecho que nosotros estimamos apenas como piadosa leyenda, que el indio al verse enfermo se hizo trasladar al santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, y que tan luego como pisó los umbrales de la iglesia, oyó que la Santísima Virgen le decía: «¿Á qué vienes á mi casa, si me echaste de la tuya? Y ya que me arrojaste de tu casa, ¿porqué no me volviste al lugar donde me hallaste? Vuelve á tu pueblo, convoca á los vecinos del distrito, y diles que en el lugar

(1) Magüey es el agave mejicano, planta como la pita, de la cual por incisiones en el tronco se extrae un líquido azucarado, que fermentado es el pulque, bebida de color blanco como leche, y que reemplaza al vino por la escasez de viñas que hay en el país. Desgraciadamente los indios abusan de este don de Dios.

del cerro donde me encontraste, me hagan una casa pajiza con altar de piedra». Añaden que el indio obtuvo curación radical de sus males, y la ermita se edificó en pocas semanas.

Veinte años permaneció Nuestra Señora de los Remedios en tan modesta ermita, recibiendo culto ferviente de los pueblos circunvecinos. Mas luego se enfrió ese ambiente de piedad, y la ermita quedó abandonada y desierta. El musgo crecía en las paredes y en el piso, y los animales penetraban á guarecerse de las inclemencias del aire. La divina Providencia dispuso que en el año de 1574, el regidor D. García de Albornoz, siendo obrero mayor de la ciudad, pasara por Totoltepec, y viera el miserable estado de la ermita. Llenóse su pecho de amargura, y resolvió remediar el mal. Al efecto reunió al Ayuntamiento, y expuso que á la ciudad de Méjico correspondía avivar el culto de la Virgen de los Remedios. Llenos de entusiasmo los miembros de aquella corporación, previó el permiso del Virrey y del Arzobispo, quien les concedió el patronato del santuario, comenzaron un hermoso templo, que notablemente mejorado, es el mismo que hoy existe y que fué dedicado á fines de Agosto de 1575. Los vecinos más caracterizados de Méjico ofrecieron á la milagrosa imagen ricos adornos y no despreciables sumas de dinero.

### III

#### EL SANTUARIO

Consta el santuario de una sola nave de 42 metros de largo por 6,65 de ancho; mas en el crucero llega á catorce metros. El altar es moderno y de elegante aspecto, pintado de blanco con las molduras doradas. Desde las gradas de la mesa del sacrificio se levantan

cuatro airoas columnas que terminan en vistosos capiteles de orden corintio. En el centro está el trono ó *ciprés*—como lo llaman en Méjico—de la santa imagen. Ésta, aunque de talla, está vestida con ricos vestidos de seda recamados de oro. En la cabeza ciñe brillante corona, y al rededor del rostro tiene un adorno de oro cuajado de perlas finas. En el brazo derecho ostenta un cetro con brillantes, que le colocó el Ilmo. Sr. Arzobispo Dr. D. Próspero María Alarcón y Sánchez de la Barquera el 8 de Septiembre de 1902, celebrando de pontifical el Ilmo. Sr. Obispo de Arizona (Estados Unidos). En el pecho luce un adorno de perlas. Á sus plantas brilla media luna de oro. En el brazo izquierdo sostiene á su divino Hijo que ciñe corona y en la mano ostenta á manera del globo terrestre un rico brillante.

El presbiterio está más elevado que el cuerpo de la iglesia y tiene un hermoso barandal de bronce dorado para el comulgatorio. Á los lados del crucero se levantan dos sencillos altares; el uno dedicado al protomártir mejicano San Felipe de Jesús, y el otro á la más pura flor de América, Sta. Rosa de Lima. Detrás del altar mayor hay espacioso y decente camarín por donde se puede subir á venerar la imagen. Fué construido á expensas del oidor D. Francisco Fernández de Marmolejo y su esposa, poco después de la dedicación del santuario.

Como á causa del trascurso de los tiempos los muros estaban muy denegridos, el actual vicario, D. Juan Hernández Becerra, los ha pintado por sí mismo con notable buen gusto; á él se debe también la pintura y dorado del altar mayor. En la tribuna hay órgano y armonio, que se emplean en las fiestas solemnes y en los días de romerías.

En el pavimento, frente al púlpito, yace una lápida de piedra con una inscripción que dice así: «Éste es el verdadero paraje donde fué hallada la Santísima Vir-

gen, debajo de un magüey, por el cacique D. Juan del Águila Tobar el año 1540, donde le dijo que la buscarse en las veces que se le había aparecido. Año 1796».

El año 1754 el santuario fué agregado á la Basílica de Letrán, y el 16 de Junio de 1902 se le erigió en vicaría fija ó, lo que viene á ser lo mismo según la práctica de la Archidiócesis, en parroquia.

Próximas al santuario se levantan la casa del párroco y habitaciones holgadas y cómodas para los peregrinos que desean pasar una novena junto á la santa imagen.

La fiesta principal se celebra anualmente el primer domingo de Septiembre con solemnidad grandiosa, acudiendo millares de fieles de diversos lugares de la Archidiócesis de Méjico; Casi todos ellos recorren á pie por espíritu de penitencia el trayecto que hay desde la estación de Naucalpan hasta la cima de Totoltepec, donde se encuentra el santuario, á pesar de que existe una regular carretera, cuyo trayecto á pie dura sobre cuarenta minutos

## IV

## TRASLACIONES DE LA VIRGEN Á LA CATEDRAL

Hemos dicho que Nuestra Señora de los Remedios ha sido en todas épocas el amparo y consuelo de la ciudad de Méjico. De su Santuario es trasladada en las calamidades públicas á la catedral, donde se le ofrece devotísimo novenario. Notables fueron los traslados verificados en 1577 con motivo de una epidemia que dieztaba la capital; en 1597 y 1616 por la falta de aguas; en Abril de 1809 y en 11 de Mayo de 1810 (1) con el fin de

(1) En esta ocasión permaneció tres meses en Méjico, pues un rayo derribó la mitad de la torre del santuario de Totoltepec y

implorar de ella su socorro en favor de las tropas españolas contra los ejércitos de Napoleón.

En tiempos en que las leyes permitían el culto por las calles, el traslado de la veneranda imagen era un acontecimiento, todo el pueblo se conmovía. Estaba ya aprobado el ceremonial con que debía ejecutarse, el cual, conforme un escritor del presente siglo, era de esta manera:

«Concedida por el superior gobierno la licencia necesaria, dos capitulares eclesiásticos y dos caballeros regidores la trasladaban en un coche hasta la parroquia de la Santa Veracruz, habiendo otorgado antes escritura los dos primeros en nombre de su cabildo á favor del secular que obtenía el patronato del santuario, de que volvería á él la imagen concluido el tiempo de nueve días. Por todas las parroquias y conventos de religiosos que había en el camino, se entonaba la Letanía y Salve acompañándola desde su salida una multitud innumerable de gentes de todas clases, en coches, á caballo y muchísimas á pie, sin que jamás se hubiese verificado el más leve desorden ó desgracia, ocupándose todos generalmente en rezar el rosario á coros ó en cantar alguna letrilla devota.

»Al día siguiente se juntaban en la citada iglesia parroquial de la Santa Veracruz todas las parcialidades de los indios, presididas por sus alcaldes y gobernadores, las cofradías, hermandades y demás órdenes con sus guiones y estandartes, representaciones de las comunidades religiosas de padres belemitas, de la caridad

las bóvedas, cuya reparación duró noventa días. Se la llevó por las diversas iglesias de la ciudad predicándose ochenta y ocho sermones y pronunciándose millares de poesías alegóricas. En los números del 12 de Mayo al 16 de Agosto de la gaceta de Méjico de aquel año se hallan los pormenores de tales solemnidades religiosas.

de San Hipólito, de los hermanos hospitalarios de San Juan de Dios, de las órdenes regulares de Nuestra Señora de la Merced, del Carmen Descalzo, de San Agustín, de San Francisco, en la que iban unidas sus cuatro familias, y de Santo Domingo, cada una con cruz alzada y ciriales. Organizada en esta forma la procesión, presidíala el preste con sus ministros revestidos de ornamentos morados. Seguía la Archicofradía de Nuestra Señora de los Remedios, compuesta de los principales miembros de la nobleza, y cuyo instituto era solicitar y promover el mayor culto de la Santísima Virgen. Luego caminaba todo el clero secular revestido de sobrepepliz, precedido de la Cruz de la Catedral, á la cual seguían todos los miembros del coro de la misma Santa Iglesia entonando las letanias de los Santos, y últimamente en el centro del cabildo eclesiástico era llevada la imagen bajo palio y en hombros de sacerdotes del mismo clero, yendo delante gran número de niños de ambos sexos vestidos de ángeles, ó á la española antigua, ó á manera de los nobles mejicanos, los cuales esparcían por toda la carrera claveles, rosas, amapolas y otras flores de que en todo tiempo abunda este fertilísimo país; cerraba la procesión el Ilmo. Sr. Arzobispo, ó en su defecto, la primera dignidad del coro asistido de sus ministros, también con ornamentos morados.

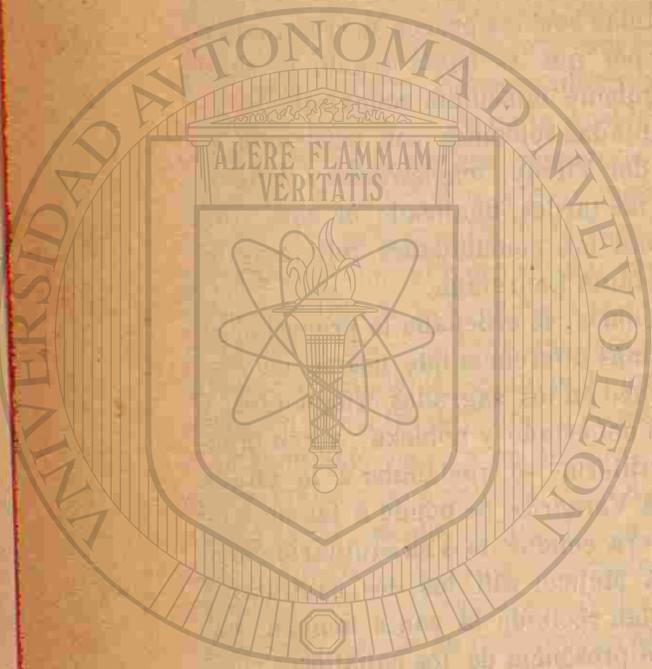
»A la procesión seguían inmediatamente el acompañamiento de los tribunales, Real y Pontificia Universidad bajo sus mazas y llevando sus individuos las ínfulas de los respectivos grados, la nobilísima ciudad igualmente bajo mazas, en cuyo cuerpo se daba lugar á toda la nobleza y jefes militares y de oficinas; después el Real Tribunal de Cuentas, y Real Audiencia, á quien presidía el Excmo. Sr. Virrey, y últimamente una compañía de granaderos de infantería y otra de caballería.

»Luego que la santa imagen llegaba al umbral del

templo de donde salía, se hacía salva en la plaza mayor con quince tiros de cañón; la misma se repetía cuando ya estaba en mitad de la carrera, y por tercera vez al entrar por la puerta principal de la Catedral. En ella terminaban las Letanias con las preces correspondientes á la necesidad, por que se había traído la santa imagen, y al día siguiente inmediato comenzaba el novenario de misas cantadas solemnes con asistencia en el primero y último del Virrey, magistrados y tribunales referidos: y por las tardes, finalizado el coro, turnaban por antigüedad las comunidades religiosas en cantar la Salve y Letanía Lauretana.

»Concluido el novenario, se ordenaba la procesión en la misma forma, sin más diferencia que usarse en esta ocasión del color blanco en los sagrados ornamentos; y seguida de las clases del estado y nobleza, y con iguales anuncios de la artillería, se trasladaba á la citada parroquia de la Santa Veracruz, de donde á las siete de la mañana siguiente era conducida á su santuario como antes lo había sido á Méjico: allí los dos capitulares eclesiásticos que habían recibido la santa imagen, hacían de ella entrega á presencia de los caballeros regidores, y se cancelaba la escritura otorgada».

**Autoridades.**—*Historia de Nuestra Señora de los Remedios* por el R. P. Fr. Luis de Cisneros, Méjico, 1621.—*Origen de la milagrosa imagen de Nuestra Señora de los Remedios de Méjico* por el P. Francisco Florencia S. J. Se imprimió por primera vez en Méjico y se hizo segunda edición en Sevilla, 1745.—*Lo máximo en lo mínimo. La portentosa imagen de Nuestra Señora de los Remedios* por D. Ignacio Carrillo y Pérez, Méjico 1810.—El P. Calvillo escribió en 1810 un opúsculo sobre la materia y un sermón con interesantes noticias al fin.—Veytia en sus *Baluartes de Méjico*, 1821.—Estas obras son rarísimas. Únicamente he podido hojearlas en la Biblioteca Nacional.

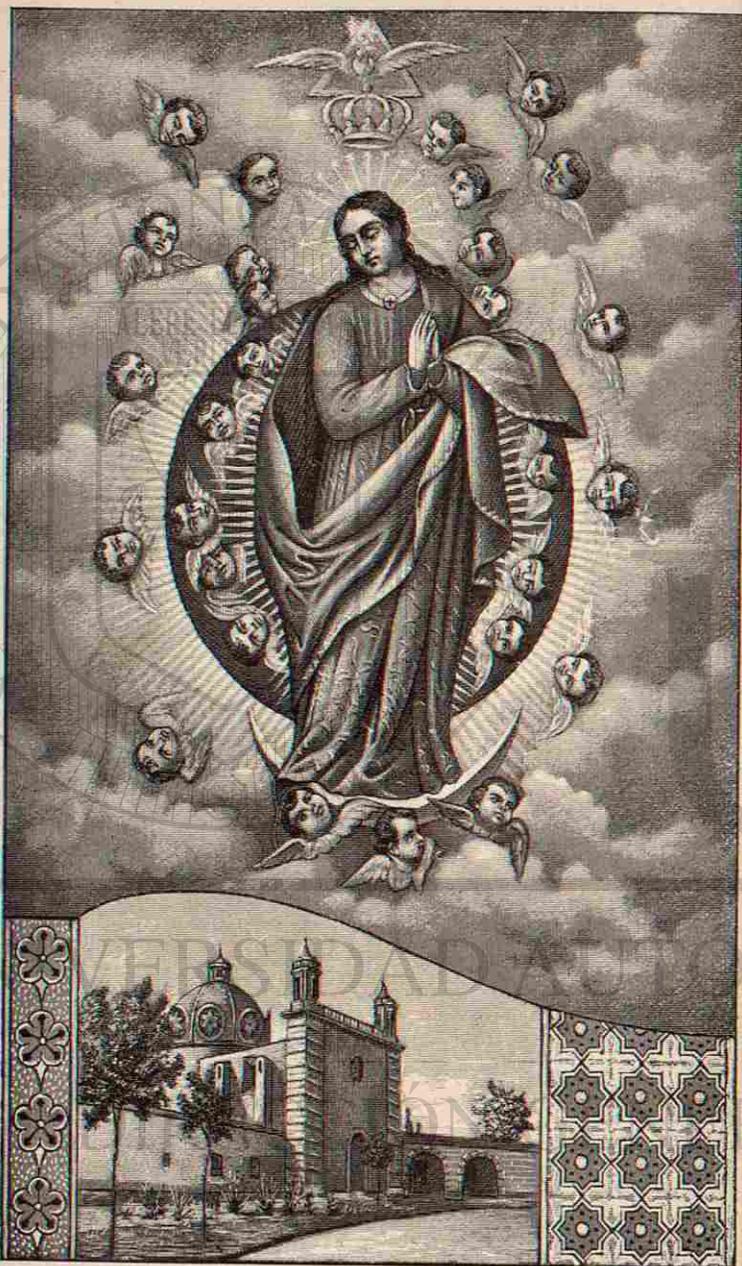


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



NUESTRA SEÑORA DE LOS ANGELES (MÉJICO)

### CAPÍTULO III

#### La maravillosa imagen de Nuestra Señora de los Ángeles de la ciudad de Méjico

Entre los más suntuosos templos dedicados al culto divino en la capital de la República mejicana figura el de Nuestra Señora de los Ángeles, situado en el barrio de Coatlán (lugar del salitre). Es notable por guardar como preciosa joya una bellísima y milagrosa imagen que representa la Concepción Inmaculada de María y que por los muchos serafines que lleva pintados en su contorno se llamó *Nuestra Señora de los Angeles*.

Su historia de más de tres siglos demuestra en su sencillez lo que es la fragilidad humana en contraste con la misericordia divina y envuelve una de las maravillas más singulares del poder de Dios en favor de los hombres.

En el año 1580 lluvias torrenciales hicieron desbordar los lagos que existen al Norte de la ciudad, quedando enteramente anegado el barrio de Coatlán que era habitado por los toltecas, primeros pobladores del imperio mejicano. Entre varios objetos que flotaban en la superficie de las aguas vióse un lienzo donde estaba pintada una bella imagen de la Santísima Virgen. El cacique de aquel lugar, el piadoso Izayoque, la recogió; y prendado de su hermosura, y doliéndose del deplorable estado en que se hallaba el lienzo, dispuso que se copiase en la pared principal de un *santocalli* (oratorio) de adobe cubierto de paja, que tenía exactamente las mismas

dimensiones del presbiterio del actual santuario de Nuestra Señora de los Ángeles. En 1595 el *santocalli* fué erigido en capilla, según declaración del cura del partido fray Antonio Gutiérrez.

He aquí como un escritor mejicano describe la imagen: «Su tamaño no llega á siete cuartas (1,46 m.), que es la estatura natural de una doncella joven de trece años, el cabello es entre oscuro y rojo, derramado blandamente por los hombros, particularmente sobre el izquierdo, poblado y crespo en los extremos, y ceñidos por el colodrillo; la frente espaciosa y dilatada, sobre unas cejas arqueadas y tupidas; los ojos hermosos y modestamente inclinados, tanto que apenas descubren la mitad de la pupila; la nariz erguida y no muy redonda; los labios encendidos y pequeños, que resaltan con mucha hermosura sobre una barba partida de un hoyito que se señala al medio; las mejillas con un color tan vivo como el de la rosa más fragante y fresca, el cuello corto y bien torneado; el rostro de tinte trigueño rosado y muy apacible, se inclina mucho sobre la derecha, no descubriendo más que la oreja izquierda; las manos y los dedos muy hermosos y proporcionados; todo el cuerpo, en fin, descansando, según el ademán, sobre el pie derecho. Tal es, aunque en imperfecto bosquejo, la hermosa imagen que representa la Concepción Inmaculada de María».

La pintura que hizo copiar Izayoque es la misma que al presente se venera, después de haber padecido de las lluvias, de los temblores, y del abandono y descuido de los hombres, pruebas que demuestran el carácter sobrenatural de su portentosa conservación. En efecto, apenas trascurridos algunos años, desde que en 1595 se abrió la ermita al culto público, resfrióse la devoción de los fieles y se dejó á la capilla en tal abandono, que se hundió el techo y se desplomaron las paredes, sal-

vándose únicamente de tan lamentable ruina la que tenía la maravillosa pintura, que por esta causa quedó descubierta á los vientos, al sol, á la lluvia y á todas las intemperies. No terminó aquí el mal. En 1607 sobrevino otra inundación en que las aguas azotaron por largo tiempo el flaco cimientó de la endeble pared, la cual se mantuvo firme como si fuera de viva roca. La tal pared, aislada en medio de las aguas y circuida de ruinas, llama y excita la atención pública; es cuidadosamente examinada, y con general asombro se encuentra que la túnica de la imagen había sido destruida; pero el rostro y las manos permanecen intactos y frescos, como si acabaran de pintarse. Este prodigio reanimó la devoción, se tornó á levantar una nueva capilla, y se formó una hermandad que cuidase de ella y recogiera de los fieles limosnas para su culto. Desgraciadamente este fervor fué pasajero y se disipó cual ligera nubecilla en medio del firmamento. La capilla quedó solitaria, el césped creció en su cenagoso suelo, y vino á ser triste albergue en que se recogía de noche el rebaño de un pobre pastor. En 1627 vino otra inundación en que las aguas subieron cuatro varas sobre el piso, y azotaron el débil muro nada menos que cinco días; pero el rostro y las manos de la santa imagen, preservados sin duda por el brazo del Altísimo, no sufrieron deterioro de ningún género.

En esa alternativa de devoción y concurrencia, de abandono y olvido durante larga época, en que sólo una familia pobre perseveró en el culto de la prodigiosa imagen, se encontró ésta sin la cubierta del techo y expuesta á los destructores elementos que debieran haberla hecho desaparecer. En 1727 se volvió á reparar la capilla; pero la reparación fué tan desdichada, que pronto se halló peor que antes, de suerte que diez años más tarde, rodeada de escombros, más que lugar de

oración, parecía morada de insectos y sabandijas. En 1745 las calamidades públicas obligaron á los fieles á acudir al patrocinio de la Santísima Virgen, y comenzaron á fabricar una capilla más sólida de mampostería, que resistiese á los vientos y á las aguas; pero tales fueron los desórdenes que á la sombra de aquellos sagrados muros llegaron á cometerse en romerías indignas de este nombre, que el Sr. Arzobispo D. Juan Antonio Vizarrón se vió en la dura necesidad de ordenar que se suspendiera la obra y se ocultase la imagen. El decreto se ejecutó á la letra, cubriéndose la pintura con esteras mojadas, aseguradas con tablas que se clavaron en la pared. Siete meses después, pasando por las inmediaciones del templo el inquisidor mayor, D. Pedro Navarro é Isla, manifestó deseos de ver la santa imagen é hizo que la descubriesen. Al contemplar su graciosa actitud, su mística hermosura y portentosa conservación, fué tal su admiración y júbilo, que á su grande autoridad se debió el que desde entonces quedase de nuevo descubierta y expuesta á la pública veneración.

Siguieron algunos devotos promoviendo el culto y recogiendo limosnas, hasta que en 1776, visitando por casualidad la capilla D. José Haro, sastre de la capital, quedó tan enamorado de la imagen, que resolvió hacer los mayores esfuerzos para levantar las ruinas de la ermita y dar mayor esplendor al culto. Ayudado de sus oficiales, logró proveerla de ornamentos sagrados, continuó la obra de mampostería suspendida en 1745; y, como el ropaje de la santa imagen se había deteriorado, le acomodó uno de tela en la misma forma que hasta ahora ha conservado con tal arte y destreza que la Virgen parece de bulto.

En 1776 dos fuertes temblores despertaron la fe de los mejicanos, que consternados acudieron á implorar el valimiento de Nuestra Señora de los Ángeles. Tanto

creció el entusiasmo, que no les satisfizo el templo acabado por Haro, y se procedió á la construcción del santuario actual, que se terminó en 1808, y compite en magnificencia con los más afamados del centro de la ciudad. Al levantarlo se procuró no tocar en lo más mínimo la pared de la santa imagen; y así, toda la arquitectura hubo de amoldarse á este plan. En 1812 se hizo cargo del santuario un benemérito sacerdote, el Sr. D. José María de Santiago, quien empleó su rico patrimonio en embellecerlo y mantener un culto espléndido.

Treinta y tres años fué capellán de Nuestra Señora de los Ángeles; y tal era el afecto que profesaba á la celestial Señora, que por no abandonarla renunció la mitra de Sonora, para la cual había sido propuesto. Fué rector de la Universidad pontificia de Méjico y canónigo de la iglesia metropolitana. Á solicitud suya el Papa Pío VI agregó el templo á la Basílica de San Juan de Letrán; Pío VII erigió en él una asociación piadosa, y Gregorio XVI le concedió oficio propio para su titular; después Pío IX lo distinguió otorgándole la gracia singular del Jubileo de la Porciúncula.

Pero la grandiosa fábrica, y sobre todo, la pared que tiene la maravillosa pintura, se han visto muchas veces amenazadas de inundaciones á causa de lo bajo del terreno en que se encuentra y quizás porque el sitio es fangoso y debe haber sufrido algún hundimiento. Mucho se trabajó por remediar el mal; se puso primero una bomba al lado de la puerta principal, y después se cambió por un aparato que funcionaba incesantemente en el exterior para procurar el desagüe. Varias veces ha estado en peligro la santa imagen por esta causa, pues las aguas subían hasta la misma pared. Urgía poner remedio radical á tamaño peligro.

Al Sr. Santiago se le propuso varias veces la idea de

elevant la pared de la imagen; pero la desechó siempre por el justificado temor de que no resistiese tal operación. Varios otros capellanes, y el mismo Sr. Arzobispo Irizarri se empeñaron en buscar un remedio oportuno y eficaz; pero sus nobles esfuerzos fracasaban. La Santísima Virgen reservaba esta gloria para el Reverendo Padre Vicente Reyes de la Compañía de Jesús.

Ansioso de dejar el templo libre de todo peligro, consultó á un perito, el cual opinó que no había remedio. En 1884 un hábil ingeniero, que ha ejecutado con maestría obras notables de la ciudad, juzgó que lo único realizable era levantar 60 centímetros el pavimento. Así se ejecutó; mas el trabajo y el fuerte gasto resultaron infructuosos, pues en una inundación ocurrida en Octubre de 1885 se anegó el templo, cubriendo las aguas el presbiterio.

Por fin se confió la obra al ingeniero D. Emilio Dondé, facultándolo para que obrase con toda libertad. Inspeccionando las bóvedas del presbiterio notó que estaban enteramente cuarteadas y que pronto vendrían al suelo, si no se ponía oportuno remedio. Concibió el proyecto, reputado hasta entonces como imposible, de levantar la pared de la imagen, y así se haría una reparación completa al santuario y se le embellecería con una gallarda cúpula.

Empezó por elevar el pavimento un metro y veinte centímetros, terraplenándolo con escombros. Luego se procedió á la delicadísima operación de elevar la pared, habiendo procurado el celoso capellán que se implorasen los auxilios del cielo para que resultase favorable. Se taladró la base de la histórica pared para introducir en ella canes de madera, se cortaron á sierra los lados de la pared; y encerrada ésta por medio de varillas y tuercas ingeniosamente combinadas en una caja construida para tan arriesgada operación, fué elevada cinco

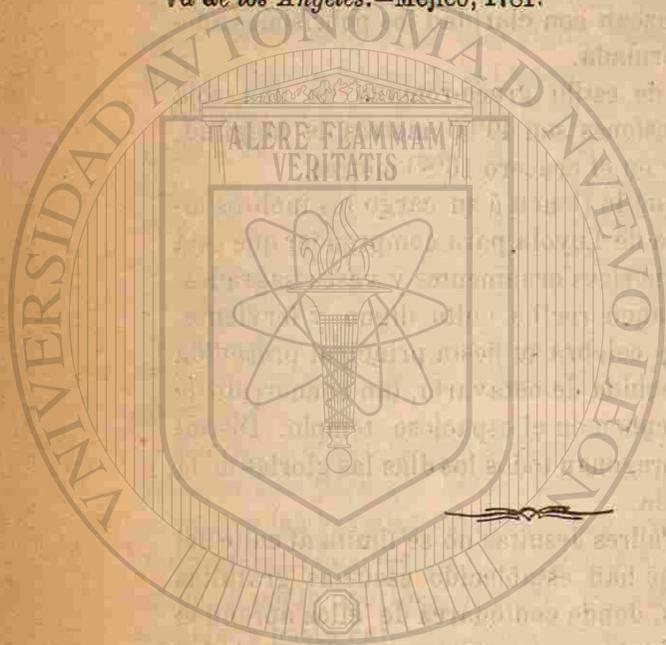
metros sobre la secular posición que ocupaba y transportada hacia el ábside casi otros cinco. Se la afirmó sobre sólida pilastra de ladrillo, y se la cercó por los lados y el respaldo hasta unos dos tercios de su altura, quedando al descubierto la parte superior para que en todo tiempo aparezcan con claridad los pobrísimos adobes de que está formada.

El santuario es de estilo greco-romano de una sola nave, y sus dimensiones son 49'50 metros de longitud, 11'30 de ancho, y en el crucero 16'80 metros.

Basta indicar que lo tienen á su cargo los inclitos hijos de San Ignacio de Loyola para comprender que está aseado, provisto de ricos ornamentos y vasos sagrados, y que la santa imagen recibe culto digno y ferviente. El 2 de Agosto se celebra su fiesta principal precedida de novenario y seguida de octavario, tan concurrido de los fieles, que no caben en el espacioso templo. Distinguidos oradores pregonan todos los días las glorias de la Virgen Inmaculada.

El celo de los Padres Jesuitas no se limita al culto del santuario, sino que han establecido escuelas gratuitas para niños pobres, donde centenares de ellos aprenden á conocer á Dios junto con las primeras nociones de las ciencias humanas; los días festivos enseñan el catecismo á niños y gente ruda, con lo cual han logrado levantar el espíritu de innumerables fieles. Pero la obra principal que allí han realizado, es abrir casa de ejercicios donde toda clase de personas tienen benévolo acogimiento. Sólo Dios sabe los pecadores que merced á tan bendita casa han hallado el perdón, los ignorantes que han aprendido la única ciencia verdadera y los afligidos que han recibido el bálsamo del consuelo.

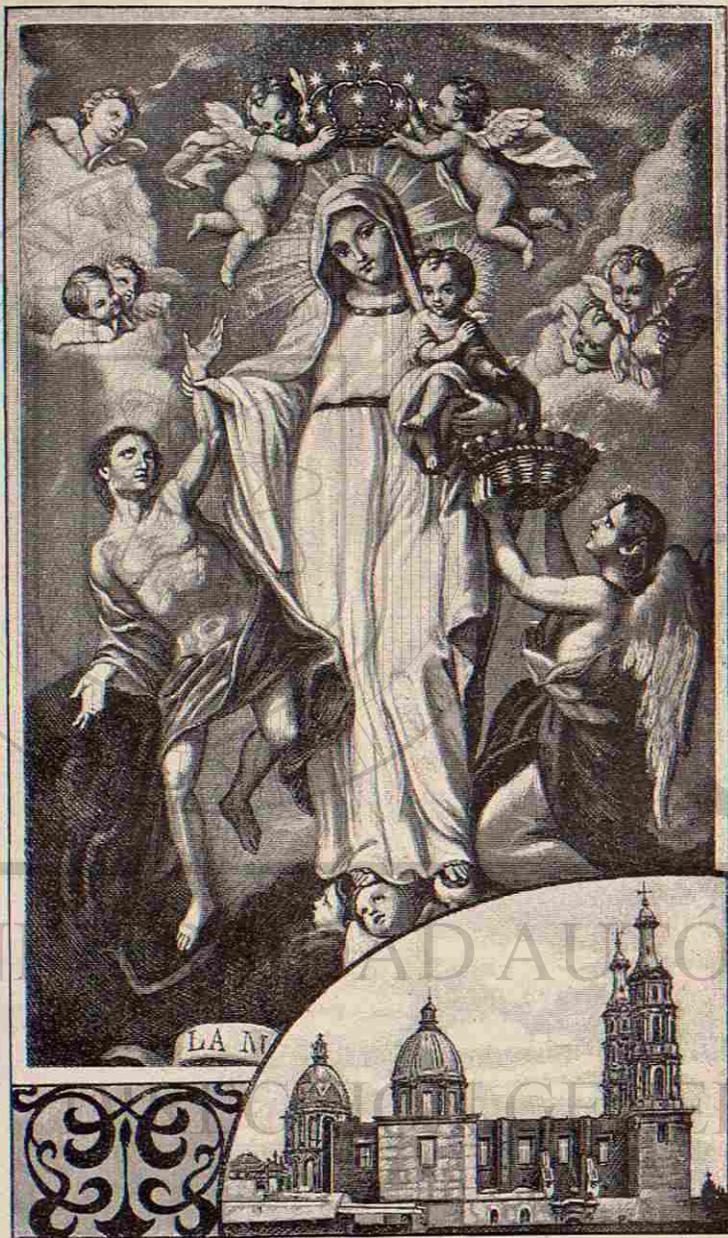
[ **Autoridades.**—José Mariano Dávila, *Nuestra Señora de los Angeles*, artículo publicado en *El Espectador de Méjico*, año 1851.—*La portentosa imagen de Nuestra Señora de los Angeles y su santuario*, opúsculo de autor anónimo publicado en 1886.—D. Pablo Antonio Peñuelas, *Historia de Nuestra Señora de los Angeles*.—Méjico, 1781.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ  
QUE SE VENERA EN LA CATEDRAL DE LEÓN (MÉJICO)

#### CAPÍTULO IV

#### La Madre Santísima de la Luz

SUMARIO.—I Ciudad privilegiada. II. Artista desacertado. III. Retrato directo de la Madre de Dios. IV. La Madre Santísima de la Luz en Méjico. V. La Catedral. VI. La Coronación.

##### I CIUDAD PRIVILEGIADA

León es una hermosa ciudad, la más importante del estado de Guanajuato, de cuya capital dista cincuenta y cinco kilómetros. Hállase construida en el centro de dilatado valle á una altura de 1912 metros sobre el nivel del mar, y ofrece bellissimo panorama á los ojos del viajero que llega á visitarla. Su perimetro es muy extenso, y se halla dividido en 36 manzanas con unas ocho mil casas y quinientas cuadras (1). Entre sus edificios más notables descuellan la Catedral, la Casa Municipal, el antiguo Seminario, el Mercado y el Hotel de las Delicias. Cuenta con cerca de noventa mil almas. Su clima es templado en el invierno; y, aunque en el verano se dejan sentir los efectos del calor, éste no es excesivo; de aquí que los campos y haciendas que la rodean sean fertilísimos y produzcan frutos abundantes y delicados. Pero más que la agricultura le prestan riqueza y animación gran número de fábricas de tejidos y calzado.

(1) Medida de América de unos 400 pies.

Fué fundada en el año 1576, siendo gobernador de Nueva España D. Martín Enriquez de Almansa. De los días gloriosos que recuerda su interesante historia, figura en primera línea el 2 de Julio de 1732.

Esta fecha ha quedado grabada con caracteres indelebles en las páginas de sus anales y mucho más en los corazones de sus moradores, de suerte que cada año celebran el aniversario con solemnísima función religiosa.

En el citado día la entonces villa de León se adornó de gala. Las calles semejaban elegantes jardines merced á la profusión de flores que lucían sus corolas de variados matices. Las campanas eran echadas á vuelo, convocando á los fieles á presenciar un suceso extraordinario. Músicas marciales resonaban por doquiera. Todo era regocijo y alegría. ¿De qué se trataba?

De recibir la más preciosa joya que debía quedar guardada dentro de sus muros, el cuadro de la Madre Santísima de la Luz, que la misma soberana Virgen había manifestado con señales patentes, regalaba á la afortunada León, como testimonio de que era su especial Patrona y Abogada. Justamente se mostraba ufana León, pues escasos pueblos de la tierra habían merecido tal prenda de cariño.

En brillante procesión fué conducida la santa imagen escoltada por el pueblo en masa, á la iglesia que tenían los Padres de la Compañía de Jesús, los cuales hacia no más un año que se habían establecido con el propósito de abrir un colegio para la enseñanza de la juventud mejicana. Esta iglesia se llamó *La Santa Escuela* y fué derribada en 1901 para dar lugar al esbelto y artístico templo de estilo ojival, que en el mismo sitio levantan á su excelsa Titular los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María.

En esa modesta capilla permaneció la santa imagen hasta el 23 de Febrero de 1864, en que fué trasladada

á la parroquia del Sagrario, que servía interinamente de catedral, dispensando antes y después singulares mercedes á cuantos afligidos llegaban á implorar sus ternuras maternas. Como es una de las imágenes de María más célebres y veneradas de Méjico, referiremos con algunos detalles su origen y culto.

## II

## ARTISTA DESACERTADO

Á consecuencia de repetidos trastornos políticos, la fe y buenas costumbres habían decaído en sumo grado á principios del siglo XVIII en la isla de Sicilia y especialmente en su capital, la bella ciudad de Palermo. Doctos y celosos misioneros se consagraron á anunciar la palabra de Dios invitando á las almas á que hiciesen penitencia; pero bien pronto se desanimaban en vista del escasísimo fruto que recogían. Uno de estos varones apostólicos, el P. Juan Antonio Genovessi, hijo ilustre de la Compañía de Jesús, que durante veinte años dejó oír los acentos de su voz en varias regiones de Italia, juzgó que el medio más eficaz para convertir los pecadores, era poner sus correrías evangélicas bajo la protección de la Santísima Virgen.

Sabía por las sentencias de los Santos Padres y por una experiencia de largos años de ministerio, que María es el imán más poderoso para atraer á los extraviados, que Dios la ha destinado para que se salven por su misericordia aquéllos á quienes Él se ve forzado á rechazar por su justicia. Es imposible que se condene aquella alma por la cual una vez siquiera se hubiere interesado María. *Aeternum vae non sentiet, pro quo semel oraverit Maria*, nos dijo San Anselmo. En su ardiente celo creyó el P. Genovessi que nada movería

tanto aun á los corazones más empedernidos, como una pintura de la que la Iglesia llama *consuelo de los afligidos y refugio de los pecadores*; y entrando en la realización de tan feliz y saludable pensamiento, deseó tener una imagen de la celestial Señora, que la representase radiante de hermosura y que con su dulce mirar robase los corazones de cuantos la contemplaran. Mas ¿dónde encontrar una imagen tal cual la ideaba su ardiente imaginación? El amor no conoce imposibles; y así el P. Genovessi, que estaba tiernamente enamorado de María, no desmayó ante las dificultades. Después de muchos planes que concebía para llevar á cabo su acariado proyecto, determinó acudir á una ejemplar religiosa desconocida del mundo, pero cuya alma purísima estaba enriquecida con las perlas de las virtudes. Tenía noticia de que esta sierva de Dios era favorecida por la Virgen Inmaculada con maravillosas apariciones y suavísimos coloquios. Juzgó pues, que nadie era tan á propósito como ella para alcanzar de la divina Madre se dignara indicar el título con que debía invocarla y la forma más de su agrado en que había de ser presentada á la veneración de los fieles. La buena religiosa prometió al Misionero satisfacer sus laudables deseos, que habían de redundar en tanta gloria de Dios.

Una mañana, dando gracias después de la Comunión en un ángulo de la iglesia, vió venir hacia sí á la gran Señora con semblante tan gracioso y amable, que parecía excederse á sí propia; jamás se le había presentado con semejante aparato de belleza y de gloria; por lo cual quedó altamente sorprendida. Del rostro de la Virgen salían resplandores que eclipsaban los mismos rayos del sol. La iglesia apareció bañada de una luz tan viva, que no podía concebir fuese mayor la claridad del día eterno de la gloria. Y los rayos de aquel piélagos de luz, sin ofuscarle los ojos, descendían hasta su cora-

zón, y lo encendían en llamas de ardentísima caridad, y lo derretían de suavísimo júbilo. En aquel rostro soberano parecían reír todas las flores del paraíso. Alados serafines sostenían sobre la cabeza de su Reina triplicada diadema imperial. Vestía túnica blanca como el ampo de la nieve y más esplendente que el astro del día. Esmaltada faja de flores ceñía graciosamente su cintura, y de sus hombros pendía manto azul. Nubes de ángeles y serafines escoltaban á su dulce Reina, y parecía que tenían santa emulación por servirla. Pero lo que más enajenaba y arrebatava el alma y los sentidos de la afortunada religiosa, era contemplar el semblante afable y risueño de la Señora; pues nunca se le había mostrado tan amorosa y tierna. Y subía de punto su admiración al ver que en esta ocasión no se presentó sola la Virgen, sino que traía en el brazo izquierdo á su divino Hijo en forma de graciosísimo Niño. Atónita ante semejante espectáculo y no pudiendo contener su entusiasmo y la avenida de dulcísimas lágrimas en que sentíase anegada, exclamó: ¿cómo á mí, indignísima criatura, favores tan singulares? Y ¿porqué, soberana Señora, me favorecéis con vuestra presencia y con extraordinario aparato de luces y hermosura? Y ¿porqué al placer de dejarme ver vuestro celestial semblante añadís el júbilo mayor y más vivo de mostrarme á vuestro divino Hijo que resplandece en vuestro regazo y con bondad inefable me excita á esperar de él y de vuestra bondad un singular beneficio?—¿Cómo? respondió entonces la Santísima Virgen. Pues ¿no te acuerdas de la súplica que me has de hacer á nombre de aquel misionero, que con tanta instancia te rogó? Quiero favorecerle; y para consolarle, te me he aparecido hoy con tanta abundancia de luces y de clemencia, previniendo benigna su deseo: dile que me es grato su obsequioso pensamiento; que tomo bajo mi protección su apostólico ministerio, y que

quiero ser retratada en la forma que ahora me ves. Observa bien mi actitud, mírame atentamente.—Al pronunciar estas últimas palabras se inclinó un poco é hizo ademán de coger con su diestra un alma pecadora, que iba ya á sepultarse en la honda garganta del infierno. Miraba la religiosa con vivísimo interés, de suerte que se le quedaron indeleblemente impresas en la imaginación las arrobadoras facciones y la actitud de la Señora, para poder dar al artista la imagen que debía trasladar á la tela. Pero entonces recordó, que el primer designio del Misionero era que se representasen en el cuadro los corazones de los pecadores ofreciéndose de algún modo á la Santísima Virgen, para significar que á ella se debía su conversión. Por esto suplicó humildemente á la Señora manifestase si la idea merecía su beneplácito. Á lo cual se dignó responder: «Apruebo el designio, y quiero que con tus propios ojos veas cómo se ha de ejecutar el pensamiento». Inmediatamente un ángel hincó humildemente la rodilla ante ella, presentándole un canastillo lleno de corazones. El divino Niño, que estaba sentado en el brazo de su Madre, los cogía de uno en uno, y con su contacto los purificaba y encendía en llamas de caridad. «Anda ahora, dijo entonces María á la religiosa, procura que se me retrate en la forma que has visto, y que se me invoque con la divisa de *Madre Santísima de la Luz*». Tres veces le repitió el mandato, encargándola que no se olvidase que quería ser conocida con el título de *Madre Santísima de la Luz*, y asegurándole que los prodigios que por su medio iba á obrar serían la prueba más cierta de su aprobación y complacencia.

Desvaneciése la visión, y la religiosa hizo declaración minuciosa al P. Genovessi de todo el suceso; el cual la oyó con profundas muestras de amor y gratitud, y en el acto buscó un artista, á quien encargó que á la bre-

vedad posible y poniendo en juego todas las luces de su ingenio, pintase una imagen con todos los detalles que le sugirió. Bien fuese porque la voz del P. Genovessi no estuvo bastante elocuente para revelar al artista los pormenores con que la Divina Madre se había aparecido, ó por astucia del demonio, que preveía las almas que le habia de arrebatarse la clemencia de María por medio de su prodigiosa imagen, lo cierto es que el cuadro no resultó exacto y el trabajo del artista estuvo muy lejos de satisfacer al Misionero. Se le notaron tres defectos de no escasa entidad: el aumento de una media luna á los pies de la Señora, la omisión de los grupos de ángeles que la rodeaban alegres y obsequiosos y el cambio de color de la túnica, pues aparecía roja en vez de ser blanca.

## III

## RETRATO DIRECTO DE LA MADRE DE DIOS

La religiosa tenía su residencia en un convento algo lejano de Palermo donde moraba el pintor. Apareciósele un día la Santísima Virgen y le dijo: —Y bien: ¿qué haces aquí, perezosa, en un tiempo en que yo necesito de ti en Palermo, para un negocio en que se interesa mi gloria?—Á lo cual respondió la humilde sierva de Dios: —¿Cómo podré ser instrumento de vuestra gloria, Señora mía, si soy vilísima criatura é inútil esclava vuestra? Y ¿no sabéis mejor que nadie los lazos que me tienen atada á este sitio y me impiden salir á otro lugar? —No importa, replicó María; te he elegido para perfeccionar una obra de la cual me resultará mucha gloria, y para eso irás en breve á Palermo. La divina Providencia dispondrá que cesen los impedimentos ó cedan á mayor urgencia.—Dichas estas frases desapa-

reció. Poco tiempo después la sierva de Dios fué acometida de acerbo dolor de pecho que casi no la dejaba hablar ni respirar. Tenía el mal una cosa singular, y es que cesaba cuando la paciente hablaba con el director de su conciencia. Los facultativos fueron en esta ocasión los instrumentos de que se valió la Providencia para llevar á cabo sus designios. Trasládose, en efecto, la religiosa á la capital de la isla, y en el acto y sin medicina de ninguna especie, quedó sana como por ensalmo.

Acordóse de que en esta ciudad vivía el pintor encargado del cuadro de la Madre Santísima de la Luz, y fué á visitarle. Al contemplar la pintura no pudo contenerse y exclamó: —¡Ay! no es esto lo que agrada á la Virgen, ni es la forma en que se dignó aparecérseme. —De igual manera pienso yo, dijo el P. Genovessi, que también se hallaba presente. Lo que á vos os dicen ahora los ojos, hace tiempo me lo decía á mí el corazón. Repetid vuestra súplica á la Soberana Señora y preguntadle si ordena que se haga nuevo retrato ó se enmiende el que está hecho.

Habiendo comulgado cierta mañana la sierva de Dios, tornó á mostrársele la Santísima Virgen con semblante alegre y festivo. Entonces aprovechó la ocasión para decirle: —Señora, vuestra esclava, que vino al parecer para curarse en Palermo, pero en realidad de verdad obedeciendo á vuestras insinuaciones, encuentra que vuestra sagrada imagen no ha salido como me la habíais ordenado. Tanto yo como el religioso por quien os supliqué, estamos afligidísimos y no sabemos qué hacer. Decidnos, Reina del Cielo, cuál es vuestra voluntad soberana, y favorecednos con vuestros oráculos, para que sepamos si os agrada que vuestra imagen se pinte de nuevo de aquella manera que os dignasteis significarme desde un principio.— La Virgen, con un

semblante entre serio y amable, respondió que era extraño que después de tantas pruebas de su agrado aún se dudase de su voluntad. Dile de mi parte al Misionero, añadió, que no sólo me place, sino que ordeno se haga nuevo retrato, según el primer diseño. Y tú, hija mía, ten entendido que ésta era la obra de mi gloria para la cual te necesitaba en Palermo.

Sabedor de lo ocurrido el P. Genovessi, persuadió á la sierva de Dios obtuviese de la Santísima Virgen el favor de hallarse presente con ella á la segunda pintura. Tras reiteradas súplicas le fué otorgada la gracia pedida, pues apareciéndosele Maria, le dijo: —Vete al pintor que actualmente pone manos en la obra: allí me hallarás, pero sólo seré visible á ti; y mientras que tú, teniéndome delante de los ojos, instruyes con la voz al pintor, yo dirigiré invisiblemente su pincel. Acabado el cuadro, todos entenderán que belleza tan acabada y tan perfecto colorido se deben á inteligencia más que humana.—Trasládose ella sin tardanza á casa del pintor; y al levantar los ojos vió en frente de sí á la Virgen con el mismo semblante, traje y actitud en que se le descubrió la vez primera. Guiado, pues, el artista por las indicaciones de la religiosa, que tenía delante el celeste original, y dirigiéndole Maria invisiblemente el pincel, trazó un cuadro tan bello y exacto que la misma Señora lo aprobó, y levantando sus virginales manos le bendijo, siendo esta bendición el feliz augurio de los celestiales favores que los fieles obtendrían con su veneración.

Según el ilustrado autor del Año cristiano mejicano, el maravilloso retrato de la Madre Santísima de la Luz fué pintado en 1722 cuando el P. Genovessi contaba treinta y ocho años de edad y diecinueve de Compañía.

Este buen Padre empezó un curso de misiones en la isla de Sicilia llevando la maravillosa pintura, y se

realizaron conversiones verdaderamente milagrosas. Escena edificante era ver las muchedumbres que salían á recibir á la Madre Santísima de la Luz, que en devota procesión y escoltada por sacerdotes y autoridades, hacía su entrada triunfal en el pueblo que tenía la suerte de ser favorecido con la gracia extraordinaria de la misión. Se la colocaba en el altar mayor bajo elegante dosel, donde recibía los suspiros y las lágrimas y jaculatorias que le dirigian las almas heridas por la espada de la palabra de Dios. En todos los pueblos misionados dejaba una copia de la maravillosa pintura, satisfaciendo así la devoción de los fieles que se sentían inflamados en amor á la celestial Reina.

Los beneficios otorgados por la Virgen Santísima no se limitaban al orden espiritual, sino que abrazaban también las necesidades temporales de los fieles. Incalculables son las curaciones que se dicen obtenidas por su intercesión. Entre estos beneficios temporales figura la paz que alcanzó toda la isla; pues llegó á ocupar pacíficamente el trono de Nápoles el hijo de Felipe V é Isabel Farnesio, que más adelante fué rey de España con el nombre de Carlos III.

El culto á la Madre Santísima de la Luz se extendió á varias ciudades de Italia; propagándose además en España y sus colonias. En Méjico señaladamente adquirió grande incremento merced al celo de los Jesuitas. En Yucatán trabajó con ardor apostólico el P. Francisco Javier Gómez, ocupándose en el ejercicio de las misiones por espacio de 34 años. Tenía por patrona de ellas á la Madre Santísima de la Luz, cuya imagen exponía con provecho á la veneración de los fieles. Otro tanto hacía en la capital el P. Miguel Castillo.

## IV

## LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ EN LEÓN

En 1707 abordó á las playas de Méjico el R. P. José María Genovese, natural de Palermo de Sicilia y vástago de familia nobilísima.

Después de una niñez candorosa é inocente y de haber cursado los estudios preparatorios, ingresó en la Compañía de Jesús en su mismo pueblo natal el 24 de Mayo de 1699. En Nueva España se dedicó primero á las misiones, y luego fué nombrado maestro de novicios de Tepotzatlán, desempeñando este espinoso cargo con singular acierto. Mereció la gracia regaladísima de que la Inmaculada Virgen María se le apareciese en actitud de cobijarle bajo su sagrado manto en unión de sus novicios acariciándolos á todos tiernamente como Madre dulcísima. Por sus virtudes sólidas y por sus raptos se le ha dado el calificativo de extático.

Á manos de este santo varón llegó el cuadro original de la Madre Santísima de la Luz. Deseando con amorosas ansias que esta bellísima imagen, tan estimada en Sicilia, lo fuese también de los fieles mejicanos, resolvió hacer merced de ella á alguna de las casas que la Compañía de Jesús tenía en Nueva España. ¿Cuál será la preferida? Por muchos títulos eran dignas de este honor la iglesia de la Profesa de Méjico y algunas otras de glorioso renombre. Mas el P. Genovese, sin dejarse llevar de la inclinación natural, quiso que el cielo decidiese por medio de la suerte. Sorteáronse, pues, todas las iglesias de la Compañía de Jesús en su provincia de Méjico, y cayó la suerte al novísimo hospicio de León, que apenas llevaba un año de fundación. Repitióse segunda y tercera vez el sorteo, y la iglesia de León fué siempre la favorecida.

realizaron conversiones verdaderamente milagrosas. Escena edificante era ver las muchedumbres que salían á recibir á la Madre Santísima de la Luz, que en devota procesión y escoltada por sacerdotes y autoridades, hacía su entrada triunfal en el pueblo que tenía la suerte de ser favorecido con la gracia extraordinaria de la misión. Se la colocaba en el altar mayor bajo elegante dosel, donde recibía los suspiros y las lágrimas y jaculatorias que le dirigian las almas heridas por la espada de la palabra de Dios. En todos los pueblos misionados dejaba una copia de la maravillosa pintura, satisfaciendo así la devoción de los fieles que se sentían inflamados en amor á la celestial Reina.

Los beneficios otorgados por la Virgen Santísima no se limitaban al orden espiritual, sino que abrazaban también las necesidades temporales de los fieles. Incalculables son las curaciones que se dicen obtenidas por su intercesión. Entre estos beneficios temporales figura la paz que alcanzó toda la isla; pues llegó á ocupar pacíficamente el trono de Nápoles el hijo de Felipe V é Isabel Farnesio, que más adelante fué rey de España con el nombre de Carlos III.

El culto á la Madre Santísima de la Luz se extendió á varias ciudades de Italia; propagándose además en España y sus colonias. En Méjico señaladamente adquirió grande incremento merced al celo de los Jesuitas. En Yucatán trabajó con ardor apostólico el P. Francisco Javier Gómez, ocupándose en el ejercicio de las misiones por espacio de 34 años. Tenía por patrona de ellas á la Madre Santísima de la Luz, cuya imagen exponía con provecho á la veneración de los fieles. Otro tanto hacía en la capital el P. Miguel Castillo.

## IV

## LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ EN LEÓN

En 1707 abordó á las playas de Méjico el R. P. José María Genovese, natural de Palermo de Sicilia y vástago de familia nobilísima.

Después de una niñez candorosa é inocente y de haber cursado los estudios preparatorios, ingresó en la Compañía de Jesús en su mismo pueblo natal el 24 de Mayo de 1699. En Nueva España se dedicó primero á las misiones, y luego fué nombrado maestro de novicios de Tepotzatlán, desempeñando este espinoso cargo con singular acierto. Mereció la gracia regaladísima de que la Inmaculada Virgen María se le apareciese en actitud de cobijarle bajo su sagrado manto en unión de sus novicios acariciándolos á todos tiernamente como Madre dulcísima. Por sus virtudes sólidas y por sus raptos se le ha dado el calificativo de extático.

Á manos de este santo varón llegó el cuadro original de la Madre Santísima de la Luz. Deseando con amorosas ansias que esta bellísima imagen, tan estimada en Sicilia, lo fuese también de los fieles mejicanos, resolvió hacer merced de ella á alguna de las casas que la Compañía de Jesús tenía en Nueva España. ¿Cuál será la preferida? Por muchos títulos eran dignas de este honor la iglesia de la Profesa de Méjico y algunas otras de glorioso renombre. Mas el P. Genovese, sin dejarse llevar de la inclinación natural, quiso que el cielo decidiese por medio de la suerte. Sorteáronse, pues, todas las iglesias de la Compañía de Jesús en su provincia de Méjico, y cayó la suerte al novísimo hospicio de León, que apenas llevaba un año de fundación. Repitióse segunda y tercera vez el sorteo, y la iglesia de León fué siempre la favorecida.

Por lo cual se acató con entero rendimiento la voluntad de Dios; y ya hemos referido como fué recibida en dicha ciudad en el día por siempre memorable del 2 de Julio de 1732 y colocada en el templo llamado, *la Santa Escuela*. La autenticidad de la maravillosa pintura se comprueba por una nota que se conserva al respaldo del cuadro, firmada por personas caracterizadas y que dice así: «Esta imagen es la original que vino de Sicilia y que fué bendita de la misma Santísima Virgen, que con su bendición le confirió el poder de hacer milagros, como consta de una carta escrita desde Palermo á 19 de Agosto de 1729 años. Y esta imagen la da el P. José Genovese á la iglesia que se ha de hacer del nuevo colegio, debajo de la condición de que se le haga altar colateral en el crucero de la iglesia, según lo prometido del P. Rector Manuel Álvarez en carta del 3 de Mayo de 1732. Y por ser verdad, lo firman los siguientes Padres, que han leído la carta.—José María Genovese.—José María Mónaco.—José Javier Alagua.—Francisco Bonalli».

Desde que la Madre Santísima de la Luz llegó á León ha sido objeto de una devoción ferviente y entusiasta de los fieles. En 1849 el clero, las autoridades y el pueblo la juraron como patrona principal de la ciudad, lo cual fué confirmado por la Santa Sede el 19 de Diciembre de 1851. Erigida la diócesis de León, fué igualmente proclamada patrona principal de toda ella, cuya elección aprobó la Sagrada Congregación de Ritos por Rescripto de 19 de Septiembre de 1872. María ha demostrado en diversas ocasiones que cumple los oficios de verdadera Madre y protectora de los leoneses.

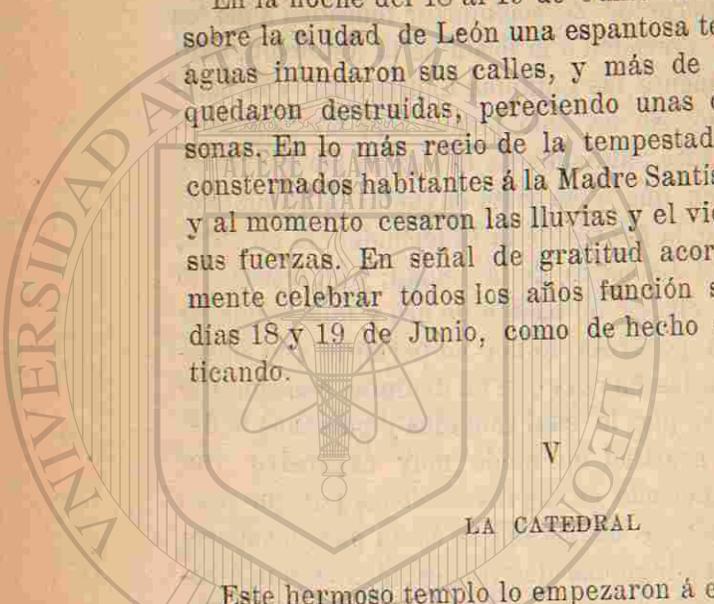
Un ilustrado escritor recuerda los siguientes señaladísimos favores. Desde el principio ha librado á León de las tempestades, de los rayos y de las sequías, siempre que ha sido invocada en estas necesidades. En 1850 comenzó á desarrollarse en la ciudad la terrible epide-

mia del cólera morbo, que azotaba á casi toda la República. Su virtuoso párroco, D. José Ignacio Aguado, en unión del Ilustre Ayuntamiento, hizo á nombre del pueblo un voto perpetuo de solemnizar todos los años los tres días que preceden á la fiesta de la Asunción, cantando públicamente las Letanías Lauretanas, y el cólera desapareció. No ha sido menos sensible la protección de la Madre Santísima de la Luz en las guerras y revoluciones en que se ha visto envuelta la República. Cuando estalló la guerra de la Independencia en 1810, fué proclamada defensora de la ciudad; y en testimonio de ello se le ofreció un bastón de oro y una banda de color rojo. La poderosa Reina no permitió que entraran á la plaza las fuerzas que en distintas ocasiones le pusieron cerco, por lo cual soldados y paisanos le demostraron su gratitud de modo muy expresivo. Durante el triste período de las revoluciones por que pasó Méjico, en León se disfrutaba de santa paz, de suerte que familias distinguidas de otros estados venían á cobijarse en ella y le dieron el título de Ciudad de Refugio. Á la Madre Santísima de la Luz se atribuye la erección de la diócesis, cuya capital es León, hecha por el Papa Pío IX por Bula de 23 de Enero de 1863.

Famoso es el siguiente prodigio. El domingo 18 de Junio de 1876, á las once y tres cuartos de la mañana, estando la catedral llena de gente para oír misa, cayó de súbito la clave del arco sin que ninguna persona quedara herida ni contusa. Entonces fué cuando el primer Obispo de la nueva diócesis, de eterna memoria para su grey, Dr. D. José María de Jesús Díez de Sollano, colocándose con santa intrepidez bajo el arco sin clave que amenazaba ruina, rogó á la Madre Santísima de la Luz que se dignara sostener y conservar su templo. La celestial Señora oyó benigna las súplicas del santo Obispo, y éste en justo retorno le dedicó una pre-

ciosa capilla llamada *La santa casa de Loreto*, que hizo construir contigua á la catedral. Además desde entonces se celebra diariamente misa á las doce.

En la noche del 18 al 19 de Junio de 1888 se desató sobre la ciudad de León una espantosa tempestad. Las aguas inundaron sus calles, y más de dos mil casas quedaron destruidas, pereciendo unas doscientas personas. En lo más recio de la tempestad invocaron los consternados habitantes á la Madre Santísima de la Luz, y al momento cesaron las lluvias y el viento disminuyó sus fuerzas. En señal de gratitud acordóse unánimemente celebrar todos los años función solemne en los días 18 y 19 de Junio, como de hecho se viene practicando.



LA CATEDRAL

Este hermoso templo lo empezaron á edificar los religiosos de la Compañía de Jesús, en cumplimiento de la condición impuesta por el P. Genovese al cederles la maravillosa pintura de la Madre Santísima de la Luz. Se habían comprometido formalmente á erigirle un altar en el crucero. La iglesia se llamaba *La Compañía nueva*; y merced al celo desplegado por los Padres progresó mucho en pocos años. Desgraciadamente hubieron de suspenderse las obras, porque el inicuo decreto expedido por Carlos III en 1767 hizo salir del país y de todas las posesiones españolas á los beneméritos hijos de San Ignacio de Loyola.

Continuaron el hermoso templo los vecinos de la ciudad, entre los cuales se distinguieron D. Pedro Obregón, D. Julián de Obregón y el infatigable párroco D. José Ignacio Aguado. El 16 de Marzo de 1866 tuvo la gloria

de consagrarlo el Ilmo. Sr. Díez de Sollano, primer Obispo de León. Ese mismo día á las cuatro y media de la tarde la venerable imagen fué trasladada en solemnísimá procesión desde la parroquia del Sagrario á la nueva iglesia. Al verla llegar á sus puertas, el Ilmo. Señor Obispo, dice un castizo escritor, como resumiendo los votos de las generaciones pasadas é interpretando los sentimientos religiosos de la presente, exclamó anegado en dulcísimas ternuras: *¡Entre la Señora en su casa!* Y todos los leoneses derramaban lágrimas en medio de las más puras emociones de júbilo (1).

En diversas épocas se han hecho reparaciones y reformas al referido templo, siendo las más valiosas é importantes las realizadas para solemnizar la fiesta de la coronación de la santa imagen. El Ilmo. Sr. Dr. Don Leopoldo Ruiz, lumbrera del episcopado mejicano, de concierto con su venerable cabildo, acordó sustituir el altar mayor por otro de mármol, y pintar y decorar la iglesia con todo el esplendor posible, como así se verificó.

La catedral de León es un edificio de elegantes proporciones y de mucha solidez, pues sus paredes miden más de dos metros de espesor. Tiene una sola nave de 72'30 metros de largo y 13'40 metros de ancho. La altura de las bóvedas es de 24 metros, y la de la cúpula de 42. El orden arquitectónico que domina, es el dórico con proporciones bien combinadas, lo que hace que el edificio cause grata impresión al espectador. El altar mayor, construido expresamente para el día de la coronación, tiene forma elegantísima, y costó cincuenta mil pesos. Es de mármol blanco de Carrara y negro con betas amarillas de Oajaca. Su altura es de 16'50 metros, y su ancho en la base de 8'50 metros. En el

(1) *Historia de la imagen de la Madre Santísima de la Luz, aumentada por el Presb. D. Luis Manrique, León 1874.*

centro hay dos nichos, uno para la exposición del Santísimo Sacramento, y en el más alto está colocada la santa imagen provista de valioso marco de oro; dos ángeles de bronce se apoyan en la curva superior del nicho en actitud de sostener la corona.

El presbiterio es bello y espacioso; en él se encuentra el coro de los canónigos. Su pavimento es de mármol, é importó dos mil pesos. El barandal del comulgatorio, hecho de latón y níquel, resulta hermosísima obra de arte; está formado de veinte secciones con una doble puerta en el centro. Sobre las columnas de las puertas se destacan dos ángeles que sostienen sendos candelabros de bronce fino dorado, de 19 luces.

El decorado del templo resalta por lo magnífico; su estilo es del renacimiento, pero reformado, con fondos claros. Lo más notable de la parte decorativa es la referente á la cúpula, debida al diestro pincel de D. Rafael Soria, así como los cuadros murales, obra del joven mejicano D. Candelario Rivas: los tales cuadros representan *La huida á Egipto*, *La Natividad de la Virgen*, *La Visitación á Santa Isabel*, *El Nacimiento de Jesús*, *El Milagro de la pintura de la Madre Santísima de la Luz*, y *La Entrada de la propia imagen en la ciudad*.

## VI

## LA CORONACIÓN

Los leoneses, que aman con santo delirio á su celestial Patrona, trabajaban con ardiente celo para que la Santa Sede otorgase corona de oro á su protectora imagen. Al efecto los Prelados y el cabildo eclesiástico habian dirigido reiteradas y humildes súplicas á su Santidad León XIII. El inmortal Pontífice, por Breve de

23 de Marzo de 1901, delegó al Ilmo. Sr. Dr. D. Leopoldo Ruiz, que tres meses antes habia sido preconizado Obispo de la diócesis, para que á nombre suyo verificase la augusta ceremonia. El Ilmo. Prelado, con las admirables dotes de talento y virtud que le caracterizan, publicó una Pastoral anunciando que iba á decorar la Basilica y erigir un altar á la Reina del cielo, el más excelente y acabado que fuera dable. Al efecto nombró comisiones que colectaran limosnas de entre los fieles, los cuales parece que hicieron gala de su amor á la celestial Señora y de la generosidad propia de sus nobles corazones, según fueron abundantes las limosnas recogidas. Sin pérdida de tiempo se procedió á la obra, que fué difícil y costosa. Gracias al talento de los señores, presbítero D. Luis G. Orozco é ingeniero D. Ernesto Brunell, la Catedral de León es ahora una de las más bellas de la República.

Hechos los preparativos convenientes, señalóse el día 8 de Octubre de 1902 para la solemne coronación. Desde el día primero del mes se puede decir que empezaron las fiestas, pues los distintos gremios de la ciudad, reunidos en grupos de mil y dos mil personas, visitaban alternativamente en peregrinación á la celestial Señora, celebraban fiestas extraordinarias en su obsequio y le ofrecían valiosos donativos, candelabros, pebeteros y otros objetos para su culto. La inusitada animación que se notaba en la ciudad creció el 7, vispera del gran acontecimiento. Todas las calles, hasta las de los barrios más apartados, aparecían engalanadas con gallardetes, colgaduras y mástiles en que campeaban los colores blanco y azul. La parroquia fué adornada con ricas colgaduras y magníficos cuadros, uno de los cuales tenia esta leyenda: *8 de Octubre de 1902*. Por la noche se encendieron millares de focos eléctricos y farolillos multicolores, que iluminaban espléndidamente la ciudad

y le daban aspecto fantástico. Los trenes llegaban henchidos de gentes de distintos puntos que querían presenciar la glorificación de María. Se calcula en diez mil el número de forasteros que visitaron á León en ese día.

Por fin amaneció el de la gran fiesta. Un repique general de campanas hecho al rayar el alba despertó á los habitantes enardeciéndoles el corazón. Á las nueve y media, hora señalada para la función, la Catedral estaba llena de bote en bote. No menos de cinco mil almas ocupaban la nave y las tres filas de tribunas que se habían construido expresamente para la fiesta. Tenían asientos de honor cinco Arzobispos y once Obispos. El Ilmo. Sr. Ruiz celebró de pontifical, y con visible emoción colocó la corona en los puntos de apoyo sostenida por ángeles en relieve que rematan el cuadro de la santa imagen. En seguida dejóse oír un murmullo como grito que se había ahogado en las gargantas de las cinco mil personas que presenciaban el acto, después un aplauso atronador y alegres repiques de campanas. Todos los ojos estaban arrasados en lágrimas.

El coro entonó *Gloria et honore coronasti eam*, y á continuación el *Te Deum* de Witt á cuatro voces iguales. La parte musical fué desempeñada á orfeón por ochenta voces excelentes, y cantaron la gran misa del Papa Marcelo de Palestrina, monumento de arte é inspiración. Por la tarde hubo fiestas cívicas y amena velada literaria.

La corona es una espléndida joya ejecutada en New York por los señores Benziger, hermanos. Es toda de oro, pesa tres quilogramos, tiene ochocientas piedras medianas, 400 grandes y 40 amatistas. El castizo y elegante escritor, D. Alberto Bianchi, hizo en *El País*, diario católico de Méjico, la siguiente descripción de la corona. La banda baja es de cuatro centímetros de ancho, con una circunferencia de 70 centímetros; está

ricamente adornada con 20 brillantes, 10 rubies y 10 zafiros, todos de gran tamaño. El diámetro del centro de la corona es de 60 centímetros. La parte principal de la corona está formada con 10 *paneaux* (lazos), que se extienden de la banda baja hasta otra más angosta, adornada con 20 fúlgidos brillantes. Los *paneaux* anchos constituyen magníficos adornos ejecutados con insuperable primor. Cada ornamento de éstos está soldado al contiguo por medio de una hermosa figura. Entre los *paneaux* anchos se mezclan artísticamente otros angostos que les dan un efecto mágico. Sobre éstos y la línea que corresponde al mayor diámetro, resaltan bellísimas cabezas de ángeles admirablemente cinceladas y en las esquinas figuran 10 flores de lis.

Las bandas se unen por medio de pasadores de oro. Cada uno de los *paneaux* está montado con siete brillantes y zafiros. En el centro de la roseta está montado un rubi de gran tamaño y circuido por ocho brillantes. Cada flor de lis tiene diez rubies puestos en montaduras abiertas.

Las bandas angostas llevan en el centro rosas artísticamente cinceladas, que á su vez tienen en el centro gruesos brillantes. Como se verá en el dibujo, sobre el globo principal de la corona hay otra que descansa sobre la parte superior de los *paneaux* y que está asegurada por medio de pasadores y tornillos de oro. Esta segunda corona es una ascua de piedras riquísimas sobre montaduras abiertas, y en las que figuran cuatro grandes brillantes y veinte zafiros. La tercera corona que se desprende de la banda angosta superior, tiene veinte rubies. Figura por último, el globo con la cruz por remate. El primero, de relieves, tiene diez hermosos brillantes y otros tantos zafiros, y está adornado en su parte superior con una cinta cuyos puentes están dispuestos hacia arriba, de donde se desprende un ramo de flores de lis. Cada puente lleva un brillante, y las

flores tienen en el centro zafiros. La cruz, verdadero primor del cincel, está cuajada de perlas finas y tiene en el centro un gran brillante, que se estima en más de diez mil pesos, circundado por ocho rubíes y pequeños brillantes.

Vivamente llamó la atención de los concurrentes el ornamento estrenado en esta solemnidad, que por su mérito y riqueza es comparable á la corona, ya que fué trabajado por los mismos artistas. Es de oro, con riquísimos bordados de sedas de colores, figurando rostros de santos y ángeles de relieve. Para formarse idea de su valor baste decir que en 1892 se construyeron máquinas especiales para tejer este ornamento, y sólo se concluyó en 1901.

Terminaremos dirigiendo á la afortunada León la siguiente estrofa de una inspirada oda que se pronunció en la velada literaria celebrada en la tarde del día famoso de la coronación:

«¡Oh mil veces feliz, ciudad hermosa!  
Que á la Madre de Dios así engrandeces:  
Bendecida serás mil y mil veces:  
Tú también serás grande y poderosa» (1).

**Autoridades.**—*La maravillosa imagen de la Madre Santísima de la Luz*, por el R. P. Laureano Veres Acevedo, S. J., Méjico, 1901.—*La invocación de Nuestra Señora con el título de Madre Santísima de la Luz* por el Bachiller D. José de Tobar, Madrid, 1751.—*La devoción á María, Madre Santísima de la Luz*, escrita en italiano por un Padre de la Compañía de Jesús; traducida por el P. Lucas Rincón, S. J.; 2 vol., Méjico, 1703.—*Catecismo histórico de la venerable imagen de la Madre Santísima de la Luz y de su culto*, por el presbítero José de la Merced Sierra, canónigo magistral de León, 1887.—*Álbum de la coronación*, Méjico, 1903.

(1) Sr. Presb. D. Ponciano Pérez.



NUESTRA SEÑORA DE GUANAJUATO

## CAPÍTULO V

### Nuestra Señora de Guanajuato.

SUMARIO: I. La ciudad de Guanajuato. II. Origen y descripción de Nuestra Señora de Guanajuato.

#### I

#### LA CIUDAD DE GUANAJUATO

Esta hermosa imagen es muy estimada de los mejicanos por ser quizás la más antigua de cuantas se veneran en el Nuevo Mundo, por los amorosos cultos que se le tributan, y por la abundancia de gracias, que como Madre piadosa derrama sobre sus devotos. Pero antes de referir su origen y mercedes, daremos una sucinta idea de la ciudad donde ha establecido su trono de misericordia.

Guanajuato está situado á los 21° 0'15 de latitud N.; á 2060 metros sobre el nivel del mar, y dista 406 kilómetros de la capital de la República. Tendida en una profunda cañada, ofrece desde lejos el cuadro más original y pintoresco; parece un montón de casas sin orden ni concierto por los cerros y colocadas unas sobre otras. En las noches oscuras de invierno las luces de las montañas se confunden aparentemente con las estrellas y semejan un hermoso nacimiento. Los edificios son bellos y en su mayor parte contruidos con piedras de las canteras vecinas. Entre los establecimientos pú-

blicos son dignos de notarse los palacios del Gobierno y del Congreso, inaugurado este último en Septiembre del año pasado 1903, el Colegio del Estado, la Alhóndiga de Granaditas, teatro de sangrientas escenas entre españoles y mejicanos en 1810, poco después de proclamada la independencia por el cura Hidalgo, y el Teatro, que por su arquitectura y decorado se asegura ser el mejor de la República.

Entre sus templos sobresalen el parroquial, el de la Compañía y sobre todo el de Belén á cargo de los Misioneros Hijos del Corazón de María, que es el más hermoso y concurrido. La población se surte de agua con varias presas, siendo las principales las de la Olla y de la Esperanza; aquélla está situada al oriente de la ciudad en una llanura rodeada de elevados montes por tres costados. Le sirve de entrada un vistoso jardín, y hay quintas amenas donde las familias más distinguidas tienen sus recreaciones. La presa de la Esperanza dista hora y media de la ciudad á la altura de 2500 metros sobre el nivel del mar y con una capacidad de cerca de dos millones de metros cúbicos, de modo que puede abastecer á la ciudad en varios años seguidos de sequía.

Guanajuato existía ya antes de la conquista; sus habitantes eran valientes y no pudo dominarlos Moctezuma; sin embargo la fundación formal de la ciudad la hicieron los españoles en 1554. Su nombre viene del idioma tarasco y significa *lugar montuoso de Ranas*, tanto porque las había en gran número, cuanto porque en una de sus montañas encontraron los indios una enorme piedra, á la cual, por tener la figura de una rana, le tributaban culto religioso. Actualmente cuenta como unos cuarenta mil habitantes; pero hubo época en que pasaron de cien mil.

Ha sido famosa por sus riquísimos minerales de pla-

ta. Según al Barón de Humboldt, las nueve décimas partes de dicho metal que circulaba en Europa á fines del siglo pasado, procedían de Guanajuato. El mineral se descubrió 27 años después de la conquista de Méjico. La primera veta encontrada se llamó San Bernabé. He aquí el modo casual como se descubrió.

Caminaban unos arrieros de Méjico para Zacatecas por aquella famosa carretera que en 1542 había abierto el beato Sebastián de Aparicio con imponderable provecho del país, é hicieron alto no lejos del cerro del Cubilete, en el mismo sitio donde hoy existe la mina de la Luz, con objeto de tomar descanso y alimento; encendieron fuego y en derredor colocaron unas piedras para calentar los comestibles, encontrándose que tenían una ley no despreciable de plata. Cavaron el terreno, y hallaron una veta que prometía pingües ganancias á quien se dedicase á su laboreo. Participaron el descubrimiento á unos españoles aventureros, y le pusieron el nombre de San Bernabé.

Dos años más tarde, es decir, en 1550, otro arriero, llamado Juan de Raya, descubrió el rico mineral al cual se dió el nombre de San Juan de Rayas. La mina más notable ha sido la Valenciana, que tiene una profundidad de 626 metros perpendiculares, en la cual llegaron á emplearse 3100 trabajadores. El Barón de Humboldt, en su *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*, cuenta con entusiasmo que esta mina Valenciana, durante cuarenta años rindió anualmente de producto líquido á sus dueños dos millones (1). La casa de moneda de Méjico, añade, desde 1690 á 1803 ha fabricado más de mil trescientos cincuenta y tres millones de pesos fuertes, y desde el descubrimiento de la Nueva España hasta principios del siglo XIX probable-

(1) Tom. I, c. VII.

mente dos mil millones (1). Sólo la igualan y quizás la superan los fabulosos rendimientos del mineral de Potosí en Bolivia, pues, según D. Vicente Ballivián y Rojas en su *Archivo Boliviano*, la plata acuñada en el virreinato del Perú ascendió á la enorme suma de tres mil seiscientos treinta y un millones de pesos. En el templo parroquial se venera una imagen de la Santísima Virgen, de que el rey de España Felipe II hizo gracia en 1557 á la naciente población de Guanajuato, y que recibió por advocación el mismo nombre de la ciudad. Su interesante y admirable historia la extractamos del libro *Efemérides Guanajuatenses* eruditamente escrito por el presbítero D. Lucio Marmolejo.

## II

ORIGEN Y DESCRIPCIÓN DE NUESTRA SEÑORA  
DE GUANAJUATO

Hemos afirmado que la célebre imagen es quizás la más antigua que se venera no sólo en la República Mexicana, sino en todo el Nuevo Mundo, y nos apoyamos en que existía en España por lo menos desde el séptimo siglo de la era cristiana y era tenida en grande estima en la ciudad de Santa Fe de Granada (2). Mas es sabido

(1) Tom. III, c. XIV.

(2) Mi hermano en Religión, M. R. P. Francisco Naval, no atribuye á las imágenes marianas españolas que hoy se conocen, anterioridad mayor al siglo x; ni á las que se hallan de pie con el Niño al brazo izquierdo, mayor al siglo XIII; parece ser que la imagen, que en este capítulo describimos, reviste los caracteres de las comprendidas por el dicho ilustrado arqueólogo en el *tipo forma humana*, correspondiente al siglo xv. Véase *Elementos de Arqueología y Bellas Artes*, por el M. R. P. Francisco Naval, segunda edición, Sto. Domingo de la Calzada, 1904; p. II, c. IV, n. 283. De todos modos, es doctrina corriente según el mismo autor, que no existen imágenes visigodas de la Virgen, ni de los santos, á no ser algunos toscos relieves. *Ibid.*, n.º 250 y pág. 467, etc.

que en el año 714, después de la tremenda catástrofe del Guadalete, hordas de agarenos salidos de los desiertos del África, se esparcieron por toda España, llevando consigo la desolación y la muerte. Fanáticos partidarios de las doctrinas de su Profeta, trataban de borrar el nombre cristiano y despedazaban los objetos más sagrados del culto. Los creyentes españoles huían despavoridos, y procuraban ocultar las imágenes y otros objetos sagrados en el tronco de los árboles, en las hendiduras de las paredes y de las piedras, en cuevas abiertas por la naturaleza, en la cima de montes inaccesibles, ó en pozos cavados en los campos, para librarlos de las profanaciones que pudieran cometer los musulmanes.

Los piadosos granadinos, que amaban cual joya del cielo la imagen de la Santísima Virgen, procuraron ocultarla en una gruta, que por desgracia resultó ser húmeda y sin ventilación. Allí permaneció los ocho siglos y medio que duró la dominación árabe en España, debiendo considerarse como un prodigio, que no se deteriorase ni sufriera el menor detrimento, á pesar de que estaba en condiciones que podrían destruir la más dura y fuerte madera. Dios la conservó intacta para que llegase á ser la dulcísima protectora de un pueblo viril y generoso.

Fué descubierta en el siglo XVI con gran contento de los vecinos de Santa Fe de Granada; pero no pudieron gozar por largo tiempo de tan rico tesoro, puesto que era providencia del cielo que la imagen fuese honrada más allá de los mares. Llegó á los oídos del católico monarca Carlos V la fama de los ricos minerales que se habían descubierto en Guanajuato, y al punto pensó en regalar á sus vecinos un tesoro que valía más que toda la plata encontrada en las entrañas de sus montes. Felipe II, pues, á nombre de su padre, envió por medio de un caballero, llamado D. *Perafán* ó Pedro Afán de

Rivera, á quien había nombrado superintendente del mineral, la santa imagen de Granada. Trájola dicho caballero con el mayor respeto; y cuando sólo faltaban tres leguas para llegar á Guanajuato, en un paraje llamado Hierbas Buenas, anocheció; y como él y todos los de su comitiva ignoraban el camino, se vieron muy acongojados. Ocurrióseles en esto la feliz inspiración de implorar el valimiento de la santa efigie; y á seguida la colocaron sobre un tambor, le encendieron dos velas, y le suplicaron encarecidamente que les sirviese de luz y guía en aquellos caminos nuevos, oscuros y desconocidos. Escuchólos benigna la divina Madre, pues en cuanto amaneció, divisaron dos palomas, de donde coligieron no estaban distantes de poblado. Siguieron el rumbo que aquéllas les indicaban en su vuelo, y al poco tiempo se encontraron en Guanajuato, término de tan largo viaje. Esto sucedía el año de 1557.

Luego que se divulgó entre los vecinos la alegre nueva de que la Sma. Virgen quería cobijar á su pueblo bajo las alas de su patrocinio por medio de la imagen que les enviaba el monarca español, se entregaron á los transportes del más puro regocijo, celebraron fiestas animadísimas, y con profundo respeto y al son de cánticos religiosos la colocaron en la capilla del hospital de los indios tarascos. Como no tenía título ó advocación especial comenzaron á llamarla *Nuestra Señora de Guanajuato*. Ocho años permaneció en su primera capilla; después fué trasladada á la iglesia llamada de los hospitales, donde permaneció 131 años, hasta que en 1696 pasó al templo parroquial, que es donde hoy día se venera, ocupando la hornacina principal del altar mayor. Dicho templo es magnífico y tiene forma de cruz. Su nave mide 57 metros de largo; fué construido por los señores Marqués de San Clemente y D. Pedro Lascurain de Retama. La fábrica duró más de 25 años

hasta 1696, en que se dedicó solemnemente. Después se le han hecho notables mejoras de muy buen gusto.

La bendita imagen, cuya altura llega á 1'15 metro es de talla, sin que se haya podido averiguar si es de cedro, de pino ú otra madera.

No deja de ser admirable que, á pesar de los 12 siglos que han trascurrido desde que fué esculpida, no haya sufrido deterioro alguno, ni se le noten efectos de la polilla. Es de cuerpo entero, vestida de manto y túnica de la misma madera. Sin embargo constantemente aparece cubierta con los vestidos de riquísimas telas que le ha ofrecido la piedad de sus hijos y devotos. El manto cae por los lados en graciosos pliegues y deja libre el pecho, donde lucen admirables figuras hechas con perlas finas, diamantes y demás piedras preciosas engastadas en oro de subidos quilates. En la cabeza ciñe corona de piedras preciosas de ingente valor. Á sus pies virginales, que tiene cubiertos con la túnica, hay una media luna de oro muy bien labrada, midiendo cada cuerno más de 27 centímetros. En la mano derecha tiene vara y cetro de plata, (en años anteriores en vez de cetro tenía un rosario); y en el brazo izquierdo mantiene sentado á su Divino Niño, hecho de la misma madera que la imagen de la Madre y formando una sola pieza. El Niño tiene la manecita derecha abierta y levantada ante el pecho de la Virgen, la izquierda vuelta hacia abajo cogiendo con ella un pajarito verde. Uno de sus piececitos descansa en el seno purísimo de su Madre, y el otro, que tiene levantado, está calzado con sandalias de oro. En su cabecita luce riquísima corona imperial. En todo el continente de la Virgen hay tal amabilidad y dulzura, que arrastra con suave violencia los corazones de cuantos la miran; y Ella con los ojos bajos y alguna inclinación de la cabeza, á todos mira como queriéndolos regalar. Además del pedestal en que estriba

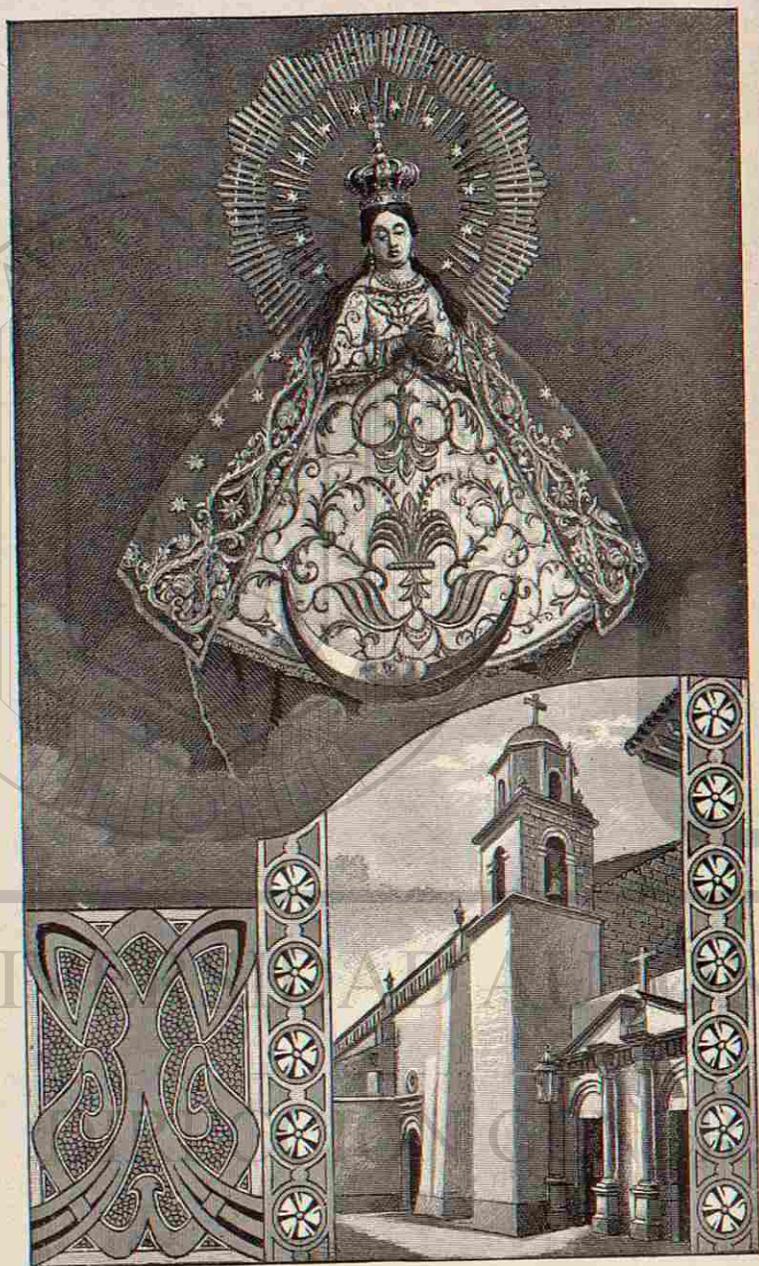
la imagen, tiene un trono de plata, notable por los primores que en él supo grabar el artista.

Los hijos de Guanajuato, que se distinguen por su carácter noble y emprendedor, rinden cultos espléndidos á la que es su esperanza y consuelo y el imán de sus corazones. El día del Patrocinio de María, segundo domingo de Noviembre, celebran la fiesta principal, precedida de solemne novena, que es tiempo de regocijos para todos los vecinos. En las calamidades públicas al santuario de la Madre de clemencia van á buscar remedio. Antiguamente, cuando las nubes se volvían como de bronce y no dejaban caer lluvia sobre los campos agostados, se sacaba en procesión la imagen, y siempre se obtenía éxito favorable. Tres veces aconteció llover á torrentes durante la misma procesión, teniendo que resguardar las andas en una de las iglesias del tránsito. Á la bondad de María atribuyen los Guanajuatenses el que no hayan sufrido las consecuencias de las sangrientas guerras civiles, que asolaron la República entera en muchos años de anarquía.

¡Bendita sea María, que á nadie niega el calor de su eficaz patrocinio!

**Autoridades.**—*Efemérides Guanajuatenses* por el Presbítero D. Lucio Marmolejo, 2 vol.—Guanajuato-1883.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



NUESTRA SEÑORA DE LA SALUD (MÉJICO)

## CAPÍTULO VI

### Nuestra Señora de la Salud de Pátzcuaro

SUMARIO I. La ciudad de Pátzcuaro. II. Origen de la santa imagen. III. Coronación y milagros de la Virgen de la Salud.

#### I

#### LA CIUDAD DE PÁTZCUARO

En el rico y floreciente estado de Michoacán y á los 19° 27' de latitud norte se alza la ciudad de Pátzcuaro. Se halla situada en un valle á 2208 metros sobre el nivel del mar y á 50 kilómetros de Morelia con la cual está unida por ferrocarril. Al oeste se encuentra el lago de su mismo nombre, de aguas potables, comparable sólo á los de Suiza, aunque sin la galanura que á éstos añadió el arte. Ocupa aquél una superficie de mil kilómetros cuadrados aproximadamente y recibe las aguas de varios arroyos sin dar salida á ninguno. Está sembrado de varios islotes, entre los cuales son notables por su espléndida vegetación los nombrados Xanico y Pacanda. Es criadero de mucha pesca, y permite aprovecharse de ella, pues sus aguas consienten la navegación en canoas.

Vista la ciudad desde la loma, donde está edificada la iglesia matriz, presenta un aspecto agradable, sorprendente y pintoresco, á pesar de que las calles son tortuosas y angostas. La plaza tiene 150 metros por

cada costado, muchas casas de dos pisos y una elegante fuente que descansa en su centro y surte de agua al vecindario. En las montañas que limitan el valle de Pátzcuaro abundan las maderas finas, de las cuales los artesanos hacen objetos muy estimados y que venden con general aprecio. En ningún pueblo de Michoacán se trabaja con tanto primor la madera fina embutida, como en Pátzcuaro, constituyendo la ebanistería y los artísticos mosaicos de plumas de colibrí, las dos principales ramas de industria de sus habitantes.

La ciudad cuenta actualmente con unas ocho mil almas. Fué fundada por el rey tarasco Veapani II, quien estableció en ella el asiento de sus dioses principales y la morada de sus más importantes sacerdotes. Según algunos lingüistas, Pátzcuaro significa *lugar de llantos y lutos*, porque atestigua la tradición, que los indios tarascos iban allí á llorar á sus muertos y sacrificados. Otros afirman que significa *lugar de alegría*, y realmente merece llamarse así por hallarse casi á las márgenes del bellissimo lago, y sobre todo por encerrar el devoto santuario de Nuestra Señora de la Salud. En ese poético templo, como la perla en su nacarada concha, se oculta la imagen de la Reina del cielo, que es el embeleso de los michoacanos, el consuelo de sus penas y el refugio donde se acogen cuando se desencadenan las tempestades de la vida. Allí acuden en santas romerías los indígenas de las regiones calientes, frías y templadas del Estado. En verdad es altamente conmovedor oír á los indios, que al renovar á diario los ramilletes de candidas flores de Chumbaca, le dicen á María Santísima en su armonioso idioma tarasco: *Naná-Yurixé; zantrint cuiripen vehcouchea maripechen; Thuquire santa Dios Naná embaecá; Madre Virgen, ruega por nosotros: Santa Madre de Dios.*

## II

## ORIGEN DE LA SANTA IMAGEN

El origen de la devota imagen de nuestra Señora de la Salud se remonta á los primeros tiempos de la conquista de Méjico por los Españoles, siendo bien notable el procedimiento de su fabricación y el material en ella empleado.

Acostumbraban los indios tarascos en tiempo de su gentilidad á formar los simulacros de sus falsas deidades con una pasta compuesta de medula del tallo del maíz perfectamente seca y molida, mezclada con los falsos bulbos de una epifita llamada en su idioma *Tatzingueni*. Esta mezcla, en las proporciones debidas producía una masa bastante manejable y con ella se modelaban las figuras. Con semejante material y según los procedimientos de los artistas españoles, fabricaron los indios de Pátzcuaro, bajo la inmediata dirección del Ilmo. Sr. D. Vasco de Quiroga, primer Obispo de Michoacán, la veneranda imagen de la Santísima Virgen de la Salud. Parece que esto sucedió el año 1538 (1).

El Sr. Obispo la colocó en modestísimo altar del hospital que erigió en Pátzcuaro bajo la advocación de Santa María. Quedaron con esto los enfermos y desvalidos de la raza indígena encomendados al patrocinio

(1) Según nota Padilla, en su *Historia de la conquista del reino de Nueva Galicia*, el que enseñó á los tarascos la aplicación de la pasta de maíz á la estatuaria fué Matias de la Cerda, el más famoso escultor que á estos reinos pasó de Europa cuando se pobló América, y fué el primer maestro de donde se ha derivado de padres á hijos el oficio que hoy es común en los indios de la sierra de Michoacán, cuyas imágenes se conocían en todo el reino, especialmente Santos Cristos.

de la que es Consuelo de los afligidos; y bien pronto comenzó la santa imagen á derramar tales gracias y beneficios sobre cuantos allí acudían, que su fama y devoción se extendió por toda la comarca y le mereció el título de *Salud de los enfermos*.

Una de las curaciones más notables fué la del Doctor D. Juan Meléndez Carreño, persona de gran reputación literaria, muy estimada por su saber y virtud. Al poco tiempo de su curación milagrosa fué nombrado cura de Pátzcuaro en 1690. Dedicóse con empeño al servicio y culto de Nuestra Señora de la Salud, y acrecentó su devoción procurando desde luego que los sábados por la noche saliese en procesión la veneranda efigie, acompañada del clero, personas principales y el pueblo, para que en medio de luces y con música se cantara y rezara á coro por las calles el Rosario de la Soberana Señora. Él fué también quien consiguió adornarla con vestidos muy valiosos y artísticos, á pesar de la viva oposición que le hicieron los indios y no pocos españoles. En 1691 proyectó levantarle un templo, y al efecto se recogieron cuatro mil pesos de limosnas. No pudo tan preclaro sacerdote ver concluida su obra, dejando esta gloria y este consuelo para su sucesor, el cual en 8 de Diciembre de 1717 logró bendecir la iglesia que actualmente existe, celebrándose esta dedicación con gran pompa por espacio de ocho días.

### III

#### DIRECCIÓN GENERAL DE CORONACIÓN Y MILAGROS DE LA VIRGEN DE LA SALUD

En 1890 el Ilmo. Sr. Dr. D. José Ignacio Arciga, Arzobispo de Michoacán, ordenó que se hiciera la decoración del Santuario y se construyera un nuevo altar para la veneranda imagen, teniendo la satisfacción de ver

terminada su obra y dedicarla con gran solemnidad el 8 de Diciembre de 1893. Entonces nació entre los hijos y vecinos de la ciudad de Pátzcuaro la idea de pedir á la Santa Sede fuese coronada la Virgen de Nuestra Señora de la Salud. Acogido el pensamiento por el Prelado, gestionó lo conducente á ella, y sus súplicas fueron favorablemente despachadas, según consta del Breve pontificio de 5 de Abril de 1898. La ceremonia de la coronación se verificó el 8 de Diciembre de 1899 en medio de grandes y suntuosas fiestas, colocando el Ilustrísimo Sr. Arciga casi moribundo, la áurea corona en las sienes de la amada y reverenciada imagen.

Tarea larga, aunque agradable, sería referir todos los milagros que se dicen obrados por la Santísima Virgen mediante su santa imagen. Buen testimonio de ello dan los incontables exvotos que tapizan los muros de la antesacristía del Santuario, y sobre todo lo atestiguan los numerosos desvalidos que á todas horas están de rodillas ante sus aras. Para mayor gloria de Dios y de la Santísima Virgen consignaremos aquí cuatro de los que relata el P. Pedro Sarmiento, de la Compañía de Jesús, en una antigua novena.

En el año de 1692 se retardaron tanto las aguas de Pátzcuaro y sus contornos, que estaba ya casi medianado Junio y el cielo parecía de bronce, sin esperanza alguna de que lloviera. Los labradores, viendo la asoladora sequía que castigaba sus campos y temerosos ante la pérdida irreparable de sus cosechas, recurrieron por remedio á la Santísima Virgen de la Salud, y al efecto suplicaron al digno párroco, Sr. Meléndez Carreño que saliera la Señora en procesión por las calles, y que se le cantara un novenario de misas con toda la solemnidad posible. Accedió fácil y gustosamente el piadoso cura á la petición de los labradores; y habiéndose prevenido y dispuesto las cosas necesarias y concer-

nientes á la procesión, vinieron algunos señores sacerdotes para llevar la santa imagen en andas durante la procesión proyectada. Eran las doce del día, y el cielo estaba tan despejado y limpio de nubes como puede estarlo en el mes de Abril; pero lo mismo fué descubrir la santa imagen y comenzar á sacarla de su nicho que luego instantáneamente con pasmo universal fué visto cubrirse de espesas nubes el horizonte, y á poco empezó á caer suave llovizna, que se aumentó y agrandó por momentos, de tal manera, que llovió sin interrupción, copiosa y abundantemente hasta las tres de la tarde, quedando ya desde entonces reanudadas las aguas para todo su tiempo regular. Por este último beneficio rindieron todos afectuosas gracias á la Sma. Virgen, Nuestra Señora de la Salud, la cual en las mismas circunstancias otorgó semejante beneficio á los ciudadanos de Guadalajara, estando allí su santa imagen peregrina (1), y después acá lo ha repetido varias veces á los vecinos de Pátzcuaro.

Cuando se colectaron limosnas para erigir el Santuario, llegó un día copia de la santa imagen á la villa de Colima. Había allí un hombre muy enfermo; y sabiendo éste que era llevada al lugar Nuestra Señora de la Salud, pidió que lo sacasen á recibir á la Señora á las puertas de la villa. Cumplieron su deseo, y afrontado con la milagrosa imagen, le pidió en voz alta que, si le convenía para su salvación, le concediese la salud como Madre de ella, y sino, que lo sacara de este mundo en paz. Á la mañana siguiente se hizo conducir á la iglesia con ánimo de velar todo el día á la Virgen de la Salud; confesó y comulgó, y encomendándose lue-

(1) Llámense en Méjico imágenes peregrinas, las copias de las afamadas y milagrosas que llevan los demandaderos que recogen limosnas.

go muy de veras á la santa imagen, acabó su vida expirando en el tiempo mismo de su oración, manifestando así la Santísima Virgen de la Salud que había oído y despachado favorablemente las humildes y piadosas súplicas de aquel buen cristiano, concediéndole la muerte en tan dichosas circunstancias, porque no le convenía la vida para salvarse.

Los religiosos franciscanos de S. Diego, moradores de Aguas Calientes deseaban afectuosamente obsequiar con sus fervorosos cultos á la Santísima Virgen de la Salud, peregrina y huésped en su país. Y para ese efecto la trajeron en solemne procesión por las calles de la ciudad hasta la iglesia, y la colocaron en un altar que le tenían ya dispuesto y bellisimamente engalanado. Había á la sazón en el convento un hermano lego de la misma orden, que por enfermedad se hallaba impedido y baldado de medio cuerpo. Á este religioso le trajeron á la iglesia á presencia de la Santísima Virgen; y poniéndole con mucha fe y devoción la santa imagen sobre la cabeza, sintióse repentinamente bueno y sano, con tal expedición de todos sus miembros, que pudo al siguiente día asistir con notable consuelo de su alma y servir con ternísima devoción á la misa que cantaron sus hermanos religiosos en honor de la Señora. Pasó todo el día con el mismo regocijo, dando muchas gracias á Dios y á su Santísima Madre, que por medio de la bendita imagen lo había libertado de su penoso accidente, devolviéndole entera salud. Mas, después que se recogió á su celda y durmió toda aquella noche, despertó á la mañana con el mismo antiguo accidente, sin haber precedido causa á la cual se pudiese atribuir prudencialmente esta recaída intempestiva; por lo que los demás religiosos, y todos cuantos la supieron, la juzgaron justamente por milagrosa, no menos que la salud poco antes recuperada; y habiendo ido el R. P. Guardián

á visitar y consolar al fraile nuevamente enfermo, le dijo; «Sin duda, hermano, que no le convenia la salud para su salvación; pues habiéndosela concedido la Santísima Virgen tan fuera de toda regla, se la ha quitado de la misma suerte; consuélase, tenga paciencia, y confórmese con la voluntad de Dios».

Fué recibida la santa imagen en una hacienda junto á Zacatecas, llamada *San Pedro*; y convocando el demandadero con la campanilla á los vecinos para rezar el rosario, vino entre ellos un arriero que se había alojado por allí cerca. Rezó éste en compañía de los demás con mucha devoción el rosario á la Santísima Virgen; volvió después á su recua y se puso á atar y componer sus cargas, porque el tiempo estaba tempestuoso: estándolas componiendo, le cayó sobre la cabeza un rayo que le hizo pedazos el sombrero, le abrasó el vestido y á él le dejó sin habla y sin sentido. Así estuvo tres días, al cabo de los cuales vuelto en su acuerdo, invocó á la Santísima Virgen de la Salud, que pensaba haber sido su libertadora para que no muriese del rayo. Dióle por esto á la gran Reina muy afectuosas gracias. Muchas personas en Zacatecas vieron el sombrero hecho pedazos y juntamente las señales que el rayo había dejado estampadas en el cuerpo de este hombre venturoso, por haber sido tan señaladamente favorecido de Nuestra Señora de la Salud de Pátzcuaro.

**Autoridades.**—Romero. *Noticias para formar la Historia y Estadística del Obispado de Michoacán—Novena y noticias históricas de la venerable imagen de Ntra. Sra. de la Salud de Pátzcuaro*, Méjico, tipografía de "El Tiempo", 1901—*Álbum de la coronación de Nuestra Señora de la Salud*.



NUESTRA SEÑORA DEL PUEBLITO

## CAPITULO VII

### Nuestra Señora del Pueblito en Querétaro.

SUMARIO.—I. Querétaro. II. La santa imagen y su santuario.

#### I

#### QUERÉTARO

Famosa es en la República Mexicana la ciudad de Querétaro, situada á los 20° 30' de latitud Norte y distante como treinta leguas de la capital. El nombre de *Querétaro* viene del idioma tarasco, y significa *juego de pelota ó lugar donde se juega*, según el P. Maturino Gilberti, de la orden seráfica, que fué el primero que escribió gramática y vocabulario de dicha lengua. Esta hermosa ciudad se alza en ameno valle que produce grande abundancia de flores y de frutos. Su clima es sano, á pesar de que en el verano sube bastantes grados el termómetro. Fué fundada en 1446 siendo Emperador de Méjico, Moctezuma Huicamida, (*el flechador del cielo*), y la conquistaron los Españoles el 25 de Julio de 1531, fiesta del apóstol Santiago, que le fué asignado por Patrono y Abogado, y lo es hasta la fecha. Refiere la tradición que el santo Apóstol se apareció en los aires montado en su histórico caballo blanco para infundir valor á los españoles, y con este motivo se muestra una cruz de piedra en el templo de los franciscanos. Sin embargo, debemos confesar que ésta y las demás apa-

riciones de Santiago á los conquistadores de la América descansan en débil fundamento y no resisten el más ligero examen crítico. En casi todas las batallas más reñidas de esos tiempos, algunos cronistas demasiado crédulos nos hacen figurar al *Hijo del trueno* blandiendo flamígera espada.

Los religiosos de San Francisco fueron los primeros que predicaron en Querétaro el Evangelio, erigiendo desde luego la capillita del Calvario, que aún subsiste, y después el convento de la Santa Cruz, que llegó á ser notable por los varones sabios é ilustres que produjo, y por haber sido cuna de otras fundaciones en distintas regiones.

Querétaro ocupa un lugar distinguido en la historia de Méjico, pues fué teatro de las primeras conjuraciones en favor de la independéncia, y en su recinto tuvo desenlace fatal el segundo imperio. Efectivamente, allí se reunieron D. Miguel Hidalgo y Costilla, cura de Dolores, y los bravos militares Ignacio Allende y Juan Aldama para concebir el plan de la emancipación política de la patria. Alto renombre adquirió entonces doña Josefa Ortiz de Domínguez, esposa del corregidor de la ciudad, D. Miguel Domínguez, porque gracias á su diligéncia patriótica los primeros héroes de la independéncia evitaron el caer prisioneros de las autoridades españolas antes de haber lanzado el grito de libertad. El gobierno virreinal la encerró en una prisión en la que permaneció algunos años, falleciendo por fin en México el año 1829. En 1867 el emperador Maximiliano, que había concentrado sus fuerzas en Querétaro, fué vendido por las tropas liberales. Condenado á muerte, le fusilaron ignominiosamente el 19 de Junio del mismo año en el pequeño cerro de las campanas. Sus amigos de Austria levantaron una elegante y hermosa capilla de estilo gótico, en el mismo sitio del infausto suceso,

que fué solemnemente bendecida por el Ilmo. Sr. Obispo de Querétaro, Dr. D. Rafael Camacho, celebrando en ella seguidamente el augusto sacrificio de la misa. En el altar hay un cuadro de la Virgen de la Piedad sosteniendo en sus brazos y rodillas el cuerpo muerto de su divino Hijo. Junto al presbiterio están los tres bancos de piedra donde se sentaron para recibir la muerte el desgraciado Emperador y sus valientes, nobles y cristianos compañeros D. Miguel Miramón y D. Tomás Mejía. Con esta épica catástrofe terminó el imperio que algunos varones probos habían intentado para conjurar las funestísimas revoluciones que tenían á México en estado de anarquía y amenazaban hacerlo víctima de la ambición de la poderosa República vecina.

Es también notable Querétaro por algunas obras y edificios públicos y particulares. Sus templos descuellan por lo majestuosos, siendo muchos en número; es una ciudad verdaderamente levítica, y la fe se conserva hondamente arraigada en el corazón del pueblo; gracia que se debe después de Dios á su ilustrado y piadoso clero.

Obra digna de admiración es la cañería y arcos por donde viene el agua potable á la ciudad. La alberca ó caja principal del agua dista dos leguas, y en todo este espacio está fabricada la cañería de cal y canto, que viene en largos trechos por dentro de los cerros. Los arcos son de admirable arquitectura y construcción. Los pilares son 72, y sus cimientos tienen 20 metros 6 centímetros en cuadro y 17,70 de profundidad. Sobre estos solidísimos fundamentos se levantan los pilares de piedra de sillería distantes unos de otros 15,04 metros con 13,17 en cuadro y 22,57 de altura, y desde éstos rompen los arcos con 5,85 metros de curvatura; así es que se elevan sobre el suelo 28,42 metros. El coste de esta magnífica obra fué de ciento treinta mil pesos do-

nados en su mayor parte por D. Juan Antonio de Urrutia y Arana, Marqués del Villar del Águila, que fué también el director. Se acabó el acueducto el 17 de Octubre de 1838.

Pero la gloria más pura de Querétaro es sin duda la portentosa imagen de María Santísima bajo el simpático título de la Inmaculada Concepción, que se venera en su santuario extra muros de la ciudad. Es conocida esta santa imagen con el nombre del *Pueblito*; porque desde un principio se le rindió culto en el pequeño pueblo de indios nombrado *San Francisco Galileo*, que dista de Querétaro dos leguas hacia el Oriente. He aquí el origen de la santa imagen y su santuario tal y como lo refieren el presbítero D. José María Zelaa é Hidalgo en su interesante libro *Glorias de Querétaro*, impreso en Méjico el año 1803, y el R. P. Vilaplana, de los Frailes Menores, en el *Novenario Histórico* de la milagrosa imagen de Nuestra Señora del Pueblito, impreso también en Méjico en 1762 y vuelto á editar en Querétaro el año 1892.

## II

### LA SANTA IMAGEN Y SU SANTUARIO

La fe cristiana había echado profundas raíces en la ciudad de Querétaro, donde los Misioneros repartían con abundancia el pan de la divina palabra. Mas no sucedía lo mismo en los pueblos circunvecinos, cuyos naturales se obstinaban en no abandonar la idolatría. San Francisco Galileo era precisamente uno de los más rehacios á la voz de los sacerdotes. Engañados por el demonio daban culto supersticioso á sus ídolos en un cerrito que antes de la conquista habían fabricado á mano y que existe todavía. El dueño de la Hacienda

donde está enclavado, hizo construir en su cima la casa-habitación; pero tuvo que abandonarla, después de haber hecho cuantiosos gastos, por carecer de agua y demás elementos de vida.

Era entonces cura de la ciudad y de sus anejos, el R. P. Fray Nicolás de Zamora, el cual tenía el ánimo hondamente apenado al ver la rebeldía y obstinación de los indios. Su celo de padre y pastor le sugería muchas piadosas industrias para convertir á los infieles, pero todas resultaban ineficaces. Al fin la Providencia divina le deparó un medio eficacísimo para despegar y apartar á los indios de la idolatría, á la que estaban pertinazmente adheridos. El año 1632 el R. P. Sebastián Gallegos, muy perito en el arte de la escultura, fabricó con sus propias manos una imagen de la Santísima Virgen y la regaló al Reverendo Párroco de la ciudad, P. Fr. Nicolás de Zamora. Iluminado éste por súbita inspiración, determinó trasladarla con la solemnidad posible á una ermita cerca del referido cerro. Tan luego como fué la imagen colocada en la ermita, empezó á obrar tantas y tales maravillas, que arrebató el afecto y amor de los indios, obligándolos á detestar y abandonar sus errores y á llevar una vida verdaderamente cristiana. El demonio desapareció de aquel sitio, no pudiendo sufrir la presencia de la bellísima efigie de Aquélla que le quebrantó la cabeza. Cayó el trono que con solapado ardid tenía erigido en aquel campo, y el seminario de idolatrías y supersticiones se convirtió en solar de maravillas y en cielo de prodigios. No parece sino que al entrar la santa imagen en San Francisco Galileo, se renovaron los portentos realizados en Egipto al entrar la Santísima Virgen con su Hijo y su virginal esposo San José, conmoviéndose los simulacros del gentilismo y rodando por tierra sus ídolos hechos pedazos, según lo había vaticí-

nado Isaiás. Aún se conserva en monumento rústico á la falda del cerrito el pedestal de piedra en que el Reverendo P. Zamora colocó la imagen. Ésta es de talla, de cincuenta y cinco centímetros de alta, y representa, como insinuamos antes, á la Purísima Concepción de María. Á sus plantas tiene hincado al glorioso S. Francisco de Asís, que sostiene sobre su cabeza tres globos ó mundos sobre los cuales descansa la sagrada efigie. Estos globos representan las tres órdenes que fundó el Patriarca de las Llagas. La imagen tiene junto á sí en el lado derecho al niño Dios de pie. Parece que el Divino Niño se añadió después.

Poco más de ochenta y dos años permaneció la imagen en su ermita primitiva, hasta que los religiosos determinaron fabricarle una capilla más decente y espaciosa, pues cada día aumentaba el número de fieles que de la ciudad y de sus contornos acudían á visitar á la divina Madre y á pedir sus favores. El año 1714 lograron construir con limosnas recogidas de los fieles una capilla bastante capaz, y la declararon ayuda de parroquia, á fin de que la celestial Señora tuviera más espléndido culto y el cristianismo hiciese mayores progresos. Pocos años duró dicha capilla, pues en 1736 se bendijo el hermoso templo actual. El capitán D. Pedro Urtiaga, agradecido á la Santísima Virgen por haberle sacado de los umbrales de la muerte en cierta enfermedad que padeció, dejó en su testamento un legado para que se fabricase un templo más digno de la grandeza de la Madre de Dios. Como el legado no bastase, contribuyeron con su óbolo el Ayuntamiento y personas devotas. Fué colocada la Santísima Señora en su nueva iglesia el 5 de Febrero de 1736, y la Provincia Franciscana resolvió que quedasen seis religiosos dedicados al culto y servicio de María Santísima. En 1776 Carlos III, rey de España, elevó la asistencia á convento for-

mado de Recolección y Casa-Noviciado, para lo cual se construyó un espacioso y cómodo convento con varios claustros, todos de bóveda, las oficinas necesarias y una huerta extensa, donde se cultivan naranjos, chirimoyos y otros árboles frutales. Desgraciadamente á consecuencia de las funestas leyes llamadas de *Reforma*, promulgadas por los tristemente célebres Juárez y Lerdo de Tejada, la comunidad hubo de desaparecer. Actualmente hay sólo un religioso al frente del convento encargado del servicio de la Virgen.

El santuario se halla asentado á las apacibles márgenes de un corto río que fertiliza toda la comarca; su fábrica es de cal y canto, con bóvedas sobre arcos y pilastras de cantería, con cimborio y proporcionado crucero; tiene una sola nave de regulares dimensiones con altares decentes y bien adornados. Llama la atención el mayor por su hermoso retablo, y sobre todo por el nicho donde tiene su trono la santa efigie. Detrás del altar mayor hay un camarín pequeño, pero de forma elegante y hermosamente pintado. El templo estaba ricamente adornado de arañas, candeleros y paramentos de plata maciza, del cual metal eran también el grueso del barandal del presbiterio y el trono donde estaba la sagrada imagen; mas ciertos generales liberales lo despojaron de estas riquezas en los años de 1859 á 1861.

Á tan devoto santuario acuden los fieles de Querétaro á implorar la misericordia de la más tierna de las madres, y nunca vuelven desconsolados. Aunque diariamente la visitan varios devotos, el día de mayores romerías es el domingo segundo después de Pascua, en que está asignada la fiesta principal por decreto de la Santa Sede, que concedió oficio propio con rito doble mayor á toda la diócesis. Últimamente se ha facilitado notablemente la visita al santuario, pues se ha establecido una

línea especial de tranvías, que conducen desde la plaza principal de Querétaro hasta las mismas puertas del convento del Pueblito.

Aunque son innumerables los favores que se dicen obrados por la Reina del cielo en su imagen del Pueblito, recordaremos sólo los siguientes, que cuidó de dejar consignados el R. P. Vilaplana en su Novenario histórico ya citado.

Mientras el R. P. Provincial de los Franciscanos, Fr. Andrés Picazo, rezaba el oficio divino en la sacristía del convento grande, fué acometido por un relojero, que le disparó 15 tiros de pistola y le asestó algunas puñaladas, y sin embargo, escapó de la muerte mediante la invocación de la milagrosa imagen de Nuestra Señora del Pueblito. Se levantó información rigurosa y jurídica, y el Sr. Arzobispo de Méjico falló que sólo por milagro pudo verificarse este suceso.

Estando la santa imagen en el templo de Santa Clara de Querétaro el 22 de Septiembre de 1737, cayó un rayo en la torre y penetró hasta el coro bajo donde estaban cuatro religiosas tocando á rogativas á tiempo que se rezaba la novena; y no obstante haber caído sobre ellas, quedaron ilesas, debido á la intercesión de la Santísima Virgen á quien invocaron.

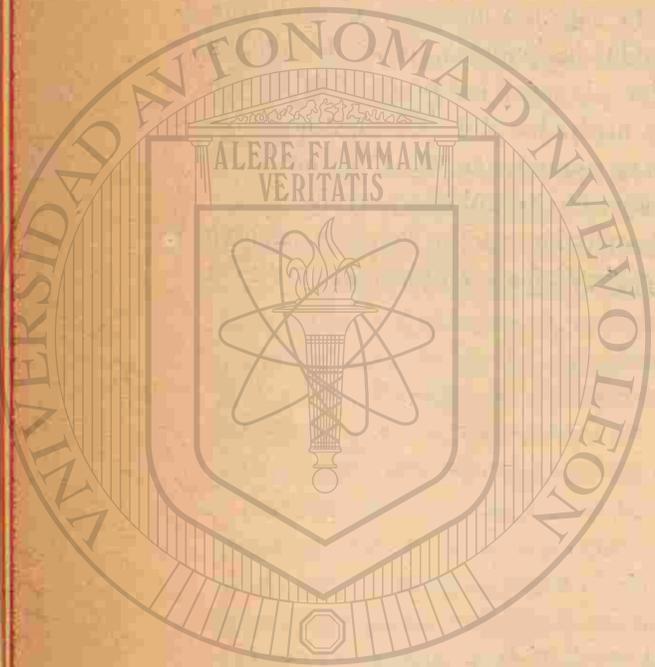
Tan arraigada estaba en el pueblo la fe y confianza en el patrocinio de la Virgen del Pueblito, que en una de las cláusulas de las Ordenanzas de la ciudad, confirmadas por el Rey de España, 6 de Julio de 1733, se dice:

*Que siempre que se experimente alguna plaga pública, se acuda al amparo y patrocinio de esta Sacratísima Señora.*

Al efecto se la trasladaba á la ciudad en solemnisima procesión y con músicas, alabanzas y plegarias, en que prorrumpían los millares de peregrinos que acudían. Al pasar frente á palacio, el centinela gritaba: *Guardia á su Majestad*, é inmediatamente se formaba la tropa

con bandera á la cabeza acompañada de sus clarines y tambores batiendo marcha, y presentando sus armas doblando una rodilla en ademán de recibir la bendición de la Señora. Delante de la cárcel se paraba la procesión y se ponía de frente la sagrada imagen, y el alcaide abría de par en par todas las puertas, á fin de que los presos desde el interior elevasen sus preces á la Madre de los afligidos. Hasta mediados del siglo pasado se verificaban estas escenas conmovedoras. Con las leyes liberales se impidió este acto de pública y vívida fe.

Puede verse una descripción acerca de estos sucesos en el libro *Leyendas y Tradiciones Queretanas*, por Don Valentín G. Frías.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



NUESTRA SEÑORA DE IZAMAL (YUCALÁN)

## CAPÍTULO VIII

### Nuestra Señora de Izamal (Yucatán)

SUMARIO.—I. Izamal. II. Nuestra Señora de Izamal. III. Traslaciones de la santa imagen á la ciudad de Mérida. IV. La nueva Imagen de la Virgen.

#### I

#### IZAMAL

En Marzo de 1519 aportaba á la pequeña isla de Cozumel (1), dependiente de Yucatán, el célebre conquistador Hernán Cortés. Antes la había recorrido Juan de Grijalba, el más benigno y compasivo de los capitanes que la Metrópoli enviara al Nuevo Mundo. «Era hombre, dice de él el P. Bartolomé de las Casas en su Historia general de las Indias, de tal condición, que no hiciera mal fraile en cuanto á la humanidad y otras cualidades». El primer acto de Cortés al poner pie en tierra, no fué derramar sangre yucateca, ni hacer el

(1) Está situada en el mar de las Antillas, y mide 15 leguas de largo por 5 de ancho. Según el último censo habitanla mil quinientas personas; en tiempo de la conquista estaba muy poblada. Habia entonces un templo profano cuyas ruinas aun subsisten, donde se veneraba un idolo gigantesco, que era consultado como oráculo, porque los sacerdotes se introducían por una puerta secreta y daban respuesta á los que preguntaban. Grijalba puso á la isla el nombre de Santa Cruz por haberla descubierto el 3 de Mayo.

aparato de tomar posesión del país en nombre del rey de España, como entonces se estilaba, porque le preocupaba el pensamiento de llegar al imperio de Moctezuma; sino que enarboló el estandarte de la cruz, hizo celebrar el augusto sacrificio, y colocó sobre rústico pedestal la imagen de la Santísima Virgen, pronunciando caluroso discurso acerca de la bondad y poder de la Madre de Dios. Sirvióle de intérprete el diácono Jerónimo de Aguilar, que algunos años antes á causa de un naufragio había quedado cautivo de los indígenas. Los indios mayas que poblaban la península yucateca, quedaron fuertemente impresionados de aquel raro misinero de tupida barba y marcial continente. De aquí que las primeras voces castellanas que aprendieron á pronunciar fueron *María* y *Cortés* (1). Desde entonces el culto de la Virgen Inmaculada empezó á echar profundas raíces en esta tierra feraz. Los españoles, dando expansión al amor que profesaban á la Reina del cielo, avivaron el culto fundando varias ciudades como Campeche, Valladolid, Salamanca y, sobre todo, Mérida, capital al presente del estado de Yucatán, bajo algún título de María. «No puedo pasar en silencio, dice el historiador Fr. Diego López Cogolludo, sin notar la gran devoción que los conquistadores tuvieron con la Reina del cielo y Madre de Dios Señora Nuestra, pues todas las iglesias de la cristiandad de este reino las consagran á su Santo Nombre, y las ponen debajo de su protección y amparo, esperando de él y de su clemencia la conservación de estas Repúblicas; no afianzándolas á la vana seguridad de constelaciones astrológicas ni puntos fatales, pues la conservación de ellas, de los reinos y de

(1) Relation des choses de Yucatán de Diego de Landa par l'abbé Brasseur de Bourbourg, § IV. Voyage de Cortés á Cuzmil pag. 27.

todo depende de la Providencia divina para con quien es tan valedera esta gran Señora. Ya se vió que la de Campeche fué con el título de la Concepción de la Virgen María, la de la ciudad de Mérida con el título de la Asunción,... y ahora la de Valladolid la dedican á esta misma Señora con título de los Remedios» (1). Pero los que más trabajaron en esta notable empresa fueron los religiosos franciscanos. Distinguióse entre ellos el Padre Diego de Landa, que después fué Obispo de Yucatán, el cual erigió en Izamal un santuario á la Inmaculada Concepción, que vino á ser el lugar privilegiado de la Virgen, donde dispensaba y dispensa favores y milagros multiplicados en obsequio de sus fieles indios. Izamal era la metrópoli indiana, la ciudad santa y cabeza de la provincia sacerdotal idolátrica en la época del imperio maya. Aun se conservan ruinas de la antigua ciudad consistentes en pirámides, de las cuales la mayor está formada de dos cuerpos, el inferior de 18 metros de alto, y el superior de 20. En otra pirámide y hacia la base hay una cabeza colosal hecha de cemento con bastante arte; la escultura conserva parte de la pintura que la recubría. Pero con el culto de María vino á hacerse el punto de la romería más concurrida, no sólo para los hijos de la península sino para los de otros países circunvecinos y aun lejanos.

## II

## NUESTRA SEÑORA DE IZAMAL

Era el Padre Diego de Landa, varón apostólico, lleno del espíritu de Dios, que recorría á pie y descalzo la península de Yucatán predicando, catequizando y bau-

(1) Historia de Yucatán, lib. III, cap. XIV.

tizando muchedumbres de niños y adultos. Y para que su apostolado fuese más fructuoso, sacaba á los indios de las rancherías en que vivían, y los llevaba á poblado, donde podía adoctrinarlos mejor y administrarles los sacramentos de la Iglesia. Habiendo sido destinado por la Providencia para guardián de Izamal, concibió el proyecto de edificar iglesia y convento de su orden —porque hasta entonces los religiosos habitaban en casitas de paja— en el mismo sitio en que los ídolos y sus sacerdotes vivían.

Éste era uno de los cerros, que allí parecen estar hechos á mano, llamado por los naturales *Papolchac*, que, á la cuenta del P. Lizana, significa *morada de los sacerdotes de los dioses*. Sin más auxilio que su confianza en Dios empezó la fábrica, que le costó indecibles trabajos y fatigas; pues á fin de animar á los indios á que trabajasen con alegría y contento, salía el bendito Padre con ellos á los montes provisto de una hacha en las manos, y cortaba las maderas necesarias para el edificio. Concluida la iglesia hacia el año de 1550, para que los indios se aficionasen á María y no tuviesen tentaciones de volver al paganismo, les propuso adquirir una imagen de la Señora que ocupase el lugar preferente en el altar.

El mismo se ofreció á ir á Guatemala, donde había un escultor, y los religiosos le encargaron otra para Mérida. Compráronse las dos imágenes, y bien embaladas en una misma caja fueron trasportadas en hombros de indios para que no sufrieran deterioro. Sucedió, dice un antiguo cronista, que habiendo caído muchas lluvias en el camino, jamás cayó una gota de agua sobre las cajas de las imágenes ni sobre los indios que las conducían.

Con vivas demostraciones de júbilo fué recibida en Izamal la efigie que venía destinada á su templo. Representaba la Inmaculada Concepción; era de talla

entera, de más de un metro de altura. No tardó en acreditarse obrando prodigios en favor de los que con fe invocaban su valimiento. Muchos de esos prodigios los escribió el P. Lizana en su *Devocionario de Nuestra Señora de Izamal*, y otros se pintaron en los muros del templo. Á consecuencia de esto venían romerías españolas é indígenas á implorar las bondades de la Señora. Y aunque todos los días del año había gente que orase ante sus aras, el día de más afluencia era el 8 de Diciembre, pues venía de todo Yucatán, de Cozumel, de Tabasco y aun de Chiapas. Los indios se distinguían por sus especiales muestras de fe. Como el templo está en un cerro, subían las gradas de rodillas, y así llegaban á ofrecer á María los dones de su pobreza. «Es tanta la devoción que tienen los indios á Nuestra Señora, dice un escritor de aquellos tiempos, que cuando dicen: *por la corona de la Virgen de Izamal*, se les puede creer, aunque continuamente son de tan poca verdad» (1). Los españoles regalaron á la santa imagen vestidos ricos, alhajas y objetos para el culto.

## III

## TRASLACIONES DE LA SANTA IMAGEN Á LA CIUDAD DE MÉRIDA

En el año de 1648 el pueblo yucateco, con grandes solemnidades, juró y votó por Patrona especial contra pestes, enfermedades y demás calamidades públicas á la Inmaculada Concepción en su celebrada imagen de Nuestra Señora de Izamal. He aquí el motivo.

En el citado año el reino de Yucatán sufrió muchas

(1) Fray Diego López de Cogolludo, *Historia de Yucatán*, libro VI, cap. IV.

calamidades públicas. Piratas desvergonzados se apoderaron de algunos buques, dejando á varios vecinos en la miseria; por falta de agua perdíanse los campos, y sobre todo se desarrolló una peste, haciendo los mayores estragos en casi todas las ciudades. Moría tanta gente de todas las esferas sociales, que un habitante de Campeche escribió á cierto amigo suyo estas frases: «si Dios no se conduce de nuestra miseria y aplaca el rigor de su justicia, presto se dirá *aquí fué Campeche*, como se dice en proverbio *aquí fué Troya*». En Mérida sobre todo se cebó la epidemia en un sin número de personas, de sacerdotes y religiosos, y la muerte segaba á centenares vidas preciosas. Afligida la ciudad en tal desventura, acordó por medio del cabildo eclesiástico y secular, pedir licencia al R. P. Provincial de los franciscanos para traer la imagen de Nuestra Señora de Izamal á la catedral de Mérida y celebrarle un novenario con la solemnidad posible, prometiendo formalmente devolverla á su casa é iglesia. Obtenida la licencia, fué comisionado para trasladarla el Teniente General de Gobernación, D. Juan de Aguilera. Cuando había de salir á cumplir su grata comisión, cayó atacado del común contagio, y ya se le daba por muerto. Pero poniendo su esperanza en la Santísima Virgen, y rogándole le devolviese la salud, se hizo llevar en una camilla á Izamal. Fué cosa digna de admiración, que á medida que se acercaba al santuario iba aliviándose de su achaque sin medicina alguna, y al llegar delante de la imagen quedó sano, de modo que por gratitud cargó las andas sobre sus hombros un buen espacio de camino al ser llevada la imagen á Mérida.

Al divulgarse por los pueblos de la costa la noticia de que llevaban á la Virgen de Izamal á la ciudad, se conmovieron y salieron en apiñada muchedumbre para acompañarla. Los indios de Izamal, desconfiados ó

temerosos de que no les volvieran su amada Madre y consuelo de sus penas, se entregaron á amargo llanto, y suplicaban al P. Provincial no permitiera el traslado. Al fin se aquietaron con tal que quedase como rehenes el referido Padre Provincial. Y tan custodiado lo mantuvieron, que apostaron espías por todos los caminos para que avisasen si le veían salir. Además pusieron por condición que la imagen no faltaría sino diecisiete días de su templo.

Salió la santa imagen acompañada de innumerable gente, y todo el camino, que es de quince leguas, fué una continua procesión, llevada siempre en hombros de los fieles y alumbrada por millares de cirios.

Los indios fueron los más constantes en acompañarla, puesto caso que no la dejaron hasta que volvió á su santo templo. Los moradores de los pueblos que se encontraban en el camino, salían á recibirla con bailes y regocijos. Considerábanse dichosos de verla en su pueblo y le encendían muchas luces, y era para alabar á Dios la devoción con que la honraban. En la mañana que había de entrar en Mérida salieron á recibirla no sólo los sanos y convalecientes, sino muchos enfermos que no podían andar y que se hacían conducir á la orilla del camino, habiendo muchos de ellos recobrado instantáneamente la salud. Vinieron también á su encuentro los miembros de ambos cabildos que estaban sanos, y muchos de ellos descalzos en señal de penitencia. En igual actitud se veían muchas señoras principales, pidiendo todos misericordia á Dios por intercesión de su benditísima Madre. Llegada á la ciudad, fué paseada por las calles más importantes, y los enfermos asomábanse á las ventanas, suplicando con ardientes lágrimas su alivio y curación. En la catedral se cantó misa solemne en honor suyo. Al pasar por la cárcel los jefes dieron libertad á todos los presos por reverencia

á la Señora, y por fin se la colocó en un majestuoso trono en el templo de los frailes menores, donde se celebró el novenario prometido. No se pudieron cerrar las puertas ni de día ni de noche, porque á todas horas estaba el pueblo rodeando á la bendita imagen. La Madre de misericordia oyó los ruegos y plegarias de sus desconsolados hijos haciendo que la peste cesase de repente. En señal de gratitud el cabildo secular hizo juramento, que ratificó después el eclesiástico, de reconocer á la Virgen de Izamal por patrona y abogada contra las pestes y enfermedades, y además prometieron en forma solemne celebrar *perpetuamente para siempre jamás* fiesta á dicha Señora el día de su gloriosa Asunción, 15 de Agosto, enviando miembros de su seno, que asistan y sufragen todos los gastos. En la sala capitular de la catedral de Mérida existe un cuadro pintado al óleo con una inscripción latina en que se relata este suceso y el voto hecho. Además los particulares ofrecieron á la santa imagen muchas joyas y dones, algunos de crecido valor. Concluido el plazo prefijado, fué restituida con la misma pompa á su santuario de Izamal.

En el año de 1730 fué trasladada por segunda vez la Virgen de Izamal á Mérida, y entonces no solo fué aclamada Abogada y Patrona, sino Reina y Gobernadora de Yucatán. El motivo que ocasionó esta nueva traslación fué implorar la clemencia de María, para que cesase otra epidemia que diezaba la población y que diariamente se propagaba más á modo de voraz incendio. Promovió y llevó á cabo este consolador pensamiento el gobernador más ilustrado y grande, el más digno que ha tenido la Península en todas sus épocas, D. Antonio de Figueroa y Silva, Brigadier y Mariscal de Campo. He aquí el elogio que de él hace el distinguido y sabio historiador, Ilmo. Sr. Dr. D. Crescencio Carrillo

y Ancona, Obispo de Mérida y una de las glorias más puras de las letras mejicanas: «fué el más progresista, el más emprendedor, á quien más mejoras materiales y morales se deben; porque es el que abrió caminos públicos; el que reconstruyó y colonizó la villa de Balacar, trayendo á ella familias que hizo venir de las Islas Canarias; el que fomentó la industria, haciendo venir de fuera personas inteligentes y diestras; el que hizo la guerra á los ingleses, desalojándolos completamente de nuestro territorio de Belice; el que hermoseó la ciudad de Campeche, poniéndole nuevas calles, edificando el templo de Santa Ana y añadiéndole la Puerta de Tierra en sus muros; el que ensancho el ámbito de esta capital de Mérida abriendo nuevas calles, edificando el templo de Santa Ana, hermoseando los lugares públicos, abriendo plazas y levantando los arcos que fijan el límite entre el centro y los suburbios; en fin, el que contuvo los desmanes de la raza indígena, que sin la influencia de la religión y de un sabio gobierno, muestra siempre su propensión á rebelarse» (1). Este probo é insigne gobernante hizo trasladar la imagen á la catedral; y al contemplar como había desaparecido el contagio, colocó á las plantas soberanas de la Virgen Inmaculada el bastón del gobierno de la Capitanía general é Intendencia de Yucatán. Y después, vestido de penitente y peregrino, acompañó la sagrada imagen hasta su santuario de Izamal, y presentóle cuantiosos donativos, dando así alegría á los ángeles del cielo, días de ventura y paz á los yucatecos, páginas de oro á su historia, y ejemplos para imitar á los gobernantes y á los pueblos. En su tiempo se construyeron en Izamal varios edificios para el servicio de la Virgen y albergue de los peregrinos.

Monumentos de piedra erigidos en los muros de los

(1) La Civilización yucateca, Parte 2.<sup>a</sup> pág. 56.

tales edificios atestiguan que dos veces más en el siglo XVIII fué solemnemente llevada la imagen á Mérida: la una en 1744, y la otra en 1769, habiendo sido la ocasión una plaga de langosta, y una epidemia.

## IV

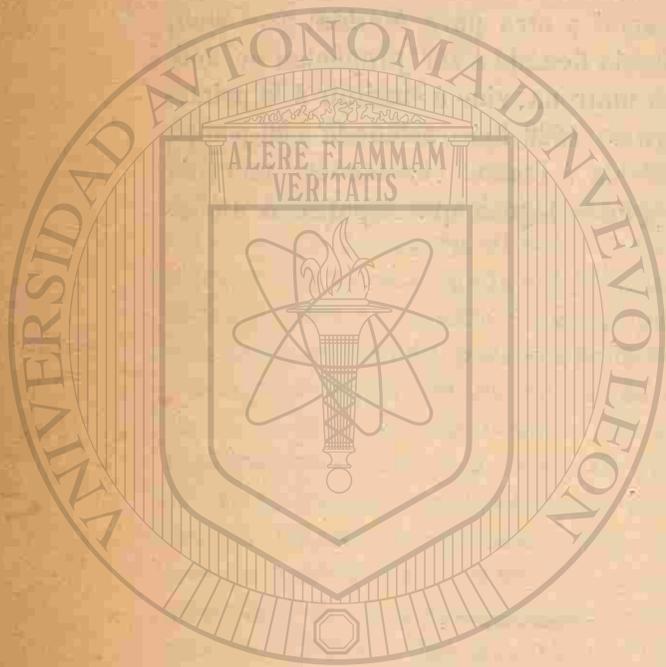
## LA NUEVA IMAGEN DE LA VIRGEN

En el primer tercio del siglo XIX una horrible desgracia cubrió de amargura el corazón de los católicos yucatecos. Era la madrugada del 17 de Abril de 1829, día de los Dolores de Nuestra Señora al pie de la cruz de Jesucristo moribundo, pues era nada menos que el viernes santo de aquel año, cuando se declaró un voraz incendio en la ciudad de Izamal, sin que fuese posible averiguar su origen. Las llamas se propagaron con rapidez vertiginosa y se apoderaron del santuario de la excelsa Patrona de Yucatán. Dios en sus secretos y adorables designios permitió que ardiera la monumental imagen de Nuestra Señora, venerada hacia ya tres centurias, y lo que fué más triste es que ardiera el sagrado depósito de la Divina Majestad Sacramentada.

Un grito de dolor fatidico arrancado de los escombros del ennegrecido santuario se lanzó hasta los últimos confines de la Península. Ojos avizores preveían en este fatal suceso las calamidades que habían de trabajar la afortunada tierra de Yucatán, que había nacido á la civilización al amparo de María, y que todo su progreso lo debía á la fe cristiana.

Los yucatecos fervorosos no se contentaron con llorar en secreto su desgracia, sino que trabajaron impertérritos en reparar los daños que el incendio había ocasionado en el santuario. La Providencia les brindó con un inefable consuelo que en parte mitigó el pasado dolor,

pues lograron poner en el altar una imagen de idéntico origen á la que se había quemado. Ya dijimos al principio que en 1550 Fr. Diego de Landa había traído de Guatemala, dos esculturas de la Inmaculada Concepción, una para Izamal y otra para Mérida; pues bien, esta última, que había llegado á ser propiedad de acomodada y virtuosa matrona, vino á sustituir á la primera. El 9 de Mayo de 1829 fué trasladada con pompa inusitada desde Mérida á Izamal, haciéndose una sola procesión en las quince leguas que separan á ambas ciudades.

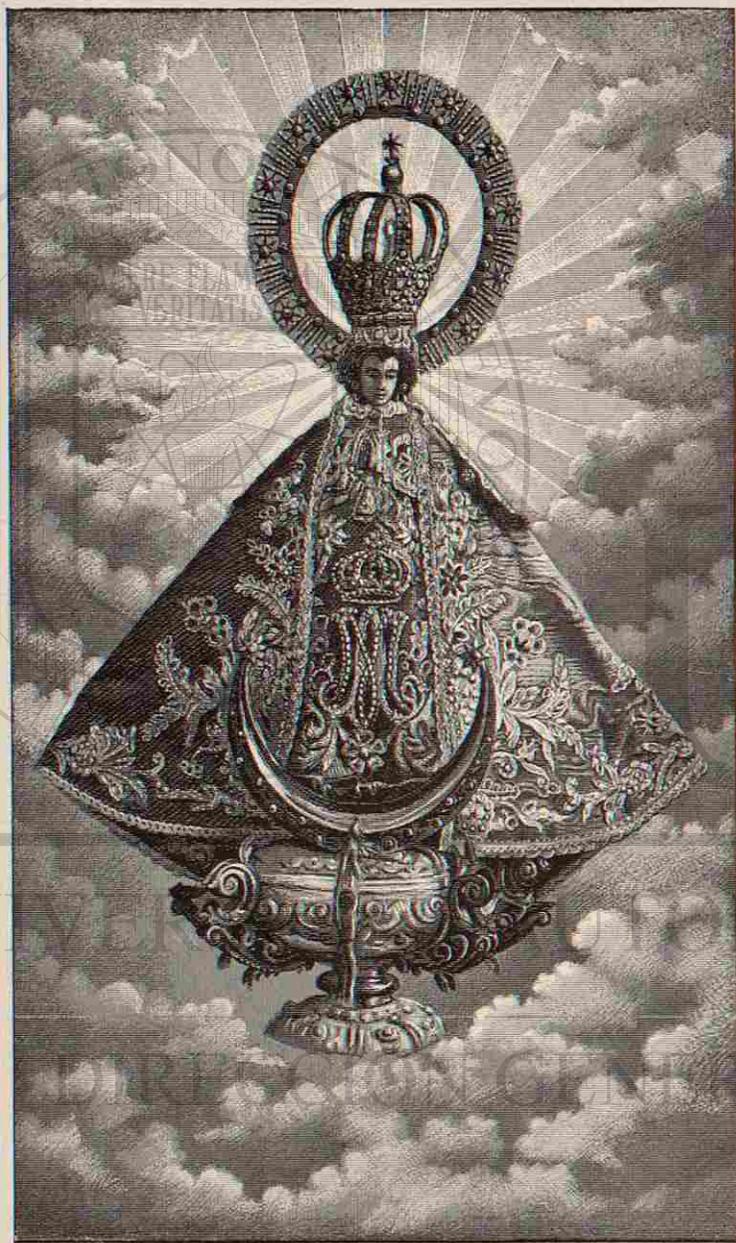


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





NUESTRA SEÑORA DE SAN JUAN DE LOS LAGOS

## CAPÍTULO IX

### Nuestra Señora de San Juan de los Lagos (Méjico)

SUMARIO.—I. Preliminares. II. Acróbatas agradecidos. III. La santa imagen. IV. El Santuario. V. La Coronación.

#### I

#### PRELIMINARES

A 167 kilómetros y 500 metros de Guadalajara, capital del Estado de Jalisco, se encuentra la ciudad de San Juan de los Lagos, famosa en los anales marianos. De escasa importancia si se atiende al número de los habitantes, que apenas llegan á cinco mil, es bella por su posición geográfica. Situada á la margen derecha del río de su nombre y á 1782 metros sobre el nivel del mar, ofrece á la vista espléndido panorama y á sus moradores clima templado. Fué fundada á fines del siglo XVI, poco después que las huestes del famoso caudillo español Nuño de Guzmán conquistaran á Jalisco (Nueva Galicia); el título de ciudad diósele el congreso de este Estado el 29 de Octubre de 1869.

Cuenta con cinco templos, hospital, tres edificios municipales, ocho escuelas de instrucción primaria, que le dan no poco realce. Tiene además un colegio donde los jóvenes de mejores dotes intelectuales se preparan para seguir alguna profesión, principalmente el ministerio sacerdotal, y gracias al cielo, la iglesia y la patria han

recogido opimos frutos de tan benéfica institución. Pero lo que le ha dado alto renombre es el santuario de la Santísima Virgen, que representa la Inmaculada Concepción, conocida con el título de Nuestra Señora de San Juan de los Lagos.

Desde tiempos remotos ha sido visitado por innumerables romeros; de suerte que hasta mediados del siglo XIX superaba en este sentido á la misma insigne Basílica de Guadalupe.

El día de la fiesta principal, que es el 8 de Diciembre, llegaban á reunirse cien mil peregrinos venidos de los diversos Estados de la República. Los forasteros pobres habian de dormir al cielo raso en los montes vecinos, y los más pudientes se acomodaban hasta en los techos de las casas. Los comerciantes, por el arriendo de una miserable tienda, habian de pagar hasta mil pesos. Desgraciadamente semejantes fiestas degeneraron de su carácter religioso y tomaron otro mercantil y profano. El juego y otros vicios se desarrollaron en no escasa proporción; así es que la romería más era ocasión de ofender á Dios que de honrar á la Reina del universo. En los años últimos ha vuelto á recobrar su antiguo esplendor. Tan popular es el culto de esta santa imagen, tan singulares los prodigios que se le atribuyen, que el actual Arzobispo de Guadalajara, Dr. D. José de Jesús Ortiz, obtuvo de la Santa Sede facultad de imponerle corona de oro, cuya ceremonia se acaba de verificar el 15 de Agosto de 1904.

## II

### ACRÓBATAS AGRADECIDOS

Por los años de 1623 una errante familia de acróbatas, compuesta del padre, de la madre y de dos hijas,

oriunda de San Luis Potosí, salió de su pueblo natal con rumbo á Guadalajara, donde pensaba ganarse el sustento ejerciendo su peligroso oficio. Al intento llevaban consigo una cabra adiestrada en saltar y otros juegos. Como el camino real pasaba por San Juan de los Lagos, hicieron allí posada; y á fin de aprovechar el tiempo y evitar el fastidio, comenzaron á ensayarse en dar volteretas, saltando sobre afiladas dagas hincadas en tierra con la punta hacia arriba. Sucedió que la hija menor, que apenas frisaba en los seis ó siete años, resbaló al dar la vuelta que le correspondía en turno, y la daga le atravesó el cuerpecito, dejándola muerta en el acto. Fácil es suponer el dolor que embargaría el alma de la familia al contemplar el yerto cadáver de la niña, arrebatada á su cariño por trágica desventura. Pero como la desgracia parecía irremediable, se la amortajó y se envió recado al párroco de Xalostotitlán, á cuya jurisdicción pertenecía San Juan, á fin de que viniera á presidir el duelo, ó concediera permiso para dar cristiana sepultura al cadáver. Al medio día, mientras llegaba la respuesta, fué conducido aquél á la capillita del hospital, acompañado de la desconsolada familia que no sabía enjugar sus lágrimas y que con sus gemidos y lamentos quebrantaba los corazones de los circunstantes. Compadecida una india anciana, llamada Ana Lucía, según unos, ó Ana Magdalena según otros, mujer del sacristán de la capilla, los exhortó á que confiasen en una imagen de la Virgen que allí había, tan milagrosa, que se trasladaba de un lado á otro conforme su beneplácito, y que conversaba familiarmente con ella muchas veces. Invocad á la *Cihuapilli*, les dijo, y creo que recobraréis el bien perdido. Y uniendo la obra á la palabra, colocó sobre el pecho de la difunta niña la efigie, que á causa de su deterioro estaba reclusa con otras imágenes en un rincón de la sacristía. La familia

y muchos vecinos comenzaron á elevar fervientes súplicas á la Madre de Dios, conjurándola, más con lágrimas que con voces, tuviese lástima de los afligidos padres. Á eso de las cuatro de la tarde, con asombro y estupor de todos, la niña entreabrió los ojos y empezó á moverse lánguidamente, como quien despierta de profundo sueño. Cortaron los lazos que envolvían la mortaja, y la quitaron del cuerpo de la niña, la cual se levantó sana, radiante de alegría, y abrazándose con la imagen de su celestial Bienhechora, protestó á sus padres que no quería moverse de aquel lugar, y que se quedaría como sierva de tan gran Señora.

Teniendo en consideración los padres la tierna edad y delicada complexión de su hija, juzgaron prudente no acceder á su piadosa demanda; pero ansiosos de manifestar de algún modo su gratitud á la Santísima Virgen por la incomparable merced que acababa de otorgarles, solicitaron de los mayordomos del hospital les permitieran llevar á Guadalajara la santa imagen, donde harían que un hábil pintor la retocase y reparase las injurias que la polilla y el tiempo le habían causado en el rostro y en las manos. Accedióse, con anuencia del párroco, á la petición de los volatineros; pero se adoptó la cautela de que los acompañaran dos naturales del pueblo, á fin de evitar todo riesgo de que no devolviesen la imagen al sitio de su origen. Llegados á Guadalajara se hospedaron en el primer mesón que les deparó la Providencia, y aquella misma noche se les presentó un apuesto mancebo preguntándoles, si tenían alguna efigie que rehacer, pues no le faltaba para ello ingenio. Sin más averiguaciones, pues creyeron que el cielo les había proporcionado tal artista, celebraron convenio, ajustaron el precio, y después de averiguar el domicilio del pintor, le entregaron la imagen.

Al día siguiente muy de madrugada, volvió el man-

cebo trayendo la imagen perfectamente restaurada. Llevarónsela al volatinero, que todavía yacía en el lecho, el cual quedó admirado de la excelencia y prontitud de la obra. Envió atento recado al joven que le aguardase cortos instantes, mientras se levantaba para darle las gracias y pagarle religiosamente el honorario estipulado; pero al presentarse en la puerta, encontró que había desaparecido, y á pesar de las exquisitas diligencias practicadas, no pudieron descubrir vestigio alguno.

Concluídas las funciones que dieron los volatineros en Guadalajara, resolvieron marchar á San Juan de los Lagos, y devolver el precioso tesoro que se les había confiado. El camino fué un verdadero triunfo; porque, habiéndose divulgado la noticia del milagro, salían en masa los vecinos de los pueblos del tránsito á rendir fervorosos homenajes á la Madre de Dios. Al aproximarse á San Juan, se unieron á la comitiva varios indios que había enviado la anciana y piadosa Ana, la cual empezaba á mostrarse inquieta y temerosa por la tardanza. Por fin en medio del público regocijo fué recibida la milagrosa imagen, y se la colocó en el altar mayor de la capilla ú oratorio del hospital.

Esta tradición se halla confirmada por muchos testigos que declararon en la información que levantó el licenciado Juan Gómez de Santiago, cura de Xalostotitlán, por comisión del Ilmo. Sr. Dr. D. Francisco Verdín y Molina, duodécimo Obispo de Nueva Galicia. Dicha información quedó terminada en 18 de Marzo de 1668.

Varios de los testigos, entre ellos el presbítero D. Juan de Contreras Fuertes, capellán mayor del santuario, conocieron á la esposa del sacristán, y aun á los acróbatas, y oyeron de sus labios los detalles del suceso. No faltó quien asegurase que la madre de la niña, al verla resucitada, llena de gratitud, expresó este deseo

de su alma, que ha resultado profético: «que esperaba en Dios, que había de venir mucha gente en romería á visitar la santa imagen».

## III

## LA SANTA IMAGEN

Naturalmente, después del relato anterior, se despertó en el alma piadosa el deseo de conocer el origen de la imagen milagrosa. Desde luego podemos afirmar sin sombra de duda, que fué fabricada en el país, pues es de la misma materia que la efigie de Nuestra Señora de Pátzcuaro. Ya dijimos al tratar de ésta, que en Michoacán acostumbraban los indios tarascos hacer objetos curiosos empleando el corazón de la caña del maíz molido y seco, mezclado con cierto engrudo, que en su idioma llaman *tatzingueni*, y que los españoles les enseñaron á aplicar esta materia á la estatuaria. Así forman imágenes muy consistentes y tan livianas, que algunas de dos metros de altura pesan como si fueran de plumas. De esta materia está formada la imagen de San Juan de los Lagos. Testigos dignos de fe y antiguos aseguran que hizo donación de ella al pueblo un religioso franciscano. El Dr. D. Alberto Santoscoy, en su erudita historia de dicha Virgen, se inclina á creer con poderosas y eficaces razones, que el religioso fué el Padre fray Antonio de Segovia, nacido en España en la histórica ciudad del Alcázar y del Acueducto, y que fué el primer apóstol de los indios de Nueva Galicia. Este santo religioso, que á los cuarenta años había dejado su patria para evangelizar á los infieles, no perdonaba fatigas ni sudores con tal de facilitarles el conocimiento del verdadero Dios. Para apartarlos de los errores del gentilismo, procuraba dejar en cada doctrina una imagen



SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE SAN JUAN DE LOS LAGOS  
(Méjico)

de María, especialmente bajo el título de su Inmaculada Concepción, que es el favorito de los hijos del Patriarca crucificado de Asís. Á San Juan le cupo en suerte la que historiamos.

Como con el trascurso del tiempo quedase muy deteriorada, y la polilla le hubiese carcomido el rostro, los indios la desecharon y la dejaron relegada al olvido en un rincón de la sacristía. Sólo la venturosa mujer del sacristán, la india Ana, que tenía la costumbre laudable de barrer la iglesia, la estimaba en alto grado, pues la Santísima Virgen se había dignado hablarle por medio de ella, y además había notado que cambiaba de sitio en la capilla.

Viniendo á la descripción de la imagen diremos que tiene 278 milímetros de altura. El color de su rostro es moreno, los ojos negros y rasgados, delgado el encaje de la cara, la nariz afilada y perfecta, el cabello, como las espigas de trigo maduras, cae graciosamente sobre los hombros. Sus manecitas están estropeadas por los años. Se la viste con túnica y manto de riquísimas telas bordadas con primor. En su cabeza tiene corona imperial cuajada de piedras y brillantes, y además un círculo de oro con estrellas de piedras preciosas, que simbolizan la diadema con que la divisó el profeta de Patmos. Á sus plantas campea media luna de oro, atributo icónico de la Inmaculada Concepción. Para que levante un poco, se la tiene colocada en hermoso templete sobre peana de plata dorada y artísticamente cincelada, cuyo peso es de mil quinientos un marcos, siete onzas y media.

IV  
EL SANTUARIO

Colocada la imagen en el altar mayor de la capilla del hospital, comenzó á ser visitada por innumerables



SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE SAN JUAN DE LOS LAGOS  
(Méjico)

de María, especialmente bajo el título de su Inmaculada Concepción, que es el favorito de los hijos del Patriarca crucificado de Asís. Á San Juan le cupo en suerte la que historiamos.

Como con el trascurso del tiempo quedase muy deteriorada, y la polilla le hubiese carcomido el rostro, los indios la desecharon y la dejaron relegada al olvido en un rincón de la sacristía. Sólo la venturosa mujer del sacristán, la india Ana, que tenía la costumbre laudable de barrer la iglesia, la estimaba en alto grado, pues la Santísima Virgen se había dignado hablarle por medio de ella, y además había notado que cambiaba de sitio en la capilla.

Viniendo á la descripción de la imagen diremos que tiene 278 milímetros de altura. El color de su rostro es moreno, los ojos negros y rasgados, delgado el encaje de la cara, la nariz afilada y perfecta, el cabello, como las espigas de trigo maduras, cae graciosamente sobre los hombros. Sus manecitas están estropeadas por los años. Se la viste con túnica y manto de riquísimas telas bordadas con primor. En su cabeza tiene corona imperial cuajada de piedras y brillantes, y además un círculo de oro con estrellas de piedras preciosas, que simbolizan la diadema con que la divisó el profeta de Patmos. Á sus plantas campea media luna de oro, atributo icónico de la Inmaculada Concepción. Para que levante un poco, se la tiene colocada en hermoso templete sobre peana de plata dorada y artísticamente cincelada, cuyo peso es de mil quinientos un marcos, siete onzas y media.

IV  
EL SANTUARIO

Colocada la imagen en el altar mayor de la capilla del hospital, comenzó á ser visitada por innumerables

devotos atraídos por la fama del primer milagro. Todos ellos procuraban llevar reliquias á las cuales atribuían cualidades prodigiosas. Tales reliquias consistían en medidas de la efigie, flores que habían adornado el altar, cabos de vela, y sobre todo unos panecillos que formaban de tierra arrancada de los adobes de la ermita. Hasta el día de hoy dura la costumbre de llevar los indios panecillos, que, desde que se derribó la ermita, se hacen en cualquier sitio de la ciudad. Si se quiere formar una idea del entusiasmo que había por ellos, baste indicar que para elaborar los que se llevaban al solo obispado de Michoacán, no bastaban diez quintales de tierra.

Visitando un Obispo de Jalisco en 1641 el pueblo de San Juan, notó que la capilla de la Santísima Virgen era pobre y estrecha para el concurso de peregrinos; por lo cual ordenó que se erigiese otra nueva, que efectivamente se llevó á cabo; resultó esta nueva capilla «lucida, pero de poca dura», como la llamó el Sr. Contreras Fuertes. Y así debió de ser; pues siete años más tarde el Obispo D. Juan Ruiz Colmenero, observando que amenazaba ruina, mandó fuese derribada y se edificase un templo de sólidos materiales. Obedeciendo al precepto del Prelado, en poco tiempo se construyó uno de cal y canto, de mampostería y sillería, con torre, cuyo coste total fué de veinte mil pesos recogidos de limosnas. Actualmente sirve de parroquia, y la imagen milagrosa tiene otro santuario de los más bellos de la República, cuya primera piedra fué colocada y bendecida el 30 de Noviembre de 1732 por el ilustrado y piadoso Obispo, Ilmo. Sr. Dr. D. Nicolás Carlos Gómez de Cervantes. Girando su primera visita pastoral, llegó á San Juan, y vió que el templo no era digno de la Señora á quien estaba dedicado, ni suficiente para los diez mil romeros que por aquellos tiempos acudían á las fiestas

del 8 de Diciembre; por eso ordenó que se construyese otro nuevo, cuidando él mismo de elegir el sitio é inaugurar las obras. Los fieles contribuyeron á porfía con sus limosnas, y hasta de lejanas tierras iban arrieros con sus mulas acarreado la piedra y arena necesarias para los cimientos y muros.

Treinta y siete años justos después de haber colocado la primera piedra, es decir, el 30 de Noviembre de 1769 se bendijo el nuevo templo, y se trasladó á él la santa imagen. Álzase imponente sobre una amplia superficie que le sirve de atrio. El diseño es idéntico al de la iglesia de San Francisco de la ciudad de Méjico. Tiene la figura de cruz latina, y sus dimensiones son 58 metros de longitud desde la puerta principal hasta el pie del altar mayor, 13'44 metros de latitud, y su altura 24 metros. El interior es de orden dórico, dice un notable documento (1), exceptuando el altar mayor y los altares de los cruceros, porque en aquél está ejecutado el orden corintio, y en éstos el jónico. Es hermoso y esbelto por sujetarse enteramente á las reglas del arte, y notablemente suntuoso por los adornos de oro y estuco, y por las pinturas que lo embellecen: el pavimento es de madera fina exquisitamente trabajada. Acerca de su solidez y exterior nos contentaremos con decir que su estructura arquitectónica corresponde á su belleza interior y que en su construcción se observaron fielmente los preceptos de la arquitectura clásica; que á la magnificencia artística del exterior corresponde la elevación de sus esbeltas torres, provistas de trece sonoras campanas de considerable peso; que ese templo con sus 25 metros de altura, sus torres y todo su con-

(1) Exposición del clero y fieles de San Juan de los Lagos dirigida en 19 de Marzo de 1903 al Sr. Arzobispo de Guadalajara para que solicite de la Santa Sede sea coronada la imagen y elevado el santuario á Colegiata.

junto, que da una elevación de 65'52 metros sobre la plaza principal, está pregonando la fe con que se mira á nuestra muy querida imagen taumaturga y la acendrada devoción con que se la invoca y lo pronta que está la Madre de los hombres para atender á todas las necesidades que sus hijos le expongan. Además, el templo de que venimos hablando tiene una amplia y elegante sacristia, cuya construcción se conforma con el orden dórico; las piezas necesarias para la guarda de los objetos que, aunque destinados al culto, son de segundo orden, y una magnífica casa habitación de tres pisos, adyacente al mismo edificio.

Á la riqueza artística que posee este santuario, une la abundancia, variedad y notable riqueza de sus ornamentos, vasos sagrados, sillería, coral y mobiliario, en tales condiciones que podemos afirmar sin traspasar los límites de la verdad, que esa riqueza es equiparable con la que en tal sentido ostenta la catedral de Guadalupe, á pesar de que en Mayo de 1858 las tropas liberales mandadas por el coronel D. Miguel Blanco se incautaron de más de cien mil pesos de los fondos del santuario, después de cometer otros sacrilegios.

En 17 de Enero de 1836 el Papa Gregorio XVI incorporó este santuario á la Basilica de San Juan de Letrán. En 17 de Septiembre de 1854, el Ilmo. Sr. Dr. D. Pedro de Espinosa, dictó un reglamento, que es el que rige, para el servicio religioso del santuario. Establece nueve capellanes; debe cantarse diariamente una misa y el oficio divino mañana y tarde; en los días festivos se reza el rosario y se predica plática doctrinal. El 19 de Noviembre de 1884, el Ilmo. Sr. Arzobispo D. Pedro Loza, consagró solemnemente el santuario en medio de un entusiasmo indescriptible del pueblo sanjuanense.

Este templo es uno de los más visitados anualmente por devotos peregrinos. No hay día del año en que no

se vean á los pies de María Inmaculada algunas almas que vienen á implorar su protección ó á darle gracias por los beneficios recibidos. Por lo menos cincuenta mil peregrinos acuden el día de la Purificación de Nuestra Señora, y otros tantos el día de su purísima Concepción.

Los años anteriores en este último día se calculaba el número de peregrinos en cien mil, porque se presentaban muchos comerciantes á expender sus mercaderías. Por Real Orden de Carlos III, expedida en el Escorial el 20 de Noviembre de 1787, se concedió á San Juan privilegio de feria sin gravámenes en favor del fisco. El estar San Juan en un punto céntrico del país y ser las vías de comunicación difíciles, y el haber adquirido dicha feria gran celebridad, de modo que llegó á ser la más notable de cuantas hubo en Nueva España, fueron causas que contribuyeron á que la afluencia de gente resultase verdaderamente extraordinaria; pero también á que la romería perdiese gran parte de su carácter religioso. Más tarde decayó la feria, y las fiestas son más dignas de Dios y de su Inmaculada Madre.

#### V LA CORONACIÓN

Los dignos capellanes del Santuario ansiosos de exaltar las glorias de su amada Virgen, en 19 de Marzo de 1903, dirigieron al Ilmo. Sr. Arzobispo de Guadalupe atenta exposición en que solicitaban dos gracias: la primera que interpusiera su influjo ante la Santa Sede para que otorgase corona de oro á la imagen, y la segunda que el templo fuese elevado á la categoría de Colegiata. Con profusión de datos numéricos y hechos históricos demostraron luminosamente que Nuestra Señora de San Juan de los Lagos reunía las condiciones

exigidas en Roma para otorgar á las sagradas imágenes de la Madre de Dios tan alto honor, que son antigüedad, veneración profunda de los fieles, y que haya obrado prodigios. El Prelado, Ilmo. Sr. Dr. D. José de Jesús Ortiz, cediendo á estas súplicas y á los impulsos de su propio corazón, contestó que resolvería más tarde lo relativo á la erección de Colegiata, pues era preciso asegurar la congrua subsistencia de los canónigos; pero que sin pérdida de tiempo había elevado humildes peticiones al Soberano Pontífice solicitando el privilegio de la coronación. Habiendo sido favorablemente despachada dicha solicitud á nombre de S. S. Pío X por el Cabildo de San Pedro en Enero de 1904, dirigió á sus amados diocesanos entusiasta Pastoral anunciándoles que la ceremonia se verificaría el 15 de Agosto, fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen en cuerpo y alma á los cielos, y exhortándolos á disponerse á tan fausto suceso con la penitencia y con la recepción de los santos sacramentos. Nombró además una comisión de respetables eclesiásticos y caballeros, á quienes confió la grata tarea de organizar las fiestas, á fin de que resultasen espléndidas y dignas de la noble archidiócesis de Guadalajara. Esta comisión llenó á maravilla su cometido, redactando interesante y variado programa, que se cumplió á la letra. En honor de la verdad debemos confesar que las fiestas resultaron suntuosísimas. Se vieron realizadas con la presencia de siete Prelados, más de doscientos sacerdotes y unos veinte mil fieles. Edificaron en alto grado las nutridas peregrinaciones de Guanajuato, San Luis Potosí, León, Aguas Calientes, Lagos, etc., que, desafiando el calor y las lluvias, quisieron postrarse á las plantas de su Reina, que iba á ser glorificada.

Principió la fiesta con solemne triduo en que pontificaron y predicaron los señores Obispos concurrentes.

El día 15 la ciudad apareció engalanada, y festivos repiques, numerosos cohetes y músicas marciales, que recorrían las calles, despertaban á los fieles anunciándoles que había brillado el día de la glorificación de su Madre. Desde la madrugada los sacerdotes celebraban sin interrupción el augusto sacrificio hasta las ocho y media, hora fijada para la misa mayor en que pontificó el Arzobispo diocesano. Millares de formas consagradas fueron repartidas á los devotos peregrinos. El santuario, recién embellecido expresamente para esta ocasión, lucía hermosas y ricas galas. Sus muros aparecían decorados con los magníficos cuadros que posee y que se dice son obra de Rubens. Se habían fabricado tribunas especiales donde tendrían cabida cinco mil personas. El altar deslumbraba por los cirios y ramos de flores. El trono de la Virgen, que según hemos dicho antes, es de plata pintada con aplicaciones de oro, atraía todas las miradas. La Virgen vestía riquísimo vestido de *moirée* bordado á mano con piedras finas y que costó seiscientos cincuenta pesos. El Prelado oficiante y los ministros estrenaron un ornamento de forma elegante cuyo precio es de tres mil pesos.

El orfeón del Seminario de Guadalajara ejecutó con singular maestría la Misa del Papa Marcelo, de Palestina. Ocupó la cátedra sagrada el Ilmo. Sr. Obispo de San Luis Potosí, Dr. D. Ignacio Montes de Oca, ventajosamente conocido en la república de las letras. Concluida la Misa, Monseñor Ortiz colocó sobre las venerandas sienes de la Virgen la áurea corona con las ceremonias prescritas y en medio del gozo delirante de la muchedumbre de fieles. Entonóse después el *Te Deum* en acción de gracias.

Por la tarde, cantadas las vísperas, se llevó en procesión por las espaciosas naves del templo la imagen recién coronada, lo cual conmovió hondamente el cora-

zón de los asistentes hasta arrancarles dulces lágrimas. Al repetirse de nuevo por el orfeón el Himno *Regina coeli laetare*, los Prelados quitáronse las mitras y las depusieron junto con los báculos en la mesa del altar como homenaje á la Santísima Virgen.

Durante el día no cesaron de elevarse globos desde el atrio del templo y de recorrer las calles la banda de música de Aguas Calientes, compuesta de jóvenes de corta edad, y que mereció aplausos hasta de los que tienen oídos más delicados.

Fuerte lluvia que cayó por la tarde impidió los fuegos artificiales y la serenata que se tenía preparada.

El 16 se verificaron exequias en sufragio de los Prelados de Guadalajara que más se distinguieron en fomentar el culto de Nuestra Señora de San Juan y en la construcción y decorado de su santuario, y de los más insignes devotos y bienhechores de la Señora y de su templo. Para llevar á efecto la fúnebre ceremonia enlutóse el templo con grandes colgaduras negras.

En medio de la crujía central se levantó sencillo túmulo de tres cuerpos en que se veían emblemas de la muerte. Gruesos blandones ardían al rededor del catafalco. Ofició el Ilmo. Sr. Dr. D. Leopoldo Ruiz, Obispo de León y pronunció brillantísima oración fúnebre el Arzobispo de Michoacán, Dr. D. Atenógenes Silva, orador de grandes vuelos y de elocuencia arrebatadora. Sus palabras conmovieron las fibras más delicadas de sus oyentes hasta hacerles derramar lágrimas.

Por la tarde continuaron las fiestas cívicas, llamando especialmente la atención tres carros alegóricos que recorrieron la ciudad, presididos por una guardia montada, vestida á la usanza real, en magníficos caballos. Formaban esa guardia niños de diez á doce años. Cada carro era modelo de arte y podía lucir en cualquiera ciudad de primer orden.

Á las siete de la noche se realizó uno de los más brillantes números del programa, la velada literaria musical. El vasto salón que se había preparado al efecto aparecía radiante de luz y lo ocupaban unas tres mil quinientas personas presididas por cuatro señores Obispos. Los músicos ejecutaron con singular maestría piezas difíciles que les merecieron aplausos. Los oradores designados pronunciaron elocuentes discursos é inspiradas poesías. Las notas dominantes fueron el discurso del Sr. D. Trinidad Sánchez Santos, campeón de la causa católica y redactor del acreditado diario de la Capital *El País*, y la oda del Sr. Dr. D. Benito Muñoz Serrano, Director de *El Regional de Guadalajara*, cuyas inspiradas estrofas eran saludadas con estrepitosos aplausos. El orfeón del Seminario de Guadalajara cantó el *Ave verum* de Mozart.

Un periódico jaliscense describe de este modo la corona de nuestra Señora de San Juan: «Para fabricar la corona hubo de consultarse la *heráldica*, y se adoptó el estilo bizantino, lijeramente modificado. La altura total de la corona es de 18 centímetros; pesa 765 gramos de oro de 18 quilates, y contiene 196 piedras que consisten en diamantes, rubies, oliveanes, zafiros y cristal de roca.

La corona está muy artísticamente trabajada, y el oro fué bruñido en cuatro diferentes matices para hacer resaltar los diferentes paños. La forma difiere por completo de la que se ha empleado para otras coronas, y, como decíamos antes, es puro estilo bizantino, si bien el remate es una cruz latina de diamantes, sobrepuesta en un globo también montado de piedras. Á cada lado de la corona está un ángel, que lleva en la mano derecha una cinta semicircular, que se eleva sobre la parte superior, en la cual está grabada la siguiente inscripción: *Mater Immaculata, Ora pro nobis*.

Los Ángeles son de plata fina, y pesan, incluyendo la

cinta, 4923 gramos; están fuertemente dorados con varios matices, y las letras de la inscripción están en esmalte azul. Como la estatua de la Santísima Virgen por su hechura no permite el peso que tiene la corona, fué necesario aplicar un soportador movable que está conectado con una columnita puesta detrás de la imagen, de manera que la corona se puede bajar hasta la cabeza de la Virgen, sin causar presión alguna.

Los Ángeles, también por medio de un semicírculo, están en conexión con una columnita, que se halla detrás de la Virgen, y cuando se colocan en su lugar parecen como en el aire, pues no se ven ni las aplicaciones, ni la columnita citada, en su conjunto.

Esta es la descripción de la corona destinada a Nuestra Señora de los Lagos, que honra en verdad á la casa de los Sres. Benzinger hermanos, de Nueva York.

La misma casa se encargó de fabricar las medallas conmemorativas, que son de oro, plata y aluminio. Las primeras llevan en el anverso una inscripción latina, que no tenemos á mano para reproducirla. Las medallas de plata y aluminio llevan en el anverso, sobre un campo de estrellas, la imagen de la Santísima Virgen, y en el reverso las siguientes inscripciones:

«Recuerdo de la Coronación de Nuestra Señora de San Juan de los Lagos. 15 de Agosto de 1904».

**Autoridades.**—El R. P. Francisco Florencia, S. J., además de lo que expone en el *Zodiaco Mariano*, escribió un libro titulado *Origen de los dos célebres santuarios de la Nueva Galicia*, obispado de Guadalajara, editado por vez primera 1694 en la imprenta mejicana de Carrasco, y reimpresso en 1754.—*Historia de Nuestra Señora de San Juan de los Lagos y del culto de esta milagrosa imagen* por el Dr. D. Alberto Santoscoy, un volumen de 406 páginas, impreso en la oficina tipográfica de la Escuela de Artes y Oficios de Guadalajara, en 1904.

## CAPÍTULO X

### Nuestra Señora de la Esperanza en Jacona

A cinco kilómetros de la ciudad episcopal de Zamora, en el fértil y rico Estado de Michoacán, se encuentra el pintoresco pueblo de Jacona, de unos cuatro mil habitantes. Fué fundado poco antes de la conquista por indígenas venidos del este de Jalisco en el punto denominado Jacona Vieja. El Virrey D. Luis de Velasco le trasladó al sitio que ocupa.

Poco atractivo le dan al pueblo sus calles estrechas é irregulares; pero está rodeado de huertas riquísimas, sus terrenos son férces, su clima delicioso, y su cielo siempre apacible y sereno; cuenta con cristalinos manantiales que favorecen el regadío; por eso los vecinos acudados de Zamora tienen allí sus lugares de recreo para pasar cómodamente la temporada del verano.

Además de la espaciosa iglesia parroquial, posee un santuario donde se venera desde tiempos remotos una imagen de la Santísima Virgen esculpida en madera. Si la tradición no engaña, se encontró dicha imagen casi del todo formada de la raíz de un árbol. Admirados del hallazgo los labradores que tuvieron esa suerte, la llevaron á su pueblo, entregándola al Sr. Cura, quien con gran reverencia la colocó en un altar del templo parroquial, hasta que se le construyó capilla en el barrio de San Pedro; aquí permaneció muchos años, siendo venerada bajo el título de Nuestra Señora de la Raíz.

cinta, 4923 gramos; están fuertemente dorados con varios matices, y las letras de la inscripción están en esmalte azul. Como la estatua de la Santísima Virgen por su hechura no permite el peso que tiene la corona, fué necesario aplicar un soportador movable que está conectado con una columnita puesta detrás de la imagen, de manera que la corona se puede bajar hasta la cabeza de la Virgen, sin causar presión alguna.

Los Ángeles, también por medio de un semicírculo, están en conexión con una columnita, que se halla detrás de la Virgen, y cuando se colocan en su lugar parecen como en el aire, pues no se ven ni las aplicaciones, ni la columnita citada, en su conjunto.

Esta es la descripción de la corona destinada a Nuestra Señora de los Lagos, que honra en verdad á la casa de los Sres. Benzinger hermanos, de Nueva York.

La misma casa se encargó de fabricar las medallas conmemorativas, que son de oro, plata y aluminio. Las primeras llevan en el anverso una inscripción latina, que no tenemos á mano para reproducirla. Las medallas de plata y aluminio llevan en el anverso, sobre un campo de estrellas, la imagen de la Santísima Virgen, y en el reverso las siguientes inscripciones:

«Recuerdo de la Coronación de Nuestra Señora de San Juan de los Lagos. 15 de Agosto de 1904».

**Autoridades.**—El R. P. Francisco Florencia, S. J., además de lo que expone en el *Zodiaco Mariano*, escribió un libro titulado *Origen de los dos célebres santuarios de la Nueva Galicia*, obispado de Guadalajara, editado por vez primera 1694 en la imprenta mejicana de Carrasco, y reimpresso en 1754.—*Historia de Nuestra Señora de San Juan de los Lagos y del culto de esta milagrosa imagen* por el Dr. D. Alberto Santoscoy, un volumen de 406 páginas, impreso en la oficina tipográfica de la Escuela de Artes y Oficios de Guadalajara, en 1904.

## CAPÍTULO X

### Nuestra Señora de la Esperanza en Jacona

A cinco kilómetros de la ciudad episcopal de Zamora, en el fértil y rico Estado de Michoacán, se encuentra el pintoresco pueblo de Jacona, de unos cuatro mil habitantes. Fué fundado poco antes de la conquista por indígenas venidos del este de Jalisco en el punto denominado Jacona Vieja. El Virrey D. Luis de Velasco le trasladó al sitio que ocupa.

Poco atractivo le dan al pueblo sus calles estrechas é irregulares; pero está rodeado de huertas riquísimas, sus terrenos son férces, su clima delicioso, y su cielo siempre apacible y sereno; cuenta con cristalinos manantiales que favorecen el regadío; por eso los vecinos acaudalados de Zamora tienen allí sus lugares de recreo para pasar cómodamente la temporada del verano.

Además de la espaciosa iglesia parroquial, posee un santuario donde se venera desde tiempos remotos una imagen de la Santísima Virgen esculpida en madera. Si la tradición no engaña, se encontró dicha imagen casi del todo formada de la raíz de un árbol. Admirados del hallazgo los labradores que tuvieron esa suerte, la llevaron á su pueblo, entregándola al Sr. Cura, quien con gran reverencia la colocó en un altar del templo parroquial, hasta que se le construyó capilla en el barrio de San Pedro; aquí permaneció muchos años, siendo venerada bajo el título de Nuestra Señora de la Raíz.

Á fines del siglo XVIII fué trasladada la amada efigie, que ya había sido retocada y adornada de ricas vestiduras, á la iglesia parroquial.

Desde que fué hallada, la Madre de Dios ha derramado por medio de ella grandes beneficios. Por eso su culto se hizo no sólo propio del pueblo, sino que se extendió á todo el Estado y á los circunvecinos.

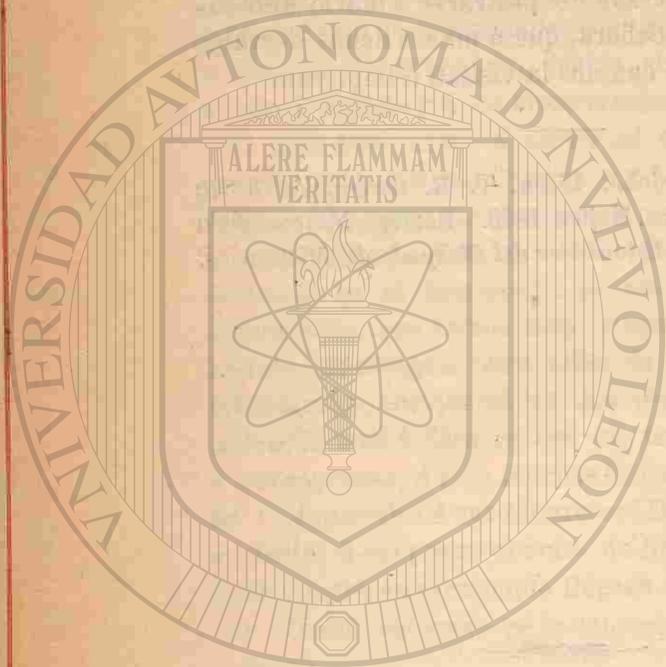
El año 1867 entró á servir el curato de Jacona el presbítero D. Antonio Plancarte y Labastida, el que fué después abnegado y entusiasta director de las fiestas de la coronación de Nuestra Señora de Guadalupe, permaneciendo en el desempeño de ese ministerio durante quince años, que fueron muy fecundos en buenas obras. Instaló dos colegios para niños de ambos sexos, y un orfanatrofio, enriqueció los dos templos, embelleció la aldea, la unió á Zamora con un ferrocarril construido á sus espensas, é hizo muchos otros beneficios espirituales y temporales á sus feligreses. De un modo especial se dedicó á propagar el culto de Nuestra Señora de la Raíz y logró en efecto que llegase á lo sumo del esplendor. Desde entonces se le comenzó á llamar de la Esperanza.

Protección singular y beneficios no comunes recibían sus devotos, siendo esta imagen el alivio y consuelo de toda la comarca. El pueblo agradecido resolvió pedir al Sumo Pontífice se dignara coronar á la veneranda efigie. La petición fué benévolamente acogida, nombrando S. S. León XIII, como su delegado, al Ilustrísimo Sr. Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, Arzobispo de Méjico. El 14 de Febrero de 1886 se verificó la augusta ceremonia, que fué celebrada con regocijos populares, actos literarios é imponentes funciones religiosas. En aquel día memorable concibióse el proyecto de proceder á la coronación de la Reina de los Mejicanos, la Virgen Santísima de Guadalupe. Jacona

ocupa, pues, una página brillante en los anales de la Virgen del Tepeyac.

Tanto el vecindario de Jacona como todos los pueblos circunvecinos, no cesan de postrarse á diario ante las aras de la augusta Señora, que á manos llenas derrama sus mercedes sobre cuantos la visitan ó imploran.

**Autoridades.**—Córdoba, Licen. T. R. *Coronación de la Virgen de la Esperanza*. Méjico, 1886.—Romero, *Noticias para formar la Historia y Estadística del Obispado de Michoacán*.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES

## CAPÍTULO XI

### Nuestra Señora del Patrocinio que se venera en el santuario de la Bufa de Zacatecas (Méjico).

SUMARIO.—I. Zacatecas. II. Origen de la santa Imagen. III. El Santuario. IV. Favores de Nuestra Señora del Patrocinio.

#### I

#### ZACATECAS

Famoso ha sido desde los tiempos de la conquista de Méjico el territorio de los Zacatecas por las abundantes minas de plata que explotaron con grande utilidad los españoles. Todavía continúan en bonanza esos minerales; pero no dan ni con mucho los productos de los siglos anteriores. Aunque los compañeros del famoso y cruel Nuño de Guzmán, conquistador de Jalisco, exploraron un poco este territorio, habitado por los indios chichimecas, no lograron establecerse. En 1546 llegaron los verdaderos conquistadores Juan de Tolosa, Baltasar Tremiño de Bañuelos, Cristóbal de Oñate y Diego de Ibarra. Para el mejor laboreo de las minas, fundóse la ciudad de Zacatecas en una cañada, rodeada de áridas y altas montañas, que interceptan por todas partes sus horizontes. La cédula de erección fué expedida por el rey Felipe II en 17 de Abril de 1585, encontrándose de paso en Monzón.

Hállase situada á los 22° 46' 34'' de latitud norte, á 706

quilómetros al noroeste de Méjico, y á 2442 metros de altura sobre el nivel del mar. Es capital del actual Estado de su nombre y residencia del Obispo, y cuenta con unos 35.000 habitantes. La planta de la ciudad es muy irregular á causa del desnivel del suelo. Se asemeja algo á Guanajuato. Los edificios se hallan como escalonados en dos cerros llamados el Grillo y la Bufa. Este último es el más notable, á lo menos en lo que se refiere á esta reseña. Su hermoso crestón de abigarrados colores se eleva á 2786 metros sobre el nivel del mar. Entre los edificios públicos merecen citarse la catedral con esbelta portada de estilo churrigueresco, los palacios de los poderes ejecutivo y judicial, el Municipio, Seminario, escuelas normales de ambos sexos, el teatro Calderón y la Casa de Moneda (1).

En el cerro de la Bufa álzase un santuario donde se venera la imagen de la Santísima Virgen bajo el título de su Patrocinio, que es el hechizo de los zacatecanos y cuya fama se ha extendido por toda la República. Como dicha imagen es la titular de la ciudad, el clero secular y regular celebran fiesta con rito de primera clase con octava, y el pueblo con indecible regocijo. El actual prelado de la diócesis, (que fué erigida por Pío IX en 1863), Dr. D. Fray José Guadalupe Alba, de la orden seráfica, ha obtenido autorización del Cabildo de San Pedro para coronarla solemnemente el 15 de Septiembre del presente año jubilar de 1904.

## II

### ORIGEN DE LA SANTA IMAGEN

Los intrépidos españoles nombrados en el párrafo

(1) García Cubas, Diccionario Geográfico de Méjico.

anterior, al presentarse en ademán de conquista en Zacatecas, habrían perecido irremisiblemente á manos de los valerosos indios chichimecas, si la Virgen Santísima no los hubiera defendido de modo patente á fin de que se predicara la fe á los naturales. Uno de ellos, el capitán D. Diego de Ibarra, caballero del hábito de Santiago, llevaba consigo una imagen de talla de la celestial Señora; pues sabido es que los hijos de Iberia no emprendían hazaña alguna sin implorar el auxilio de la Virgen Inmaculada, que los había adoptado por suyos desde que se apareció al apóstol Santiago á orillas del Ebro en la inmortal ciudad de Zaragoza. Encomendáronse, pues, de lo íntimo del alma á María, obsequiándola en su imagen, á fin de tenerla propicia en la arriesgada empresa que iban á cometer. Y sus votos fueron escuchados; pues los chichimecas, lejos de molestarlos, se declararon sus aliados y fieles amigos.

Una tradición venerable, y cuyo origen se pierde en la obscuridad de los tiempos, refiere de este modo el suceso. Dicen los indios que el 8 de Septiembre de 1546 vieron sus mayores en la falda de la Bufa una hermosísima Señora de rara y singular belleza, que tenía en la mano izquierda un niño tan lindo, que les robó los corazones, y en la derecha ramillete de frescas rosas que embalsamaban todo el monte. Enajenados de alegría, no querían moverse los indios de sitio tan ameno; pero la Señora con blandas palabras los mandó que hicieran paces con los españoles, cuya orden obedecieron con docilidad. No faltan escritores que aseguran que la Santísima Virgen se apareció al pie del cerro de la Bufa, donde brotan cinco manantiales ó fuentes que jamás se agotan, por más seco que sea el año, y que cegó á los indios rebeldes arrojándoles tierra en los ojos; y en apoyo de esta opinión recuerdan que la imagen de los Remedios, muy apreciada de los zacatecas y que debe ser de

tiempos muy antiguos, tiene el puño cerrado y con tierra de color blanco. También alegan en favor de la aparición que desde mediados del siglo XVI se celebra todos los años fiesta solemnísimas. Un auto del Municipio, de fecha 7 de Mayo de 1559, ordena que se celebre con vísperas, Misa y procesión, asistiendo todos los cofrades de la Natividad. Pero la mejor prueba de la verdad de la aparición es el escudo de armas que le concedió Felipe II por Real Cédula de 20 de Julio de 1588, fechada en San Lorenzo.

Dice así el Real documento: «Por ende, por la presente hago merced á la dicha ciudad que agora y de aquí en adelante aya y tenga por sus Armas conocidas un escudo y en él una Peña grande, por estar la dicha Ciudad fundada al pie de otra que se llama la Bufo, y en lo más eminente una cruz de plata, y en una parte la más acomodada de la misma peña una ymagen de Nuestra Señora por haber descubierto aquel zerro y peñasco en el día de su glorioso nacimiento Juanes de Tolosa, y más abajo una zifra coronada de oro que diga Philippo, para que siempre haya memoria de averse intitulado y ennoblecido la dicha Ciudad en el tiempo que por la misericordia de Dios yo reyno, y en los dos extremos de lo más alto de dicho escudo el sol y la luna, y en la halda de la dicha peña cuatro retratos de personas en campo de plata por memoria del dicho Juanes de Tolosa, y de Diego de Ibarra, Baltasar de Bañuelos, y el Capitán español de Oñate, primeros cuatro descubridores del dicho Zerro y peñasco y pobladores de la dicha Ciudad, y debajo un letrero que diga: *Labor vincit omnia*: y en la Orla cinco manojos de flechas entremetidos con otros cinco arcos que son las Armas de que usan los dichos indios chichimeca, según que aquí va pintado y figurado.—Aquí el escudo.—Las cuales damos á la dicha Ciudad de Nuestra Señora de los Zacatecas por

sus armas y divisas señaladas, para que las pueda traer, y traiga y ponga en sus pendones, escudos, sellos, vanderas y estandartes, y en las otras partes y lugares que quisiere y por bien tuviere, según y cómo y de la forma y manera que las ponen y traen las otras Ciudades de mis Reynos á quien tengo dadas armas y divisa»....

La imagen la describe el presbítero D. José Mariano Bezanilla en *El Blasón Zacatecano*, de esta manera: «Es de fino y oloroso cedro, en el cual no se ha notado hasta hoy el menor indicio de polilla. Mide de alto vara y media (un metro y veinticinco centímetros), y con el Niño Jesús que tiene en el brazo izquierdo es de una sola pieza». Esta última circunstancia de ser de una sola pieza, se verificó hasta mediados del siglo XIX. Uno de los capellanes obtuvo que cierto escultor separase al Niño de la imagen de María. Ésta tiene túnica, velo y manto de talla. El velo, de color blanco, cubre la frente con graciosos pliegues. El manto está pintado de color azul, y la túnica de encarnado. A pesar de esto, siguiendo la antiestética costumbre de España y América, se la cubre con vestidos de riquísimas telas bordadas de realce. Para esto fué necesario cortarlas las manos y acomodarlas de modo que puedan quitarse á voluntad de los encargados de vestirla.

## III

## EL SANTUARIO

Desde los tiempos de la conquista de Zacatecas erigieron sus moradores modesta capilla á la Santísima Virgen en el mismo sitio de la Bufo donde se había aparecido, la cual duró hasta 1728, en que fué reedificada por un celoso y sabio sacerdote, D. José de la Ribera Fernández. Había sido coronel de infantería y había

obtenido el título de Conde de Santiago de la Laguna, y después recibió las órdenes sagradas. La capilla debió de ser modesta, pues su coste llegó sólo á seis mil pesos. Bendijola el Obispo de Guadalajara, Dr. D. Nicolás Gómez de Cervantes el 29 de Junio de 1729. La sagrada imagen acreditóse en esos días con un singular portento. Una hija del referido conde, de edad de tres años, enfermó de tal gravedad, que no le quedaban esperanzas de vida. Su amante padre tuvo la feliz idea de ordenar que llevasen á la alcoba de la enfermita la efigie de Nuestra Señora del Patrocinio. En cuanto entró en el aposento la Santísima Virgen, recobró la niña el uso de los sentidos y pidió que le acercasen al Niño Jesús para besarlo. Desde ese instante comenzó su mejoría, y en pocos días estuvo completamente sana.

Fallecido el conde D. José de Ribera, sucedió que una noche el sacristán del santuario sacó furtivamente la sagrada imagen y la dejó abandonada en la puerta de la iglesia de la Merced, que existía entonces en el sitio que hoy se llama ciudadela. Recogióla el hijo primogénito del conde, D. Juan Modesto de Ribera, y la hizo trasladar al oratorio de su palacio; pero sus crónicas enfermedades le impidieron realizar el acariciado proyecto de llevarla de nuevo á la Bufo. Treinta y tres años y varios meses estuvo la imagen sin recibir culto público, y con este motivo el santuario quedó solitario, y en decadencia completa el culto de la Patrona de Zacatecas.

El corazón de los fieles se llenó de amargura con esta triste situación; y así pusieron los ojos en el presbítero D. José Mariano Bezanilla y Mier, Rector del Colegio de San Luis Gonzaga de aquella ciudad, creyendo que era el más á propósito para levantar los ánimos con su palabra elocuente y llena de unción. Á las instancias del pueblo unieron las suyas el párroco y el primer corregidor. No necesitaba tantos empeños el piadoso

señor Bezanilla para decidirse á tomar por su cuenta una obra que debía redundar en gloria y alabanza de la Reina del cielo. Este dignísimo sacerdote ha dejado escritas tres obras importantes relativas al santuario de la Bufo, tituladas *El Blasón Zacatecano*, *Muralla Zacatecana* y *Efemérides del santuario*.

Aprovechóse el señor Bezanilla de la fiesta del Rosario del año 1790 para dirigir á los vecinos patética plática, que corre impresa, exortándolos á que le prestasen valioso concurso para la grande obra. Todas las clases de la sociedad se conmovieron, y prestáronse gustosas á contribuir á la restauración del santuario de la Bufo, las unas con su dinero y las otras con materiales ó con el trabajo de sus manos.

En Enero de 1795 quedó concluida la reparación, subiendo lo gastado en ella á doce ó trece mil pesos. Habiendo llegado poco antes el Obispo de Guadalajara á girar la visita pastoral, alabó con grande encarecimiento la obra y dió las facultades necesarias al presbítero Sr. Bezanilla para que procediese á bendecirla con la mayor solemnidad. Verificóse la dedicación el 15 de Septiembre, y se determinó que todos los años se celebrase la fiesta principal de la Virgen del Patrocinio en el expresado día, en atención á que el 8 celebra la ciudad en la iglesia parroquial función solemnisima tanto para honrar la Natividad de María, como por la memoria de la prodigiosa conquista de Zacatecas en 1546. Principióse la fiesta de la dedicación declamando los colegiales de San Luis un poema panegirico en tres cantos y cincuenta y cuatro octavas, dedicado á su purísima y celestial Patrona, nuestra Señora de Zacatecas. Reproducimos aquí tres de aquellas aplaudidas octavas:

«Baja para ese fin á esta encumbrada  
Bufo, de luz suavísima vestida,

Y con su bello Niño allí sentada,  
 Á los felices bárbaros convida:  
 Trata ajuste de paz inesperada,  
 É instrucciones les da de eterna vida,  
 Introduciendo así aquel pueblo infiel  
 En la tierra que mana leche y miel.

¿Quién ha de ser? Esa Serrana hermosa,  
 Inclita Jahel, Débora soberana,  
 Que va á su casa, que la fervorosa  
 Piedad le reparó zacatecana.  
 Esta es, la que ya sube á esa dichosa  
 Bufa, que por tal dicha se engalana,  
 Mostrándose festiva en tal subida,  
 De verde terciopelo revestida.

Pues en buen hora sube á tu santuario,  
 Gran Reina, por entre arcos y rosales (1);  
 Sube, sube á ocupar el relicario  
 Que Venecia te ofrece en sus cristales.  
 Desde allí á tu ciudad y vecindario  
 No dejes de premiar con manos reales,  
 Como á los seis padrinos generosos,  
 Pilares de tu Templo más preciosos».

«Después de la lectura del poema, dice un concienzudo historiador, organizóse la procesión, que fué una

(1) Fué cosa que llenó de júbilo ver florecer en estos días hasta los rosales de los huertecillos situados en la falda de la Bufa, cuyas frescas, fragantes y hermosas rosas de Castilla se ofrecieron en su santuario á la Santísima Señora, y después benditas se repartieron entre el Cura y otras personas principales de la ciudad.

de las mejores que ha habido en Zacatecas. Precedían los pueblos de los naturales ejecutando vistosas danzas; seguían los estandartes de las Cofradías, el Comercio y muchos caballeros de la Ciudad acompañando el Real Pendón. Después, la Cruz parroquial con la música de su Capilla; las sagradas Religiones, y el venerable Clero llevando bajo rico palio la preciosa imagen; y por último, cerraba tan numeroso y lucido acompañamiento bajo Reales Mazas la nobilísima Ciudad. Así llegó la solemne procesión hasta la Iglesia de la Merced, en la cual quedó depositada la sagrada imagen, por no haber ya tiempo para subir la larga y penosa cuesta que conduce á la cumbre de la Bufa, y porque al día siguiente ocurría la fiesta de San Nicolás de Tolentino, Patrono menos principal de la Ciudad. Entre tanto, allí la obsequiaron fervorosos los religiosos Mercedarios, que la dedicaron dos solemnes funciones.

En la tarde del día 10, ensanchado en la montaña el camino por los gremios á punta de barra, se formó de nuevo y con el mismo lucimiento la solemne procesión, subiendo desde la iglesia de la Merced hasta el santuario entre flores, arcos triunfales y los armoniosos cánticos que se entonaban en numerosas pasadas. Al llegar á la restaurada Capilla, el Alférez Real depositó al lado del Evangelio el Real pendón, que, conforme á la comunicación de 21 de Noviembre del Muy Ilustre Cabildo al Capellán, no debería ya salir del Santuario, sino en los casos en que hubiera de ser enarbolado por las calles de la ciudad.

Hé aquí el texto de esa comunicación:

«De orden de los Señores del M. I. Cabildo, Justicia y Regimiento de esta Ciudad, participo á V. haberse acordado por su Sría. que el Real Estandarte se guarde con el correspondiente decoro en este Santuario de Nuestra Señora de la Natividad de los Zacatecas, al

lado de la primitiva antiquísima Imagen de Nuestra Señora del Patrocinio que acompañó al Ejército Español en la milagrosa conquista de estos Países, como el más principal trofeo de la Santísima Señora de la Conquista, y que más llena de gloria á esta Ciudad; sin que baxe, ni se quite jamás del lugar en que se halla colocado públicamente, sino cuando sea necesario enarbolarlo. Cumpló con lo mandado, y pido á Dios guarde la vida de V. muchos años.—Oficio de Cabildo de Zacatecas y Noviembre 21 de 1795.—Miguel Alexo Terro.—Sr. Dr. D. Joseph Mariano de Bezanilla y Mier».

Colocada con filial ternura en el presbiterio la venerable Imagen, cantóse ante ella la Salve con desusado entusiasmo y grandiosa solemnidad. La capilla era de bóvedas, y sus dimensiones pequeñas. Tenía solo 15'67 metros de largo por 6'27 de ancho; así es que era incapaz de contener el concurso de gentes que á diario acuden á visitar á la Señora. El celoso capellán D. Octaviano Morán solicitó y obtuvo permiso del Sr. Obispo de Guadalajara en 1850 para edificar nuevo templo con las limosnas recogidas entre los fieles; pero las turbulencias políticas de la República le impidieron realizar tan útil pensamiento. Hubo de contentarse con prolongar el presbiterio y formar un crucero de tres bóvedas, invirtiendo en ello cerca de seis mil pesos.

Para el decoro del culto y subsistencia del capellán, españoles de acendrada piedad habían fundado dos capellanías; pero en los azares de la guerra de la independencia llegaron á extinguirse.

En elegante nicho del altar mayor se destaca la venerable imagen que descansa en esbelta peana de plata sobredorada, regalo de piadosos devotos. En la cabeza ciñe corona, y por la espalda lucen rayos del mismo metal. Los Romanos Pontífices han abierto los tesoros de la Iglesia para enriquecer el santuario de la Bufo con

gracias y privilegios muy especiales. Majestuoso es el culto que los capellanes del santuario tributan á la Santísima Virgen. Merecen citarse las dos novenas solemnes que preceden á las fiestas del 15 de Septiembre y al Patrocinio de Nuestra Señora. El día 15 de cada mes se solemniza con Misa cantada, exposición del Augustísimo Sacramento todo el día, y Rosario con Letanias y Salve por la tarde. Todos los sábados del año se canta misa. Hasta el año 1804 las dos fiestas principales eran costeadas por devotos designados por la suerte entre los que lo solicitaban. Cada cual procuraba dar mayor brillo y esplendor á la fiesta é invitaba galantemente á las autoridades y al pueblo. Sirva de modelo la siguiente invitación del mayordomo de la fiesta del año 1803, que hizo imprimir en Guadalajara:

«Si blasonas, feliz zacatecano,  
De ser á tu Patrona agradecido,  
No pondrás los favores en olvido  
Que por Ella te da de Dios la mano.  
Sube, pues, á su Monte alegre, ufano,  
Y aun más humilde llega, que rendido  
Á aquel Sagrario, donde establecido  
Tiene su patrocinio soberano.  
De tus dichas atiende que es la fuente  
Tu Reina egregia, tu Conquistadora;  
Colocada á las puertas del Oriente;  
Allí se simboliza rica Aurora,  
Que del divino Sol omnipotente  
Los influjos reparte que atesora.»

## V

FAVORES OBTENIDOS POR MEDIACIÓN DE NUESTRA  
SEÑORA DEL PATROCINIO

Innumerables veces ha experimentado Zacatecas el patrocinio de su celestial Patrona. En años de sequía, en casos de epidemia y guerra, es bajada la santa imagen de su santuario á la parroquia ó catedral y se le dedica solemne novenario. Siempre se ha obtenido la gracia solicitada.

Las gracias maravillosas dispensadas á individuos particulares son abundantísimas. Sólo referiremos las siguientes.

Fray Mariano de Herrera, religioso de la orden hospitalaria de San Juan de Dios, hacia más de veinte años que estaba tullido, con la lengua trabada, de modo que apenas podía balbucir algunas palabras, y llegó á perder el uso de la razón. El 3 de Febrero de 1766 fué conducido al Santuario por un hermano suyo, sacerdote mercedario, el cual le dejó reclinado cerca de la tarima del altar mientras celebraba la santa Misa. Concluida ésta, se rezó el Rosario; y entonces el paciente se arrodilló, y derramando lágrimas de ternura, recorrió toda la capilla, hablando con claridad y expedición, causando incalculable alegría entre los circunstantes.

El 9 de Mayo de 1801 el presbítero D. Pedro Mendoza celebró en el santuario una misa de acción de gracias á la Virgen del Patrocinio por haberlo librado de las fauces de la muerte. Formósele un tumor canceroso en el hígado, y los médicos lo desahucieron, pues opinaban que el único recurso que quedaba era una operación quirúrgica tan arriesgada, que podía expirar en el momento en que la ejecutaran. Decidióse el paciente á

sufrir tan doloroso sacrificio invocando á Nuestra Señora del Patrocinio. Dos veces volvieron los médicos á repetir la operación, hasta que quedó completamente sano.

En las *Efemérides del Santuario* (tomo II.º folio 227) se conserva la relación siguiente, escrita por el mismo interesado: «José Fructuoso Tomelloso y Bravo, hijo de D. Pedro Tomelloso y de D.ª Teresa Bravo, estando combaleciente del sarampión el 26 de Abril, en casa de su primo José Cesáreo Rodríguez, como á las cuatro y media de la tarde, pulsando un violín, le acometió apoplejía de sangre cayendo de espaldas sobre el pavimento de la sala; y, acudiendo su primo á levantarlo, no pudo éste (por lo absorto que lo dejó el suceso) dar más providencia, que clamar por el santo Óleo, que era el único Sacramento que podía recibir en aquel estado, considerando que necesariamente moriría, según la experiencia que tiene; pues asegura, que de más de ocho á quienes ha ayudado á bien morir de esta enfermedad, ninguno ha visto sanar, antes sí morir dentro del término de doce horas. Pero lo que más le atribulaba era el cómo daría la noticia á sus padres.... Á este tiempo entró su esposa D.ª Maria Ignacia Botello, y en medio de estar tan sorprendida por la fatalidad del suceso, invocó con viva fe á Nuestra Señora del Patrocinio, prometiéndola una velación en su Santuario si le restituía la salud al paciente. No se hizo sorda la Santísima Señora, pues al punto le inspiró el que le hiciera un medicamento, que por su sencillez no se puede atribuir que causase el efecto que se experimentó, cual fué el meterle los pies en agua tibia, con lo que se consiguió que diera algunas muestras de vida abriendo los ojos y queriéndose despedazar, como si estuviera rabioso. Vino el P. D. Pascual Correa trayendo el Santo Óleo, y fué del mismo parecer que moriría.... Pasadas algunas horas, ya comenzó á

articular algunas palabras, y, no dejando dicha D.<sup>a</sup> Ignacia de clamar á la Santísima Señora, se consiguió el que se confesase el enfermo y se recuperase: hasta que habiendo dormido como desde las ocho hasta la una de la noche, despertó del todo bueno y sano, creyendo todos los que lo vieron (según los límites que permite una fe humana) haber sido milagro de la Santísima Señora, á quien vinieron á rendir las gracias hoy, 16 de Junio de 1804.

Concluiremos con el relato siguiente hecho por el capellán D. J. Mariano de Bezanilla. «Para escarmiento de los que en sus apuraciones y trabajos ocurren al Patrocinio de Nuestra Señora, haciéndole promesas y votos, y después verifican en sí el vulgar proverbio que dice *voto de marinero, que pasado el peligro ni aun se acuerda*, no puedo menos de anotar aquí lo acaecido por este mismo tiempo con Francisco Sedillo. Este infeliz se hallaba en la cárcel de esta Ciudad el año de noventa y cuatro por la muerte que dió á Francisco Magallanes. Su pobre madre imploraba con lágrimas el Patrocinio de Nuestra Señora, lo mismo que él hacía en la cárcel, prometiéndole para más obligarla, que si lo sacaba con bien, vendría á servirla en este su Santuario todo lo restante de su vida; y no puede dudarse que oyó sus deprecaciones nuestra benignísima Reina, dándoles un signo nada equivoco y bastantemente claro con hacer que se le diese por sentencia lo mismo que él pretendía por tiempo indefinido, aunque sí determinado y ligado al espacio sólo de seis meses. Sentencia, á la verdad, tan singular y rara que no la creería, si el mismo Reo no me hubiera presentado oficio formal, que original conservo en mi poder, como el más poderoso comprobante, del Sr. Teniente Letrado, Asesor de esta Intendencia Lic. D. José Peón Valdés, en que me participa su condena, con fecha 8 de Agosto del dicho año de 1794. En

vista de esto, ¿quién no se persuadiría de que tenía este Santuario en Francisco Sedillo un esclavo perpetuo? Mas no fué así. Con el pretexto de tener más en las minas con que subvenir á su madre, á pocos días dejó de venir al Santuario, contentándose con pagar, como dicen ellos, un valiente ó un peón que trabajase en la obra en su lugar, y aun esto dejó de practicarle mucho antes de que se cumpliese el semestre; haciendo mucho menos caso de lo que yo le ordené en atención á ser su voto personal, que se reducía á que viniese él al Santuario cuando pudiese, é hiciese en él lo que se proporcionase, pero principalmente que frecuentase aquí los Sacramentos en las fiestas de Nuestra Señora. Ni le faltaron avisos ó recuerdos que Dios se dignó enviarle, para que cumpliese su deber. Dióle una fuerte fiebre, que se vió á la muerte en el Hospital de San Juan de Dios, y de que combaleció reclamando el favor de Nuestra Señora. Pero aun fué más individual el que tuvo después de Sombrerete. Un deudo del difunto Francisco Magallanes se presentó contra él allí, demandándole su muerte. Arrestáronlo, y no salió de aquella cárcel hasta que con la respuesta del exhorto que libró el Alcalde Mayor de aquella Villa, vino á esta Ciudad, donde se me presentó arrepentido protestando la enmienda. Mas su arrepentimiento no pasó de pura veleidad. Volvió á dejar á su madre y se fué á correr tierras, hasta que el día veinte y cuatro del presente mes de Octubre le encontró en Ramos, Marcos Magallanes, hermano del difunto Francisco, y le quitó alevosamente la vida, cumpliéndose á la letra aquella terrible sentencia que pronunció el Supremo Autor de la naturaleza en el principio del mundo: *Quicumque effuderit humanum sanguinem, fundetur sanguis illius*. Y porque me consta que todo lo

que va referido es cierto, lo certifico y firmo... en 31 de Octubre de 1801» (1).

En los años posteriores ha continuado María del Patrocinio favoreciendo á los zacatecanos, como bien lo prueba el entusiasmo con que ellos suben al cerro de la Bufa para venerarla en su modesto santuario.

**Autoridades.**—Pbro. D. José Mariano Bezanilla, *El Blasón Zacatecano*; Méjico 1797.—Idem, *Muralla Zacatecana*.—Idem, *Efemérides del Santuario*.—Son dignos también de encomio los artículos publicados en *El Mensajero del Corazón de Jesús* de Méjico por el R. P. Laureano Veres, sabio y distinguido miembro de la Compañía de Jesús.

(1) *Efemérides del Santuario* de la Natividad de Nuestra Señora de Zacatecas, en que se venera la portentosa imagen Conquistadora de Nuestra Señora del Patrocinio, Tomo II, folio 74.

## CAPÍTULO XII

### Nuestra Señora del Socorro de Montreal (Canadá)

SUMARIO.—I. Ciudad de María. II. Nuestra Señora del Socorro. III. Margarita Bourgeois. IV. La estatua milagrosa. V. Construcción de la capilla. VI. Segunda capilla y nueva imagen. VII. Restauración del Santuario.

#### I

#### CIUDAD DE MARÍA

En 1531 Jacobo Cartier, insigne devoto de Nuestra Señora de Roc Amadour, exploró y conquistó para Francia el extenso Dominio del Canadá (1). Pero su obra quedó imperfecta, por cuanto no estableció colonias que fomentasen el progreso y el amor á la madre patria. Esta obra vino á realizarla Samuel Champlain un siglo después, aunque los emigrados hubieron de ser al principio víctimas de las persecuciones de los aborígenes,

(1) El actual Dominio del Canadá, que desde 1763 pertenece á los ingleses, tiene una superficie de ocho millones ochocientos veintidos mil quinientos ochenta y tres quilómetros cuadrados, es decir, que es tan grande como toda la Europa menos Francia y España. Es el país que en algunas geografías se llamaba hasta hace poco Nueva Bretaña. El nombre de Canadá parece que se deriva de la palabra iroquesa Kanadá (cabañas). Aunque el idioma oficial es el inglés, se habla comúnmente el francés. Los ingleses profesan de ordinario el protestantismo y los franceses son católicos.

que va referido es cierto, lo certifico y firmo... en 31 de Octubre de 1801» (1).

En los años posteriores ha continuado María del Patrocinio favoreciendo á los zacatecanos, como bien lo prueba el entusiasmo con que ellos suben al cerro de la Bufa para venerarla en su modesto santuario.

**Autoridades.**—Pbro. D. José Mariano Bezanilla, *El Blasón Zacatecano*; Méjico 1797.—Idem, *Muralla Zacatecana*.—Idem, *Efemérides del Santuario*.—Son dignos también de encomio los artículos publicados en *El Mensajero del Corazón de Jesús* de Méjico por el R. P. Laureano Veres, sabio y distinguido miembro de la Compañía de Jesús.

(1) *Efemérides del Santuario* de la Natividad de Nuestra Señora de Zacatecas, en que se venera la portentosa imagen Conquistadora de Nuestra Señora del Patrocinio, Tomo II, folio 74.

## CAPÍTULO XII

### Nuestra Señora del Socorro de Montreal (Canadá)

SUMARIO.—I. Ciudad de María. II. Nuestra Señora del Socorro. III. Margarita Bourgeois. IV. La estatua milagrosa. V. Construcción de la capilla. VI. Segunda capilla y nueva imagen. VII. Restauración del Santuario.

#### I

#### CIUDAD DE MARÍA

En 1531 Jacobo Cartier, insigne devoto de Nuestra Señora de Roc Amadour, exploró y conquistó para Francia el extenso Dominio del Canadá (1). Pero su obra quedó imperfecta, por cuanto no estableció colonias que fomentasen el progreso y el amor á la madre patria. Esta obra vino á realizarla Samuel Champlain un siglo después, aunque los emigrados hubieron de ser al principio víctimas de las persecuciones de los aborígenes,

(1) El actual Dominio del Canadá, que desde 1763 pertenece á los ingleses, tiene una superficie de ocho millones ochocientos veintidos mil quinientos ochenta y tres quilómetros cuadrados, es decir, que es tan grande como toda la Europa menos Francia y España. Es el país que en algunas geografías se llamaba hasta hace poco Nueva Bretaña. El nombre de Canadá parece que se deriva de la palabra iroquesa Kanadá (cabañas). Aunque el idioma oficial es el inglés, se habla comúnmente el francés. Los ingleses profesan de ordinario el protestantismo y los franceses son católicos.

los feroces iroqueses. Fundó en 1642, entre otros pueblos, el que llamó *Ciudad de María*, por el gran afecto que profesaba á la Señora, y que es la actual Montreal, la más bella, comercial y populosa de todo el Dominio; si bien hasta fines del siglo XVIII le llevaba la palma Quebec. Situada en la margen izquierda del caudaloso río San Lorenzo, ofrece á la vista panoramas deliciosos. Sus edificios son elegantes y de forma moderna.

La catedral católica con sus dos torres de 70 metros de alto; la iglesia de San Pedro, modelada por la que existe en Roma; sus soberbios muelles, hechos con la solidez necesaria para resistir á las tremendas presiones del río en la época del deshielo, el puente Victoria, bastan para honrar á una gran capital. Sus calles son muchas, rectas y bien cuidadas; la mayor parte se cortan en ángulos rectos. El puerto tiene gran importancia mercantil, y los vapores de mayor calado pueden atracar sin dificultad á sus muelles.

Para disfrutar y contemplar magnífica perspectiva conviene subir al parque de Mont-Royal. «Conserva aún casi intacto su carácter de selva virgen, dice Eliseo Reclus, y es por lo mismo más hermoso y admirable. Por entre sus árboles vese allá abajo la ciudad con sus casas de rosado color, cubiertas de cenicientos tejados, envueltas en el follaje de los paseos. Los campanarios, cúpulas y alminares señalan los edificios principales; á lo lejos y á lo largo del puerto descúbrese las chimeneas de las fábricas, los techos piramidales de los elevadores de trigo, las locomotoras y los vapores, cuyos penachos dejan fugaces siluetas en el horizonte; y al través de ellas por los claros que abre el viento, vislúmbrase el inmenso río, de tres kilómetros de ancho, que más semeja tranquilo lago, dividido en dos partes por las colinas de Santa Elena.» Es una ciudad eminentemente católica, cabeza de arzobispado, que es de los

más notables de toda la América por su población, seminario, comunidades religiosas y establecimientos de beneficencia.

Desde su fundación ha sido muy devota de la Santísima Virgen, y ya indicamos que se titulaba *Ciudad de María*, nombre que ha quedado vinculado á la Iglesia, pues en latín se dice diócesis mariopolitana. La mejor prueba del amor de Montreal á María es haberle erigido un bellissimo santuario bajo la advocación de Nuestra Señora del Socorro, á donde acuden en romería los fieles de las veinticinco diócesis, tres vicariatos apostólicos y una prefectura que forman la jerarquía eclesiástica del Canadá.

Á la Virgen del Socorro debe Montreal el haber conservado la fe católica, á pesar de haber caído en poder de los ingleses, partidarios acérrimos entonces del anglicanismo.

Pero antes de referir la historia del bendito santuario, creemos oportuno dar una sucinta idea del origen de la advocación del Socorro tributado á la Santísima Virgen, ya que es bastante popular en América.

## II

### NUESTRA SEÑORA DEL SOCORRO

El título del Socorro dado á la Madre de Dios es antiquísimo en la Iglesia. Á la cuenta del señor Olier, fundador del Seminario de San Sulpicio en París, es anterior al siglo XII. En Francia existen cuatro aldeas que llevan este nombre, las cuales lo recibieron de la capilla que poseían, y eran centros de numerosas peregrinaciones. La montaña, que domina á la ciudad de Ruán, está coronada por el santuario de Nuestra Señora del Socorro, cuya gallarda cúpula se lanza airosa hacia la región de las

nubes. Es el paraje más conocido de Ruán y de los más famosos de toda la Normandía para que los fieles acudan en peregrinaciones. Los exvotos que le adornan, publican elocuentemente las gracias recibidas por los afligidos y necesitados y cuán grato suena á los oídos de la Virgen María el ser saludada é invocada con este amoroso título. Como los primeros emigrantes que acudieron al Canadá eran normandos, trajeron á la nueva patria la devoción de Nuestra Señora del Socorro que habían bebido con la leche en la antigua.

En España debe haber sido muy estimada esta devoción de la Virgen, pues la introdujeron en América los conquistadores. En la Catedral de Guatemala y en la iglesia de San Francisco de Santiago de Chile existen imágenes de nuestra Señora del Socorro traídas por los españoles y que son objeto de culto afectuoso y constante. María del Socorro es también la patrona y titular de la diócesis de la Serena en Chile.

En Italia era conocida esta devoción, pues en visperas de la célebre batalla de Lepanto, en que la armada cristiana al mando del bizarro capitán D. Juan de Austria, obtuvo triunfo decisivo sobre los turcos que amenazaban apoderarse de toda Europa, el Pontífice San Pío V ordenó se añadiese á la letanía lauretana la invocación: *Auxilio* (que es tanto como socorro) *de los cristianos, ruega por nosotros.*

Muchos prodigios se han realizado por María del Socorro ó Auxilio de los cristianos. Citemos algunos. En 1653 un ejército formidable de turcos puso sitio á la ciudad de Viena, capital del imperio austriaco.

Toda la cristiandad quedó consternada ante amenaza tan espantosa, buscándose por todas partes remedio á tamaño peligro. Un corazón generoso supo donde debía buscarlo. El padre capuchino Ildefonso, que predicaba por esa época con éxito admirable en la iglesia de San

Pedro de Munich, recordó que la victoria de Lepanto se había obtenido con las preces dirigidas á María invocada con el título de Auxilio de los cristianos, y que en Munich se veneraba desde tiempo inmemorial una imagen milagrosa á quien el pueblo llamaba Nuestra Señora del Socorro. Propuso, pues, á su auditorio en elocuente sermón, la idea de elegir patrona á dicha imagen. Conociendo que su idea había sido acogida con entusiasmo, fundó una cofradía, en la que se alistó la ciudad entera, y muy luego toda Alemania. El elector Maximiliano de Baviera, el rey de Polonia, el duque de Lorena, y muchos otros príncipes hicieron inscribir sus nombres en los registros de la cofradía. Y cuando Sobieski y Carlos de Lorena hubieron enrojecido las aguas del Danubio con sangre otomana, y libraron á Viena y á la cristiandad de los asaltos de los turcos, la cofradía se extendió á la Iglesia universal.

En 1809 Napoleón Bonaparte, el capitán del siglo, despojó al anciano Pío VII de los Estados Pontificios y le puso cautivo en el castillo de Fontainebleau. El ilustre proscrito, viéndose imposibilitado para gobernar la grey universal que el Supremo Pastor le había confiado, imploró el socorro de Aquélla á quien nadie invoca en vano. Recobrada su libertad, después de la caída del emperador, fué á Savona á ceñir corona de oro sobre las sienes de la estatua de María, á quien atribuía el prodigio de volver á ocupar su Sede, y para memoria perpetua dispuso que se celebrase anualmente el 24 de Mayo la fiesta de Nuestra Señora, Auxilio de los cristianos.

El insigne D. Bosco, apóstol de la niñez en el siglo XIX, atribuía á María Auxiliadora el plan y desarrollo de su titánica empresa. Mediante ella obró singulares maravillas, que recopiló en un precioso opúsculo titulado «La Virgen de D. Bosco» el sacerdote chileno y salesiano, D. Camilo Ortúzar.

En 1640 predicando el señor Olier misiones en Auvernia, le sobrevino terrible afección en la rodilla. Los médicos querían hacerle una operación quirúrgica, que infaliblemente habría agravado el mal. Entonces hizo un voto á la Virgen de Tournon, venerada con el título de Nuestra Señora del Socorro. «Me hice trasladar cojo como estaba, escribía después él mismo, y hasta los herejes no pudieron ocultar su admiración al verme regresar sano, pues mi curación fué instantánea».

Una experiencia de veinte siglos atestigua que María es el socorro de todos los cristianos. Á ella vuelven los ojos llorosos los enfermos, los cautivos, los atribulados, los pobres; á ella invocan el marino que se ve agitado por furiosos huracanes, el niño que no siente en su frente el calor de los besos maternos, el anciano que ve caer una á una las hojas del árbol de sus ilusiones. «María no quedará tranquila, decía el cura de Ars, hasta el día del juicio; mientras haya un hombre sobre la tierra, habrá quien la tire del manto».

## III

## MARGARITA BOURGEOIS

Inmortal es en Canadá la memoria de esta ilustre fundadora de la Congregación de Nuestra Señora. Nacida en Troyes de Francia, había sido solicitada en los años más floridos de su juventud, como el serafín del Carmelo, por los atractivos del mundo y las inspiraciones de Dios. Felizmente, como Teresa de Jesús en Ávila, la noble Margarita, que tenía un corazón de oro con nobilísimas pasiones, delante de la estatua de la Santísima Virgen de la Abadía de Troyes quedó herida de amor á María por una sola mirada de sus ojos. Este amor la preservó de la corrupción del siglo y la hizo

abrazar de lleno la vida del sacrificio y del apostolado. No reparaba en peligros á trueque de extender el culto de la Señora y conquistar almas que la sirviesen. En la meditación que hizo en la mañana del 7 de Octubre de 1640, le ocurrió la idea de pasar al Canadá para dedicarse á la conversión y educación de las niñas indígenas y dilatar el culto de su amada Reina. Ésta se le apareció rodeada de luz, bella con la belleza ideal de los cielos, y le dijo: *Ve, que yo no te abandonaré.*

Trece años más tarde, en compañía del Sr. Maisonneuve, encargado de la jurisdicción espiritual del Canadá, pasó al Nuevo Mundo, y se estableció en Montreal el 16 de Noviembre de 1653. Los primeros años fueron de lucha y de pruebas. Dios acostumbra á pasar á los instrumentos de su bondad, como el platero al oro, por el crisol de la adversidad. Margarita salió de la prueba llena de fortaleza y de virtud, dispuesta á secundar los planes de la divina Providencia. Fundó su Congregación expresamente para que floreciera el culto de la Madre de Dios en la nueva Francia de la América; pero no se contentó con eso. Los santos tienen audacias que espantan á los débiles y cobardes. En tiempos en que los iroqueses amenazaban á diario á los primeros pobladores del Canadá, cuando éstos no se atrevían á salir de sus casas por miedo á las emboscadas, ella concibió el proyecto de edificar una capilla á María del Socorro á cuatrocientos pasos de la ciudad, que fuese centro de peregrinaciones y baluarte de Montreal.

En la primavera de 1657 obtuvo permiso de la autoridad eclesiástica, y el Sr. Maisonneuve, entusiasta partidario de la obra, hizo cortar en el bosque los árboles que debían proporcionar la madera, y ayudó él mismo á conducirlos á su destino. El sitio elegido por la hermana Bourgeois fué una colina á las orillas del San Lorenzo, frente á la isla de Santa Elena. No podía

darse sitio más pintoresco ni más propicio para las efusiones del espíritu, porque, en medio y todo de la soledad, hallábase rodeado de prados y bosques. El mismo peligro que corrían los peregrinos de ser asaltados por los iroqueses, le daba no sé qué tinte de poesía y romanticismo.

Desgraciadamente Margarita hubo de partir á Francia en busca de compañeras que se dedicaran á la enseñanza de la juventud. Este viaje y las agitaciones políticas y religiosas del país retardaron largos años la construcción de la capilla del Socorro.

## IV

## LA ESTATUA MILAGROSA

Á su regreso de Francia la hermana Bourgeois encontró dispersos y destruidos los materiales de la proyectada capilla. No debe extrañarnos semejante contrariedad. «Nadie llega á Jesucristo si no es por el camino real de la cruz, decía un ilustre jesuita; las obras que se emprenden por su gloria en este país, se conciben en la pobreza y en las penas, se prosiguen en medio de las oposiciones, se acaban con paciencia y se consuman con la gloria. La paciencia pondrá la última mano á esta grande obra» (1).

La idea de elevar un templo á María no se borraba del alma de Sor Margarita, hasta que en 1670, en medio de dolores físicos y morales, prometió trabajar en ella, y al punto se sintió aliviada. La Providencia dispuso que hiciese un segundo viaje á Francia, que fué eficazísimo para consolidar la obra. Los sacerdotes de San Sulpicio, entusiasmados del proyecto de edificar un

(1) Vimont, Relations des Jésuites, ch. IX pag. 129.

templo á la Santísima Virgen en la nueva Francia, contribuyeron con regulares limosnas. Otro benemérito sacerdote, el barón de Fancamp, á petición de Margarita, quedó en proporcionar una bella estatua de la Señora. Encargó á los talleres de los más afamados escultores de París le proporcionasen una hermosa imagen de la Virgen, y ninguna llenó sus deseos. Pero ciertos nobles amigos suyos, los señores Dionisio y Luis Leprêtre, señores de Fleury, que tenían vivo interés por los asuntos del Canadá, ofrecieron una estatua pequeña que poseían en su oratorio doméstico, esculpida en la madera milagrosa de Montaigu.

Nuestra Señora de Montaigu es imagen muy celebrada en Bélgica. Encontrada por un pastor en medio de una encina, sólo tuvo al principio sencilla ermita construida al rededor del árbol que le servía de nicho, y fué desbastada por los *Gueux*. Mas en el siglo xvii los archiducos Alberto é Isabel le construyeron una iglesia espléndida. La vieja encina fué dividida en pedazos que se distribuyeron por toda Europa. La estatua de los presbíteros Leprêtre era una de las tales reliquias. Con admirable desinterés la cedieron al barón de Fancamp, «con objeto de que enardeciese la devoción de los habitantes de la isla de Montreal, y que floreciese el culto de María, en cuyo honor se había fundado la ciudad».

Antes de ser enviada á su destino la imagen se acreditó con un milagro. En 1672 se declaró cruel epidemia en París, que en pocos días hizo innumerables víctimas. El mismo día en que la estatua penetró en su casa, el barón sintióse atacado de la enfermedad. Tan temiblemente se acentuaron los síntomas durante la noche que los médicos le desahuciaron. «Habiéndome encontrado mal desde la tarde del 15 de Abril, escribe él mismo, me puse en cama. Viendo que mi enfermedad tomaba incremento de hora en hora me dirigí con confianza á

la Virgen, que tenía delante.—Vais á Montreal á hacer ostentación de las munificencias de vuestra misericordia; y al partir ¿queréis dejar abandonado á su pobre fundador? Si queréis devolverme la salud para que haga penitencia, publicaré en todas partes vuestra bondad y procuraré con todas mis fuerzas la construcción de vuestra capilla.—Pronunciadas estas frases, quedé sin dolor ni miedo á la enfermedad, y poco después, sin medicina de ninguna especie ni ayuda de la naturaleza, me encontré de repente curado». Y la curación fué radical; pues el barón murió en honrosa vejez y en olor de santidad. El señor Fancamp hizo colocar la imagen, que tenía ocho pulgadas de altura, en elegante nicho de madera adornado con delicadas esculturas de relieve y enriquecido con piedras preciosas, y la entregó á la hermana Bourgeois junto con trescientos doblones de oro con que contribuía á la fábrica de la capilla. La religiosa, rebosando alegría, porque veía en esto feliz augurio del resultado de su empresa, salió para el Havre, donde debía embarcarse.

A su llegada á la Ciudad de María, ansiosa de que su protectora y abogada fuese honrada, colocó la estatua en el oratorio de madera que había hecho construir antes de su partida á Francia. Allí acudieron por muchos años los colonos á rendir homenaje á su Reina y á pedirle favores. «Este pequeño oratorio, escribe un cronista de aquellos tiempos, es tan devoto, que el pueblo acude allí como á seguro asilo en todas sus necesidades. Se han verificado muchísimas curaciones de alma y cuerpo, que se creen milagrosas».

Había llegado el año 1673, y la capilla comenzada en 1657 no pasaba de flor de tierra. Se decidió Sor Margarita á coronar la obra. Al pedir autorización al Vicario general de Quebec, bajo cuya jurisdicción estaba Montreal, éste le contestó: «Veó con gran júbilo de mi

corazón que trabajáis con celo por la propagación del culto de la Santísima Virgen. Apruebo el plan de erigir una capillita cerca de la ciudad que pueda ser visitada fácilmente para honrar á tan buena Madre».

## V

## CONSTRUCCIÓN DE LA CAPILLA

En 1675 hubo recursos suficientes para empezar el edificio. Los trescientos doblones del barón de Fancamp, puestos á rédito, se habían convertido en el doble. La hermana Bourgeois había colectado de limosna dos mil libras, á las cuales añadió ciento de las economías de su comunidad. Los sacerdotes del Seminario intentaban sufragar los demás gastos.

El 27 de Junio del citado año, después de cantar las segundas vísperas de los santos apóstoles Pedro y Pablo, se encaminó una solemne procesión al lugar destinado á la capilla, y el Rector del Seminario colocó la cruz, bendiciéndose al día siguiente la primera piedra. Dos gracias obtuvo del Prelado la buena Sor Margarita; que la fiesta patronal del santuario se celebrase el 15 de Agosto, en que la Santísima Virgen subió gloriosa en cuerpo y alma á los cielos, y que el santuario fuese siempre una vicaria de la parroquia de la ciudad. Sin tardanza se procedió á levantar el edificio. El celo de la fundadora se comunicó á los demás habitantes, á los obreros y á sus propias hijas. Como todos contribuían con su óbolo y su trabajo de manos, el templo avanzaba con actividad. Las mismas religiosas, al concluir sus tareas de las clases, se complacían en ayudar á los trabajadores. Era en miniatura un espectáculo semejante al delirante entusiasmo de los pueblos de la Europa cristiana para la construcción de

la Virgen, que tenía delante.—Vais á Montreal á hacer ostentación de las munificencias de vuestra misericordia; y al partir ¿queréis dejar abandonado á su pobre fundador? Si queréis devolverme la salud para que haga penitencia, publicaré en todas partes vuestra bondad y procuraré con todas mis fuerzas la construcción de vuestra capilla.—Pronunciadas estas frases, quedé sin dolor ni miedo á la enfermedad, y poco después, sin medicina de ninguna especie ni ayuda de la naturaleza, me encontré de repente curado». Y la curación fué radical; pues el barón murió en honrosa vejez y en olor de santidad. El señor Fancamp hizo colocar la imagen, que tenía ocho pulgadas de altura, en elegante nicho de madera adornado con delicadas esculturas de relieve y enriquecido con piedras preciosas, y la entregó á la hermana Bourgeois junto con trescientos doblones de oro con que contribuía á la fábrica de la capilla. La religiosa, rebotando alegría, porque veía en esto feliz augurio del resultado de su empresa, salió para el Havre, donde debía embarcarse.

A su llegada á la Ciudad de María, ansiosa de que su protectora y abogada fuese honrada, colocó la estatua en el oratorio de madera que había hecho construir antes de su partida á Francia. Allí acudieron por muchos años los colonos á rendir homenaje á su Reina y á pedirle favores. «Este pequeño oratorio, escribe un cronista de aquellos tiempos, es tan devoto, que el pueblo acude allí como á seguro asilo en todas sus necesidades. Se han verificado muchísimas curaciones de alma y cuerpo, que se creen milagrosas».

Había llegado el año 1673, y la capilla comenzada en 1657 no pasaba de flor de tierra. Se decidió Sor Margarita á coronar la obra. Al pedir autorización al Vicario general de Quebec, bajo cuya jurisdicción estaba Montreal, éste le contestó: «Veó con gran júbilo de mi

corazón que trabajáis con celo por la propagación del culto de la Santísima Virgen. Apruebo el plan de erigir una capillita cerca de la ciudad que pueda ser visitada fácilmente para honrar á tan buena Madre».

## V

## CONSTRUCCIÓN DE LA CAPILLA

En 1675 hubo recursos suficientes para empezar el edificio. Los trescientos doblones del barón de Fancamp, puestos á rédito, se habían convertido en el doble. La hermana Bourgeois había colectado de limosna dos mil libras, á las cuales añadió ciento de las economías de su comunidad. Los sacerdotes del Seminario intentaban sufragar los demás gastos.

El 27 de Junio del citado año, después de cantar las segundas vísperas de los santos apóstoles Pedro y Pablo, se encaminó una solemne procesión al lugar destinado á la capilla, y el Rector del Seminario colocó la cruz, bendiciéndose al día siguiente la primera piedra. Dos gracias obtuvo del Prelado la buena Sor Margarita; que la fiesta patronal del santuario se celebrase el 15 de Agosto, en que la Santísima Virgen subió gloriosa en cuerpo y alma á los cielos, y que el santuario fuese siempre una vicaria de la parroquia de la ciudad. Sin tardanza se procedió á levantar el edificio. El celo de la fundadora se comunicó á los demás habitantes, á los obreros y á sus propias hijas. Como todos contribuían con su óbolo y su trabajo de manos, el templo avanzaba con actividad. Las mismas religiosas, al concluir sus tareas de las clases, se complacían en ayudar á los trabajadores. Era en miniatura un espectáculo semejante al delirante entusiasmo de los pueblos de la Europa cristiana para la construcción de

las espléndidas catedrales de la Edad media. Es grato y útil trabajar por Dios. Él, que ha prometido no dejar sin recompensa el vaso de agua dado al pobre en su nombre, ¿qué no dará por las gotas de sudor ó por las lágrimas vertidas en honor de su Madre? Sin duda que las convertirá en perlas, que engastará en las coronas de sus escogidos por toda la eternidad.

Abierta la capilla de Nuestra Señora del Socorro á la piedad de los colonos, los sacerdotes del Seminario empezaron á celebrar el augusto sacrificio de los altares, cediendo gustosos los estipendios para contribuir al decorado interior. «Todos los días se celebra una ó varias veces la santa misa, dice una religiosa contemporánea, para satisfacer la devoción y la confianza de los pueblos. Allí se va en procesión cuando se quieren obtener gracias espirituales ó temporales, y también en las calamidades públicas, y siempre con éxito. Es el paseo obligado de las personas piadosas de la ciudad. Pocos católicos habrá en todo el Dominio del Canadá, que en los peligros no hagan votos ú ofrendas á esta capilla».

Los asaltos frecuentes de los iroqueses contribuyeron no poco para que aumentase la confianza de los peregrinos. Más de una vez los habitantes de Montreal atribuyeron no recibir daño á Aquélla que miraban como su salvaguardia. Sesenta años hacía que las generaciones venían honrando de esta manera á Nuestra Señora del Socorro en su piadoso santuario, exponiéndole sus necesidades, recomendándole sus empresas, depositando sus lágrimas en el Corazón de esa dulce Madre, cuando un furioso incendio redujo á pavesas el santuario y gran parte de la ciudad. Á causa de estar entonces el país en guerra con Inglaterra, los fieles no podían hacer otra cosa que llorar sobre aquellas tristes ruinas. Mas el cielo no quiso dejarlos sin un consuelo. Cuando examinaron los montones de ruinas para observar si había algo esca-

pado del desastre, tuvieron el inefable gozo de encontrar entre los calcinados escombros enteramente ilesa la querida imagen de Nuestra Señora del Socorro.

## VI

## SEGUNDA CAPILLA Y NUEVA IMAGEN

Extenuado por la guerra y el hambre, diezmado por las enfermedades y aplastado por el número, el Canadá pasó al dominio de la Gran Bretaña. Días amargos y luctuosos eran aquéllos para pensar en reconstruir la capilla de Nuestra Señora del Socorro, y para colmo de desgracia un nuevo incendio en 1768 abatió grandemente los ánimos. Todo parecía conjurarse para que el santuario de la Madre de Dios quedase largos años en proyecto; sin embargo el día estaba cercano. Habiendo querido el gobierno inglés apoderarse del terreno de la capilla para edificar cuarteles, la población se conmovió hondamente. No menos afligidos con esta determinación el párroco y el rector del Seminario, convocaron á asamblea á los mayordomos de fábrica; y unánimemente acordaron que no podían desprenderse de un bien y posesión de la Iglesia y que se hiciesen respetuosas observaciones á la autoridad política, de que se trataba de levantar la capilla de Nuestra Señora del Socorro, tan querida de la ciudad. Esta valiente protesta surtió efecto, y fué recibida con benevolencia por el jefe. Se trazaron los planos, se abrieron suscripciones, y el Seminario cedió terreno para que se ensancharan las dimensiones del templo. Por fin, el 29 de Junio de 1771, aniversario de la primera dedicación, se bendijo y colocó la primera piedra del segundo templo, en la cual se introdujeron medallas de plata, que en el anverso ostentaban el busto de Clemente XIII, que gobernaba la Igle-

sia católica, y en el reverso llevaban grabada esta inscripción: *D. O. M. Beatae Mariae Auxiliatrici, sub titulo Assumptionis.*

Tanta prisa se dieron los arquitectos y tan abundantes fueron las limosnas colectadas, que después de dos años cabales, es decir, el 29 de Junio de 1773, se hizo la bendición solemne entre las aclamaciones del pueblo.

Apenas abierto este nuevo santuario, se hizo el centro obligado de las romerías de los católicos, tanto de la ciudad como de los campos. Tenían singular complacencia en asistir en ella al augusto sacrificio. Las gracias singulares obtenidas por unos, estimulaban á los demás á confiar sus penas y necesidades á la que es Auxilio de los cristianos. Los exvotos suspendidos de las paredes atestiguan con muda elocuencia que no en vano se excitaba la confianza de los fieles.

Así seguía prosperando el culto de la Virgen del Socorro, cuando en una fría mañana de invierno de 1831, una desgracia irreparable llenó de consternación á la ciudad de Montreal.

Tentadas por la codicia, favorecidas por la soledad de la capilla, manos sacrilegas se atrevieron á forzar la puerta del santuario; y subiendo las gradas del altar, quitaron de su trono la imagen milagrosa y la diadema de brillantes que ceñía su cabeza. Todas las diligencias practicadas para encontrarla fueron infructuosas. Un sacerdote piadoso, al tener noticia del atentado, lanzó este grito de dolor: *¡Desgraciada ciudad, este crimen no quedará impune!* Su palabra fué profética, vinieron disensiones civiles, que llenaron de luto y de lágrimas el país; el cólera morbo diezmo la población é hizo innumerables víctimas y nubes de insectos talaban los campos y arruinaron el comercio. En 1847 apareció el tifus, que atacó á millares de personas. Incontables sacerdotes y religiosos habían caído ya víctimas de su celo. El

Obispo y su coadjutor estaban entre la vida y la muerte. Los desgraciados no tenían á quien acudir, pues el santuario de Nuestra Señora había quedado como desierto. Entonces Monseñor Bourget, después de haberse ofrecido como víctima de su grey, cual otro San Carlos Borromeo, hizo voto de renovar la peregrinación al santuario de Nuestra Señora, ofrecerle nueva estatua y un cuadro que representase á la Virgen disipando la peste de la ciudad. Apenas hecha esta ardorosa plegaria, fué escuchada benignamente, y el piadoso prelado se afaná por cumplir su voto.

Y como si este exvoto no fuese suficiente para la piedad y gratitud de los fieles, poco después se hizo á la Santísima Virgen una demostración como jamás había presenciado Montreal. Monseñor Bourget quiso que coronase la cúpula del santuario una estatua de Nuestra Señora del Socorro que mirase al San Lorenzo en actitud de cubrir bajo las alas de su valioso patrocinio á los navegantes. Con este fausto motivo se organizó procesión solemnisima por el río. Todas las naves se empaquesaron. Los pabellones de diversas naciones rendíanse ante su Reina. El clero, presidido por el Obispo, entonaba cantos litúrgicos. Dos días más tarde los habitantes podían contemplar admirados la hermosa imagen destacándose en los aires y dominando los campos y el río.

No debía detenerse aquí este entusiasmo por María. Poco tiempo después se celebró otra fiesta incomparable. Habiéndose adquirido en París nueva imagen que reemplazase á la robada, luego de haber sido bendecida en el templo de Nuestra Señora de las Victorias, fué trasladada á Montreal; y Monseñor Bourget convocó á todos los católicos para hacerle digno recibimiento. La voz del Prelado no se perdió en el vacío. Desde la parroquia fué conducida en andas llevadas por sus congregantes

y acompañada de millares de corazones que le estaban consagrados. En medio de indescriptible júbilo se la colocó en su trono donde cada semana la visitaban centenares de peregrinos.

El 21 de Mayo de 1848, Monseñor Bourget tuvo el inefable consuelo de coronar la milagrosa imagen en nombre de Pío IX. Las augustas ceremonias fueron realizadas por la presencia de dos Obispos más y de una muchedumbre de fieles ebrios de entusiasmo por ver engrandecida á la que consideraban baluarte y refugio de la ciudad. Con este motivo se instituyó una cofradía que pronto llenó su registro con largas listas de asociados. Varios Obispos del Dominio del Canadá consagraron sus diócesis á Nuestra Señora del Socorro, y en brillantes pastorales recomendaron las peregrinaciones á sus feligreses.

Cada vez que una epidemia ó calamidad affige á la ciudad de Maria, corren los católicos al santuario de Nuestra Señora del Socorro, y jamás se elevan en vano sus súplicas al cielo. Muchas veces la Señora ha salvado á su pueblo.

## VII

### RESTAURACIÓN DEL SANTUARIO

El 15 de Octubre de 1882 la ciudad de Montreal se sintió conmovida por un proyecto presentado á la Municipalidad. Se trataba de expropiar el terreno y la capilla de Nuestra Señora del Socorro á fin de alinear las calles y construir allí la estación central del ferrocarril del Pacífico. Al punto el Obispo, el Seminario, la prensa católica y protestante clamaron contra el proyecto. En nombre de la religión y de la ciencia histórica protestaban elocuentemente contra esta profanación de los

recuerdos y reliquias del pasado. «¿Sabéis, decía un ilustre escritor, de cuántos males esta pequeña iglesia ha preservado y preserva aún á la grande, rica y soberbia ciudad? *No toquéis á la Reina*, se dice en alguna parte. Pues bien, no toquéis á la Reina del cielo, diré yo á los poderosos del día, á los adoradores de la piedra tallada y de la línea recta. Os conjuro que no toquéis á la Reina. Si lo hicieréis, os arrepentiréis». Las valientes protestas surtieron efecto. La Municipalidad por voto unánime acordó que la compañía ferroviaria construyese en otro sitio la estación.

Entonces los católicos de Montreal, y en especial los sacerdotes del Seminario de San Sulpicio, que habían recibido de sus mayores este monumento como en depósito sagrado, resolvieron embellecer y restaurar el venerable santuario, donde tantos corazones heridos y almas atribuladas habían ido á buscar consuelo, luz y perdón en tiempos de guerras y epidemias. Una dificultad parecía iba á oponerse á la realización del proyecto. ¿Dónde encontrar un varón de talento y energías que quisiera afrontar operación tan delicada, que idease los planos y recogiese la fuerte suma que se necesitaba? ¿Cuál sería el alma tan amante de María, que se encargase de tan espinosa obra?

La Providencia divina sin embargo deparó para ella á un hombre de peregrino ingenio y de exquisita bondad; al sacerdote de la sociedad de San Sulpicio, D. Hugo Rolland Lenoir. Originario del Canadá, vástago de ilustre familia, hizo en su patria el estudio de las ciencias, y pasó á Francia, donde ingresó entre los sacerdotes de San Sulpicio. Habiendo vuelto á Montreal, edificó el más hermoso templo que adorna la ciudad, dedicado á Nuestra Señora de Lourdes. En 1885 fué nombrado capellán del Socorro, destino que siempre desempeñaron los sacerdotes sulpicianos. Apenas se hizo cargo de la

capilla, empezó la obra de su restauración y embellecimiento. Principió por el interior, rehaciendo la cúpula y enriqueciéndola con pinturas al fresco, que reproducen varios episodios de la historia del santuario. Construyóse nuevo y elegante altar mayor y se añadieron dos colaterales. Todo, hasta la claraboya, experimentó graciosa transformación. Nuevo pavimento y nuevos bancos de elegante forma reemplazaron á los antiguos. Como el frío del invierno es intensísimo en Montreal, pues el termómetro suele marcar 35 y 40 grados bajo cero, llegando la solidez del hielo á permitir la construcción de un ferrocarril, se dispuso un aparato de calefacción de los sistemas más modernos. Sólo quedaron intactos los viejos muros, testigos de tantas lágrimas y de tantas plegarias.

En el exterior se ejecutaron obras más considerables, y con el mismo buen gusto. La fachada fué casi renovada del todo, aunque se procuró conservarle el estilo propio; las paredes recibieron nueva capa de cemento, y se las reforzó con columnas de piedra y arcos de hierro. Se derribó el techo, y se le hizo de materiales más ligeros. Se elevó la torre añadiéndosele dos torreonnes que producen fantástico efecto.

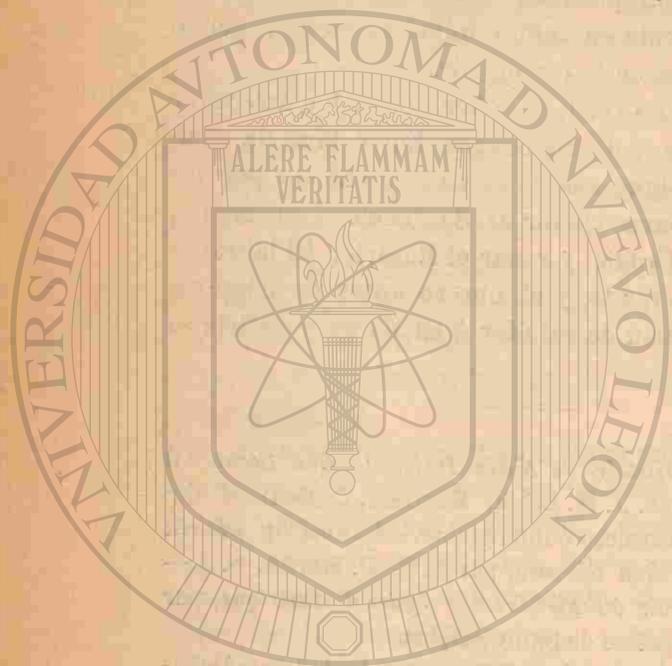
Sobre la misma capilla se levantó otra capillita, que sirve de pedestal á una esbelta estatua de la Virgen que mira al río y tiende los brazos á los navegantes, pues la que había puesto más baja Monseñor Bourget había desaparecido. Parece que María sube á ocupar su trono en el cielo; y para que la perspectiva sea más semejante, se la ha rodeado de ángeles. También están al pie de la Señora pequeñas estatuas de las virtudes de la fe, esperanza y caridad, que la ayudan á subir al paraíso. El viajero que desde el San Lorenzo divisa la cúpula dorada y el argentino grupo de ángeles, exclama: «ése debe ser el santuario de María». Un capitán de Stemboat,

protestante, decía: «Jamás entro en el puerto sin saludar á la Señora». El 9 de Septiembre de 1894, fiesta del dulcísimo Nombre de María, fué solemnemente inaugurado el monumento por Monseñor Fabre, Arzobispo de Montreal. Se calcula en veinte mil el número de personas que presenciaron la ceremonia.

El 30 de Mayo de 1899, el Señor Lenoir fué á recoger ante Dios el premio de sus fatigas. Entre tanto la capilla del Socorro sigue siendo el sitio preferido por las almas piadosas para visitar al Santísimo Sacramento, recorrer el Via Crucis y rezar el Rosario. El labrador antes de ir al mercado, y el obrero antes de empezar sus faenas, no dejan de saludar á su Madre y pedirle su bendición.

**Autoridades.**—*Histoire de Notre Dame de Bon Secours à Montreal* par l'abbé. J. M. Leleu, Montreal, Cadieux et De-rome, 1900: libro hermoso é interesante.—*Manuel du pèlerin de Notre Dame de Bon Secours*, par le R. P. Martin, S. J.—*Memoires pour servir à l'histoire de l'église d'Amérique*, par Monsieur Daniel, prêtre de Saint Sulpice.

Debo manifestar mi gratitud á Monseñor José Tomás Duhamel, Arzobispo de Ottawa, por haberme favorecido con noticias exactas y una preciosa Pastoral publicada por Su Señoría Ilustrísima, en 1899.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

### CAPITULO XIII

#### Nuestra Señora del Pronto Socorro (en Nueva Orleáns).

En la bella ciudad de Nueva Orleáns, capital del Estado de Luisiana, que se levanta majestuosa á la orilla izquierda del río Misisipi, venérase en la iglesia de las religiosas Ursulinas una estatua de la Santísima Virgen con el título de Nuestra Señora del Pronto Socorro. Su historia, entresacada de los archivos del mismo convento y que galantemente nos ha facilitado la Madre Superiora, es como sigue.

El año 1785 la Madre San Jaime, Superiora de las Ursulinas de Nueva Orleáns, pidió religiosas al convento del Puente del Espíritu Santo en París. Sin vacilar se ofrecieron tres jóvenes vírgenes, dispuestas á dejar la patria para dedicarse en lejano país á la enseñanza de la juventud; pero serios obstáculos las impidieron realizar su deseo. El gobierno español, en posesión entonces de Nueva Orleáns, había determinado que no se admitieran monjas francesas en dicho colegio. Un día la hermana Felicitas, que pertenecía al número de las que se habian ofrecido para la Misión de Luisiana, halló en los desvanes del convento una imagencita de la Santísima Virgen, y tomándola en las manos, le dirigió la siguiente súplica: «Madre mia, si allanáis los obstáculos que me impiden partir á Nueva Orleáns, os prometo trabajar con todas mis fuerzas para que seáis honrada con fervoroso culto». Poco después un venerable anciano

no de la Compañía de Jesús pidió al rey de España que permitiera la venida de las monjas francesas, petición que fué favorablemente despachada. En su virtud se embarcaron las tres religiosas para Nueva Orleáns, llevando cual precioso tesoro la pequeña imagen de la Virgen.

La hermana Felicitas llegó á ser superiora del convento, é hizo colocar la imagen en la capilla en bien aderezado nicho. Pronto fué objeto de especial devoción, la cual se manifestó de una manera especial en la fiesta de la Asunción. En este día la imagen fué puesta en altar portátil adornado con flores y cirios, recibiendo la entusiasta veneración de toda la comunidad, y las encargadas de las oficinas principales pusieron las llaves de la casa á los pies de la Virgen, declarándola con este hecho Madre y Señora de la casa.

Á principios del siglo XIX el convento corrió peligro de extinguirse. Habiendo pasado otra vez la Luisiana al dominio de Francia, diez y seis religiosas españolas que en él había, determinaron volver á su país natal. Elevaron humilde instancia al rey de España en que le pedían les permitiera su traslación, pero no teniendo paciencia para esperar la respuesta dejaron de improviso el convento, y se embarcaron para la Habana. Sólo siete religiosas permanecieron firmes en su antigua morada, teniendo que desempeñar todos los oficios de la casa y del colegio.

La Madre San Andrés Madier pensó invitar á una prima suya, que había sido expulsada del convento en Francia durante la revolución, llamada Hermana San Miguel. Esta buena religiosa, obligada á dejar el hábito, supo conservar su vocación de Ursulina. En la primera ocasión que le fué permitido, abrió una escuela en Montpellier ayudada de otra excelente religiosa. Por este tiempo llegó la carta de la Madre San Andrés invitán-

dola á que pasase á Nueva Orleáns para ayudarla en la educación de las niñas. Al momento se sintió fuertemente atraída á una misión tan noble y de donde podía resultar tanta gloria á Dios; pero se le agolparon á la imaginación serias dificultades que le parecían grandes como montañas. ¡Tener que dejar su escuela á que sentía grande afecto! ¡Tener que acudir al Papa para que autorizase su traslación! Pío VII estaba aún en Roma, pero cautivo por Napoleón, quien le había prohibido toda comunicación con el mundo cristiano. Parecía, pues imposible el permiso necesario. Sin embargo, como estaba dotada de ánimo varonil, escribió al Padre común de los fieles el 15 de Diciembre de 1808; mas antes de depositar la carta en el correo, postróse delante de una imagen de María diciéndole: «Oh Santísima Virgen, si alcanzáis pronta y favorable respuesta á mi demanda, os prometo hacer que seáis honrada en Nueva Orleáns bajo el título de Nuestra Señora del Pronto Socorro». María acogió benigna la plegaria, pues en 28 de Abril de 1809 el Romano Pontífice la autorizó para trasladarse á Nueva Orleáns á incorporarse en la Comunidad de Ursulinas. Agradecida á tal beneficio hizo esculpir una esbelta imagen de la Madre de Dios, que bendijo con paternal benevolencia el Sr. Obispo Fournier.

La Hermana San Miguel con sus compañeras, tomando la imagen de la Virgen, se embarcaron con rumbo á Nueva Orleáns, donde llegaron el 31 de Diciembre de 1810. Entonces la referida estatua, juntamente con la otra más pequeña, fué colocada en la capilla del convento. Desde esta fecha ambas estatuas han sido el objeto de la veneración pública, obteniendo los fieles por medio de ellas gracias espirituales y temporales.

Á fines del año 1812 se declaró horroroso incendio en el edificio contiguo al convento, que se vió muchas veces rodeado de llamas levantadas por el recio viento que

soplaba. Las Hermanas, creyéndose perdidas, se disponían á dejar la clausura, cuando una de ellas, llamada Hermana San Agustín, tuvo el feliz pensamiento de poner la imagen de la Virgen del Pronto Socorro en la ventana por donde empezaba á desarrollarse el fuego. La Hermana San Miguel exclamó toda conmovida: «Virgen del Pronto Socorro, estamos perdidas, si vos no nos ayudáis pronto». Inmediatamente amainó el viento, el fuego se fué debilitando poco á poco, y el claustro quedó salvo.

Otro beneficio no pequeño recibió la ciudad de Nueva Orleáns de la Santísima Virgen del Pronto Socorro. Era el año 1815 cuando la armada británica se presentó ante la ciudad para apoderarse del Estado de Luisiana. Quince mil combatientes tenía á sus órdenes el general inglés, mientras que Jackson, general norte americano, contaba sólo con seis mil. Trabóse la batalla, peleando los dos ejércitos con gran denuedo. Desde las ventanas del convento las Ursulinas veían las nubes de humo del tiroteo y oían el estruendo de los cañones. Ellas sabían muy bien que el general americano había jurado que si llegaba á ser vencido, los ingleses solo encontrarían en Nueva Orleáns montones de escombros y ceniza. Acudieron á Nuestra Señora del Pronto Socorro poniendo la imagen en el altar mayor, y postrándose á sus pies, la conjuraron con lágrimas viniese en su auxilio en tan apurado trance.

El santo Obispo de la diócesis, Mgr. Dubourg, ofreció el santo sacrificio de la misa delante de la imagen de la Santísima Virgen mientras continuaba el cañoneo en el campo de batalla. Las monjas sufrían entre tanto no poco ignorando el desenlace de la sangrienta tragedia; cuando he aquí que en el mismo momento de la consagración entra en la capilla un soldado gritando. «La victoria es nuestra». La misa terminó con un solemne

*Te Deum* en acción de gracias á Dios por el beneficio recibido.

El mismo general Jackson no dudó en atribuir á milagro de la Virgen tan señalada victoria. Así se lo manifestó al Obispo Dubourg primero, y á las Ursulinas después en una visita que les hizo para darles las gracias por las oraciones que habían dirigido al cielo implorando el buen éxito de la batalla. Desde entonces empezó á extenderse la devoción á la Santísima Virgen del Pronto Socorro en la ciudad de Nueva Orleáns. En 1851, á petición de Mgr. Antonio Blanc, el Papa Pío IX concedió permiso para cantar misa y *Te Deum* todos los años en honor de la Virgen milagrosa, dándole gracias por la victoria obtenida merced á su intercesión.

Creciendo la fama de esta imagen, el Ilmo. Arzobispo D. Francisco Janssens, al hacer la visita *ad limina*, solicitó de la Santa Sede la gracia de poderla coronar. Presentó al sabio León XIII fina estampa de Nuestra Señora del Pronto Socorro con la relación de los milagros dispensados á sus fieles, y el Papa la recibió con particular agrado, colocándola en su breviario como un recuerdo de Nueva Orleáns. Entonces el Prelado le propuso la idea de la coronación, á la que el Papa accedió gustoso. Pocos días más tarde Monseñor Janssens tenía la dulce satisfacción de recibir el rescripto del tenor siguiente:

Desde el año 1809 ha venido siendo objeto de la pública veneración por parte de los fieles la imagen de la Santísima Virgen María, bajo el título del Pronto Socorro, en la Capilla de las Religiosas de Santa Úrsula en la ciudad de Nueva Orleáns en los Estados Unidos de América. Y las muchas gracias recibidas de la Virgen del Pronto Socorro, manifiestan cuánto agrada á la Santísima Virgen ser honrada bajo este título. El Excelentísimo Sr. Arzobispo de Nueva Orleáns por esta

razón ha declarado á la Santísima Virgen por Patrona de todo el Estado de Luisiana bajo este mismo título, para excitar más y más la confianza y devoción de los fieles hacia la Madre de Dios. Y la Madre Superiora de las Hermanas de Santa Úrsula del mismo monasterio ha pedido con instancia á la Santa Sede se expida el decreto de la coronación de la referida imagen, y el mismo señor Arzobispo ha apoyado con toda su autoridad la anterior petición; por lo cual su Santidad el Papa León XIII, conforme á la instancia presentada por el abajo firmado Secretario de la Congregación de la Propagación de la Fe en la audiencia del 17 de Junio de 1894, se ha dignado recibir benignamente las preces del suplicante Arzobispo de Nueva Orleáns.

Por lo tanto su Santidad ha mandado dar el presente decreto por el cual concede al Arzobispo de Nueva Orleáns todas las facultades oportunas y necesarias para proceder en nombre de su Santidad á la solemne Coronación de la imagen de Nuestra Señora del Pronto Socorro, expuesta á la veneración pública en la predicha Capilla.

Dado en Roma, en el palacio de la S. C. de Propaganda Fide el 21 de Junio de 1894.

M. Card. Ledochowsky, Prefecto.

A. Arzob. de Larisa, Srio.

La ceremonia de la Coronación se celebró con la asistencia de todos los Obispos de la Luisiana y ante un concurso innumerable de pueblo, pocas semanas después de la Coronación de Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico, es decir, en Noviembre de 1895.



NUESTRA SEÑORA DE LA CARIDAD DEL COBRE (CUBA)

## CAPÍTULO XIV

### Nuestra Señora de la Caridad del Cobre (Cuba)

SUMARIO.—I. Cuba. II. Feliz hallazgo. III. Origen de la Santa Imagen. IV. Primera capilla. V. El Santuario.

#### I

#### CUBA

Á la entrada del golfo de Méjico se levanta del fondo de los mares la isla de Cuba, la más extensa, poderosa y rica de las Indias occidentales. Por sus bellezas naturales tiene bien justificado el título de *perla de las Antillas*, con que es generalmente conocida.

Hállase comprendida entre los grados  $19^{\circ} 48'30''$  y los  $23^{\circ} 12'45''$  latitud norte. En su mayor longitud mide mil doscientos ventidós kilómetros y en su mayor anchura doscientos seis, y su superficie, comprendiendo los islotes que esmaltan sus aguas litorales y que en el país denominan *cayos*, es de ciento setenta y ocho mil ochocientos treinta y tres kilómetros cuadrados. La población llega ahora á millón y medio de habitantes. El clima es cálido y húmedo y se resiente la proximidad del golfo de Méjico, uno de los mayores focos de calor del globo y patria de la fiebre amarilla.

Lo que la hace verdaderamente hermosa es su espléndida vegetación. Calcúlase que la acción productiva del suelo es dieciocho veces mas enérgica en

Cuba que en los países de Europa medianamente fértiles. La selva virgen cubana presenta todos los caracteres de frondosidad y exuberancia, que caracterizan á la flora ecuatorial americana. La calma más profunda, un reposo sublime y cierta majestad selvática á la par que melancólica dominan el paisaje. El rumor producido por el viento al agitar las ramas de los árboles, el canto de las aves, el zumbido de los insectos y esos mil rumores vagos, indefinidos é inexplicables que se alzan del seno de la naturaleza, forman la música de cuadro tan grandioso. Plantas trepadoras constituyen tupida red enlazando árboles de todas especies y dimensiones, hasta formar del bosque un todo compacto, en el cual no se puede penetrar si no siguiendo los senderos estrechos y tortuosos trazados por el ganado, ó abriéndose paso con el machete. Las tales enredaderas se llaman comunmente *lianas* ó *bejucos*. Á éstas hay que añadir otras plantas parásitas, que viven en su compañía, y cuyos tallos, gruesos como cables, se enroscan en los troncos de los gigantes del bosque hasta impedir en ellos la circulación de la savia y dejarlos muertos y carcomidos. Las principales de estas especies son el *jagüey* y el *copey*.

Son abundantísimas las plantas alimenticias, sabrosas y sanas, tales como el plátano, que para los campesinos suple al pan, la batata, la yuca dulce, el sagú, el ñame y la papa. Las frutas son variadas y de gusto delicado. Citaremos la piña, el nispero, mamey colorado y amarillo, la guayaba, el aguacate y otra infinidad. Entre los árboles sobresale la palmera, de la cual han sido clasificadas treinta y dos especies. Entre los vegetales más útiles se encuentra la caña de azúcar, el tabaco y el café, que constituyen la riqueza de innumerables haciendas y son los artículos del principal comercio.

El aspecto de toda la isla de Cuba es embelesador

por la multitud de puertos abrigados que existen en sus dilatadas costas, por sus montañas todas alfombradas de verdura y por los valles regados por más de doscientos ríos de escasa anchura, pues apenas nacen en las montañas, han de desembocar en el mar.

Colón descubrió esta grandiosa isla el 27 de Octubre de 1492, y quedó admirado de la extensión de sus costas; y hasta se convenció de que era tierra firme. Su conquistador fué Diego Velázquez, que fundó las ciudades más importantes, como Habana, Santiago, Puerto Príncipe, Sancti-Spiritus, Bayamo, Baracoa. Diversas naciones habían querido arrebatár á España esta rica perla de su corona, pero no lo pudieron lograr. Á causa de que la metrópoli no siempre enviaba para el gobierno y administración de la isla hombres probos, morigerados, de arraigadas creencias religiosas, que procurasen el progreso y la cultura de los naturales, éstos lucharon para obtener la independencia. Los Estados Unidos apoyaron á los insurrectos; y por el tratado de París de 1898, España renunció para siempre á Cuba y á Puerto Rico. La descubridora del Nuevo Mundo quedó así sin un palmo de tierra en esta América, que Dios le había concedido para premiar su fe y sus hazañas en ocho siglos de guerra contra los agarenos. España ha ganado materialmente con la pérdida de las colonias, pues á causa de la pésima administración de sus ministerios conservador y liberal, presididos por Cánovas del Castillo y Sagasta, sólo le imponía sacrificios pecuniarios y la flor de su juventud. Lo sensible es el modo con que fué despojada de su dominio.

El primero de Mayo de 1902 los Estados Unidos concedieron la independencia á Cuba; pero reteniéndola atada con trabas tales, que en día quizás no lejano le sirvan de pretexto para declarar su anexión.

La capital de la República de Cuba es la pintoresca

ciudad y puerto de la Habana, de bahía tranquila como un lago, defendida por el famoso castillo del Morro. Su población se acerca á doscientos cincuenta mil habitantes.

En lo eclesiástico Cuba estaba dividida en dos diócesis; el arzobispado de Santiago, erigido en 1522 por Adriano VI, y el obispado de la Habana, que lo fué en 1787 por Pío VI. El año de 1903 León XIII creó las diócesis de Cienfuegos y Pinar del Río.

Dos templos hay en la isla consagrados á la Santísima Virgen, á los cuales van los cubanos en piadosas romerías. El más importante es el dedicado á Nuestra Señora de la Caridad y de los Remedios, más conocida con la advocación de *Nuestra Señora del Cobre*, de la villa en que es venerada. El Cobre, que dista cuatro leguas de la ciudad de Santiago, cuenta tres mil quinientos habitantes. Su término es montañoso y muy abundante en minas del metal que da su nombre á la villa y al ayuntamiento, y lo riegan los ríos Cauto, Casabe, Caimanes, y algunos brazos afluentes del Yarayabo.

## II

### FELIZ HALLAZGO

En cierta mañana de 1607, ó según otros de 1608, dos hermanos indígenas, llamados Juan y Rodrigo de Joyos, y el criollo Juan Moreno, que frisaba en los diez años, fueron enviados por el administrador de la estancia ó hato de Varajagua á buscar sal en las orillas de la bahía de Nipe. Denominanse *hatos* ó estancias los establecimientos, que en tiempos antiguos se destinaban á la cría de ganado vacuno y preparación de carnes, que cortadas en largas tiras y convenientemente

saladas, se dejan secar al aire libre, defendiéndolas de la lluvia. La carne así preparada se llama en España y Cuba *tasajo*, y en algunas Repúblicas americanas *charqui*. Componíanse dichos establecimientos, además de la habitación del dueño ó administrador, de cobertizo para la matanza, y casas ó bohíos fabricados de palmas y yaguas para los trabajadores de la finca.

El hato de Varajagua pertenecía al gobierno español y se hallaba á cuatro leguas del Real de las minas de Cobre. Era muy extenso, contaba con numerosos potreros ó dehesas, donde pacía numeroso ganado, y surtía con abundancia de carne al pueblo. La sal, que es uno de los elementos más indispensables para su industria, la recogían en las salinas naturales que se encuentran en toda la costa norte de la isla y especialmente en la bahía de Nipe, que fué el punto señalado á los indígenas y al criollo á quienes hemos hecho referencia.

Llegados á la orilla, encontraron el mar agitadísimo á causa del fuerte viento que soplaba acompañado de copiosa lluvia. Viendo que les era imposible ejecutar la tarea, se refugiaron en el bohío llamado Cayo Francés, donde permanecieron tres días, al cabo de los cuales, serenado el tiempo, pudieron embarcarse en débil canoa y dirigirse á las salinas de la costa. Serían como las cinco de la mañana, cuando alcanzaron á descubrir entre las brumas de la aurora un bulto, que, flotando sobre las aguas, venía hacia ellos. Creyeron al pronto que era una ave acuática que á ellos volaba; pero se hallaron agradablemente sorprendidos al reconocer que era una devota imagen de la Virgen María. Venía ésta sobre una pequeña tabla en la cual leíase la siguiente inscripción: *Yo soy la Virgen de la Caridad*.

La altura de la imagen es como de quince pulgadas. Su rostro redondo, de color blanco, y con cierto aire español. En el brazo izquierdo tiene á su divino Niño,

pequeñito, sosteniendo en una mano la esfera, símbolo del mundo, y la otra levantada en actitud de dar la bendición. Todo su aspecto inspira respeto y veneración.

Tomaron los felices tripulantes aquella preciosa joya, cual inestimable don enviado del cielo, y notaron en ella que ni la orla del vestido de la Señora se había mojado. Enajenados de gozo, recogieron de priesa tres tercios de sal, y regresando á Cayo Francés, colocaron la imagen en una barbacoa, mientras se preparaba el modo de conducirla al hato de Varajagua.

No tardaron mucho tiempo en hacer el traslado; pues noticiosos los dependientes y trabajadores de la visita que les venía, dispusieron un modesto altar y rebosando alegría salieron á recibirla. El Mayoral del hato despachó un mensajero, que diera cuenta de lo ocurrido al Administrador Real de minas del Cobre, D. Francisco Sánchez de Moya. Ordenó éste, que se le fabricase desde luego ermita, y envió una lámpara de cobre para que ardiese constantemente una luz delante de la imagen. En pocos días estuvo construida la ermita de encujado y palma, y encargóse de cuidar de la lámpara Diego de Joyos, hermano de los afortunados descubridores de la Virgen.

No satisfecha todavía la piedad del Administrador, envió una comisión de sujetos competentes, presidida por el Sr. Cura del pueblo, para que levantase entera y cabal información de lo sucedido, y condujese procesionalmente la imagen al pueblo del Cobre. Los comisionados, después de haberse postrado de hinojos ante la imagen en su pobre ermita y haber entonado varios cantos en su honor, recibieron de los testigos información detallada acerca de la aparición, y dispusieron unas andas que adornaron del mejor modo posible. En ellas colocaron la efigie milagrosa, y cargándolas sobre sus propios hombros, rodeados de todos los vecinos del hato,

se dirigieron al Cobre. Detuviéronse en el Corralillo por orden del Sr. Sánchez de Moya, mientras el pueblo se preparaba para recibir dignamente á la Señora. Las casas se vistieron de gala con palmas y colgaduras; los habitantes en masa, con la milicia y el Administrador, que llevaba el pendón real, se dirigieron en procesión al Corralillo. Puestos en presencia de la santa efigie cayeron de rodillas; el Administrador, después de tremolar el pendón real, lo abatió ante ella y la reconoció por Reina de la isla. Rompieron en seguida la música y las salvas de artillería, y entre vivas y aplausos, fué conducida la Virgen al pueblo y se la colocó en el altar mayor de la iglesia parroquial.

Dejémosla allí mientras retrocedemos á averiguar su origen, que aunque envuelto en tinieblas, podemos descubrirlo con seguridad moral.

### III

#### ORIGEN DE LA SANTA IMAGEN

Alonso de Ojeda fué uno de los más diestros y valientes capitanes que vinieron al Nuevo Mundo. Contaba 28 años cuando acompañó á Colón en su segundo viaje. Un historiador hace de él esta descripción: «era pequeño de estatura, ágil hasta causar sorpresa, y en todos los ejercicios de las armas maestro consumado; tenía el genio pronto y la vista perspicaz; era valiente hasta la temeridad, vengativo hasta la crueldad, tierno de corazón con los débiles, pendenciero y duelista, pero hondamente creyente y por extremo observante de sus deberes religiosos». Enseñado á combatir en las guerrillas contra los moriscos de Granada, nadie le aventajaba en este género de combates; así es que se distinguió en la conquista de la isla de Santo Domingo. Hubo día que

con solos 50 soldados derrotó á diez mil indios. Regresó á España, y por su cuenta armó un flota para hacer nuevos descubrimientos. Recorrió la isla de Trinidad, las costas de Venezuela, y llegó cerca de la actual Cartagena en el golfo de Darién. Construyó una fortaleza llamada San Sebastián, pero eran hostigados continuamente por los feroces indios. Estaban ya próximos á morir de hambre, cuando llegó un pirata, de apellido Talavera, que les vendió á precio de oro algunas provisiones que tenía en su bergantín y había robado en la Española. Entonces Ojeda resolvió ir personalmente á buscar recursos en esta isla. Se embarcó con algunos compañeros en el bergantín de Talavera, dejando los demás á las órdenes de Francisco Pizarro, el futuro conquistador del Perú. Apenas el pirata tuvo al gobernador del Darién en su poder, lo encadenó y rehusó darle libertad.

Desatóse frente á la isla de Cuba furiosa tempestad, que amenazaba sumergirlos en el abismo. Talavera soltó entonces á Ojeda para que los librase del naufragio, porque no sólo era jefe de primer orden, sino también hábil marino. Desgraciadamente era ya sobrado tarde cuando acudieron á pedirle consejo. La embarcación se estrelló contra los arrecifes de la costa y se hizo pedazos, logrando salvarse la tripulación. Más los indígenas, escarmentados con los vejámenes sufridos por los moradores de Santo Domingo, no quisieron favorecerlos, y temiendo ellos que les quitasen la vida, principiaron á correr las orillas cenagosas de la isla. Muchos murieron de hambre y de fatiga en los pantanos, por medio de los cuales habían de transitar de día, pasando las noches abrazados de los mangles para no perecer ahogados. De esta manera habían caminado cuarenta días, habiendo perecido la mitad de los compañeros, cuando lograron salir del pantano y ser recibidos con hospita-

lidad por el cacique del caserío cercano de Jagua. Allí se repusieron de sus penalidades y cobraron aliento para seguir trabajando por Dios y por su patria.

Deseoso Ojeda de manifestar su gratitud al cacique, le regaló la estatua de la Santísima Virgen, que siempre llevaba consigo, á quien se encomendaba en el ardor de las refriegas y que le había sostenido en sus desmayos. Le explicó del modo mejor que pudo los principales dogmas del catolicismo y cuanto concierne al culto de la Madre de Dios, y le ayudó á construir con sus propias manos humilde ermita á la efigie, que fué la primera que hubo en la isla.

El bondadoso cacique escuchó atento el discurso, y aunque no entendió perfectamente la explicación, concibió profunda veneración hacia la imagen bendita de la Reina de los cielos. Este sentimiento lo infiltró en el corazón de sus vasallos, los cuales procuraron mantener aseado el oratorio, lo adornaban con colgaduras de algodón elaboradas por ellos mismos, le ofrecían donativos, compusieron cantares que entonaban al son de instrumentos rústicos y bailaban candorosamente en su presencia.

Un prodigio singular atestiguado por tradición constante, hizo que los indios de la tribu se confirmaran en la fe y en el amor á la Madre de Dios y de los hombres.

Quando Ojeda era huésped todavía del cacique de Cueiba, hubo de ayudarle en la guerra que éste tuvo con su vecino. Viendo los enemigos que Ojeda siempre salía victorioso, pensaron que no podía atribuirse tal fortuna sino á la protección de la Virgen que le acompañaba, y quisieron experimentar si sería más poderosa que sus ídolos. Á este fin se reunieron los caciques de ambos ejércitos, y convinieron en dejar en una llanura dos jóvenes por cada parte, perfectamente ligados con cordeles, implorando el auxilio de sus dioses. Aquéllos

que sin humano auxilio quedaran libres de las ataduras proclamarían la victoria, entregándose como vencido el ejército contrario. Así lo verificaron. Dos jóvenes invocaban á los ídolos y los otros dos, instruidos por Ojeda, invocaban al Dios de los cristianos poniendo por intercesora á la Virgen Inmaculada no cesando de repetir: *Ave María, Ave María*. En aquel instante se cortaron las cuerdas de éstos, y entusiasmados dieron el grito de victoria. Con esto quedó perfectamente establecido el culto de la Madre de Dios.

Poco después Ojeda y sus compañeros fueron recogidos por Esquivel, gobernador de Jamaica, enviado por Pánfilo de Narváez (1).

El Padre Fray Bartolomé de las Casas, que es el que ha conservado memoria de estos hechos, añade una anécdota en que él mismo fué actor.

Un día, después de la partida de Ojeda, llegó á Cueiba y celebró la santa misa en la ermita, que estaba limpia como la plata, y asistió buen número de indios, que oyeron atentos la instrucción catequística que les hizo y le presentaron los niños para que los bautizase. Como tuviese gran deseo de poseer la famosa imagen de Ojeda por la estima en que la tenía este conquistador, propuso al cacique cambiársela por otra que llevaba consigo; pero éste dió respuesta evasiva, anduvo todo aquel día pensativo, y al siguiente no compareció. Al ir Las Casas á celebrar en el oratorio notó que la preciosa efigie había desaparecido del altar. El cacique, cogiéndola de noche, había huído á ocultarla en el bosque.

(1) Ojeda murió años después, desengañado del mundo por injusticias que cometieron los hombres. Se había acogido al convento de los frailes menores de Santo Domingo, y pidió que se le enterrara á la entrada del templo, para que su tumba fuese hollada por los que iban á orar y castigar así sus pecados capitales: el orgullo y la soberbia.

Inútilmente se le envió un mensajero asegurándole que no se le quitaría la reliquia. No salió del bosque hasta que supo que el Padre se había retirado del pueblo; entonces colocó de nuevo la estatua en el altar.

La devoción fué propagándose rápidamente, y era tanto el afecto de los indios á Nuestra Señora de la Caridad, que cada vez que los conquistadores se acercaban al cacicato, trasladaban la imagen al bosque y la escondían entre las espesas ramas de los árboles. Así se explica que en una de esas ocasiones los ríos salidos de madre arrastrasen la imagen hasta la bahía de Nipe, donde la encontraron los indios y el criollo.

## IV

## PRIMERA CAPILLA

Tres años permaneció la santa imagen en el templo parroquial, cuando un suceso, que se creyó milagroso, hizo conocer á los vecinos del Cobre que la Señora deseaba tener capilla separada. Una niña inocente, llamada Apolonia, yendo un día á buscar á su madre, que se hallaba en las minas, creyó ver la imagen bendita sobre una peña en el mismo sitio donde tiene hoy su altar. Bajó corriendo al pueblo dando voces de que la Virgen de la Caridad estaba en el cerro. Examinada por el párroco, dió respuestas al parecer tan sinceras, que se resolvió erigir una capilla de cujes y embarrado y cubierta de teja; pero hubo desacuerdo acerca del sitio donde debía erigirse. Unos querían que fuese en la misma roca donde la había divisado Apolonia; otros que en el lugar conocido por la Cantera; y no faltaron quienes se decidieron por un cerrito que está camino de Santiago. Como no era fácil conciliar tan diversas opiniones acordaron implorar las luces del Espíritu Santo.

que sin humano auxilio quedaran libres de las ataduras proclamarían la victoria, entregándose como vencido el ejército contrario. Así lo verificaron. Dos jóvenes invocaban á los ídolos y los otros dos, instruidos por Ojeda, invocaban al Dios de los cristianos poniendo por intercesora á la Virgen Inmaculada no cesando de repetir: *Ave María, Ave María*. En aquel instante se cortaron las cuerdas de éstos, y entusiasmados dieron el grito de victoria. Con esto quedó perfectamente establecido el culto de la Madre de Dios.

Poco después Ojeda y sus compañeros fueron recogidos por Esquivel, gobernador de Jamaica, enviado por Pánfilo de Narváez (1).

El Padre Fray Bartolomé de las Casas, que es el que ha conservado memoria de estos hechos, añade una anécdota en que él mismo fué actor.

Un día, después de la partida de Ojeda, llegó á Cueiba y celebró la santa misa en la ermita, que estaba limpia como la plata, y asistió buen número de indios, que oyeron atentos la instrucción catequística que les hizo y le presentaron los niños para que los bautizase. Como tuviese gran deseo de poseer la famosa imagen de Ojeda por la estima en que la tenía este conquistador, propuso al cacique cambiársela por otra que llevaba consigo; pero éste dió respuesta evasiva, anduvo todo aquel día pensativo, y al siguiente no compareció. Al ir Las Casas á celebrar en el oratorio notó que la preciosa efigie había desaparecido del altar. El cacique, cogiéndola de noche, había huído á ocultarla en el bosque.

(1) Ojeda murió años después, desengañado del mundo por injusticias que cometieron los hombres. Se había acogido al convento de los frailes menores de Santo Domingo, y pidió que se le enterrara á la entrada del templo, para que su tumba fuese hollada por los que iban á orar y castigar así sus pecados capitales: el orgullo y la soberbia.

Inútilmente se le envió un mensajero asegurándole que no se le quitaría la reliquia. No salió del bosque hasta que supo que el Padre se había retirado del pueblo; entonces colocó de nuevo la estatua en el altar.

La devoción fué propagándose rápidamente, y era tanto el afecto de los indios á Nuestra Señora de la Caridad, que cada vez que los conquistadores se acercaban al cacicato, trasladaban la imagen al bosque y la escondían entre las espesas ramas de los árboles. Así se explica que en una de esas ocasiones los ríos salidos de madre arrastrasen la imagen hasta la bahía de Nipe, donde la encontraron los indios y el criollo.

## IV

## PRIMERA CAPILLA

Tres años permaneció la santa imagen en el templo parroquial, cuando un suceso, que se creyó milagroso, hizo conocer á los vecinos del Cobre que la Señora deseaba tener capilla separada. Una niña inocente, llamada Apolonia, yendo un día á buscar á su madre, que se hallaba en las minas, creyó ver la imagen bendita sobre una peña en el mismo sitio donde tiene hoy su altar. Bajó corriendo al pueblo dando voces de que la Virgen de la Caridad estaba en el cerro. Examinada por el párroco, dió respuestas al parecer tan sinceras, que se resolvió erigir una capilla de cujes y embarrado y cubierta de teja; pero hubo desacuerdo acerca del sitio donde debía erigirse. Unos querían que fuese en la misma roca donde la había divisado Apolonia; otros que en el lugar conocido por la Cantera; y no faltaron quienes se decidieron por un cerrito que está camino de Santiago. Como no era fácil conciliar tan diversas opiniones acordaron implorar las luces del Espíritu Santo.

En tres noches seguidas vieron tres columnas luminosas que parecían descender desde las nubes hasta el sitio donde dijo Apolonia que había visto á Nuestra Señora. Creyeron que ésta era la señal con que Dios mostraba su voluntad; pero como el paraje era demasiado fragoso, trataron de edificar la capilla á 190 pasos de distancia, sobre la mina que llaman del Ermitaño. Allí fué trasladada con inusitada pompa y universal regocijo la imagen milagrosa.

Mas pronto hubo de cambiarse de domicilio á otra capilla que se fabricó en el mismo sitio donde brillaron las luces. El motivo fué, que pasando debajo de la capilla una rica veta de la mina del Ermitaño, el administrador, velando los intereses del tesoro español, mandó enrasar el cerro y edificar nueva capilla; bien que salieron fallidas sus esperanzas, pues la veta de cobre se convirtió en cuarzo de difícil extracción y de escasa utilidad.

Para cuidar la capilla Dios proporcionó dos varones de acendrada piedad y desengañados de las vanidades del mundo. El primero llamábase Matias Olivera. Siendo muy joven, se había encontrado en la célebre batalla de Lepanto, que la armada cristiana capitaneada por D. Juan de Austria sostuvo contra los turcos desbaratándolos completamente, y luego pasó de soldado á Santo Domingo. De esta isla salió en una canoa con dos compañeros, y abordaron á las playas de Cuba. Éstos dirigieron sus pasos á Santiago, mientras él se internó en el monte, proponiéndose hacer vida solitaria.

Saliendo á cazar unos vecinos del Cobre oyeron repetidos ladridos de los perros hacia una cavidad del monte; fueron allá, y encontraron á Olivera, varón ya de edad proveya, con larga barba y casi desnudo. Dieron parte al Administrador, el cual propuso al solitario cuidase de la capilla de Nuestra Señora, encargo que

aceptó benévolamente, y hasta su muerte duró en el oficio, siendo favorecido con muchos milagros.

Muerto Matias de Olivera, la Santísima Virgen movió el ánimo del portugués Melchor Fernández Pinto, á que se dedicara á la custodia de su capilla. Fernández era comerciante, que traficaba entre Cartagena, Jamaica y Cuba. Un día cayó prisionero de los ingleses, que lo despojaron de todo lo que traía y lo arrojaron á las costas de Bayamo. Viéndose en este desamparo, iluminado por la gracia, resolvió hacer vida penitente y preocuparse únicamente de la salvación de su alma. Proyectaba edificar capilla á la imagen de Nuestra Señora de los Remedios, que llevaba consigo y de quien era ardiente devoto, cuando llegó á confesarse con el docto chantre de la catedral de Santiago, el cual le aconsejó que más bien se consagrara á guardar la Virgen del Cobre, cuyo ermitaño acababa de fallecer. Provisto de recomendación del canónigo, obtuvo el destino. Pronto hizo construir un nicho de madera para la Señora, y al colocarla se arrojó á sus pies y le dijo: «Ea, Señora, aquí tenéis á vuestro esclavo, que ya no buscará más Virgen de los Remedios, porque en vuestra caridad los tengo todos; mostraos ser madre para mí, que yo desde hoy os llamaré madre mía de la Caridad y de los Remedios». Éste es el origen del título de los Remedios, que se añadió al de Nuestra Señora de la Caridad.

En los libros del santuario se refiere el siguiente prodigio que obró la Santísima Virgen por medio de este ermitaño. Agustín Luyala entregó á Melchor Fernández su hijo Domingo para que, viviendo en su compañía le instruyese en la ley y en el santo temor de Dios. Una tarde, sin licencia del ermitaño bajó al pueblo; pero con su poca experiencia, no vió un carro que venía cargado de metal; así es que cogiéndole la rueda, le oprimió la cabeza y las mandíbulas, con tanta fuerza,

que le produjo abundante hemorragia de sangre por boca, oídos y nariz, y los ojos se le saltaron de las órbitas, quedando casi como colgados. En tal estado lo llevaron al padre, que inmediatamente acudió al ermitaño. Éste con gran fe y lágrimas invocó á la Virgen de la Caridad, y con el aceite de la lámpara ungió los sentidos del moribundo, y luego, como quien despierta á uno que duerme, le llamó en voz alta: *¡Domingo!* Al instante el niño abrió los ojos respondiendo: *¡señor ermitaño!*

La fama del prodigio se extendió por todo el pueblo, contribuyendo á que se avivase el amor que profesaban á su Patrona.

#### EL SANTUARIO

Á la muerte del ermitaño Melchor Fernández, el Arzobispo de Santiago confió la guarda de la Capilla á capellanes. El primero de ellos fué el presbítero D. Onofre de Fonseca, que por la gran devoción que tenía á la Señora se cambió el apellido por el de Caridad. Increíble es el entusiasmo con que trabajó para acrecentar el culto. En el año 1703 escribió la primera historia de la aparición, que ha quedado inédita. Logró que dos acaudalados caballeros, D. Bartolomé Girón y D. Manuel Portales Ríos, fundaran capellanías para el culto de María y para la subsistencia del sacerdote encargado de la ermita. Pero su obra más meritoria y que le ha conquistado mayor renombre, es haber edificado el santuario y la hospedería para los romeros, que aún subsiste.

Viendo que de toda la isla y de otras regiones venían gentes á implorar las bondades de la Virgen de la Caridad, comprendió que la ermita era excesivamen-

te pequeña para el concurso; y así zanjó los cimientos del santuario en el mismo paraje donde la había visto la niña Apolonia y donde brillaron las tres columnas luminosas. Hállase, pues, situado el templo en lo alto de un cerrito que dista 430 pasos de la villa del Cobre, rodeado de un terraplén, el cual forma una plazoleta de 27 metros cuadrados, llena de plantas y flores. Se sube á él por suave cuesta de ladrillos con escalones de trecho en trecho. El templo es de una sola nave de 24,66 metros de largo por 8,15 de ancho. Las paredes están elegantemente pintadas al fresco y llenas de exvotos y ricos donativos. Hay cinco altares; el mayor es de piedra y mármol, casi revestido de plata, en su centro está el camarín de la Virgen. La imagen, que ya hemos descrito antes, está vestida con túnica ricamente bordada, y manto que pende de la cabeza. Está de pie sobre nube de madera. Además de la corona imperial de oro fino que ciñe su cabeza, tiene círculo de doce estrellas con una esmeralda en cada una de ellas. Con sus plantas huella media luna de plata y al respaldar campea el dorado y resplandeciente sol. El Niño tiene también vestido de valiosas telas y corona de oro con brillantes en la cabeza.

Las joyas que le han regalado sus devotos representan crecida suma de dinero. Desgraciadamente á principios del año 1899, manos sacrílegas, que no fueron de eubanos sino quizás de luteranos, enemigos de la fe católica, forzaron la puerta de la sacristía que da al campo, y no contentos con robar las alhajas, especialmente la corona y el resplandor de oro con piedras preciosas, cortaron la cabeza de la santa imagen que tenía un diamante en la frente y se la llevaron, como también el divino Niño. Espanto y horror causó en toda la isla el sacrílego crimen. Muy pronto se hicieron las debidas pesquisas para averiguar los autores del atentado; y

aunque no se logró descubrirlos, encontráronse las alhajas despedazadas y la cabeza de la efigie y el Niño intactos. Se labraron de nuevo y con los mismos materiales las coronas y el resplandor. Un sacerdote benemérito regaló otras de gran precio. Celebróse ostentosa función de desagracios, de modo que del mal resultó un día de gloria para la Virgen y de nuevos bríos para los católicos hijos de Cuba.

La fiesta principal del santuario se celebra anualmente el 8 de Septiembre con gran concurso. En años anteriores, según refiere el Dr. D. Vicente de la Fuente, durante los días de la novena y fiesta se colocaba la imagen en el centro de la iglesia y en altar portátil bajo trono de marfil y carey con adornos é incrustaciones de oro y plata rodeada de doce ángeles que sostenían antorchas en sus manos.

Al santuario del Cobre acuden fieles de toda la isla de Cuba y demás Antillas. Los pobres y los enfermos van en busca de alivio, y son innumerables los prodigios que se dicen alcanzados merced á la santa imagen, muchos de ellos hállanse consignados en las novenas impresas. Militares, eclesiásticos y sabios han ido allí á rendir homenaje á la Madre de Dios. El Venerable Padre Claret, al llegar en 1851 á tomar posesión de su diócesis de Santiago, procuró visitar á Nuestra Señora de la Caridad, y le consagró la grey que el cielo le había confiado. La devoción á la Señora se ha extendido mucho. En Guanabacoa hay cofradía y se celebra fiesta en el templo de Santo Domingo; tiene altar en la parroquia de Monserrat y en el santuario de Regla en Habana.

Uno de los más activos propagadores del culto de esta imagen fué el Padre franciscano fray José de la Cruz Espí, vulgarmente conocido por el P. Valencia, á causa de ser natural de dicha ciudad en España. La obediencia lo envió á Méjico de capellán de minas, y en 1813

fué trasladado á Puerto Príncipe de Cuba, donde vivió 25 años. Fundó la capilla de San Roque con hospedería de leprosos. Murió el 2 de Mayo de 1838. Su entierro fué un triunfo; le cortaban pedazos de hábito para reliquias, y hasta se refieren milagros obrados en esa circunstancia.

D. Gaspar Betancourt, conocido por el *lugareño*, decía á los leprosos:

Tristes leprosos, adornad de flores  
La tumba en que reposa el noble anciano  
Que siempre consoló vuestros dolores,  
Que curó vuestras llagas con su mano.  
Muros sagrados, do su voz piadosa  
Por tantas veces resonó ferviente,  
Proteged esa tumba y esa losa,  
Conservadlas en paz eternamente.

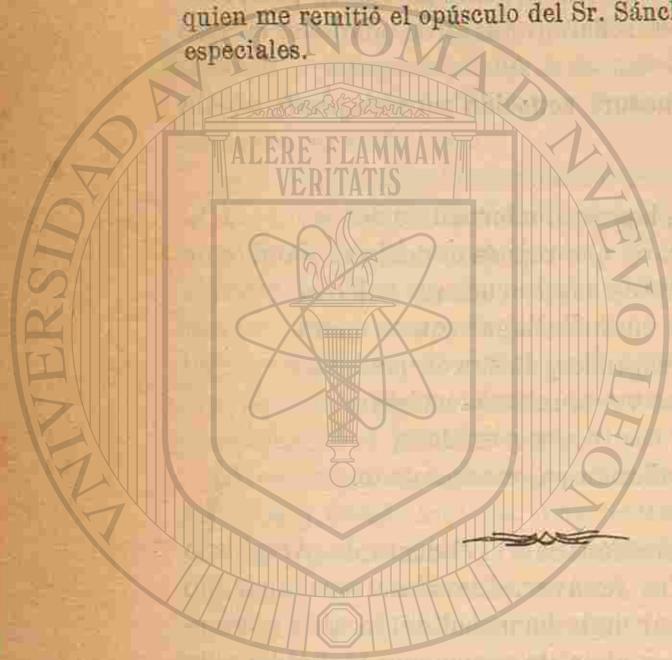
El 25 de Agosto de 1851 el Venerable Arzobispo Claret reconoció el cadáver. Llevaba trece años de sepultado; y á pesar de la humedad del local se conservaba con la piel completa, lo mismo que el hábito y la estola morada (1).

**Autoridades.**—*Historia del santuario de Nuestra Señora de la Caridad* escrita por el capellán D. Bernardino Ramírez en 1830.—*Historia de la Aparición de la Santísima Virgen de la Caridad y de los Remedios del Cobre*, por el presbítero D. Tirso Sánchez y Cisneros, director de *El Católico*—Santiago de Cuba, 1902.

Tengo contraída deuda de gratitud con el M. I. Sr. Dr. Don

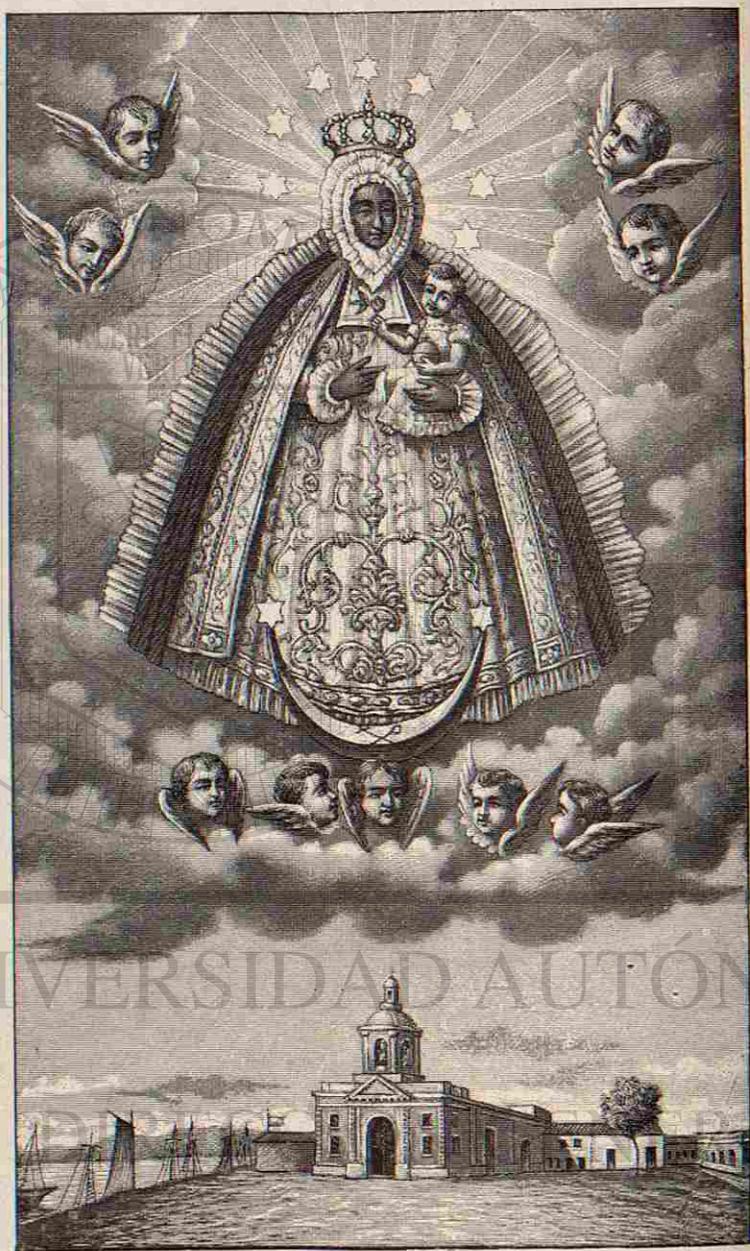
(1) Datos tomados de un artículo del Sr. D. Ildefonso Rodríguez Fernández, publicado en *La Lectura Católica* de Madrid, 23 Febrero 1885.

Mariano de Juan y Gutiérrez, Deán de la Santa Basílica de Cuba, y antiguo profesor de Cánones en el colegio del Escorial en España, cuando lo dirigía el Venerable Claret, Fundador de la Congregación á que tengo el honor de pertenecer, quien me remitió el opúsculo del Sr. Sánchez y otras noticias especiales.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



NUESTRA SEÑORA DE LA REGLA, PATRONA DE LA BAHÍA

## CAPÍTULO XV

### Nuestra Señora de Regla en la Habana.

SUMARIO.—I. Un voto en el mar. II. Ermita de Regla. III. Empeño cumplido. IV. Sucesos memorables. V. El actual Santuario.

#### I

#### UN VOTO EN EL MAR

Terrible es en las Antillas el ciclón, que equivale á furioso huracán. Pero si en tierra arranca de cuajo los árboles, derriba edificios y causa otros trastornos, es más imponente todavía en el mar, pues juega con los débiles esquifes, y parece querer envolverlos y sumergirlos en lo profundo.

El 24 de Octubre de 1692, fiesta del Arcángel San Rafael, veíase en crítica situación una atrevida nave, que, habiendo salido de San Juan de los Remedios, se dirigía á la bahía de la Habana. Gobernaba las maniobras un hábil y experto piloto, hijo de las costas cubanas, avezado desde su infancia al trabajo y á la lucha; pero toda su serenidad y pericia se estrellaban ante la furia del vendabal, que por momentos arreciaba. Las olas venían á chocar con ímpetu irresistible contra los costados del barco, que daba sacudidas violentas y parecía se iba á romper en cien pedazos sepultándose en la mar. Los pasajeros refugiados en la cámara, creían próximo el naufragio y sentían el hielo de la muerte. Allí se desarrollaban escenas tristes y conmo-

vedoras. Asidos entre sí ó á los objetos que encontraban firmes, apenas si podían resistir los fuertes vaivenes del navío. En sus rostros pintábase la angustia, de sus pechos se desprendían ahogados gemidos. Sólo un caballero de majestuoso porte, de frente despejada y serena mirada, se mantenía impávido en medio del peligro é infundía esperanzas á sus atribulados compañeros. «No perdamos la confianza, Dios es nuestro Padre á quien el viento y la mar obedecen. Dios nunca desoye los ruegos de nuestra querida Madre María; pidamos á esta Señora que nos proteja, y es imposible que deje de acudir á nuestro auxilio si la invocamos con fe y con amor». Estas palabras del cristiano caballero hallaron eco en los pasajeros y en la tripulación, y fueron muchas las promesas que se hicieron, si la tempestad llegaba á respetar la quebrantada nave. La borrasca, empero, lejos de ceder, se hacía cada vez más pavorosa. Las olas se levantaban á manera de montañas, y el barco veíase desaparecer debajo de las aguas; nubes sombrías y casi negras cubrían todo el horizonte. Los relámpagos se sucedían sin interrupción causando más espanto con su lúgubre resplandor. Hubo un momento en que el viento desencadenado hizo crugir los costados del buque con estridentes ruidos, y los pasajeros lanzaron un grito de angustia y de dolor; pero lo ahogó la voz del cristiano caballero: «Confíemos en María, dijo, Ella es nuestra Madre, y no permitirá que perezcamos; yo le ofrezco como en justo agradecimiento de la vida y protección que para todos espero de Ella servirla durante toda la mía en su ermita llamada de Regla en la bahía de la Habana, á donde nos dirigimos».

Frases tan enérgicas y heroicas salidas de un corazón lleno de fe, surtieron maravilloso efecto en las almas de los acongojados viajeros, y también fué visible la protección de la que se llama Estrella de los mares. El

viento amainó, apaciguáronse las alborotadas ondas del mar, el cielo sacudió sus negros celajes, y el sol vino á alegrar la naturaleza con sus benéficos rayos. Los viajeros rodeaban al personaje, que ejercía sobre ellos noble ascendiente, y repetían con acento de filial gratitud: ¡Bendita sea María! ¡Ella nos ha salvado! Dos días después la atrevida nave, empujada por suave brisa, entraba en la Habana, llevando en el velamen y en la arboladura señales evidentes del terrible ciclón. El caballero protagonista de esta historia, se llamaba D. Juan Martín de Conyedo, natural de Colunga, en Asturias, España.

## II

## ERMITA DE REGLA

La ermita, á cuyo servicio habíase ofrecido con voto Martín de Conyedo, la había levantado de guano (1) y barro cierto devoto peregrino, llamado Manuel Antonio, originario de Lima en el Perú. Tiempo hacía acariciaba el proyecto de edificar una ermita á la Virgen de Regla, objeto de su afectuosa devoción; pero como le faltaban recursos, su propio corazón le sugirió la idea de acudir á la generosa piedad del vecindario. Mas era preciso contar primero con sitio á propósito para zanjar los cimientos del edificio. Ocurriósele pedir para ello un pedazo de terreno avanzado hacia el este de la bahía, que formaba parte del ingenio de Guaicanamar, propiedad de D. Pedro Recio de Oquendo, alguacil mayor del Ayuntamiento de la Habana, á quien puede llamarse uno de

(1) Guano es nombre genérico que en las Antillas se aplica á todas las palmas.

los primeros pobladores de la mencionada ciudad (1). Prendado el dueño de la virtud y noble intento del peregrino, le hizo entera donación de él; y pronto debajo de las palmas y en medio del entretejido de cujes, en que reposaba tantos siglos había el indio de Cuba, se veneró la imagen de la Madre de Dios en la advocación de Nuestra Señora de Regla. Esto sucedió en el año 1690. Desde que la ermita estuvo en pie con su altar y un cuadro que representaba la imagen de su culto, creció éste y vinieron á rendirle homenaje de los más apartados lugares de la isla. Todo auguraba espléndido porvenir á la capilla, y ya empezaban á agruparse á su alrededor chozas de pescadores, cuando sobrevino la memorable tormenta del día de San Rafael que hemos recordado. la cual arrasó todas las viviendas, y derribó también la devota ermita, que era el refugio y consuelo de sus moradores.

## III

## EMPEÑO CUMPLIDO

Apenas desembarcado Martín de Conyedo, no se preocupó sino de cumplir la promesa hecha en el riesgo inminente de su naufragio. Al dirigirse á la playa, que mira al oriente, buscaba con su vista la ermita de Nuestra Señora de Regla. ¡Inútil empeño! Sus ojos nada descubrían, y empezaba ya á desorientarse, cuando descubrió las ruinas en que la había convertido el im-

(1) Habana es palabra que en el lenguaje indígena significa *llano grande*: su fundación data de 1515; primitivamente no se levantaba en el sitio donde hoy se halla, sino como tres leguas al norte de la playa de Batabanó; mas por las hormigas y otros insectos se vieron obligados sus pobladores á los dos años á trasladar su residencia al sitio donde hoy se halla la ciudad.

placable ciclón. Su rostro pareció inflamarse por súbita inspiración, y exclamó con solemne acento: «Aquí estoy Señora, para velar por vuestra casa; mi vida es vuestra; y espero que antes de salir de este destierro, he de ver restaurado vuestro santuario, y llena esta tierra de vuestros favores y gracias». Y luego se dedicó á realizar el plan que tenía concebido. Solicitó del dueño del ingenio de Guaicanamar un espacio más extenso para edificar un templo de mampostería, que sustituyese á la antigua ermita. El señor Oquendo escuchó conmovido el relato de la salvación milagrosa de Conyedo y sus compañeros, y no sólo donó el terreno pedido, sino que facilitó los fondos necesarios para la empresa, que después le reintegró aquél con el producto de las limosnas.

La fe y el entusiasmo hacen maravillas. Así se verificó en el presente caso, pues el 8 de Septiembre de 1694 quedó abierta al culto público la nueva iglesia de rafa y teja. En el altar mayor se colocó, en vez del cuadro, la misma imagen de talla que hoy se venera, la cual fué construída en Madrid y la trajo de España, por ofrecimiento que de ello tenía hecho, el sargento mayor D. Pedro de Aranda y Avellaneda. La efigie es de talla, de color algo moreno, tiene el Niño Jesús sentado en el brazo izquierdo, llevando éste en su diestra una flor y el globo en la siniestra. Conyedo quedóse al servicio del santuario, vistiendo desde 1696 el traje de ermitaño, que consistía en hábito de lana de color pardo con cuello y mangas, ceñido con correa, dejándose la barba. El señor Obispo Valdés le nombró mayordomo y administrador del templo, y vivió en él cincuenta y un años, al cabo de los cuales murió en 1743 y fué sepultado cerca del presbiterio. Su muerte fué tranquila y dichosa como la del justo, y bien puede suponerse que María, que le libró del naufragio para hacerle su paladín é hijo

muy querido, no le negaría su auxilio en la hora tremenda del viaje á la eternidad. Buen augurio de la benévola acogida que la Santísima Virgen haría á su fiel siervo en la otra vida son los singulares favores que le dispensó en la presente. Enumeraré brevemente algunos de ellos.

En 1708 logró ver que la Virgen de Regla fuese declarada Patrona de la bahía de la Habana y que á ella se consagrasen especialmente los que llevan la azorosa vida del mar. En 1712 vió á su hijo Juan Conyedo ordenado de presbítero, licenciarse en cánones, y ser nombrado sacristán mayor de la villa de Santa Clara, cuya iglesia edificó vendiendo sus propios bienes, levantando además á la Santísima Virgen las ermitas del Carmen y de la Candelaria y fundando un hospital. Murió siendo canónigo de la catedral de Santiago de Cuba. Y por último, tuvo el consuelo de ver cómo se formaba numerosa población al abrigo del santuario, edificándose en 1737 por D. Domingo Martín la primera casa, cerca de la iglesia, á que rápidamente siguieron muchísimas otras. Hoy cuenta grandiosos almacenes de depósito y maderas, fundiciones, talleres de carena de buques, etc., y su población pasa de diez mil habitantes. No indican los historiadores porqué recibió este terreno y pueblo el nombre de Regla. Alguien cree que tal vez se construyó allí el grandioso navío *Conde de Regla* que Don Pedro Romero, que llevaba este título y residía en Méjico, regaló al rey Carlos III. Este navío era todo de caoba, tenía tres puentes con ciento doce cañones; costó cinco millones de pesetas, y fué construido en la bahía de la Habana. Los condes de Regla, con sus minas de Méjico, lograron reunir los capitales mayores de su tiempo que dedicaron á obras benéficas.

## IV

## SUCESOS MEMORABLES

Hemos insinuado que en 1708 la Virgen de Regla fué jurada Patrona de la bahía de la Habana. Este acontecimiento se celebró con fiestas inusitadas. Entonces nada existía de los almacenes y elegantes edificios que adornan el pueblo. Una punta de tierra saliente á la bahía, cubierta de malezas, con una ermita en ella y un pequeño cayo de mangles al frente, era cuanto allí había. junto con algunos aposentos hechos á continuación de la iglesia para hospedaje de los devotos.

Sin embargo, el 8 de Septiembre todo el circuito del santuario apareció engalanado con mil vistosas banderas, empabesados los navíos de la potente escuadra española; aun las canoas aparecían abanderadas. Todo contribuía al recreo del espíritu. Por la tarde fueron los castellanos del castillo, los capitanes y caballeros, religiosos, canónigos, el Obispo, la capilla de música, el Ayuntamiento y demás notabilidades, y puestos en el orden respectivo en la iglesia, se adelantó el regidor decano y presentó á la Virgen una llave como signo de las armas de la ciudad y en prueba de juramento de constituirla patrona y protectora de la bahía. En este acto solemne cohetes y fuegos de artificio del santuario advirtieron el momento, y los buques de la armada, la ciudad y los castillos saludaron con sus cañones, y las campanas de las iglesias con prolongados repiques, la benéfica adquisición de la Virgen por abogada del puerto que circuían. Por la noche hubo luminarias en el santuario y en la ciudad, y todas las estancias del contorno de la bahía encendieron hogueras, que daban al cristal de las aguas del mar semejanza de espejo de luz.

No pasó mucho tiempo sin que una nueva circunstancia viniera á añadir nuevos timbres de gloria al santuario, pues el año 1717 se colocó en él por vez primera el Santísimo Sacramento con tan gran solemnidad y aparato como la jura de patrona, con la añadidura de ocho días de fiestas populares.

En 17 de Enero de 1734 se fundó la hermandad de la Concordia de Nuestra Señora de Regla, concediéndose á los que en ella se inscribían muchas indulgencias y gracias espirituales. En 1744 se construyó, en torno al santuario, bajo la dirección del ingeniero en jefe, teniente coronel D. Antonio Arredondo, un paredón de ladrillo y sillería; y en 1772 el cayo donde está, quedó circunvalado por muro de contención. En 1805 el Ilustrísimo Sr. Espada y Banda, de grata memoria, al girar la visita pastoral, determinó hacer parroquia el santuario, pues la población había tomado rápido incremento.

#### EL ACTUAL SANTUARIO

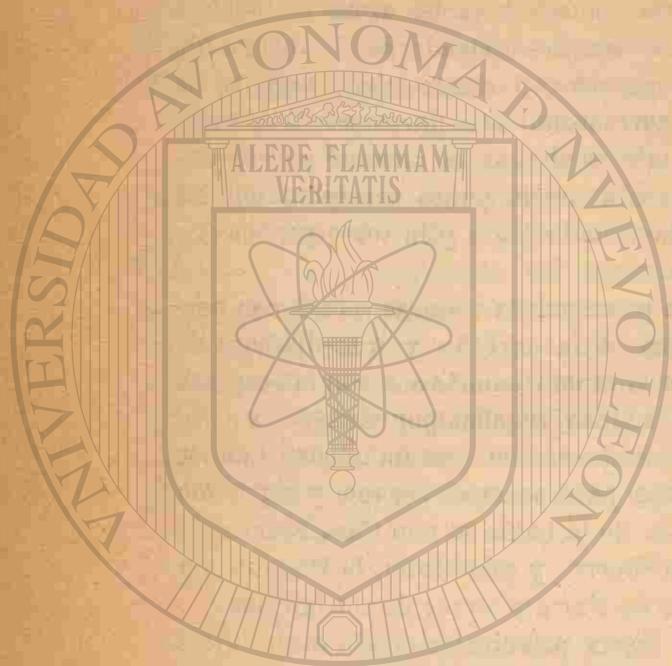
En 1811 se notó que el templo construido por Conyedo, después de haber prestado excelentes servicios por espacio de ciento diecisiete años, amenazaba ruina. Con algunas rentas de la Virgen y cuantiosas limosnas de los fieles se logró bendecir el templo, que ahora existe, bien que en distintas épocas y principalmente en 1885 se le han hecho notables reparaciones. Aunque no muy capaz, es uno de los más hermosos y sólidos de toda la isla. El altar mayor es de magnífica arquitectura; tiene un elegante templete sostenido por ocho columnas, donde está colocada la santa imagen. Hay además otros cuatro altares dedicados á la Virgen de la Caridad, (el cual es de forma elegante y de cedro), á la Virgen del

Carmen, al Patriarca San José y á San Antonio Abad. Éstos dos últimos tienen cuadros en vez de estatuas. El pavimento de toda la iglesia es de rico mármol blanco de Carrara. Altares, muros y techo están pintados al óleo y al fresco. La espaciosa bóveda de 11 metros de diámetro está decorada con ciento cinco florones de relieve con sus correspondientes *gacetonos*. Al presbiterio se sube por una escalinata de mármol y el barandal tiene puertas con medio punto representando los cuatro evangelistas. La fachada y la torre pertenecen al orden corintio.

Desde la puerta principal la vista se recrea con hermosas perspectivas. Á la derecha y á media hora de distancia se ve la villa de Guanabacoa con las espesas arboledas que la rodean, regadas por numerosos arroyuelos, y las casas de recreo que han construido los ricos de la Habana para pasar el verano; y siguiendo el curso del círculo de la bahía se ven Casa Blanca, la Cabaña, el famoso Morro, y sobre todo, la Habana con sus plazas, Campo de Marte y torres de sus iglesias.

Las romerías y fiestas principales celebranse el 8 de Septiembre y el día de San Rafael, las que, á no dudarlo, datan desde los tiempos de Conyedo. En años anteriores celebrábase en sus días ruidosas ferias, que atraían gentes y comerciantes de lejanos pueblos y desdecían del carácter religioso de la solemnidad. Al presente se celebran con decoro del modo más digno de Dios. Millares de fieles acuden de la Habana y pueblos limítrofes á honrar á la Virgen de Regla y lo hacen con entusiasmo indescriptible, como tuve ocasión de presenciarlo yo mismo hace cuatro años.

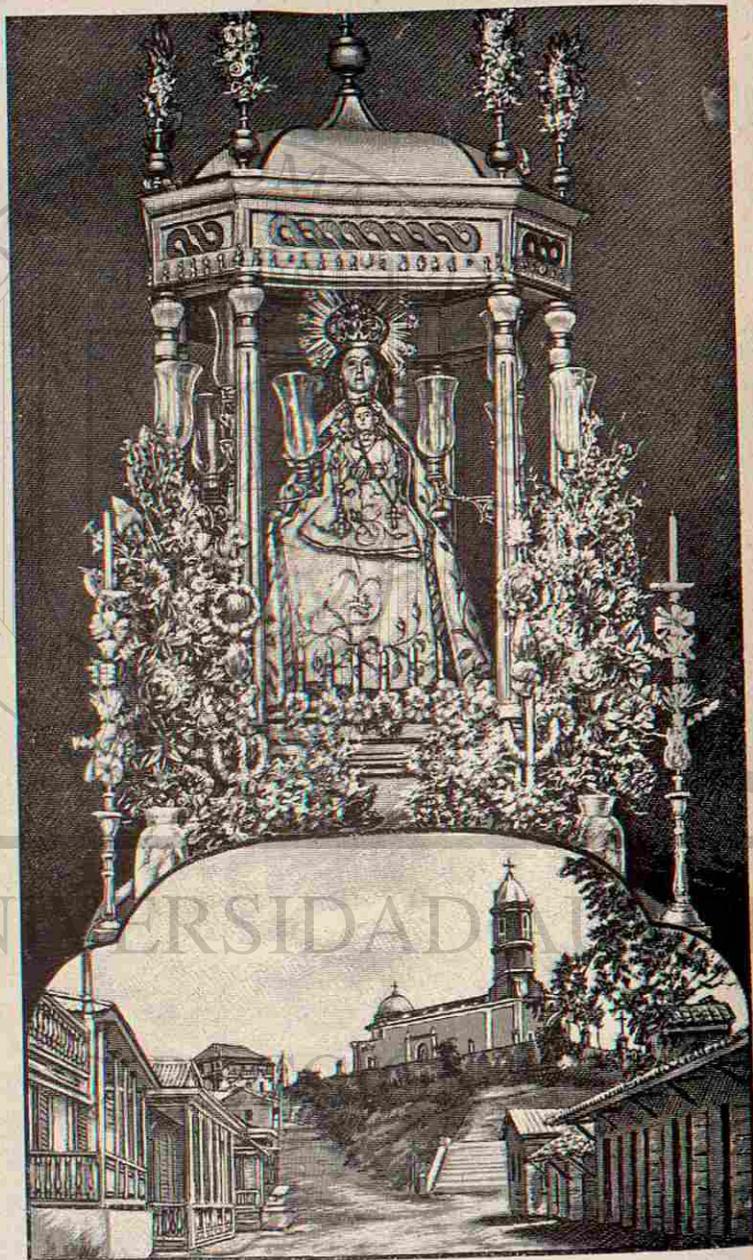
*Autoridades.—Iglesia ó Santuario de Nuestra Señora de Regla por D. Idefonso Vivanco, 2.<sup>a</sup> edición, Habana, 1887.*



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRAT (PUERTO RICO)

## CAPÍTULO XVI

### Nuestra Señora de Montserrat de Puerto Rico (1).

SUMARIO.—I. La Isla de Puerto Rico. II. Santuario é imagen de Nuestra Señora. III. Historia de la Santa Imagen y devoción del pueblo á la Virgen.

#### I

##### LA ISLA DE PUERTO RICO

Puerto Rico es la más pequeña de las Antillas mayores; tiene una superficie de nueve mil trescientos catorce kilómetros cuadrados, y su población, según el último censo, alcanza á 953.243 habitantes. Fué descubierta el 16 de Noviembre de 1493 por Cristóbal Colón; pero el conquistador y el que la exploró y fundó ciudades, fué Juan Ponce de León. Varias veces ingleses y holandeses quisieron arrebatár á España la rica isla; pero quedaron vergonzosamente humillados. Por fin en 1898, á consecuencia del tratado de París, la cogieron los Estados Unidos.

Situada en la zona tórrida, su clima es ardiente y mal sano. En cambio la vegetación se desarrolla lozana y exuberante. Abundan los bosques de diversos árboles, calculándose que existen más de quinientas es-

(1) Los datos referentes al santuario los debemos á la bondad del Ilmo. Sr. D. Santiago Humberto Blenk, Obispo de Puerto Rico.

pecies de éstos. En los montes crece la magnolia, llamada mauricia, el bejuco, el nogal, el roble. En las llanuras predominan las palmas, guayabas, zapotes y naranjos. En todas partes abundan plantas medicinales y maderas de construcción.

La principal riqueza de Puerto Rico es la agricultura, y se cosechan buenas cantidades de azúcar, algodón, maíz, y sobre todo café, del cual llegaba á exportarse nueve millones de pesos. Se logran dos y tres cosechas al año. Mas, aunque la agricultura sea el principal elemento de riqueza, no faltan minerales de carbonato y sulfato de cobre y óxido de hierro magnético. El oro nativo se encuentra en los aluviones y en los ríos inmediatos á la sierra de Luquillo.

La capital es la ciudad y puerto de San Juan, que, vista desde la bahía, ofrece un panorama verdaderamente pintoresco; preséntase en forma de anfiteatro y sobre un plano inclinado por el desnivel del terreno, con una área de doscientos cincuenta mil metros cuadrados próximamente. Las casas son en general de un solo piso y con azoteas, para que las familias puedan disfrutar las brisas del mar por las tardes, muchas con amenos jardines. Llaman la atención del viajero los castillos y fortificaciones, siendo el principal el de San Felipe del Morro. Sus calles son anchas y espaciosas con edificios verdaderamente notables.

Para el católico merece especial atención la catedral que en su exterior es de aspecto modesto; pero en el interior es suntuosa. Tiene tres naves muy capaces, de estilo toscano. El pavimento está formado de grandes losas de mármol blanco y negro. El altar mayor es igualmente de mármol, y encuéntrase en una gran capilla, continuación de la central, y detrás de ella el coro de los canónigos. En los costados existen capillas adornadas con delicado gusto. Sobresalen entre ellas la de

Nuestra Señora de la Providencia; cuya imagen es de talla y de gran mérito artístico y ocupa una especie de camarín cerrado con cristales. Los portorriqueños la profesan singular devoción y le han ofrecido valiosas joyas. La capilla de San Bernardo guarda los restos del insigne vate, D. Bernardo Balbuena, Obispo de la diócesis, autor del inspirado poema titulado *El Bernardo*.

Extramuros de la ciudad hay barrios como el de la Marina, el de Puente de Tierra y Santurce, con elegantes paseos y edificios públicos notables. También los particulares prefieren vivir en ellos, por dar más garantías que el centro de la ciudad en caso de temblores.

La diócesis fué erigida por Julio II en 1511, y fué hasta el pasado año de 1902, sufragánea de Santiago de Cuba; ahora está sujeta inmediatamente al Romano Pontífice.

En esta isla y diócesis de Puerto Rico existe un santuario dedicado á Nuestra Señora de Montserrat, á donde acuden en romería los fieles en ciertas épocas del año.

## II

## SANTUARIO É IMAGEN DE NUESTRA SEÑORA

El santuario de Nuestra Señora de Montserrat está situado al oeste de la isla, en Hormigueros, término municipal de Mayáñez, que es ciudad importante por su comercio y agricultura, y de la cual dista nueve kilómetros de Hormigueros, de la capital de la isla como ciento veinticinco. Su situación topográfica es bellísima sobre toda ponderación. Alzase sobre una colina, que es la primera de las estribaciones de las Tetas de Cerro Gordo; á su cima súbese por dos cómodas escalinatas labradas en la roca viva. Desde el atrio del santuario disfrútase de delicioso panorama. Por un lado se divisa

dilatado valle de cincuenta y ocho kilómetros de largo por diez de ancho, regado por tres ríos y varias quebradas, donde la naturaleza se ostenta ataviada con todas las galas de la exuberante vegetación tropical. La caña de azúcar es la que cultivan con más esmero los labradores. Al lado opuesto, descúbrese colinas que, enlazándose en graciosas ondulaciones y elevándose paulatinamente, terminan en el monte Tetras de Cerro Gordo, á mil metros de altura sobre el nivel del mar, y es, por consiguiente, el segundo pico más alto de toda la isla. Desde el mismo atrio se alcanzan las ciudades de Mayáñez, San Germán y Cabo Rojo. Desde ninguna de las colinas inmediatas se puede contemplar paisaje más pintoresco; por lo cual el digno capellán del santuario, D. Antonio González, se hace estas sabias reflexiones: «cuán cierto es que la Santísima Virgen siente, si me es permitido decirlo así, cierta predilección por los montes y parajes hermosados por la naturaleza, desde los cuales dispensa su poder como Madre de Dios y su amor como Reina de las misericordias».

El edificio, sin tener gran mérito artístico, campea por lo elegante y airoso. Fué construído con solidez, pues su material es de mampostería cubierto con azotea. Tiene una gallarda cúpula y en el frente de la torre de veintitrés metros de altura con cinco sonoras campanas. Sus dimensiones son treinta metros de largo por diez de ancho. Es de tres naves con un presbiterio de 26'68 metros cuadrados. El retablo del altar mayor está formado por tres cuerpos de delicado gusto. Sobre la mesa del altar se levantan esbeltas columnas de orden jónico pintadas al óleo y doradas. En el centro del segundo cuerpo se encuentra un cuadro de la Santísima Virgen de Montserrat, encerrada en un marco de plata con adornos de oro. También son de plata el frontal y las gradas del altar.

Á los lados del cuadro de la Señora se ven dos lienzos que representan á San Antonio de Padua y á San Gerardo, monje, patronos de los fundadores del santuario.

En el tercer cuerpo aparece la inscripción grabada con letras doradas que dice: *Salus infirmorum*, Salud de los enfermos. Existen además [en el santuario cuatro altares, incrustados en las paredes de las naves laterales.

Aunque en el altar está la pintura de Nuestra Señora de Montserrat, la imagen milagrosa, y que se saca en procesión, es de talla. Aparece sentada, tal como se ve en el famoso santuario de Cataluña, con el divino Niño en el regazo. Ambos visten túnica y manto de tisú, bordado en oro al realce, en París. Cifne corona de plata sobredorada, que tiene engastadas varias piedras preciosas. Fué labrada por un distinguido artista de Barcelona. Está colocada la imagen en un templete de madera de muy elegante forma, bien pintado y dorado. Cuando sale en procesión, se la adorna con flores naturales y artificiales, y se la ponen candelabros de bronce con cirios fabricados de blanquísima cera. El santuario está provisto de ornamentos y vasos sagrados, algunos de mérito y valor. La custodia es una verdadera joya tanto por su trabajo artístico como por su coste material.

## III

HISTORIA DE LA SANTA IMAGEN Y DEVOCIÓN DEL PUEBLO  
Á LA VIRGEN.

No se sabe fijamente la fecha en que se erigió el santuario; pero por documentos auténticos es indudable que se verificó á fines del siglo XVI ó principios del siguiente.

En un libro que existe en el archivo y que empieza en 1806, fecha en que fué declarado vicaria de la pa-

rruquia de San Germán, se copia la declaración prestada por el R. P. Francisco García Pagán en Febrero de 1699, en la cual expuso: «que su abuelo materno Genaro González, previas las licencias necesarias, había más de un siglo fundó la referida ermita, la dotó y proveyó de alhajas y ornamentos, y colocó en ella á Nuestra Señora de Montserrat, en reconocimiento de haberlo librado milagrosamente de la fiereza de un toro, que le acometió en campo abierto, y temeroso de la muerte, invocó su patrocinio, en cuyo acto el animal dobló las rodillas y bajó la cabeza hasta el suelo, sin hacer mal al afligido».

Corrobora esta declaración el cuadro en lienzo de vara y media de alto por una de ancho, que pende de los muros del templo al lado de la epístola. En lo alto aparece la Santísima Virgen sentada en silla de orden gótico, rodeada de un nimbo de nubes y sosteniendo á su divino Hijo en el regazo. Debajo hay un toro arrodillado en la forma indicada más arriba; á su lado un campesino con el traje que se usaba en el país, y de su boca salen las palabras siguientes: *Favorecedme, Virgen de Montserrat*.

En las sinodales del Obispado publicadas en 1640 se hace mención de la ermita de Hormigueros. §

La tradición popular asegura, que los fundadores del santuario fueron dos, padre é hijo, que se llamaban Antonio y Gerardo González, aunque no sabe distinguir cuál de ellos fué favorecido por la Madre de Dios, librándole de las acometidas de la bestia brava.

La fiesta principal de la Virgen en el santuario de Hormigueros, se celebra el 8 de Septiembre. Innumerables peregrinos de diversos pueblos de la isla acuden entonces atraídos por motivos de fe, devoción y gratitud. En los últimos años se calcula en ocho mil el número de los romeros. Es altamente conmovedor ver aque-

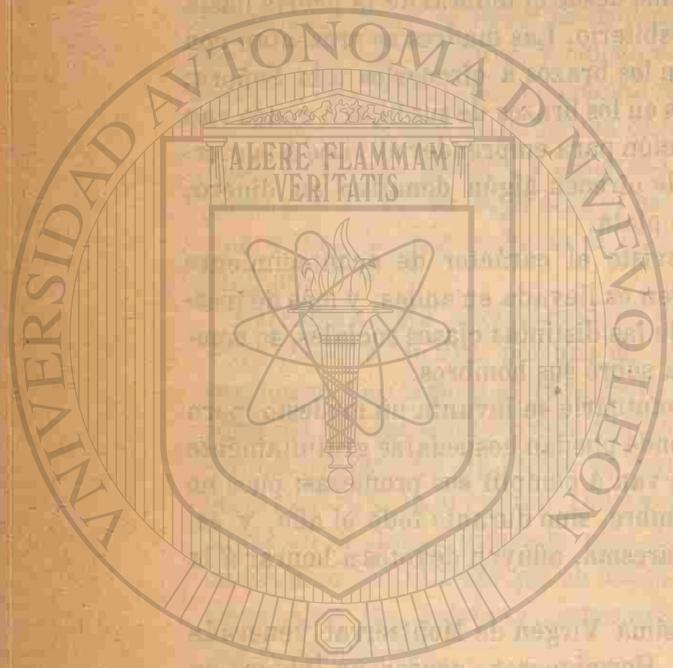
llas masas de gente, que recorren el camino del santuario, en tren, á caballo, en coche, en vicietas y á pie.

Muchos suben la cuesta ó recorren el atrio de rodillas; otros hacen lo mismo desde el umbral de la puerta hasta las gradas del presbiterio. Las madres se presentan con sus pequeñuelos en los brazos á ofrecerlos á la Señora; ancianos apoyados en los brazos de sus hijos ó nietos van á pedirle su bendición para emprender el viaje á la eternidad. Casi todos le ofrecen algún donativo en dinero, y objetos de oro ó plata.

La procesión reviste el carácter de acontecimiento religioso. La imagen es llevada en andas; y más de trescientas personas de las distintas clases sociales, se complacen en cargarla sobre sus hombros.

Á espaldas del santuario se levanta un modesto pero aseado edificio, donde puedan hospedarse gratuitamente los peregrinos que van á cumplir sus promesas; pues no sólo el 8 de Septiembre, sino durante todo el año, y especialmente en cuaresma, afluyen devotos á honrar á la Señora.

Quiera la Santísima Virgen de Montserrat venerada en su santuario de Hormigueros, conservar íntegra en Puerto Rico la fe y devoción que allí predicaron los fervientes conquistadores españoles.



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



NUESTRA SEÑORA DE ALTA-GRACIA, EN LA REPÚBLICA DOMINICANA

## CAPÍTULO XVII.

### Nuestra Señora de Altigracia en la República Dominicana.

SUMARIO.—I. La Isla de Santo Domingo. II. La Santa Cruz. III. Las tres imágenes. IV. Sueño y hallazgo. V. Devoción de los pueblos.

#### I

#### LA ISLA DE SANTO DOMINGO

Después de Cuba, la isla mayor de las Antillas es la denominada Santo Domingo ó Española, descubierta por Colón en 1492. Esta isla comprende en la actualidad dos estados independientes: la República de Santo Domingo, con una extensión de cincuenta y tres mil trescientos cuarenta y cuatro kilómetros cuadrados, y la de Haití con veintiún mil setenta y ocho. En ésta se habla el francés, y en aquélla el castellano. Desgraciadamente las revoluciones la tienen en continua agitación, lo cual hace temer que caiga algún día en las garras del águila del norte. Cuenta la República Dominicana con 520.000 habitantes. En 1844 se hizo independiente de España; mas á los pocos años, en 1860, á petición del presidente D. Pedro Santana, volvió á unirse á la antigua Metrópoli. Fué esta anexión poco duradera, pues tres años más tarde recobró su autonomía, debido en gran parte á lo poco afecto que era el ministerio Narváez de Isabel II á esta unión.

La isla de Santo Domingo tiene un suelo muy feraz.

Abundan en ella los bosques, y de aquí que uno de sus principales elementos de riqueza sean las maderas. El árbol de la caoba alcanza dimensiones colosales. Hay ébano, granadillo, datey, roble, pino, abeto, cedro y diversas especies de palmas. En los valles se cultivan el café, la caña de azúcar, el cacao y el tabaco. El clima en los bajos es húmedo y caluroso, perjudicial á los extranjeros; en cambio hay sitios á las márgenes de los ríos donde se respira aire saludable; en las montañas se siente frío molesto. La capital de la República es Santo Domingo con quince mil habitantes. Es la ciudad más antigua de la América, pues fué fundada por el adelantado Fernando Colón, hermano del almirante, al norte de la isla. En 1496 la trasladó al sitio que ocupa en la desembocadura y orilla derecha del río Ozama en los 18°21 latitud norte. Llegó á tener Audiencia, cuya jurisdicción se extendía hasta Venezuela, y en 1513 fué erigida en obispado por León X; más tarde fué iglesia metropolitana, dependiendo de ella como sufragáneas las diócesis de Cuba y Puerto Rico. Ahora es Arzobispado, sin Obispos sufragáneos.

Es plaza fuerte defendida por varios baluartes y una ciudadela. Entre sus edificios públicos sobresale la catedral de grandes dimensiones, y en ella hay una cripta donde los dominicanos afirman que yacen los restos de Colón sosteniendo su tesis con argumentos poderosos que no han podido rebatir los españoles, los cuales sostienen estaban en la Habana y fueron trasladados después de la guerra última á Sevilla. Al lado del evangelio de la catedral de la Habana existe todavía nicho con una inscripción en que se afirma estar allí los restos del descubridor de América; pero parece que eran los de su hermano Fernando. Es notable en la catedral de Santo Domingo el altar llamado *de la santa Reliquia*, por su construcción artística, la elegancia de sus molduras y

la belleza de los relieves. Dentro de vistoso nicho contiene un trozo de madera de la cruz milagrosa, que Colón erigió en el santo cerro, teatro de la más reñida batalla contra los indios. Esta Reliquia está engastada en plata, y se expone á la veneración de los fieles en ciertas fiestas del año, especialmente el viernes santo y en las rogaciones de Mayo. Como dicha Reliquia está íntimamente ligada con la imagen de Nuestra Señora de las Mercedes, que es venerada con culto ferventísimo en el santuario del Santo Cerro, vamos á referir aquí su origen, tomándolo del *Boletín eclesiástico* de la Archidiócesis de Santo Domingo, número 35 correspondiente al 15 de Enero de 1886.

## II

## LA SANTA CRUZ

En Marzo de 1495 Cristóbal Colón, al frente de un puñado de españoles, debía dar una batalla en el valle de la Vega á un número crecidísimo de indios, que algunos historiadores fijan en treinta mil, y otros hacen subir á cien mil. El triunfo de parte de los primeros no era de esperarse, porque si bien tenían la superioridad de las armas, eran tan inferiores en número, que el más pequeño empuje de los indios habría bastado para destruirlos completamente. En efecto, éstos desplegaron valor extraordinario y pusieron en juego todos sus recursos para obtener la victoria y anonadar á los invasores. Pero la Providencia divina, que quería arraigase la fe de Cristo en la isla, protegió de un modo visible á los españoles, para que lograsen un triunfo tan espléndido y completo, que desde ese día quedó afirmada su dominación.

Esta protección se manifestó por un insigne milagro.

La vispera de la batalla, en la trinchera que Colón había hecho construir para evitar una sorpresa, colocó como estandarte una cruz de madera. Todavía no estaba concluida la obra, cuando divisó una multitud de indios que casi cubría el horizonte. Los indígenas, llenos de entusiasmo por salvar sus fueros y conveniencias, venían precipitándose bajo el mando del cacique Manicaotex por la llanura de la Vega, con toda la algarazara y gritería de que se valen en sus lances de guerra. Luego que estuvieron cerca, acometieron decididamente á los españoles ya muy entrado el día, desalojándolos del palenque y cerro, y atacando directamente la cruz, á la que seguramente atribuían el poder mágico que sostenía el valor de sus enemigos. El Almirante y los suyos retiráronse al cerro inmediato, desde donde presenciaron la escena tumultuosa é irreverente de los indios con la Santa Insignia, á la cual pretendieron reducir á cenizas arrimando leña seca y prendiéndola fuego; mas á pesar de todos los esfuerzos que hicieron para quemarla, no pudieron lograrlo de ninguna manera; lo cual visto por Colón cerró valientemente con ellos rechazándolos con pérdida de muchos indios. No por esto dejaron de volver los indígenas á la carga aún con mayor ardimiento, y fué forzoso á los españoles ceder á la multitud segunda y tercera vez, hasta que, acercándose la noche, hubieron de retirarse al cerro donde tenían plantados sus reales. Desde allí observaron el encarnizamiento con que nuevamente persistían los indios en destruir la cruz; pues luego trajeron infinidad de bejuco de los más gruesos de los montes y atándolos á ella tiraban á derribarla, aunque nada consiguieron. Se propusieron también cortarla con hachas de piedra; y al primer golpe quebrábanse éstas, según que dieron testimonio de ello los mismos que vieron y presenciaron estos hechos.

He aquí parte del milagro; y aunque tales hechos debieran haber fortalecido la fe de los españoles, sin embargo cundió en ellos el desaliento; y el Almirante, preocupado por la seria y apremiante situación en que se encontraba, llamó á consejo á los capitanes y personas autorizadas que estaban con él, para deliberar lo que debía hacerse.

Distintos fueron los pareceres de los individuos del consejo. Para unos la retirada era la medida salvadora; para otros convenía mantenerse en expectación. En tal conflicto, se levantó en medio del consejo la autorizada voz de Fray Juan Infante, de la orden mercedaria, y confesor del Almirante, y en un discurso en que se descubre la energía de su carácter sostenida por su inquebrantable fe en la protección del cielo, protección manifestada por el patente milagro de aquel día, los excitó al combate y les predijo la victoria. «Dios, les dijo, nos está señalando el triunfo con repetición de milagros, como se ha visto las tres veces que los indios han puesto fuego á la Santa Cruz, conservándose verde y lozana entre las llamas é incendio. La cruz triunfa del fuego, y los seguidores de ella triunfarán en estas conquistas. Vivirá Jesús y se cantará victoria por el Redentor. Lo que importa es, implorar el auxilio de Nuestra Señora de las Mercedes, cuya imagen nos ha consolado y favorecido hasta aquí. Encomendémonos á ella, y al amanecer, tocad al arma apretando bien los puños, que la Madre de Dios está con nosotros.»

Estas enérgicas palabras produjeron su efecto en los miembros del consejo; y fué tal el ardor, que se desperató en ellos, que en aquel mismo momento quisieron acometer al enemigo; pero el Almirante contuvo aquel primer ímpetu de su entusiasmo, y empezó á tomar sus disposiciones para el siguiente día.

Noche de angustias fué para todos; de vigilia para la

mayor parte. El Padre Infante se mantuvo en vela; y refiere que, á eso de las nueve, vió una luz desconocida y suave que rodeaba la cruz, cuyo resplandor dejaba percibir sobre el brazo derecho de ella una mujer vestida de blanco, de hermosísimo aspecto, de majestuosa mirada, con un niño en los brazos, y que por más de cuatro horas estuvo allí saludada por españoles con oraciones y lágrimas, porque conocieron que era María de las Mercedes, que venía á consolarlos y animarlos en su aflicción. Y añade Fray Juan, que los indios que la miraban, empezaron á tirarle flechas y varas; pero que, retrocediendo éstas, iban á herir á los mismos que las tiraban perdiendo muchos la vida. Á vista de tan patentes prodigios, cobraron ánimo los españoles, que esperaban con ansia el día para acometer á los indios.

Llegó por fin el momento deseado, y libróse la batalla. Completa fué para los españoles la victoria. Ni el indómito valor de los indios, ni sus esfuerzos, ni sus heroicidades, ni tantas vidas sacrificadas en aras de su independencia, fueron bastantes para detener el carro triunfal de los castellanos, que no pudieron menos de reconocer en ese suceso maravilloso, la interposición de un milagro, que venía á confirmar la visión de la víspera.

Tal es el origen de la fe, que desde entonces inspiró la Santa Cruz de la Vega, que se hizo siempre más venerada por la multitud de milagros sucesivos en una larga serie de años.

De la cruz se hicieron luego tres, de las cuales una quedó en el Santuario del Santo Cerro, otra se llevó á la ciudad de la Vega, fundada al pie de la colina, y la tercera se llevó á Santo Domingo. Respecto de esta última, no hay duda alguna de que es de la misma madera de la que plantó Colón en el Santo Cerro. Documentos auténticos confirman esta verdad y vienen á

robustecer las relaciones de los historiadores en este punto (1).

## III.

## LAS TRES IMÁGENES.

La República Dominicana posee tres imágenes de la Santísima Virgen, que son objeto de entusiasta culto por parte de los fieles. Una es la de Nuestra Señora de Aguas Santas en el pueblo de Boya, de la cual no tenemos datos fijos. La segunda es la de Nuestra Señora de las Mercedes en su famoso santuario del *Santo Cerro*, monte que se levanta en la llanura de la Vega. Á su pie está la ciudad de La Vega, capital de provincia situada á orillas de un pequeño afluente del río Yuma, con una población de doce mil habitantes en todo el distrito; y en tiempos antiguos llegó á ser cabeza de Obispado, que después se suprimió.

Como se cree fundadamente que la celestial Señora bajo el título de las Mercedes, se apareció rodeada de resplandores sobre la cruz de que hicimos mención en el párrafo anterior, se le edificó hace cerca de cuatro siglos un santuario modesto, pero que es visitado continuamente por millares de peregrinos. Innumerables son los prodigios que se dicen recibidos de su bondad. Pero la Imagen más conocida y admirada es la de Nuestra

(1) Varios autores han escrito sobre esta Cruz milagrosa. Entre los antiguos citaremos á V. Moreau de St. Mery = Charlevoix = Las Casas = Herrera = Delmonte = Tejada = Valverde.

Entre los modernos se distinguen Fray Roque Cocchia, que fué Delegado y Vicario Apostólico en Santo Domingo y después Intendente de la Santa Sede en el Brasil. Con el título *El Santo Cerro y la cruz de la Vega*, escribió luminosos artículos que se publicaron en la *Gaceta* de Santo Domingo en el año 1880.

Señora de *Altagracia*, que tiene su santuario en la ciudad de Higuéi, distante setenta quilómetros al oriente de la capital de la República.

No hay en los archivos eclesiásticos de la isla, documento que acredite el origen de la milagrosa imagen. Sólo se conservan tradiciones que se transmiten de padres á hijos y que consigno aquí tal cual me las ha suministrado el dignísimo Prelado de la Archidiócesis dominicana.

## IV.

## SUEÑO Y HALLAZGO

Por los años de 1600 á 1650 residía en Higuéi, población central del antiguo cacicato de Icaagua, una familia noble y de arraigo, la cual se distinguía por su piedad. Al emprender el señor de ella un viaje á la capital, una hija le pidió buscarse con empeño la imagen de Nuestra señora de *Altagracia*, que ella había visto en sueños y no se le borraba de la memoria. El buen padre, ansioso de complacer á su hija, practicó las más exquisitas diligencias para encontrar la estampa solicitada; pero todas salieron frustradas. Habló con varias personas piadosas, con frailes y canónigos, pero todos daban la misma respuesta, que ni siquiera conocían tal advocación de María.

Regresaba á Higuéi con el alma dolorida por no haber podido complacer á su hija, cuando en cierta posada del camino, donde debía pernoctar, encuéntrase con un peregrino que había llegado á hospedarse en la misma casa. Después de hablar amistosamente de varias cosas indiferentes, el noble caballero le refiere la pena que siente por no haber encontrado la imagen de Nuestra Señora de *Altagracia*, que con tanto encarecimiento le había pedido su hija.

Levántase el peregrino y deslía un pequeño lienzo que tenía arrollado, entregándoselo á aquél, y diciéndole: «Llévele V. esta imagen á su hija, y quedará contenta». Como no quiso nada por ella, el señor pensó corresponderle á su regalo con algo de lo que llevaba en su carga, y aguardó hasta la despedida; pero el peregrino se había marchado durante la noche, y ni los dueños de la posada le conocían.

Al llegar el viajero á su domicilio entrega el lienzo á la hija, y queda sorprendido al ver que ésta cae de rodillas diciendo: *Ave María, llena de gracia*. «Ésta es la misma imagen que ví en mi sueño; ella será aquí alabada y bendecida, y nos dispensará grandes favores».

## V

## DEVOCIÓN DE LOS PUEBLOS

La imagen fué bendecida por el párroco; y desde ese momento comenzaron á visitarla los vecinos del pueblo y de sus alrededores, que le pedían remedio para sus necesidades; y todos ellos contaban agradecidos, que no habían sido estériles sus súplicas. Esto contribuyó para que la fama de Nuestra Señora de *Altagracia* se extendiera por todos los términos de la isla; y eran tales las maravillas que se referían, que la Autoridad eclesiástica mandó levantar sumario, y en vista de su contenido permitió que se erigiese el santuario que existe al presente, donde jamás faltan almas piadosas haciendo la corte á su amada Reina. En su santuario bendito se han verificado curaciones instantáneas de enfermos desahuciados por los médicos; paráliticos han recobrado el uso de sus miembros, ciegos la vista, afligidos el consuelo. Los muros están tapizados de cuadros en que se recuerdan esos hechos portentosos. Y no sólo se encomiendan

á ella los hijos de la isla; sino que la invocan en Cuba, Puerto Rico, Venezuela y Colombia, como lo atestiguan los exvotos recibidos de esos países y que no son escasos en número.

Á las inmediaciones de la ciudad de Puerto Príncipe en Cuba existía una aldea llamada Altagracia, con su capilla dedicada á la Santísima Virgen del mismo nombre. En el altar mayor se destacaba la imagen de la Señora tallada en madera. En la última guerra los insurrectos redujeron el pueblo á cenizas. Sin duda á esta imagen alude el Dr. D. Vicente de la Fuente en su Historia de la Santísima Virgen, pues personas distinguidas de Santiago de Cuba, de la Habana y de Cienfuegos no han sabido darme noticia de otra. Prueba también el culto que se rinde á Nuestra Señora de Altagracia el que en las Antillas y Méjico muchas señoras llevan su nombre.

La Santidad de León XIII, á fin de fomentar más el culto de la Santísima Virgen de Altagracia, otorgó que su festividad, que es el 21 de Enero, se celebrase en todo el arzobispado con oficio y misa propios y rito de segunda clase.

El venerable Prelado que rige actualmente los destinos de la grey dominicana, Ilmo. Sr. Dr. D. Fernando Arturo Merino, en correspondencia de 7 de Septiembre 1903 me decía: «Puede V. afirmar que en Santo Domingo se tiene plena fe en Nuestra Señora de Altagracia y que los datos que le he suministrado son verídicos.»

## CAPÍTULO XVIII

### Maria Libertadora (1) en la Martinica

En el grupo de las Antillas menores figura la isla de la Martinica, que pertenece á Francia y cuya área superficial es de 988 kilómetros cuadrados. Los marinos la distinguen desde lejos por tres picos, que se elevan sobre la cadena de montañas que la atraviesa en toda su longitud. De ellos el más vecino á la costa es el llamado Monte Pelado, que se eleva á 1350 metros sobre el nivel del mar. La tierra es fértil y produce todas las plantas de los trópicos. Ha sido muy castigada en diversas épocas por temblores y erupciones volcánicas, que han arruinado las poblaciones. Fresco está todavía en la memoria de todos el terrible cataclismo del 8 de Mayo de 1902, que redujo á escombros la ciudad de San Pedro, pereciendo miles de víctimas. Cuenta con unos 190.000 habitantes católicos, para cuyo gobierno reside en Fort de France, capital de la isla, un Obispo, sufragáneo del metropolitano de Burdeos.

«En la Martinica, me escribía con fecha 15 de Noviembre de 1903 el Ilmo. Sr. Dr. D. Maria Carlos Alfredo de Cormont, Obispo de la diócesis, hay una devoción particular y ardorosa á la Santísima Virgen. En muchas casas conservan su imagen bendita, delante de la cual hacen arder constantemente una lámpara. Infe-

(1) El título de la imagen en francés es *Notre Dame de la Délivrance*, que no tiene correspondencia exacta en castellano.

á ella los hijos de la isla; sino que la invocan en Cuba, Puerto Rico, Venezuela y Colombia, como lo atestiguan los exvotos recibidos de esos países y que no son escasos en número.

Á las inmediaciones de la ciudad de Puerto Príncipe en Cuba existía una aldea llamada Altagracia, con su capilla dedicada á la Santísima Virgen del mismo nombre. En el altar mayor se destacaba la imagen de la Señora tallada en madera. En la última guerra los insurrectos redujeron el pueblo á cenizas. Sin duda á esta imagen alude el Dr. D. Vicente de la Fuente en su Historia de la Santísima Virgen, pues personas distinguidas de Santiago de Cuba, de la Habana y de Cienfuegos no han sabido darme noticia de otra. Prueba también el culto que se rinde á Nuestra Señora de Altagracia el que en las Antillas y Méjico muchas señoras llevan su nombre.

La Santidad de León XIII, á fin de fomentar más el culto de la Santísima Virgen de Altagracia, otorgó que su festividad, que es el 21 de Enero, se celebrase en todo el arzobispado con oficio y misa propios y rito de segunda clase.

El venerable Prelado que rige actualmente los destinos de la grey dominicana, Ilmo. Sr. Dr. D. Fernando Arturo Merino, en correspondencia de 7 de Septiembre 1903 me decía: «Puede V. afirmar que en Santo Domingo se tiene plena fe en Nuestra Señora de Altagracia y que los datos que le he suministrado son verídicos.»

## CAPÍTULO XVIII

### Maria Libertadora (1) en la Martinica

En el grupo de las Antillas menores figura la isla de la Martinica, que pertenece á Francia y cuya área superficial es de 988 kilómetros cuadrados. Los marinos la distinguen desde lejos por tres picos, que se elevan sobre la cadena de montañas que la atraviesa en toda su longitud. De ellos el más vecino á la costa es el llamado Monte Pelado, que se eleva á 1350 metros sobre el nivel del mar. La tierra es fértil y produce todas las plantas de los trópicos. Ha sido muy castigada en diversas épocas por temblores y erupciones volcánicas, que han arruinado las poblaciones. Fresco está todavía en la memoria de todos el terrible cataclismo del 8 de Mayo de 1902, que redujo á escombros la ciudad de San Pedro, pereciendo miles de víctimas. Cuenta con unos 190.000 habitantes católicos, para cuyo gobierno reside en Fort de France, capital de la isla, un Obispo, sufragáneo del metropolitano de Burdeos.

«En la Martinica, me escribía con fecha 15 de Noviembre de 1903 el Ilmo. Sr. Dr. D. Maria Carlos Alfredo de Cormont, Obispo de la diócesis, hay una devoción particular y ardorosa á la Santísima Virgen. En muchas casas conservan su imagen bendita, delante de la cual hacen arder constantemente una lámpara. Infe-

(1) El título de la imagen en francés es *Notre Dame de la Délivrance*, que no tiene correspondencia exacta en castellano.

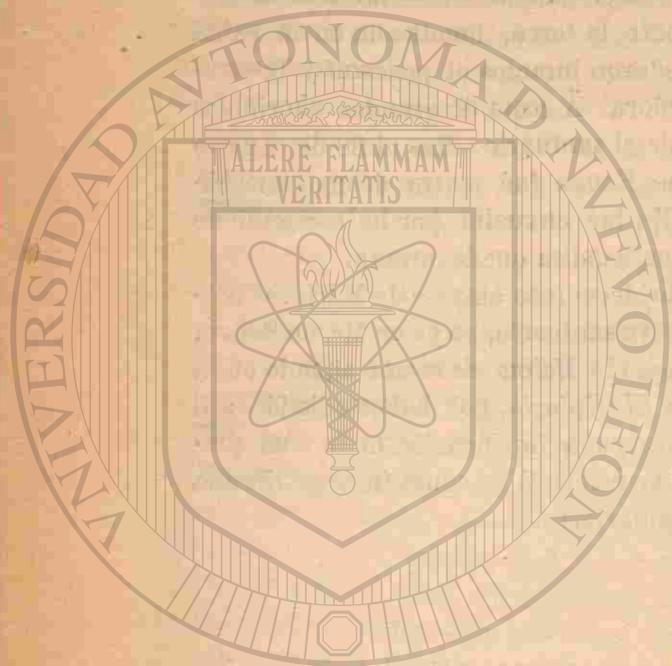
lices que mendigan limosnas de puerta en puerta, con los céntimos que recogen, prefieren comprar aceite para la lámpara de la Madre de Dios, antes que el pan que necesitan. Y debo asegurar de paso que la Martinica es profundamente religiosa, y las noticias que propalaron los periódicos sobre ciertos actos de impiedad pública, verificados antes de la erupción del Monte Pelado en 1902, son absolutamente falsas.»

Buen testimonio de la devoción de los habitantes de la Martinica para con la Reina del cielo es el culto entusiasta, que rinden á María Libertadora, cuyo origen coincide con la erección de la diócesis hecha en 1850 por Pío IX, el Papa de la Inmaculada. Fué preconizado como primer Obispo Monseñor Le Herpeur, antiguo Misionero de nuestra Señora de la Delivrance en Francia, el cual se apresuró á tomar posesión de la grey que el cielo le confiaba. Mas estando el navío, que le conducía, en alta mar, se levantó una furiosa tempestad que amenazaba sumirlo en los abismos. El cielo se cubrió de nubes negras, los relámpagos que las surcaban en zic-zac daban un aspecto tétrico y espantoso á la naturaleza, las olas se levantaban enormes como montañas. Tripulantes y viajeros habian perdido ya las esperanzas de salvarse, cuando el venerable Obispo invocó é hizo un voto á María Libertadora. Al punto amainó el viento, el mar quedó tranquilo, y brilló el sol en el firmamento. Pocos días más tarde abordaban sanos y agradecidos á las playas del puerto de San Pedro. En cumplimiento de su promesa, hizo venir de Francia una hermosa estatua de María Libertadora y le construyó espacioso santuario en Morne Rouge que dista siete kilómetros de San Pedro. Alentados los fieles con el prodigio alcanzado en la persona de su Pastor, hicieron de ese santuario el lugar predilecto de sus romerías. Allí iban á implorar las ternuras maternas de María los enfermos,

los afligidos, los desgraciados de todo género. Tanto creció esta devoción que el Papa Pío IX hizo coronar la imagen en su nombre el 8 de Diciembre de 1869.

Dignos de mención son dos prodigios realizados en épocas recientes. Con el violento ciclón de 1891 se desplomó completamente la torre, hundiendo en su caída la iglesia. Sólo quedaron intactos el pedestal y la estatua de Nuestra Señora. Á costa de grandes sacrificios se logró reconstruir el santuario. Mas el 30 de Agosto de 1902, el Morne Rouge fué teatro de una terrible erupción, la capilla fué envuelta por la corriente de lava. Sólo la imagen bendita quedó intacta.

El actual Prelado, fervoroso amante de María, se propone edificar un nuevo santuario, no ya en Morne Rouge, sino en el lugar llamado *Molino de viento* situado en la llanura que se dice *El Reducto*, por haber existido allí en tiempos anteriores una fortificación de la cual quedan vestigios. Allí se colocará la santa imagen, librada de las catástrofes anteriores.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## CAPÍTULO XIX

### Nuestra Señora del Carmen (Isla de Guadalupe)

SUMARIO.—I. La isla de Guadalupe. II. Origen de la Imagen. III. El Santuario. IV. La efigie se libra de las profanaciones de los ingleses. V. La estrella del mar. VI. Sacrilegio y castigo. VII. El Souffrière. VIII. La calle de la Esperanza. IX. Tres beneficios públicos. X. Fuente de gracias. XI. Conclusión.

#### I

#### LA ISLA DE GUADALUPE

La isla de Guadalupe, perteneciente á Francia, es una de las pequeñas Antillas y se halla situada entre los 15° 17' y 16° 31' de latitud norte. En realidad la forman dos islas, separadas por un brazo de mar de cuatro á cinco kilómetros de largo, por ciento á ciento cincuenta metros de ancho y cinco de profundidad, llamado río Salado. Ambos ocupan una superficie de 1602 kilómetros cuadrados. Entre sus montañas descuellan la volcánica de Souffrière, de 1680 metros de elevación, que puede reconocerse fácilmente de día á causa del humo que suele despedir, y de noche todavía mejor, porque arroja llamas á la altura.

La capital es Fort Luis ó Punta Petre, ciudad hermosa á orillas del Salado y rodeada de bosques de diversos árboles tropicales. Las autoridades civiles y eclesiásticas

residen en Basse-Terre, que es el puerto más cómodo y comercial de la isla.

La población de ésta, es de unas 150.000 almas. Descubrióla Cristóbal Colón en 1493 el día de Nuestra Señora de Guadalupe, y por eso le dió el tal nombre; los indígenas la llamaban Quiraquirá.

Desde 1654 perteneció á Francia, aunque la perdió y recobró varias veces en sus guerras con Inglaterra. En 1813 ésta la cedió á Suiza, la que al año siguiente la devolvió á Francia. Aun la recobró Inglaterra durante la guerra de los cien días; pero desde 1816 quedó definitivamente en poder de los franceses. En 1850 Pío IX erigió la diócesis, que es sufragánea de la Metropolitana de Burdeos.

Tal es la isla donde la Santísima Virgen del Carmen es venerada en su santuario, que ahora es parroquia, de la ciudad de Basse-Terre. Dicha imagen es de barro cocido, su altura con el pedestal de un metro y treinta centímetros; está de pie y sostiene al Niño Jesús en el brazo izquierdo. Artistas competentes descubren en su rostro el tipo español. Una nota domina en la armonía de sus perfiles, es el carácter expresivo de su fisonomía. Parece que su mirada se modifica según las circunstancias. «Yo os aseguro, decía una alma sencilla y piadosa, que casi siempre la he encontrado risueña, pero un día que mi conciencia me remordía, la ví que me miraba con ojos tristes, que me conmovió hondamente y me hizo latir con violencia el corazón. ¿Será ésto, ilusión mía, añadía con discreción, ó efecto de mis disposiciones interiores?» Es creencia común en Basse-Terre que muchas veces Nuestra Señora del Carmen obra esta maravilla.

## II

## ORIGEN DE LA IMAGEN

El 27 de Junio de 1635 abordaron á las playas de Guadalupe los capitanes franceses Oliver y Duplessis. En la plaza, que después se ha llamado Santa Rosa, plantóse la cruz, y á sus pies, en altar de piedras y de ramas de árboles, se celebró por primera vez el agosto sacrificio. Los dos jefes de la nascente colonia, á pesar de sus rectas intenciones y comunes aspiraciones, no pudieron entenderse, y hubieron de separarse, yendo el uno á la izquierda y el otro á la derecha. Duplessis se estableció al este de Punta Alegre; y Oliver plantó su tienda al oeste del mismo promontorio, al lado del torrente que más tarde se ha llamado el río del Fuerte Viejo.

Cuatro religiosos dominicos que los habían acompañado en la expedición, se establecieron en el barrio que después había de hacerse célebre con el nombre de la Virgen. Principiaron por vivir en miserable choza con inmenso regocijo del ángel de la pobreza, y después construyeron una casa algo más cómoda, para lo cual les sirvieron los árboles de los bosques inmediatos.

Un día que se ocupaban en cortar maderas con ese fin, fueron gratamente sorprendidos con el murmullo de las aguas de un arroyo, que hasta entonces no habian descubierto. Era un descubrimiento precioso por más de un título. Al momento cogen en las manos el hacha y tronchan las cañas que se bañaban en las aguas benéficas. Una corriente cristalina apareció á sus ojos estupefactos. Un grito de gozo se escapó de su pecho.

Pero mientras se entregaban á estos trasportes de justa alegría, sus ojos notaron que en medio del caña-

veral, y á pocos pasos del arroyo estaba de pie una imagen de la Santísima Virgen con el Niño Jesús en los brazos. La colocaron en un tronco para rendirle sus primeros homenajes, y después la condujeron á su convento, donde le erigieron un altar, que adornaron con lo que les permitía su pobreza.

Á la madrugada siguiente, al venir á rezar en su presencia el *Angelus*, notaron que había desaparecido. Persuadidos que era un prodigio, corrieron á buscarla en el paraje donde la habían hallado el día anterior; y efectivamente, la hallaron y la trasladaron de nuevo á su casa.

Por segunda vez desapareció la Señora; y entonces los religiosos juzgaron que era temeridad oponerse á la voluntad tan clara del cielo. Resolvieron edificarle modesta ermita, que en el decurso del tiempo se ha transformado en el suntuoso templo actual.

¿De dónde había venido esta efigie, que debía ser el Paladín de todo un pueblo? ¿Qué mano misteriosa la había colocado en aquella isla? Dos tradiciones corren en Guadalupe como las más autorizadas.

La primera dice que, costeando Cristóbal Colón la isla, se desencadenó un furioso ciclón que debía sumergir su débil esquite en la mar. El piadoso Almirante levantó sus ojos al cielo é imploró el auxilio de Maria. Sus ardientes súplicas fueron escuchadas; y cuando al caer de la tarde, las ramas de los árboles se extendían para recibir las últimas gotas de la lluvia, dejó en medio de ellas suspendida como un exvoto la efigie de la Virgen. Si la crítica encuentra que esta tradición es más bien poética leyenda, puede elegir la siguiente.

Se sabe que los españoles acostumbraban dejar medallas ó estatuas de la Santísima Virgen en las comarcas que exploraban. Eran como faros celestiales colocados á ciertas distancias en las vías del océano que

abrían sus naves. Sábese también que muchas de estas naves llegaban á Guadalupe á proveerse de agua; y sin duda conocían el arroyo de Basse-Terre, cuyos manantiales se consideraban excelentes. ¿No sería alguno de los tales navíos el que condujo la estatua? Lo cierto es, que la imagen es de origen español, como lo declara su tipo, y que vino á Guadalupe desde la cuna de la colonia.

### III

#### EL SANTUARIO

Antes de referir el desarrollo del culto de Nuestra Señora, recordemos como se fundó Basse-Terre. Dijimos como los primeros franceses que desembarcaron en Santa Rosa, tuvieron que cambiar su primitivo campamento y se establecieron en Punta Alegre y en el Fuerte Viejo. Esta segunda estación fué muy corta. Las fiebres palúdicas los obligaron á buscar otro sitio más sano, y lo hallaron al lado del arroyo, allí donde la Santísima Virgen se había escogido mucho antes su suelo privilegiado.

Las primeras casas fueron humildes chozas; pero en 1655, la joven ciudad de Basse-Terre contaba ya con edificios cómodos y hasta elegantes. Para tener una defensa segura, construyeron una ciudadela ó castillo no lejos de la capilla de los Dominicos, que por esto se llamó capilla del Fuerte.

En vista del progreso de la ciudad los religiosos concibieron y realizaron el pensamiento de construir una iglesia de piedra á la Virgen. Pero desgraciadamente no pudieron gozar largo tiempo del tesoro que habían encontrado. Á consecuencia de ciertas dificultades, tuvieron que sostener pleito sobre la propiedad del norte San Luis con Hôtel, gobernador de la isla. Por el único cri-

men de haber tenido razón y justicia, Hoüel los expulsó y llamó á los Carmelitas de Turena para que se encargasen de la capilla del Fuerte.

Dios, que de los males saca bienes, sirvióse en este caso de la expulsión de los PP. Predicadores para que arribaran á aquellas playas los hijos del Carmelo; y si el Santo Rosario de María no obró la conversión ni sostuvo la fe de aquellos infieles por la malicia de los hombres, fué burlado el demonio merced al poder del santo Escapulario.

Llegados, pues, los hijos del profeta Elías y encontrándose con el santuario, cuya imagen no había recibido título alguno, se apresuraron á saludarla con aquél de que ellos se consideraban apóstoles. Desde entonces empezó á ser conocida con la advocación de Nuestra Señora del Carmelo. Establecieron la cofradía y predicaron las excelencias del escapulario bendito y las promesas de la Santísima Virgen. Innumerables fueron las almas que recibieron en su pecho la blanca y hermosa librea y eran tantos los que llegaban á visitar la capilla del Fuerte, que no cabían en su recinto y hubo necesidad de pensar en edificar una iglesia espaciosa y digna.

Pero el honor de realizar tal obra no estaba reservado á los Carmelitas, que se enemistaron con el gobernador. Éste llamó á los Jesuitas, y los nombró capellanes. Los religiosos de la Compañía de Jesús fueron los que á fines del siglo XVII edificaron la iglesia del Carmelo según el plan que ahora tiene.

Los carmelitas no se retiraron de la isla; construyeron una iglesia de madera donde administraban los sacramentos; y cuando en 1776 fueron expulsados los Jesuitas, ellos volvieron á encargarse del santuario de María del Carmen. Mucho bien hacían allí, cuando la tristemente célebre revolución francesa de 1789 disolvió la comunidad.

El santuario no tiene las proporciones y elegancia de las viejas catedrales europeas; pero no deja de ser esbelto, y sobre todo sólido, como lo requiere el terreno continuamente agitado por temblores. Aunque es el mismo edificado por los Jesuitas á fines del siglo XVII, se han llevado á cabo importantes reparaciones, sobre todo después del terremoto de 1843, que casi redujo á escombros la capital de la isla. En nuestros días al lado del evangelio se le ha añadido una hermosa capilla, donde está el camarín de la Virgen, hecho de mármol blanco de Carrara. El altar es también de la misma materia y tiene en bajos relieves la figura del Buen Pastor y los cuatro evangelistas.

Para esta obra contribuyeron todos los fieles de Guadalupe, pobres y ricos. Los nombres de cuantos ofrecieron alguna limosna, fueron encerrados en un corazón de oro que pende del cuello de la santa imagen.

Además se han colocado vidrieras de colores con las figuras de Elías, profeta del Carmelo, de San Simón Stok, el apóstol del Escapulario, del evangelista San Juan, «que recibió á María por suya», y de San Bernardo, que nos enseñó la oración del *Acordaos*. Un excelente artista, llamado expresamente de París, pintó las bóvedas y los muros con exquisito buen gusto.

## IV

LA EFIGIE SE LIBRA DE LAS PROFANACIONES DE LOS INGLESES. ®

Desde tiempos remotos Inglaterra y Francia han sido rivales. Cada una de ellas quería dilatar sus colonias, y no perdían ocasión de medir sus fuerzas en combates navales. Las Antillas fueron con frecuencia teatro de esas escenas sangrientas.

En 1689 el rey de Inglaterra declaró guerra al de Francia. Después de haber conquistado á San Cristóbal, la flota inglesa mandada por Codrington se apoderó sin combate de María Galante y llegó á la bahía de Basse-Terre. El patriotismo enardeció los ánimos de los habitantes y todos querían tomar parte en la batalla. Á duras penas se pudo separar á los ancianos, mujeres y niños. Los adultos aptos para manejar las armas se unieron al ejército y opusieron resistencia desesperada á los invasores; pero al fin fueron arrollados por el número de los enemigos. Codrington se apoderó de Basse-Terre; pero delante del santuario del Carmelo sintió no sé qué impresiones; parecía que el suelo quemaba debajo de sus pies. Entonces tomó la resolución de alejarse de aquellas playas, pero dando orden para que incendiasen la ciudad. Esto era de noche, y al despertar la aurora del día siguiente se pudo notar que todos los edificios habían sido reducidos á ceniza, y sólo el templo de María quedaba en pie, respetado por las llamas.

Doce años más tarde volvieron á cruzarse las espadas de Francia é Inglaterra. Otro Codrington, hijo del primero, apareció en las aguas de Guadalupe. Desembarcó en María Galante, y se disponía á atacar á Basse-Terre, cuando reveses imprevistos le obligaron á refugiarse de nuevo en sus naves, pero cuidando, como su padre de incendiar primero la ciudad. Sólo el templo de María quedó ileso como para infundir valor á los vecinos atribulados y prometerles tiempos más favorables.

Por tercera vez en 1759 Basse-Terre cayó en poder de los ingleses. En 22 de Enero el comodoro Moore atacó la ciudad con fuerzas considerables; y con las descargas repetidas de su artillería derribó los fuertes. Los franceses, después de agotado el último cartucho, se retiraron salvando su bandera. El comodoro hizo bombardear entonces la ciudad desmantelada é indefensa.

Un inmenso incendio alumbró con sus llamas los montes vecinos. Esta vez se creyó que el templo del Carmelo había sido destruido, pues el fuego le rodeaba por todas partes; mas no sucedió así, la Virgen del Carmen se había librado de las profanaciones.

## V

## LA ESTRELLA DEL MAR

Á mediados del siglo XVIII Basse-Terre se conmovió profundamente por un suceso marítimo extraordinario. Acababa de entrar en la bahía un navío en estado lastimoso, favorecido por una vela improvisada y un timón de madera. Nadie le podía reconocer. Pocos días antes había salido del puerto entre las aclamaciones y tierra despedida que los de tierra dirigían al capitán y á los pasajeros. Á todos halagaba la esperanza de volver á saludar á los amigos que se alejaban de las playas de la patria con tiempo bonancible y mar tranquilo.

Tan luego como se hubo asegurado el navío saltaron á tierra el capitán, tripulantes y pasajeros. Se alinearon en la calle; y descalzos, llevando cirios en las manos, se dirigieron al templo del Carmelo. Mientras desfilaban silenciosos y recogidos, he aquí el relato que corría de boca en boca.

Pocos días después de la salida las velas no prestaban ayuda alguna, el navío no avanzaba una línea, no soplabla la más ligera brisa, reinaba la calma más completa. Para los poco experimentados en la mar, nada les parecía más seguro, el cielo purísimo y sin nubes no hacía sospechar que estuviera cerca la tempestad.

Sin embargo un silencio de mal augurio reinaba á bordo. El capitán de pie junto al timón no cesaba de observar el horizonte. Los marineros no temían, porque

confiaban en su capitán, que con su habilidad triunfaba de los más serios peligros, supliendo así la falta de instrumentos que se han descubierto en los años posteriores. Después de haber observado con el anteojo el horizonte, llamó el capitán á dos viejos expertos en la mar, y después de haber cambiado cortas palabras con ellos, ordenó que se hiciera rápidamente la maniobra de recoger todas las velas, excepto la del palo mesana. En seguida mandó cerrar las escotillas del buque y asegurar los objetos movibles. ¡Era tiempo! Más rápido, que la maniobra de los marinos, el punto negro que había llamado la atención poco antes, avanzaba, crecía y despedía rayos con celeridad prodigiosa. Una ola inmensa arrastró el navío con rapidez vertiginosa, sin que fuese posible detener su marcha ni siquiera dirigirla. En medio del ruido ensordecedor de la tempestad sobrevino un fracaso espantoso, oyéndose la voz del capitán que ordenaba con imperio: «las hachas, y cortad ligero». Acababan de derrumbarse los palos mayor y mesana y atados con cadenas ó vergas amenazaban romper los costados del buque. La lucha fué horrible. En cierto momento la calma más completa siguió á la tormenta. El cielo estaba puro y centelleaban las estrellas; mas por todos lados se divisaba el horizonte negro. El navío había salido, en efecto, del movimiento giratorio que lo había arrastrado, pero había sido impulsado al centro del ciclón; por consiguiente el peligro empezaba de nuevo. ¿Qué hacer en tal peligro? Sin mástiles, sin timón, y el ciclón avanzando siempre ¿qué muerte les esperaba?

Agrupados todos alrededor del capitán, éste les dice con aquella frase breve y concisa que forma la elocuencia de los grandes marinos: *Todo socorro humano nos falta, pero nos queda Dios*, y acordándose de Nuestra Señora de Basse-Terre, cuyos portentos habían oído referir, y

de quien se habían despedido antes de la marcha, caen de rodillas, y piden á Nuestra Señora del Carmen los salve milagrosamente del peligro, prometiéndole ir en romería y descalzos á su santuario llevándole el cirio de la acción de gracias. Estaban todavía en la actitud humilde del que ora, cuando los alcanzó el ciclón. Cada uno corrió á su puesto como si todavía algo se pudiera conseguir. La corriente vertiginosa había vuelto á comenzar y sólo Dios sabe el tiempo que duró.

Cuando acabó era ya de día. El mar quedó todavía algunas horas agitado; pero un rayo de sol vino á regocijar los corazones. Las islas de Nieves y San Bartolomé aparecieron en lontananza en el horizonte, lo que les indicaba que Guadalupe no estaba distante. Cogen un palo para timón, girones de tela se suspenden á guisa de velas, la *Estrella de los Mares* acabará su obra.

He aquí, pues, el misterio porque aquellos hombres salían en peregrinación al Carmelo. Mientras se celebraba la santa misa, más de una lágrima surcaba aquellas mejillas tostadas por los rayos del sol y las rudas labores del mar. Y cuando de sus pechos viriles salieron las graves melodías del *Ave maris Stella*, debieron comprender que la vida es un océano peligroso y la Virgen nuestra Madre la estrella que nos guía y conserva al través de las olas enfurecidas.

## VI

## SACRILEGIO Y CASTIGO

Para castigar al hombre, dice la Escritura, á menudo Dios le entrega á su propio sentido. Y el comentario bien elocuente de la tal sentencia está escrito con caracteres de sangre en la historia de todos los pueblos.

Bien lo sabe Francia. Un día experimentó dolorosa-

confiaban en su capitán, que con su habilidad triunfaba de los más serios peligros, supliendo así la falta de instrumentos que se han descubierto en los años posteriores. Después de haber observado con el anteojo el horizonte, llamó el capitán á dos viejos expertos en la mar, y después de haber cambiado cortas palabras con ellos, ordenó que se hiciera rápidamente la maniobra de recoger todas las velas, excepto la del palo mesana. En seguida mandó cerrar las escotillas del buque y asegurar los objetos movibles. ¡Era tiempo! Más rápido, que la maniobra de los marinos, el punto negro que había llamado la atención poco antes, avanzaba, crecía y despedía rayos con celeridad prodigiosa. Una ola inmensa arrastró el navío con rapidez vertiginosa, sin que fuese posible detener su marcha ni siquiera dirigirla. En medio del ruido ensordecedor de la tempestad sobrevino un fracaso espantoso, oyéndose la voz del capitán que ordenaba con imperio: «las hachas, y cortad ligero». Acababan de derrumbarse los palos mayor y mesana y atados con cadenas ó vergas amenazaban romper los costados del buque. La lucha fué horrible. En cierto momento la calma más completa siguió á la tormenta. El cielo estaba puro y centelleaban las estrellas; mas por todos lados se divisaba el horizonte negro. El navío había salido, en efecto, del movimiento giratorio que lo había arrastrado, pero había sido impulsado al centro del ciclón; por consiguiente el peligro empezaba de nuevo. ¿Qué hacer en tal peligro? Sin mástiles, sin timón, y el ciclón avanzando siempre ¿qué muerte les esperaba?

Agrupados todos alrededor del capitán, éste les dice con aquella frase breve y concisa que forma la elocuencia de los grandes marinos: *Todo socorro humano nos falta, pero nos queda Dios*, y acordándose de Nuestra Señora de Basse-Terre, cuyos portentos habían oído referir, y

de quien se habían despedido antes de la marcha, caen de rodillas, y piden á Nuestra Señora del Carmen los salve milagrosamente del peligro, prometiéndole ir en romería y descalzos á su santuario llevándole el cirio de la acción de gracias. Estaban todavía en la actitud humilde del que ora, cuando los alcanzó el ciclón. Cada uno corrió á su puesto como si todavía algo se pudiera conseguir. La corriente vertiginosa había vuelto á comenzar y sólo Dios sabe el tiempo que duró.

Cuando acabó era ya de día. El mar quedó todavía algunas horas agitado; pero un rayo de sol vino á regocijar los corazones. Las islas de Nieves y San Bartolomé aparecieron en lontananza en el horizonte, lo que les indicaba que Guadalupe no estaba distante. Cogen un palo para timón, girones de tela se suspenden á guisa de velas, la *Estrella de los Mares* acabará su obra.

He aquí, pues, el misterio porque aquellos hombres salían en peregrinación al Carmelo. Mientras se celebraba la santa misa, más de una lágrima surcaba aquellas mejillas tostadas por los rayos del sol y las rudas labores del mar. Y cuando de sus pechos viriles salieron las graves melodías del *Ave maris Stella*, debieron comprender que la vida es un océano peligroso y la Virgen nuestra Madre la estrella que nos guía y conserva al través de las olas enfurecidas.

## VI

## SACRILEGIO Y CASTIGO

Para castigar al hombre, dice la Escritura, á menudo Dios le entrega á su propio sentido. Y el comentario bien elocuente de la tal sentencia está escrito con caracteres de sangre en la historia de todos los pueblos.

Bien lo sabe Francia. Un día experimentó dolorosa-

mente esta divina venganza. Era la hora de la revolución que ensangrentó el fin del siglo XVIII. Manchada por las orgias de turbas disolutas, extraviada por los odiosos sofismas y las blasfemias de una filosofía sectaria, la nación francesa parecía agonizar. Se habían marchitado sus antiguas glorias; sus templos venerandos fueron destruidos, sus altares profanados, y se había despedido á Dios de su morada. Más lejos que nunca estaba entonces de ser verdad el adagio que con poca humildad repetían los franceses: «Después del cielo el reino más bello es el de Francia.»

Peró no sólo en el territorio de Francia, sino en sus colonias la anarquía rompió el cetro de la autoridad y autorizó el desorden. Buena prueba es lo que sucedió en Guadalupe.

Merced á la confusión que reinaba en esa época un navío corsario ancló en la rada de Basse-Terre, seguro de que nadie le inquietaría. Ávidos de pillaje los bandidos que lo tripulaban, bajaron á tierra, y recorren la ciudad buscando por todas partes oro y piedras preciosas que saciaran su codicia. Mohinos se pusieron al ver frustradas sus esperanzas, pues no encontraban lo que tanto apetecían; pero Satanás les inspiró el pensamiento de dirigirse al santuario del Carmelo que siempre había sido respetado. Un inmenso clamor, un grito de salvaje algazara se escapó de sus pechos al instante en que con una mirada conocen el tesoro que han hallado. En pocos minutos dejan la iglesia desmantelada. Los vasos sagrados del altar, los ornamentos de la sacristía, las joyas de la Madona, todo es entregado al saqueo. Y de aquel santuario tan ricamente adornado, todo embalsamado con los homenajes de la veneración y de la fe, no quedan más que paredes entristecidas de donde penden girones de cuadros destrozados y ex-votos hechos pedazos. En medio de tantas ruinas aun se veía sonreír la

imagen de María. Parece un reproche que penetra el alma de los sacrilegos destructores. Así lo comprenden éstos y por eso trepan al altar y arrojan desde lo alto del camarín hasta las losas del pavimento, la imagen querida y venerada. El sacrilegio estaba consumado; pero no estaba satisfecho el odio satánico de los malvados. Les quedaba una ignominia más que cometer. La Virgen no había sufrido ningún daño con la caída; el suelo santificado por tantas generaciones, la había recibido con blandura, para que no se rompiese. Mas he aquí que se aproxima un marinero, impulsado sin duda por la esperanza de una ganancia sórdida, sacando de la cintura un cuchillo ya manchado por el crimen y vomitando horribles blasfemias, descarga recio golpe sobre la Madona, y la mutila una mano. El infierno estaba satisfecho. Los bandidos como avergonzados huyeron en silencio del teatro de sus sacrilegas hazañas.

Peró Dios á veces no espera la eternidad para hacer ostentación de su justicia. Media hora hacía que el corsario dejaba el puesto cuando fué encontrado por un buque de guerra y le dió caza. En la pequeña lucha sostenida, un hombre del corsario levantó el brazo para arriar una vela, cuando cierta bala lanzada al parecer al descuido se la cortó completamente. Era el mismo que había mutilado á la Sma. Virgen. Se dice que el capitán reconociendo su crimen volvió al santuario bendito á desagraviar á Nuestra Señora del Carmen.

Al anochecer del día siguiente al sacrilegio, un grupo de fieles hijas de María se dirigió al santuario procurando burlar las pesquisas de los enemigos de la fe, entonces triunfantes y altaneros. Hallan la imagen tendida en el pavimento y la mano separada. Cargando el precioso tesoro se dirigieron silenciosas á una casa de la calle de Lardenoy, y en una modesta celda le erigieron altar, la adornaron con flores y cirios y rindieron

homenajes de amor y respeto. Allí se reunieron todas las noches, teniendo que llegar una tras otra para que nadie sospechara que en aquella casa existía capilla de la Virgen.

## VII

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS  
EL SOUFFRIERE

Desde la improvisada capilla donde quedó instalada la Virgen del Carmen continuó defendiendo á sus amados hijos de la isla de Guadalupe en la calamitosa época que atravesaban. Como si á la colonia no le hubiera sido bastante sufrir los horrores de la guerra civil y extranjera, como si las escenas de anarquía no hubiesen infundido bastante pena en los corazones, la naturaleza vino á conjurarse contra ellos. He aquí una de las pruebas más conmovedoras.

Hemos dicho en el párrafo primero que el Souffrière arroja humo de día y llamas de noche. Lo mismo sucedía en tiempos antiguos; pero el 28 de Septiembre de 1797 hizo una terrible erupción, cuando la gente estaba más descuidada creyéndolo apagado. Hacia las seis de la tarde, estando el cielo sereno y sin vestigios de que pudiera desatarse la tempestad, se oyó un ruido sordo y fuerte como de trueno. Algunos lo atribuyeron á la caída del rayo en paraje distante, otros á temblor, pues se habían sentido cinco en el curso de aquel año; y nadie se preocupó de tomar medida de seguridad.

Poco después la piadosa falange que frecuentaba en oculto la capilla de la calle Lardenoy, se reunió como de costumbre, rezó sus devociones y se retiró en paz cuidando de cerrar bien la puerta que ponía su tesoro al abrigo de miradas sospechosas.

Á las ocho de la noche se repitió el ruido y despertó

con más viveza la atención de los habitantes. Pero esta vez no fué un hecho aislado, sino que se fué reproduciendo como los tiros de un regimiento de artillería. No era posible dudar de la causa. Todo el mundo comprendió que el Souffrière entraba en actividad y que había llegado la hora de una violenta erupción. A media noche el espanto llegaba á su colmo. En medio de las tinieblas más espesas, se oyó, en efecto, como que se desataba el huracán, cuyas grandes voces tomaban las formas más vivientes del viento que muge y de las olas que se estrellan contra las rocas entreabiertas. Parecía que las montañas chocaban entre sí, ó que se iban á sumir tragándose la isla entera. Dos horas y media duró esta agonía, y la atmósfera quedó impregnada de un penetrante olor á azufre.

Inútil es advertir que mientras duró este peligro se dirigieron ardorosas súplicas á la Virgen del Carmelo. En esas horas de peligro no hay incrédulos. Al clarear el día todos los ojos se dirigieron á la montaña; pero nadie pudo distinguirla, porque estaba envuelta en una nube espesa y cenicienta, que no debía disiparse sino tres días después. Y mientras la multitud comentaba lo sucedido y quedaba horrorizada de la cantidad de cenizas que cubría el suelo, los fieles guardianes de Nuestra Señora del Carmen se apresuraban á reunirse en la capilla de la calle de Lardenoy. Abren la puerta é instintivamente exhalan un grito de sorpresa y caen de rodillas. ¡La Virgen había cambiado de posición! Había girado sobre sí misma. Hasta entonces había mirado hacia el muro, ahora su rostro estaba entre el balcón y la ciudad, como que se interponía entre el azote y su víctima.

¿Era verdaderamente un prodigio?

## VIII

## LA CALLE DE LA ESPERANZA

El suceso referido en el párrafo anterior llamó viva mente la atención hacia la capilla de la calle de Lardeno. El número de fieles que la visitaba seguía aumentando día á día; pero por una consecuencia muy natural en esos días de perdición, lo que en unos era piedad, era curiosidad en otros, lo que ensañó las iras de las almas á quienes inspiraba Satanás, el primer revolucionario. Para estos iconoclastas no fué un misterio la presencia de la imagen sagrada en la casa hospitalaria donde se la veneraba en esos días. Había necesidad de ponerla en salvo de sus maquinaciones inicuas, y para ello no debía perderse tiempo. ¡Nuestra Señora del Carmen debía dejar el trono que la erigieran manos piadosas! Estos corazones nobles resolvieron cerrar su capilla, apagar sus cirios, quitar las flores del altar, y ocultar la sagrada efigie en otra casa donde no fuese fácil descubrirla. Ellas hacían el heroico sacrificio de privarse de la vista del rostro amable de su Reina y Madre.

En cierta noche de 1793, favorecida por la obscuridad, colocaron la Madona en una casa humilde de la calle de la Esperanza donde debía permanecer largo tiempo, hasta que mejorase la situación de Guadalupe. Dos recuerdos están vinculados al tiempo que permaneció en esta prisión celular.

Cierta tarde del año 1801 dos ladrones ávidos de pillaje, entran en la casa donde estaba escondida Nuestra Señora. Poco les costó reconocer la estrecha morada é inspeccionar lo que contenía. Vieron arrodillada en actitud de orar á una señora; pero como no tenía alhajas, no la molestaron, pues creyeron que no les dejaría pro-

vecho. Dirigense enseguida á una arca, que abrieron con ansia febril juzgando que allí encontrarían el oro que buscaban; pero retroceden espantados; se habían encontrado con los ojos de la Virgen que los miraba fijamente. Se retiraron presurosos, y habiendo querido uno de ellos volver sobre sus pasos, el otro le detuvo diciéndole con firme acento: «No lo intentes si no quieres que lluevan desgracias sobre tí».

Pocos días después otra desgracia puso en peligro la existencia de la bendita imagen.

Sabido es que la tea incendiaria juega un importante papel en las revoluciones. Basse-Terre despertó una noche por las voces de un pueblo afligido que gritaba: *fuego, fuego*. Las llamas se habían propagado hasta el Carmelo, y á pesar de todos los esfuerzos, llegó á prender la primera casa de la calle de la Esperanza, contigua á la que guardaba á Nuestra Señora. Un ligero tabique de cañas las separaba, de modo que se creía inevitable la destrucción de la Madona. Pero la Providencia hizo que lijera brisa desviara el fuego en otra dirección y así los fieles hijos de María entonaron un himno de alegría y acción de gracias.

Bastantes años permaneció la Imagen en el destierro fuera de su santuario. Aunque Francia hizo penitencia de su pecado y en concordato de 1801 se fueron reparando las iglesias y renació el culto, en las colonias se obró con más lentitud. En Marzo de 1811 fué nombrado cura del Carmen el P. Vianney, carmelita descalzo, que había vivido en el santuario antes de la expulsión, y había tenido que peregrinar por la América del Norte.

Quedó traspasado de dolor al ver que sólo quedaban las paredes del templo de su Madre, que el techo estaba desplomado, y en el interior sólo había ruinas. Las aves nocturnas habían fabricado allí sus nidos. Hizo un patético llamamiento á sus feligreses para restaurar el

templo y fué escuchado. El Gobernador inglés de la colonia, Cokrane, impuso tributo á todos los habitantes de la ciudad para favorecer la obra. De este modo logró dársele glorioso remate, y en Septiembre del mismo año la santa Imagen era conducida en solemne procesión, acompañada de inmensa muchedumbre por las calles engalanadas, hasta quedar colocada en su antiguo nicho. Verdaderamente fué aquel un día de regocijo para la isla de Guadalupe.

## IX

## TRES BENEFICIOS PÚBLICOS

Vuelta á su santuario la augusta Virgen del Carmelo reanudó la cadena de sus tradiciones. Sin brillo ni aparato, pero con plena confianza, sus hijos la saludaban, honraban y le dirigían cada día humildes súplicas.

Ella, siempre buena, calmaba sus alarmas y los protegía. Esta doble corriente del amor maternal y del amor filial había tomado su libre curso, para perpetuarse en la serie de los tiempos como un flujo y reflujo apacible é incesante. Referiremos aquí tres épocas dolorosas por las cuales pasó la isla de Guadalupe en el siglo XIX y que ponen de relieve esta verdad.

Es la primera el huracán de 1825. El 26 de Julio empezó mal desde la aurora. En la atmósfera reinaba agitación particular. En el cielo se amontonaban nubes cenicientas que tomaban las formas más fantásticas y á veces se desgarraban con brusca anomalía. Las aguas del mar parecían hervir. En tierra se sentía como un gemido universal; por momentos se veían crujir los árboles, los animales vagaban inquietos. El barómetro bajaba y bajaba ligero. No cabía duda alguna, se aproximaba el huracán.

Serían las ocho de la mañana cuando se desencadenó el viento repentinamente. Al estampido de la tempestad se juntó el ruido ensordecedor de la copiosa lluvia, de los techos y de las casas que se derrumbaban. El espanto se apoderó de todas las almas. Los navíos detenidos en la bahía reforzaron sus anclas y muchos de ellos fueron arrojados á la playa. El río se desbordó como un torrente é inundó la ciudad de Basse-Terre. Todo era un caos indecible y los gritos de desesperación aumentaban el horror de la escena. Al medio día el huracán recogió sus furias y entonces se vió que Basse-Terre no era más que un montón de ruinas. Debajo de los escombros se encontraron trescientos ochenta y dos cadáveres. También la iglesia del Carmelo tuvo que sufrir las consecuencias del fenómeno atmosférico, se derrumbó el techo y se rompieron objetos valiosos. Las aguas de la lluvia inundaron todo el recinto. La sagrada imagen rodó desde el trono hasta el pavimento sin sufrir más daño que volverse á separar la mano cortada por el sacrilego.

Al día siguiente de la catástrofe, cerca de los almacenes generales, se organizó una procesión, para visitar á Nuestra Señora, pues á ella se atribuía no haber perecido todos los habitantes. Enternecía hasta hacer derramar lágrimas, ver aquellas largas filas de hombres y mujeres, descalzos, con una cuerda al cuello y el escapulario en la mano que se dirigían á dar gracias á la buena Madona.

Todavía no estaban completamente reparadas las ruinas de 1825 cuando Basse-Terre experimentó otra espantosa catástrofe. El primero de Enero de 1830, mientras las familias estaban distraídas con fiestas y diversiones, se oyeron estas voces siniestras, *fuego, fuego*. Y poco después estas otras más pavorosas todavía: «va á reventar el polvorín».

Efectivamente acababa de declararse un incendio en los alojamientos de los soldados del Fuerte, y favorecido por la brisa se había extendido con gran rapidez. Todo el mundo sabía que se guardaba la pólvora precisamente en el sitio de donde se veían salir los siniestros resplandores. Ya pueden imaginarse las escenas dolorosas de que fué teatro entonces Basse-Terre. Un terror pánico se apoderó de la población. Todas las casas fueron abandonadas. Las calles eran estrechas para contener á hombres que vagaban inquietos, á mujeres pálidas llevando de la mano á sus hijos, y á venerables ancianos; los enfermos eran llevados en hamacas ó casi arrastrados por sus deudos. Y el redoble de los tambores tocando á generala, aumentaba la confusión. El pánico llegó á ser extremo. Las mujeres, los viejos y los niños, corrieron en dirección opuesta á la del fuego, mirando de vez en cuando atrás por si veían saltar el polvorín; los hombres por el contrario se dirigieron al mismo sitio del siniestro á conjurar con sus esfuerzos la catástrofe que amenazaba á la ciudad. Sin duda que son dignos de todo elogio el valor y la resolución que desplegaron en circunstancias tan críticas. El gobernador de la colonia se mostró digno de tal pueblo. Arrostrando todos los peligros se abre paso y va á colocarse de pie sobre el polvorín. Este ejemplo heroico estimula á los demás y entonces con esfuerzos indecibles logran detener al furioso elemento.

Pero no debe atribuirse todo el éxito de esta jornada al trabajo impropio de los hombres. Mientras éstos combaten, las mujeres oran. Un grupo de ellas que no tenían que conducir niños ni ancianos, se dirige en actitud penitente al santuario de María del Carmelo, y esta bondadosa Madre tuvo piedad de sus hijos atribulados.

Todavía tenemos que registrar en esta reseña un dato lúgubre, el temblor del 8 de Febrero de 1843. En ese triste día la tierra se vió agitada bruscamente y parecía

que iba á hundirse bajo los pies de los hombres; de sus entrañas salía un poder destructor. Una conmoción rápida y violenta arruinó la ciudad de Punta Petre, y sumió en el duelo y en las lágrimas á toda la colonia. La Virgen del Carmelo fué también esta vez el recurso y el consuelo de los hijos de Basse-Terre. Á ella volvieron los ojos llorosos, y no fueron vanas sus esperanzas.

## X

## FUENTE DE GRACIAS

María del Carmelo no ha cesado de derramar copiosísimas gracias sobre sus fieles hijos de Guadalupe y de otras islas del mar de las Antillas, porque nunca faltan romeros que gimen delante de sus aras. La confianza, hija del amor y de la fe, es la que hace eficaces las súplicas.

Un piadoso escritor francés para referir las bondades de Nuestra Señora del Carmen, recuerda aquel pasaje del Evangelio, en que se le presentaron al Divino Maestro unos discípulos del Precursor á preguntarle si era el Mesías. Jesús les respondió: «decid á Juan lo que habéis visto; los ciegos ven, los tullidos andan, los leprosos son curados, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados». Pues prodigios semejantes se han visto realizados en el santuario del Carmelo.

*Coeci vident:* los ciegos ven. Una señora noble y piadosísima había tenido que cargar las cruces inherentes á la sólida virtud. Un día Dios quiso purificarla con una prueba sino más viva, más sensible que las anteriores, permitiendo que enfermase de la vista. Era como atacar de un solo golpe la actividad, que desplegaba para arreglar todo el ajuar de su casa y la brillante imaginación adquirida en la lectura de excelentes libros.

Efectivamente acababa de declararse un incendio en los alojamientos de los soldados del Fuerte, y favorecido por la brisa se había extendido con gran rapidez. Todo el mundo sabía que se guardaba la pólvora precisamente en el sitio de donde se veían salir los siniestros resplandores. Ya pueden imaginarse las escenas dolorosas de que fué teatro entonces Basse-Terre. Un terror pánico se apoderó de la población. Todas las casas fueron abandonadas. Las calles eran estrechas para contener á hombres que vagaban inquietos, á mujeres pálidas llevando de la mano á sus hijos, y á venerables ancianos; los enfermos eran llevados en hamacas ó casi arrastrados por sus deudos. Y el redoble de los tambores tocando á generala, aumentaba la confusión. El pánico llegó á ser extremo. Las mujeres, los viejos y los niños, corrieron en dirección opuesta á la del fuego, mirando de vez en cuando atrás por si veían saltar el polvorín; los hombres por el contrario se dirigieron al mismo sitio del siniestro á conjurar con sus esfuerzos la catástrofe que amenazaba á la ciudad. Sin duda que son dignos de todo elogio el valor y la resolución que desplegaron en circunstancias tan críticas. El gobernador de la colonia se mostró digno de tal pueblo. Arrostrando todos los peligros se abre paso y va á colocarse de pie sobre el polvorín. Este ejemplo heroico estimula á los demás y entonces con esfuerzos indecibles logran detener al furioso elemento.

Pero no debe atribuirse todo el éxito de esta jornada al trabajo impropio de los hombres. Mientras éstos combaten, las mujeres oran. Un grupo de ellas que no tenían que conducir niños ni ancianos, se dirige en actitud penitente al santuario de María del Carmelo, y esta bondadosa Madre tuvo piedad de sus hijos atribulados.

Todavía tenemos que registrar en esta reseña un dato lúgubre, el temblor del 8 de Febrero de 1843. En ese triste día la tierra se vió agitada bruscamente y parecía

que iba á hundirse bajo los pies de los hombres; de sus entrañas salía un poder destructor. Una conmoción rápida y violenta arruinó la ciudad de Punta Petre, y sumió en el duelo y en las lágrimas á toda la colonia. La Virgen del Carmelo fué también esta vez el recurso y el consuelo de los hijos de Basse-Terre. Á ella volvieron los ojos llorosos, y no fueron vanas sus esperanzas.

## X

## FUENTE DE GRACIAS

María del Carmelo no ha cesado de derramar copiosísimas gracias sobre sus fieles hijos de Guadalupe y de otras islas del mar de las Antillas, porque nunca faltan romeros que gimen delante de sus aras. La confianza, hija del amor y de la fe, es la que hace eficaces las súplicas.

Un piadoso escritor francés para referir las bondades de Nuestra Señora del Carmen, recuerda aquel pasaje del Evangelio, en que se le presentaron al Divino Maestro unos discípulos del Precursor á preguntarle si era el Mesías. Jesús les respondió: «decid á Juan lo que habéis visto; los ciegos ven, los tullidos andan, los leprosos son curados, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados». Pues prodigios semejantes se han visto realizados en el santuario del Carmelo.

*Coeci vident:* los ciegos ven. Una señora noble y piadosísima había tenido que cargar las cruces inherentes á la sólida virtud. Un día Dios quiso purificarla con una prueba sino más viva, más sensible que las anteriores, permitiendo que enfermase de la vista. Era como atacar de un solo golpe la actividad, que desplegaba para arreglar todo el ajuar de su casa y la brillante imaginación adquirida en la lectura de excelentes libros.

Los cuidados de los médicos no fueron suficientes para detener el progreso del mal, y después de varios años de lucha se llegó á comprender que no había remedio. La enferma tuvo que llevar siempre una venda delante de los ojos, renunciar á toda lectura y dejar caer de sus manos de mujer fuerte la aguja con que realizaba primores. Por fin quedó enteramente ciega y necesitó un lazarillo que la condujese de la mano. Dolorosa fué la impresión que sufrió, pero como era de tan acendrada piedad, pronto se resignó al divino beneplácito. Sin embargo vivía allí cerca una hija generosa y llena de fe. Emocionada é inconsolable cree que el mal no es incurable, que si la ciencia ha callado, hay otra más sabia que puede hallar remedio todavía. Encaminase al templo del Carmen. «Habiendo comulgado, escribe ella misma, comencé una novena que terminé con la misa que hice celebrar en el altar de la Santísima Virgen; yo me dirigía á Ella con entera libertad como si la viese». Pasados dos días después de la conclusión de la novena, entrando por casualidad á la habitación donde se encontraba su madre dejó escapar un grito, no de sorpresa, sino de amor: ¡la ciega tenía un libro en la mano! Y á los acentos conmovedores y á la mirada expresiva de la hija, aquélla respondió: «hace dos días recobré la vista y ya puedo leer como antes». La Virgen del Carmen había hecho llegar á aquella apacible morada la luz y el gozo.

*Claudi ambulat*: los tullidos andan. En el libro de oro de las gracias de Nuestra Señora del Carmen está escrito este prodigio.

Una joven llamada María, por sus raras prendas, era el modelo de la parroquia del Carmen. Poseía esa piedad franca y alegre que nada tiene que ver con las tristezas del falso misticismo. Desde su infancia se había aficionado á la Virgen del Carmelo, de suerte que

ni un solo día dejaba de postrarse delante de la divina Madre. Llegó la festividad del Corpus y ella fué comisionada para llevar el estandarte de la Santísima Virgen durante la procesión. Cuando ésta se detuvo en el campo de Arband, la joven, devorada por la sed y el calor, se separó de las filas y fué á pedir un vaso de agua en la casa más próxima. No faltó quien le advirtiera que era una imprudencia beber en el estado en que se hallaba; pero la juventud tiene audacias temerarias, y así María insistió y apagó su sed. Esto fué para ella un golpe casi mortal. En la misma tarde tuvo que ponerse en cama devorada por fiebre ardiente y el cuerpo casi despedazado por dolores insufribles. Por un error que no se sabe justificar, el médico ordenó se le hiciera una sangría en el pie. Desgraciadamente en el momento crítico la enferma, agitada por el dolor, hizo un movimiento importuno, y se le dañó el nervio. Contrariado el doctor exclamó moviendo la cabeza: «Temo que esta pobre niña quede estropeada hasta el punto de no poder andar».

Este temor se realizó. El pie quedó atrofiado, y rehusó todo servicio. Para remediar el mal no se ahorraron gastos ni consultas de médicos. Todo fué infructuoso. Se aconsejó á la enferma que hiciera esfuerzos para andar; pero aunque ella tenía la mejor voluntad del mundo, no pudo hacer otra cosa que exhalar gritos desgarradores que le arrancaba el dolor. Sólo un remedio le hacía bien: la paciencia y por cierto que la tenía en alto grado, pues su resignación era admirable. Por fin se le ocurrió la idea de que la Virgen del Carmen podía curarla. «Por servirle me ha venido el mal, dijo, á Ella le corresponde sanarme». Nuestra Señora recompensó esta sencilla confianza. Después de nueve largos meses de sufrimientos, durante los cuales no podía sino arrastrarse apoyada en muletas, después de muchas oraciones y súplicas,

sonó la hora de la misericordia. Un día pidió la pobre enferma que la llevasen al Carmelo á oír la misa que se iba á celebrar por su intención. Se la llevó en una hamaca y se convino en que el sacerdote descendería á darle la sagrada comunión al sitio que ocupaba. Pero minutos antes del momento deseado, María llama á su vecina y le dice: cierto impulso interno me invita á acercarme al comulgatorio.—Guardaos de hacerlo, le respondió la amiga, porque caeréis y ésto se convertirá en novela.—Llega el momento feliz y he aquí que la tullida se levanta, da un paso y se arrodilla delante del barandal del comulgatorio y después de haber recibido el Pan de los ángeles vuelve á su sitio. La admiración se apodera de cuantos la rodean. De todos modos, la distancia que ha recorrido no es más que de un metro, y así no podía deducirse nada de este movimiento repentino. Mas recitado el último Evangelio, María se levanta como todas las concurrentes, da un paso, después otro... y camina. Los fieles, llenos de emoción, entonan un himno de acción de gracias entrecortado por los sollozos. Esta voz de gratitud y amor resuena en el exterior. Luego multitud de gentes acuden, llenan el templo y rodean á la joven afortunada. La acompañan á la rectoría y después á su propia casa, donde quedan convencidos que el pie está radicalmente curado y no conserva siquiera vestigios del mal. La Virgen del Carmelo había hecho su obra, la obra de la misericordia.

Vamos á referir otro hecho que demostrará más claramente que en el santuario de María *los cojos andan*. Si es triste tener un miembro paralizado, mucho más digno de lástima es ver á un paralítico, porque parece que la mano helada de la muerte empieza á hacer su conquista sobre el infeliz, que yace sin movimiento en un lecho. El «toma tu lecho y anda» de Jesús ha encontrado eco en ciertos santuarios de la Ma-

dre de Dios. Hé aquí uno realizado en Guadalupe.

Una mujer llamada Francisca, que vivía en una aldea de la isla, fué acometida de una dolencia extraña, que desconcertaba á los hombres de ciencia. Era una especie de reumatismo agudo que afectaba á las visceras internas del cuerpo. Después de cinco años de curación infructuosa, se trasladó á Basse-Terre esperando encontrar más recursos. Y en efecto, un remedio eficaz le aguardaba, y que no era el que ella venía á buscar. El mal se agravó, los dolores se extendieron á todo el cuerpo. Todos los miembros fueron perdiendo por grados el movimiento y en pocos meses quedó como clavada en el lecho, pues sólo le quedaba actividad en las manos. Esta situación duró dos años á ciencia y presencia de todo el mundo. En una larga prueba de quince años, que llevaba de enfermedad, había conservado fresca y lozana la devoción á la Santísima Virgen, que se le había infundido el día de su primera comunión. Un domingo, fiesta de Nuestra Señora del Carmen, Francisca, oyendo las campanas, que convocaban á los fieles á misa, cogió un rosario á fin de unir sus oraciones al santo sacrificio. Ella pensaba en la venerada Señora cuya fiesta se celebraba, y á quien profesaba tierno amor, enviando con frecuencia cirios que ardiesen en su altar. Ese día parece que su confianza en ella había aumentado. Por unos de esos cambios súbitos que suelen experimentar las almas, llegó un momento en que se sintió oprimida de mortal angustia, el rosario cayó de sus manos, amargas lágrimas surcaron sus mejillas y el corazón le quedó como destrozado. ¡Era la hora de la gracia! Francisca que no ignora que la desesperación es una injuria que ofende á la bondad de Dios, reanima su fe, invoca á la Virgen del Carmen pidiéndole que sostenga su alma y que si le conviene le devuelva también la salud del cuerpo. En aquel momento la campana hacia la señal de

la elevación. El aire resonaba todavía con esta suave armonía, cuando Francisca que había adorado á Jesús Sacramentado, se encontró de pie junto á su lecho. Habiéndole parecido oír una voz que le decía: *surge et ambula*, se había levantado y había caminado.

*Leprosi mundantur*: toda llaga es curada. La lepra es mal espantoso. Se puede afirmar que es como la síntesis de todos los males dolorosos y humillantes que el pecado de Adán dejó en herencia á nuestra carne. Podemos creer que Nuestro Señor empleó esta única denominación para designar en una sola palabra todas las enfermedades agudas y crónicas de que curaba á los hijos de Judá en presencia de los discípulos de Juan Bautista.

El maternal poder de María Santísima se extiende también á todos los males y cicatriza todas las llagas. Las aguas de la gracia que ella distribuye no tienen solamente eficacia para una especie de males sino para la generalidad de ellos. Como las de la Piscina probática de Jerusalén el remedio es eficaz «para todas las enfermedades.» Citaremos sólo tres casos de curaciones obtenidas de Nuestra Señora del Carmen.

Desde que contaba cinco meses un pobre niño se vió atacado de asma, que amenazaba hacerlo morir en la cuna. La ternura de su madre no perdonaba sacrificios para que obtuviese la salud; pero el mal resistía á todas las esperanzas de la ciencia y del amor, hasta que el médico del lugar donde habitaba la familia concluyó por declararlo incurable. El niño llegó á cumplir cinco años en este perpetuo sufrimiento, y los afligidos padres resolvieron trasladarse á Basse-Terre. Allí consultaron á un hábil facultativo, el cual después de varios experimentos, opinó como su compañero de la aldea. No por esto desmayó la mujer, sino que movida por ese impulso que es propio de las madres en circunstancias críti-

cas, fué á arrojarse á los pies de Nuestra Señora del Carmen, y empieza inmediatamente una novena. Aún no la había acabado, cuando el niño experimentó notable mejoría. Pocos meses más tarde estaba completamente sano.

Más de cinco años hacía que una señora padecía cierta afección dolorosísima en ambas rodillas, que no le permitía jamás caer de hinojos y apenas la dejaba andar. Con frecuencia se le formaban tumores. Muchos médicos le recetaron diversa clase de medicamentos y todos fueron inútiles. Por casualidad se trasladó de Punta Petre, donde moraba, á Basse-Terre, donde la esperaba la gracia. Oyó hablar de la Virgen del Carmelo y sintió que brotaba en su alma un rayo de esperanza. Hizose conducir al santuario privilegiado, miró á la santa efigie, le habló más con el corazón que con los labios y acabó por caer de rodillas. Al día siguiente se confesó y comulgó de rodillas. Dos días después tenía curada la rodilla derecha y no pasaron tres semanas sin que sanase del todo.

En Noviembre de 1865 el cólera dieztaba la población de Basse-Terre. En cierta casa había un niño de cinco años atacado de la terrible epidemia. Después de haberle prodigado sus cuidados, el médico se retiraba, y encontrando al padre, le dice apretándole la mano: Esto ha acabado. ¿Cómo, exclama el padre, lleno de emoción, ¿ha muerto el niño?—No, responde el Doctor; pero no puede tirar mucho.—Doctor, volved de nuevo á su cabecera, os lo suplico encarecidamente.—Es inútil.—No importa. Entraron y fué solo para convencerse que la muerte no tardaría. Entonces el padre cae de rodillas y con la voz entrecortada por los sollozos empezó á decir: «Dios mio salvad á mi hijo. ¡Dios mio, dejadme á mi hijo! Madre mía del Carmen, sanadlo; si así lo hacéis os prometo ir descalzo á daros gracias en vues-

tro santuario. Algunos minutos después, en medio de ese tétrico silencio que reina junto al lecho de los moribundos, se acerca el padre á su hijo, y como si hubiera olvidado que el enfermo no conocía á nadie, lo llamó por su nombre: ¡Carlos!

Y Carlos abrió los ojos y murmuró dulcemente el nombre de su padre. Quince minutos después llegó el médico y encontró al niño sentado en la cama conversando con su padre. «Ésto no es posible, exclamó; aquí hay un verdadero milagro».—Habéis dicho muy bien, Doctor, ésto es milagro.—El 28 de Diciembre inmediato más de un corazón conmovido repetía «éste es un milagro» al ver al padre que sin respetos humanos salía á pie desde su casa hasta el templo del Carmelo, donde se celebraba la misa de acción de gracias.

Recordarán nuestros lectores que la imagen fué encontrada cerca de una fuente. Ésta no se ha agotado jamás ni aun en los años más secos y se conserva en el patio de la casa rectoral. La gente piadosa de Guadalupe atribuye á sus aguas virtud milagrosa, como á la fuente de Lourdes. Refiérense varios casos de curaciones que no han recibido por desgracia la sanción de la Iglesia. Referiremos aquí uno solo, bien acreditado por testigos fidedignos y que no se refiere á enfermedades nerviosas, ya que hay tanta prevención contra los pobres que tienen desarrollada la sensibilidad.

Una familia vió cierto día con indecible angustia á cuatro hijos atacados de fiebre amarilla. Uno sobre todo estaba ya en visperas de morir. Visitóle un médico que era especialista en esta clase de fiebres; pero no estuvo acertado. El niño no podía retener nada en el estómago, todo lo devolvía. Viendo el padre que eran ineficaces las medicinas y que la muerte se acercaba con paso veloz, va de noche á buscar agua de la fuente del Carmelo. En una cucharita da de beber algunas gotas al en-

fermo, y las retiene con facilidad. Minutos después él mismo pide del agua y bebe á satisfacción y el estómago nada sufre. Varias veces ejecuta la misma operación y al día siguiente se levantaba sano y contento de la cama.

*Mortui resurgunt:* las Conversiones. Resucitar un muerto es gran milagro; pero salvar un alma para la eternidad es milagro más grande todavía. María, que cooperó con Jesucristo á la salvación de las almas en el Calvario, ha querido por medio de sus imágenes benditas realizar en diversas épocas este admirable prodigio. Valga por todos el siguiente caso.

En un navío cuya marcha aceleraba el soplo de Satanás, se alejó de Francia una alma descarriada, rompiendo los lazos del matrimonio con su legítimo esposo, para seguir al ídolo de su pasión. Pero al cabo de algunos años la abandonó el mancebo, dejándola por compañeros la miseria y la tisis. Pensó entonces regresar á Francia para buscar la salud en clima más benigno. Con este objeto salió del pueblo donde vivía y se trasladó á Basse-Terre, donde pensaba aprovechar el vapor correo de Santo Tomás, que era en esa época la vía más expedita para ir á Europa. Pero mientras esperaba el día de la partida, el mal experimentó crisis violenta y los médicos se opusieron al embarque, asegurando desenlace fatal. En tan crítica situación, la enferma lejos de dejarse llevar de sentimientos de dolor y penitencia, se volvió contra Dios, y profería blasfemias que hacían temblar á los circunstantes; su boca parecía cráter del infierno. La dueña de la casa donde estaba hospedada, viendo que se aproximaba el desenlace fatal, le propuso llamar á un sacerdote. La respuesta que obtuvo fué una serie de palabras injuriosas contra la religión y sus ministros, y añadió la enferma: Te prohibo que me hables de ésto. ¿Qué haces? Dejar que pasase la tempestad. Después se le habló de una Virgen, por cuya inter-

cesión habían sanado muchos enfermos, y se le preguntó si quería encargarse ese remedio, aceptando la medalla que había tocado á la Señora. Así son las mujeres, que no creen en Dios, y sin embargo creen todavía en la Virgen Inmaculada. La que acababa de insultar á Nuestro Señor y á su Iglesia, no puso dificultad para aceptar la medalla de Nuestra Señora del Carmelo. Cuidó, sin embargo, de advertir «que curas y confesión no los quería á ningún precio». Si la plaza no se había rendido, se podía afirmar que estaba conquistada. Apenas habían transcurrido pocos minutos desde que la enferma tenía suspendida del cuello la medalla, cuando empezó á retorcerse. Se creyó que el mal experimentaba nueva crisis, cuando haciendo ella fuerza suprema, exclamó con voz clara y conmovida: «llamen pronto á un sacerdote». Éste no tardó en presentarse. Dos días después, purificada con las lágrimas de la penitencia, fortalecida con el pan de vida, ungida por el cielo «la que en la víspera era llamada mujer pecadora» dejaba la tierra en nombre de Jesucristo. En sus últimos momentos dejó profundamente edificadas á cuantas personas rodeaban su lecho mortuorio. Su palabra postrera fué una prueba de gratitud: «renuncio gustosa á todo, dijo, pero suplico la gracia de que no se me quite mi medalla, sino que se la deposite en el ataúd». ¿Cómo no exclamar aquí: Bendita sea María, Refugio de los pobres pecadores?

*Pauperes evangelizantur.*—Por pobres no entendemos sólo á los desheredados de la fortuna y á los desgraciados que viven sentados á la sombra del paganismo, sino también á esas almas humildes y candorosas que se unen íntimamente á Dios por medio de los votos religiosos. Y de ordinario á los pies de María es donde se reciben esas inspiraciones. Nuestra Señora del Carmelo más de una vez cautivó esas almas, que ofreció en homenaje á Jesús.

Mucho se habló en Guadalupe de una joven que después de diez años de muerte, se encontró su cadáver intacto y flexible. Esta joven, que era el modelo de la parroquia, había ofrecido á Jesús con voto su virginidad delante del altar de Nuestra Señora del Carmen. En su ataúd se encontró un papel que decía: «Virgen del Monte Carmelo, favorecedme.»

Citemos otro hecho:

Un joven de Basse-Terre, al mismo tiempo que veía á sus compañeros de colegio crecer llenos de vida, sentía que sus fuerzas minadas por cruel enfermedad, acabarían por agotarse, y que no llegaría á los veinte años.

Afortunadamente lo que perdía el cuerpo, lo ganaba el espíritu y se hizo piadoso, modesto, y su corazón se dirigía siempre al cielo. Un día que le asaltó el deseo de recobrar la salud para extender el reino de Jesucristo dedicándose á su servicio, se puso á orar delante de Nuestra Señora del Carmen, que desde mucho tiempo antes era la confidente de sus secretos. En ese día el pobre joven sintió que su mal se agravaba y fácilmente se comprende que es triste y difícil resignarse á morir á los dieciocho años. Sintió su alma iluminada por súbita inspiración, levantó sus ojos á María del Carmelo y le dijo: «Oh Madre, si me sanáis, os hago aquí mismo voto de perpetua castidad». No tardó en quedar completamente sano. Fué fiel á su promesa, pues abrazó el estado eclesiástico. Pero Dios no dejó mucho tiempo en estos valles de la tierra una flor de castidad abierta á las miradas de Nuestra Señora, la cortó para trasplantarla en el cielo. Dejó aquí abajo los perfumes de la virtud que cicatrizaron las heridas que su muerte causó en muchos corazones.

## XI

## CONCLUSIÓN

Tantos beneficios obtenidos á los pies de Nuestra Señora del Carmelo, tantas curaciones obradas en su santuario bendito, debían naturalmente despertar la devoción de los fieles. Efectivamente innumerables son los exvotos que penden de los muros de ese templo, testimonios fidedignos de la gratitud de las almas.

Diariamente se ven arrodillados á los pies de Maria, madres afligidas, esposas inquietas, pobres enfermos á implorar la ternura de la mejor de las madres. Á la hora de cerrar la iglesia por la noche se ven deslizar como sombras, personas que habian ido á desahogar su corazón en el de Maria, y salen resignadas y tranquilas. Pero además de estas romerías privadas se han realizado otras públicas que han contribuído notablemente á conservar la fe en la isla de Guadalupe.

**Autoridades.** Monseñor Manuel Canappe, dignísimo obispo de Guadalupe, se dignó comisionar al señor cura del Carmen, el abate Ernesto Roques, para que me proporcionase datos referentes á esta milagrosa imagen. Con celo y urbanidad dignos de todo elogio cumplió su cometido remitiéndome exacto resumen del libro del abate Morlot, que es un Mes de Maria, y la fotografía de la imagen que hizo sacar en su misma presencia. Poseo el certificado con el sello correspondiente de que esta reseña es fiel y exacta.

## CAPÍTULO XX

## Nuestra Señora de Siparia en la Isla de Trinidad

Á pocas millas de las costas de Venezuela, en el golfo de Paria, y á los 10° de latitud norte se encuentra la isla de Trinidad. Se la considera formando parte del archipiélago de las Antillas, por más que en realidad sea una dependencia geológica, orográfica y geográfica de Venezuela. Tiene forma cuadrangular como Puerto Rico, y su área mide 4544 metros cuadrados. El clima es caluroso como los de los países tropicales de bajo nivel, distinguiéndose dos estaciones, la de las lluvias y la de sequía. Su capital es la ciudad de Puerto España, una de las más bellas de la América central, puerto donde se reúnen buques de todas las naciones. Entre los principales elementos de riqueza cuéntase el asfalto, que se extrae principalmente del lago Picht Lake, que se calcula tiene cuatro millones quinientas mil toneladas de esta sustancia.

Descubrió esta isla Cristóbal Colón en 31 de Julio de 1498, y perteneció á España hasta Febrero de 1797 en que la conquistaron los ingleses, conquista que ratificó España en 1802 con el tratado de Amiéns. Cuenta con unos doscientos cincuenta y nueve mil habitantes entre ingleses, españoles, franceses, negros y culies del Indostán, que el gobierno contrata para que se dediquen á la agricultura.

La isla de Trinidad es archidiócesis residiendo el Arzobispo, que hasta la fecha ha sido de la Orden de los

## XI

## CONCLUSIÓN

Tantos beneficios obtenidos á los pies de Nuestra Señora del Carmelo, tantas curaciones obradas en su santuario bendito, debían naturalmente despertar la devoción de los fieles. Efectivamente innumerables son los exvotos que penden de los muros de ese templo, testimonios fidedignos de la gratitud de las almas.

Diariamente se ven arrodillados á los pies de Maria, madres afligidas, esposas inquietas, pobres enfermos á implorar la ternura de la mejor de las madres. Á la hora de cerrar la iglesia por la noche se ven deslizar como sombras, personas que habian ido á desahogar su corazón en el de Maria, y salen resignadas y tranquilas. Pero además de estas romerías privadas se han realizado otras públicas que han contribuído notablemente á conservar la fe en la isla de Guadalupe.

**Autoridades.** Monseñor Manuel Canappe, dignísimo obispo de Guadalupe, se dignó comisionar al señor cura del Carmen, el abate Ernesto Roques, para que me proporcionase datos referentes á esta milagrosa imagen. Con celo y urbanidad dignos de todo elogio cumplió su cometido remitiéndome exacto resumen del libro del abate Morlot, que es un Mes de Maria, y la fotografía de la imagen que hizo sacar en su misma presencia. Poseo el certificado con el sello correspondiente de que esta reseña es fiel y exacta.

## CAPÍTULO XX

## Nuestra Señora de Siparia en la Isla de Trinidad

Á pocas millas de las costas de Venezuela, en el golfo de Paria, y á los 10° de latitud norte se encuentra la isla de Trinidad. Se la considera formando parte del archipiélago de las Antillas, por más que en realidad sea una dependencia geológica, orográfica y geográfica de Venezuela. Tiene forma cuadrangular como Puerto Rico, y su área mide 4544 metros cuadrados. El clima es caluroso como los de los países tropicales de bajo nivel, distinguiéndose dos estaciones, la de las lluvias y la de sequía. Su capital es la ciudad de Puerto España, una de las más bellas de la América central, puerto donde se reúnen buques de todas las naciones. Entre los principales elementos de riqueza cuéntase el asfalto, que se extrae principalmente del lago Picht Lake, que se calcula tiene cuatro millones quinientas mil toneladas de esta sustancia.

Descubrió esta isla Cristóbal Colón en 31 de Julio de 1498, y perteneció á España hasta Febrero de 1797 en que la conquistaron los ingleses, conquista que ratificó España en 1802 con el tratado de Amiéns. Cuenta con unos doscientos cincuenta y nueve mil habitantes entre ingleses, españoles, franceses, negros y culies del Indostán, que el gobierno contrata para que se dediquen á la agricultura.

La isla de Trinidad es archidiócesis residiendo el Arzobispo, que hasta la fecha ha sido de la Orden de los

Dominicos, en Puerto España, y su jurisdicción se extiende á las islas Tobago, Granada, Granadinas, San Vicente y Santa Lucía. Tiene por sufragánea la diócesis de Roseau en la Dominica. En la isla de Trinidad se veneran dos imágenes célebres de Nuestra Señora.

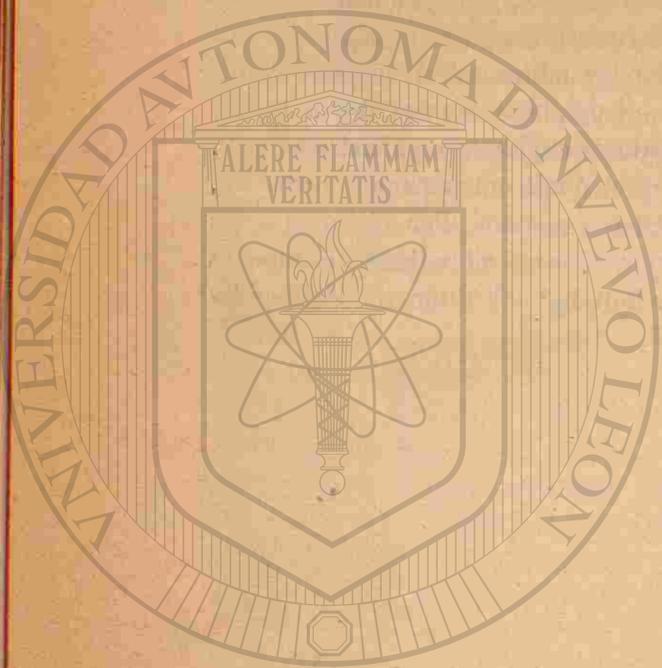
Aquí nos ocuparemos de la que tiene su santuario y se llama *Nuestra Señora de Siparia*.

A siete millas de Oropenche se encuentra Siparia, aldea de corto vecindario; pero muy feliz en razón de poseer, cual rica mina de tesoros espirituales, el santuario de la Virgen bajo la advocación de la Divina Pastora. El pueblo sin embargo se complace en llamarla Nuestra Señora de Siparia, y por tal es conocida en toda la isla. Á falta de documentos escritos, la tradición refiere que dicha imagen es antiquísima, y que probablemente la llevaron los españoles. Los indios la encontraron en medio de espesas selvas, y allí le edificaron sencilla ermita. Años más tarde quisieron trasladarla á Oropenche, lugar más accesible para los romeros; pero la Santísima Virgen se dignó manifestar su voluntad soberana de que se la dejara en el paraje donde se había aparecido.

El santuario actual resulta muy pobre é impropio de la Reina del universo; por eso el digno capellán, D. M. Osenda, que lleva doce años en su grato empleo, trabaja en reunir materiales y fondos para levantar una basílica que corresponda á los nobles sentimientos de los católicos.

Celébrase la fiesta de Nuestra Señora de Siparia el segundo Domingo después de Pascua, en que se lee en la misa el evangelio del Buen Pastor. Acuden romeros de las pequeñas Antillas y también de Venezuela y Brasil. Diariamente frecuentan fieles el bendito santuario, especialmente en la cuaresma, que cae en la estación seca; y lo que es más raro, acuden más protestantes

que católicos. Muchos no saben rezar el rosario, y lo ponen sobre la alcancía. Los mismos culies alcanzan permiso de sus amos para visitar á Siparia en cuaresma. Nada los puede detener. *La policía tan severa* en otras ocasiones, en la cuaresma, y tratándose de Nuestra Señora de Siparia, nunca les pide el pasaporte. El día más concurrido por los culies es el Viernes santo. Desde la una de la madrugada á las dos de la tarde, llenan la iglesia, y nada es capaz de separarlos de allí. Por lo menos ochocientos ó mil culies hacen en ese día sus devociones con orden y respeto. Por cierto que se refieren curaciones maravillosas obtenidas en Siparia por lo cual muchos le han dado el título de *el Lourdes de la isla de Trinidad*.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## CAPÍTULO XXI

### Nuestra Señora de Laventille en la Isla de Trinidad

Al este de la ciudad de Puerto España se alza una cadena de colinas y montañas á la cual se ha dado el nombre de Montes de Laventille. En la cima de una de esas colinas, á cuyo pie se levanta la ciudad, hase construido una capilla á Nuestra Señora de Loreto, más conocida con el título de *Nuestra Señora de Laventille*. En tres cuartos de hora se sube al monte y se llega al santuario. «Desde la meseta en que se levanta la modesta capilla, dice un elegante escritor, se divisa un grandioso panorama. Extiéndense al este las llanuras de San José y Caroní, esmaltadas acá y allá de casas blancas y plantaciones de caña de azúcar; al norte el horizonte está limitado por las montañas de Maraval y Santa Cruz; al oeste y sur las miradas gozan en recorrer la ciudad de Puerto España con sus calles cortadas en ángulos rectos, la curva inmensa de aquellas riberas, el golfo de Paria en donde tremolan todos los pabellones del mundo; varios islotes cubiertos de perpetua verdura, en fin, en lontananza las altas cumbres de las montañas venezolanas. Parece que allí se ha reunido cuanto bello y suave hizo Dios para formar un templo magnífico á la Reina de todas las bellezas de la naturaleza y de la gracia».

Este santuario es moderno. En 1874 una pobre señora cedió á los Padres Dominicos, encargados de la misión de Puerto España, una parcela de terreno sobre dicho

monte para que construyeran devota ermita. El R. Padre Violette aceptó el donativo y construyó un humilde oratorio de tapia con techo de palma y lo dedicó á Santo Tomás de Aquino. Dos años se dedicó el celoso Misionero á evangelizar allí á los vecinos en compañía de otro religioso de su orden, el Hermano Andrés, y de algunas gentes piadosas á quienes enseñaban el catecismo. Todas las tardes se rezaba el Rosario, y en cuaresma el Viacrucis. El fruto recogido fué abundantísimo, pues se morigeraron las costumbres, los fieles se instruyeron en la fe, y no pocos niños y adultos tuvieron la dicha de hacer su primera comunión.

Después la obediencia destinó á otro coadjutor, el Hermano Santiago, para que continuase la obra tan felizmente iniciada por el P. Violette, y llenó á satisfacción su cometido, porque atendía al aseo de la capilla, catequizaba á los niños y gente ruda, y su palabra, como salida de un pecho inflamado de caridad, producía benéficos resultados.

En 1878 Monseñor Godin, Arzobispo de Trinidad, regaló á la capilla de Laventille una estatua de madera de la Santísima Virgen, que si no es perfecta obra de arte, no deja de tener gracia y hermosura. Representa á la Madre de Dios de pie sosteniendo en el brazo al Niño Jesús, el cual tiene en una mano el mundo y la otra en ademán de bendecir. Algunos creen que dicha imagen vino de Francia y es bastante antigua; pero no hay datos fidedignos que acrediten su origen.

Con el obsequio de la imagen todos quedaron complacidos; pero se convencieron que era menester edificarle una capilla más capaz y decente. El vecindario había aumentado y la primitiva capilla no podía contener á los fieles deseosos de oír la palabra de vida. Á pocos pasos de distancia y en la hermosa esplanada, desde donde se divisa el inmenso horizonte á que nos

hemos referido, existía cierto terreno perteneciente á una negra anciana que vivía sola en choza desmantelada. Se le propuso contrato de venta, á lo que se avino de buena voluntad, exigiendo como precio la cantidad de ochenta pesos fuertes.

En Mayo de 1879 se empezó á construir la modesta capilla de madera, permaneciendo entre tanto la imagen en la ermita de Santo Tomás. Los vecinos á causa de su pobreza no podían contribuir con dinero; pero en cambio trabajaban materialmente, y era edificante ver ancianos, doncellas y niños acarrear agua, piedras y arena para el edificio. Con tanta actividad se emprendieron las obras que el 23 de Junio del mismo año ya estaba dedicada la capilla á Nuestra Señora de Loreto.

Apenas colocada la estatua de María en el nuevo santuario, empezaron las peregrinaciones, que han ido aumentando progresivamente. Léase sino lo que decía uno de los miembros de la asamblea reunida en 1881 bajo la presidencia de Monseñor Godin: «Como dos años hace que acuden á esta capilla personas de diversas condiciones, á pedir favores á nuestra Señora de Laventille y darle gracias por los ya recibidos.»

Desde los primeros monumentos históricos de las misericordias de María hasta los tiempos por que atravesamos, parece que la soberana Señora, tuvo predilección especial por los altos montes para hacerlos tronos de sus bondades y larguezas. El Carmelo y el Hebrón en los antiguos tiempos, Lourdes, La Salette, Pompeya en los modernos; y desde las edades medias los santuarios de Nuestra Señora de Montserrat en Cataluña, Nuestra Señora de Begoña en Vizcaya, Nuestra Señora de Valvanera en la Rioja, Nuestra Señora de la Guardia en Marsella, Nuestra Señora de Fourvières en Lyon, Nuestra Señora de Guadalupe en Méjico, Nuestra Señora de Andacollo en Chile, Nuestra Señora de la Delivrance

en San Pedro de Martinica, y otros innumerables santuarios son emporios de la realeza de María. Era de consiguiente muy á propósito para trono de la Reina y Madre de los hombres en Puerto España, la meseta que domina la capital de la rica isla inglesa, llamada Trinidad. La situación de esta meseta, que nada tiene que envidiar á los lugares más pintorescos de Suiza y de Italia, le asigna aquel excelente destino.

Á los directores de la fábrica de Laventille se les ocurrió un feliz pensamiento; colocar en elevado pedestal una estatua de María que fuese como pararrayos protector de la ciudad y de la isla, como faro luminoso que dirigiese los corazones y los espíritus en medio de las tinieblas que producen la duda y las pasiones; y el proyecto se realizó. El Sr. Arzobispo celebró misa rezada y bendijo la estatua en presencia de las familias más distinguidas de Puerto España. Dicha estatua mide ocho pies de altura, alrededor de su cabeza tiene aureola con esta inscripción: *Yo soy la Inmaculada Concepción*. Á sus pies se leen estas palabras del libro de los cantares: *Posuerunt me custodem*. Aquí me pusieron para que los guarde.

Habiéndose derrumbado el pedestal á causa de las lluvias, en 1882 volvió á reedificarse con más solidez y le bendijo Monseñor Hyland, Obispo coadjutor. El primer cuerpo mide 20 pies de altura y de allí arranca una elegante escalera, costeadá por los chinos católicos residentes en la isla, que conduce á una azotea, en medio de la cual se eleva un pedestal de seis pies de altura que soporta la estatua y en donde pueden estar de pie veinte personas. En el frente de la torre se halla grabada la inscripción: *Spes nostra, salve*: Salve, esperanza nuestra; y otra al pie de la escalera, supone que María dice:

Qu' il vienne à moi celui qui pleure,  
Mon coeur est un asile à tous les coeurs souffrants:  
Ce Sanctuaire est leur demeure:  
Tous les chrétiens sont mes enfants (1).

En Marzo de 1886 se bendijo la primera piedra del santuario que hoy existe. Celebróse con este motivo solemnisima fiesta, á la cual concurren el Príncipe Enrique de Berlín y su esposa la princesa Aldegunda, condesa de Bardi, hija de D. Miguel, rey destronado de Portugal. Con fuertes donativos de estos ilustres viajeros y limosnas colectadas entre los fieles, se ha podido dar cima á la obra.

La capilla es de estilo gótico de 68 pies de largo por 32 de ancho. Las peregrinaciones de miles de fieles no han disminuído en el curso de los años. Por el contrario, parece que cada día aumenta la devoción y el amor á la Virgen bendita de Laventille. La colonia portuguesa cada año celebra el 15 de Agosto una fiesta en su santuario. Principió en el año 1885, y hé aquí como la refiere un testigo ocular.

«Si te hubieras encontrado en Puerto España, habrías presenciado un espectáculo verdaderamente magnífico; y como muchos habitantes de aquella ciudad, habrías pasado largas horas admirándolo. Bien conoces á Laventille; es para Puerto España lo que Fourvières para Lyon: una torre de piedras, coronada por una estatua de la Santísima Virgen, que domina la ciudad y desde la cual se goza de uno de los más bellos panoramas, que ofrecen las Indias occidentales. Pues bien, el sábado, día de la Asunción, hallábase de tal modo iluminada

(1) Vengan á mi los que lloran, pues mi corazón es el refugio de los afligidos, este Santuario les pertenece y todos los cristianos son mis hijos.

esta torre que parecía de fuego. Era una de esas noches que solo se ven en los trópicos: todo en completa calma, limpio de nubes el cielo; y la luna, en su cuarto creciente, rodeada de multitud de estrellas, parecía presidir este grandioso espectáculo. La torre iluminada semejaba un faro incomparable: de allí partían á larguissimas distancias haces de luz y coronas de fuego, que elevándose hacia el cielo con el estampido de reiterados truenos, rendían homenaje á la reina de la noche, y al fin subió del monte una imagen de llamas, la Virgen con el Niño en los brazos, cerniéndose en el azul del cielo, rodeada arriba de estrellas y aclamada abajo por veinte mil espectadores, y que después de haber permanecido así por algunos instantes entre el firmamento y la tierra, como para bendecir la ciudad, desapareció, seguida del prolongado clamor de la multitud entusiasmada.

Pero ¿cuál era la causa de tan extraordinaria iluminación? ¿Por qué tantos fuegos artificiales? Veámoslo.

Bien sabes que Puerto España es quizá una de las ciudades más cosmopolitas del mundo; como consecuencia de esto, hállanse allí un gran número de portugueses: y aunque algunos de ellos se han hecho protestantes por razones que más adelante diremos, la mayoría es católica. Los portugueses católicos, en la mayor parte comerciantes, se han hecho ricos casi todos á fuerza de economías y trabajos. Hace como diez años que fundaron una asociación, á semejanza de otra famosa que hay en su país natal, la isla de Madera, en donde existe sobre una montaña un templo querido de todos los habitantes, visitado constantemente, y sobre todo el día de la Asunción, fiesta de la Patrona del Santuario, que posee una Virgen milagrosa cuya historia data de antiquísima fecha.

La iluminación de aquel Santuario llamado de Nossa Senhora do Monte, en la fiesta que allí se celebra en

dicho día, y en especial la procesión final, parece exceder en rumbo á toda ponderación; pues el solo recuerdo de tales solemnidades llena de contento el corazón del portugués que las haya visto.

Los portugueses de nuestro Puerto, que vieron el laudable propósito de renovar en tierra extranjera aquellas queridas fiestas de la patria, bajo la dirección de los Reverendos Padres Marine, François y Jacinto redactaron un reglamento, adoptaron el traje pintoresco de la cofradía de Madera y comenzaron á celebrar la fiesta de la Asunción, en la Capilla fundada por el Padre Marie François para los culies, en Río Seco, sobre un collado muy cerca de Puerto España. Habiendo hallado la Capilla demasiado pequeña, escogieron al efecto la Iglesia de New Town, en donde solemnizaron su fiesta predilecta durante cuatro ó cinco años. Pero como esta Iglesia se halla en una planicie y la iluminación no ofrecía semejanza con la de Nossa Senhora do Monte, ni se veían bastante los fuegos artificiales, resolvieron hacer dicha festividad en Laventille, que les parecía más á propósito para refrescar los recuerdos de la infancia.

La iluminación de la vispera no tiene igual en los anales de Puerto España, y las personas que subieron al monte pasaron de 2500.

La iglesia, aunque bastante capaz, no bastaba para contener la multitud que hasta allí había llegado. Los miembros de la cofradía portuguesa, con su bello traje, ocuparon los asientos del coro, que parecía de Canónigos, pues sobre los vestidos ordinarios, aquellos usan para el acto una especie de sobrepelliz blanca y muce-ta azul de apariencia distinguida. El Presidente tenía en la mano un bastón terminado en cruz, y el Tesorero una llave de planta. Después de la fiesta depositaron dichos empleados en manos del Prior sus insignias, que

el domingo siguiente habían de ser entregadas á los nuevos funcionarios.

La capilla había sido adornada con muchísimo gusto y gracia por los mismos portugueses; las paredes desaparecían debajo de las colgaduras, los altares estaban cubiertos de ramilletes y sobre el mayor se leía esta inscripción portuguesa: *Socorro dos Christões, o. p. n.* y otra mayor hecha de flores: *O Maria, concebida sem pecado, rogai por nos, que recorremos a vos*; en lo alto del altar estaba colocada una estatua de Nossa Senhora do Monte, copia de la que existe en Madera, y que debía sacarse en procesión por la tarde. Esta imagen, muy parecida á la de Fourvières, tiene al Niño Jesús reclinado en sus brazos. Ese día estaba magníficamente vestida.

Las vísperas comenzaron á las tres, cuando no había menos de 2000 personas sobre la colina, y como la Capilla apenas podía contener 600, un gran número se hallaba á la sombra de los mangos que la rodean. En seguida prediqué en inglés, que es el idioma que más conocen los portugueses después de la nacional, en la que bien hubiera querido yo hablarles. Terminó el sermón, empezó la procesión que todo el mundo esperaba.

Gran trabajo costó á los agentes de la policía abrir camino en medio de aquella aglomeración de gente. Delante de la procesión iba un cofrade con la gran Cruz de plata de los portugueses; luego seguían los músicos con varios instrumentos raros, entre los cuales se distinguía un árbol metálico, de cuyo extremo superior pendían muchas campanillas de plata, y que al sacudirlo, armonizado con los otros, producía agradables sonidos. Después marchaban los acólitos, los cofrades, la estatua de Nossa Senhora, colocada sobre unas magníficas andas que cargaban cuatro socios y rodeada de una multitud de todos los colores y países.



NUESTRA SEÑORA DEL CABO MAGDALENA

## CAPÍTULO XXII

### Nuestra Señora del Cabo Magdalena (Canadá)

SUMARIO.—I. Un santuario canadiense. II. Origen de la romería. III. Admirable desarrollo de la misma. IV. Coronación de la santa imagen.

#### I

#### UN SANTUARIO CANADIENSE

Desde 1867 se ha despertado vivo entusiasmo entre los católicos canadienses por visitar en romería un antiguo y pequeño templo, dedicado á Nuestra Señora del Rosario en la aldea, denominada Cabo de Magdalena. Dicha aldea depende en lo civil de la provincia de Quebec, y en lo eclesiástico es parroquia de la diócesis de Trois Rivières (Tres Ríos) erigida en 1852 por la Santidad de Pío IX. Reclinase en la falda de una pequeña colina á la orilla izquierda del río San Lorenzo, y no lejos del punto donde el San Mauricio se divide en tres brazos, lo que ha ocasionado el nombre de la ciudad, cabecera de la diócesis. Cuenta con unas catorce á quince mil almas. Antes de la fecha indicada, á pesar de la hermosura de sus paisajes en la primavera, era un sitio triste y solitario, casi sin vías de comunicación.

La romería de fieles ha desarrollado en alto grado su progreso. Un ferrocarril, que enlaza con la gran vía llamada del Pacífico canadiense, ha facilitado los viajes á cualquier lado del Dominio. El San Lorenzo, que sólo

era surcado en esa parte por canoas y débiles esquifes, ve ahora desflorar sus aguas por naves de alto calado, que llevan mercancías de diversas especies y millares de pasajeros. El *turista* ó el devoto peregrino en la primavera y en verano disfrutan por la vía fluvial hermosos atractivos. El río tranquilo como un lago, sembrado de islas de lujosa vegetación, entre las cuales descuella la de Orleans; mil fantásticas rocas á flor de agua, los bosques vírgenes que sombrean las dos orillas, los ribazos coronados de huertos, la cascada de Montmorency, la ribera de Beaupré que semeja amplio anfiteatro, el majestuoso cabo de las Tormentas y la azulada cadena de montañas de las Lorentinas que cierra el horizonte por el lado del Norte, son otras tantas escenas de un vasto cuadro, digno de ser cantado ó pintado por los poetas y artistas. Numerosos son los extranjeros que van á veranear en aquellos amenos sitios y así disfrutan de las bellezas naturales de la provincia de Quebec.

Después que el viajero ha divisado las ciudades más populosas é importantes del Dominio, como Montreal, Sorel, Trois Rivières y Quebec, se encuentra casi de repente con dos iglesias de diferentes dimensiones, rodeadas de algunas casas. Es la aldea de Cabo Magdalena. El templo mayor es de construcción moderna, notable por la nitidez de sus líneas y por la belleza de su techo de pizarra de diversos colores. La fachada que parece un dibujo sobre papel, es obra delicada del arquitecto nacional Bourgeois. En ella figuran tres estatuas grandiosas, debidas al cincel del escultor Hébert, y representan á San Lázaro y á sus dos hermanas Marta y Magdalena, Patrona y Titular ésta última de la parroquia. Sin embargo no es éste el santuario que roba las miradas y los corazones de los peregrinos, sino el otro pequeño, sin bellezas arquitectónicas y que ha empezado á sentir las injurias del tiempo. En el exterior

no presenta sino piedras cubiertas con cal, y en el interior es también sencillo, y sólo tiene de notable algunos cuadros pintados al óleo, copia de aventajados maestros. De un auto expedido por el Obispo de Quebec en Mayo de 1714 estando de visita pastoral en Cabo Magdalena se deduce que en esa época se construyó el referido santuario.

## II

## ORIGEN DE LA ROMERÍA

La devoción al Rosario en Cabo Magdalena cuenta más de dos siglos de existencia. El primer cura, presbítero D. Pablo Vachon, obtuvo privilegio de erigir en su iglesia la Archicofradía. Todavía se conserva intacto en el archivo el diploma expedido el 11 de Mayo de 1694 por el Rmo. P. Antonino Clochu, General de los Dominicos, y refrendado por el R. P. Fray Antonio Massoulié, inquisidor de Tolosa. Monseñor de Saint-Vallier, Obispo de Quebec, autorizó la erección por auto de 4 de Octubre de 1697. Merced al activo celo del señor Vachon, que gobernó por espacio de cuarenta y cuatro años la parroquia, dejándola embalsamada con el olor de sus virtudes, como reza su epitafio, los fieles de Cabo Magdalena no cesaban de acudir á la Virgen bendita en sus aflicciones y la obsequiaban entusiastas con las tiernas alabanzas del salterio mariano. Empero á la muerte del benemérito sacerdote el pueblo quedó largos años sin pastor fijo, nada menos que hasta 1844, y esto fué motivo suficiente para que se resfriase la piedad y el santuario quedase olvidado.

En 1867 la divina Providencia envió á Cabo Magdalena á un joven sacerdote, dotado de raras prendas intelectuales y morales, que procuraba ocultar bajo el man-

to de sublime modestia. Se llamaba don Lucas Desilets y se había educado sucesivamente en los seminarios de Nicolet, Quebec y Santa Teresa, edificando á sus condiscipulos por su ardiente devoción á Nuestro Señor Jesucristo y á su Inmaculada Madre. Con la unción sacerdotal se enardeció más en su corazón el amor á la Reina del cielo, así es que al posesionarse del curato, y encontrar allí erigida canónicamente la cofradía del Rosario experimentó singular regocijo y formó el propósito de restaurarla á toda costa. Un hecho sencillísimo y en apariencia bajo le obligó á realizar su proyecto antes de lo que pensaba. Dios que se vale de los instrumentos más débiles para declarar su voluntad, tanto que hasta se valió de la jumentilla para reprender á Balaán, hizo conocer ahora su designio por medio de un cuadrúpedo.

En la vigilia de la Ascensión á pesar de las reiteradas instancias é invitaciones que había hecho el buen cura, ni una sola persona se presentó al confesionario. Después de esperar varias horas inútilmente, se levantó para contar sus penas á Jesús Sacramentado; mas al pasar delante del altar de la cofradía divisa un cerdo que desgranaba con sus agudos dientes las cuentas de un rosario. El cura fustiga al vil animal y le quita la bendita corona; pero al mismo tiempo cruza por su mente un pensamiento que le absorbe por completo. «Los hombres, se dice, arrojan el rosario y las bestias lo recojen». Movidó por no sé qué agente extraño se arrodilla delante de la Virgen y le promete con juramento, que consagrará su vida á propagar la devoción del Santísimo Rosario. Y fué en verdad fiel á su voto. Desde ese mismo día empezó á pregonar á sus feligreses las excelencias y los frutos maravillosos de práctica tan piadosa. Y María como para confirmar la palabra de su apóstol, empezó á otorgar favores, por medio de su sa-

grada efigie, presagios sin duda de otras gracias más grandes y estupendas.

En 1873 un suceso, calificado de maravilloso por innumerables testigos, dió margen á que la vieja-capilla se dedicase á Nuestra Señora del Rosario, y fuese el centro de una de las peregrinaciones más populares del Dominio del Canadá.

El señor Obispo de Tres Ríos expidió un auto decretando que se procediese á la construcción de otra iglesia capaz y esbelta, y en seguida se demoliese la antigua capilla. Obedeciendo á lo prescrito por el prelado se levantaron los planos y se labró la piedra necesaria en Santa Ángela, á la orilla opuesta del río. Como el transporte en barcas resultaba muy costoso, se convino en esperar el invierno á fin de que el río se congelase y así podían trasladarlas en carros pasando por un puente natural. Todos los domingos se rezaba el rosario suplicando que viniese pronto el puente de hielo. Pero aquel año el invierno se mostró benigno. Pasaron Enero y Febrero y casi la mitad de Marzo sin que el San Lorenzo diera señales de helarse. Terminada la época de los grandes fríos, decayeron los ánimos de todos. Entonces el señor Desilets, avivando la fe y la confianza, hizo voto de que si la Santísima Virgen concedía un puente de hielo cuando tan avanzada estaba la estación, conservaría la antigua capilla dedicándola, si el Prelado daba su beneplácito, al culto de María bajo el título de Nuestra Señora del Rosario, y que haría bendecir el nuevo templo el primer domingo de Octubre.

En fin, el 15 de Marzo, la ensenada del Cabo apareció cubierta de una capa de nieve sembrada de pequeños bancos de hielo que el viento huracanado había desprendido de la ribera. Al día siguiente, que era domingo, el presbítero Duguay, vicario de la parroquia, acompañado de algunos feligreses, acometió la empresa de

tantear un paso sobre el río. Era una tentativa atrevida, porque los témpanos esparcidos y separados por espacio, que variaba entre 5 y 100 pies, no tenían otro enlace que la nieve flotante. Firmemente confiados el señor Duguay y sus compañeros en la protección de la Santísima Virgen no vacilaron en acometer la peligrosa travesía. Pocas horas más tarde se encontraban en la orilla opuesta. Entre tanto el sol se había ocultado y la noche había extendido su manto de tinieblas. Para no perder su trabajo decidieron colocar boyas en el paraje y echar agua en la nieve, que unía los témpanos para que se convirtiese en hielo sólido. Cuarenta hombres trabajaron hasta altas horas de la noche á oscuras y sin experimentar percance alguno. Con la ayuda de un bastón que introducían en la nieve y por el ruido sordo que producía el agua, que arrojaban, al ser arrebatada por la corriente, se convencieron de que era muy débil la resistencia. La confianza de estos obreros en la protección de María era tan grande, que trabajaban sin recelo en medio de tantos peligros. Si alguna ráfaga de miedo venía á sobresaltarlos miraban á la iglesia y al divisar tenue luz, se animaban con este pensamiento: «No hay peligro, el señor Desilets reza el Rosario».

Desde la mañana siguiente *el puente de los rosarios* como le llamaron los feligreses del Cabo, apareció cubierto de carros cargados de piedras, y ¡cosa notable! apenas había pasado el último vehículo, se hundió por sí solo.

Conforme con la promesa del venerable cura, se concluyó la nueva iglesia, y la antigua fué dedicada á Nuestra Señora del Rosario. Y si se ha de creer á testigos oculares, que declararon en un proceso jurídico, la Santísima Virgen para manifestar su complacencia por lo que se había realizado, hizo que se abrieran los ojos de la estatua que antes estaban cerrados. Desde esa

fecha el modesto santuario se hizo el centro de peregrinaciones particulares y públicas.

## III

## ADMIRABLE DESARROLLO DE LA ROMERÍA

El cura Desilets había consagrado su vida á propagar el Rosario, á depositar á los pies de la Madre de Dios los votos de su pueblo, los gemidos de los atribulados, las súplicas de los enfermos y de toda clase de fieles; había gastado crecidas sumas de dinero en adquirir solares, levantar edificios grandes, pues preveía el incremento que tomaría el culto, así es que su muerte ocasionó á la parroquia grandes apuros financieros.

El presbítero Duguay, que había sido diez años discípulo del señor Desilets, fué su sucesor, y heredó el manto de su celo y demás virtudes. No se acobardó por las dificultades, sino que puso su esperanza en María, creyendo que bendeciría las obras encaminadas exclusivamente á su honra y gloria. Y sus esperanzas no quedaron defraudadas.

Como lluvia del cielo apareció en Canadá el R. P. Federico Ghyvelde de la orden seráfica, con el cargo de Comisario de Tierra Santa. Este era un instrumento que enviaba la Providencia para el desarrollo del culto de Nuestra Señora del Cabo. El buen Padre se hizo cooperador y la ayuda del párroco en el servicio del santuario, en la recepción de los peregrinos, y en el cuidado de la cofradía del Rosario. La pobreza del digno hijo del Patriarca San Francisco, su hábito de burdo paño, sus pies descalzos, y sobre todo el mágico acento de su predicación le dió tal atractivo entre los fieles, que logró despertar indecible entusiasmo por encomendarse á la Madona. Las peregrinaciones se fueron haciendo

cada vez más numerosas, y así era indispensable buscar más obreros que cultivaran esa parte de la viña del Señor. Los franciscanos, los dominicos y otros religiosos acudieron con presteza á ofrecer sus oficios á los peregrinos y pasaban largas horas metidos en el confesionario, reconciliando las almas con Dios. El Obispo, Monseñor Lafleche, era también asiduo servidor de los romeros y se trasladaba á Cabo Magdalena para edificar á las gentes con su modestia y con sus sermones, llenos de celestial doctrina. Algunas semanas antes de su muerte, un sacerdote le manifestó que las necesidades siempre crecientes del santuario exigían fuese confiado á una comunidad religiosa. El celoso Pastor respondió: «Conozco, que es necesaria allí una comunidad religiosa; pero ya está próximo mi fin y prefiero dejar á mi sucesor la grata tarea de coronar esta obra».

Efectivamente, el Ilmo. Sr. Francisco Javier Cloutier, actual Obispo de Trois Rivières persuadido, como dice en interesante pastoral, que el culto de María del Rosario no ha de desaparecer en el Canadá, á causa de las mil dificultades que ha superado, nombró guardianes del santuario de Cabo Magdalena á los religiosos Oblatos de María Inmaculada. Con la llegada de estos beneméritos religiosos, todo ha prosperado en lo espiritual y en lo temporal. Se ha ensanchado y decorado el templo, se ha construido elegante y espacioso convento, el número de peregrinos ha ido creciendo. En 1890 fueron sólo 3000; en 1897 subieron á 35.000 y en el presente año 1904 han llegado á 51.000. Los Padres Oblatos publican una interesante revista mensual en francés, titulada *Anales del Santísimo Rosario*, y *Crónica de la romería de Cabo Magdalena*, donde, aparte de artículos literarios de no escaso mérito, publican los favores que la Virgen Inmaculada dispensa á sus devotos.

## IV

## CORONACIÓN DE LA IMAGEN

León XIII había abierto los tesoros de la Iglesia en favor de los romeros de Cabo Magdalena y su amable sucesor, nuestro Santísimo Padre Pío X puso el colmo á las gracias otorgando facultad al señor Obispo de Trois Rivières para que coronase en su nombre la imagen de Nuestra Señora del Rosario. La noticia fué recibida en Canadá con singular alborozo y se dispusieron los fieles á celebrarla con pompa extraordinaria. El Prelado diocesano señaló el 12 de Octubre de 1904 para llevar á cabo la augusta ceremonia. Invitóse á las personas más caracterizadas para que presenciasen la glorificación de María, y correspondieron al llamamiento 16 Arzobispos y Obispos, más de 400 sacerdotes y unos 15.000 fieles, algunos de ellos venidos de Estados Unidos. Los Prelados asistentes fueron Monseñor Ibarretti, Delegado Apostólico, los Arzobispos de Quebec y Ottawa, Kingston, Halifax, Vancouver, Montreal y San Bonifacio; y los Obispos de Trois Rivières, Rimonski, Nicolet, San Jacinto, Valleyfield, Chicoutimi, Sherbrooke y Burlington. Empezó la fiesta con un solemne triduo. El domingo 9 de Octubre la aldea de Cabo Magdalena presentaba un golpe de vista encantador. El atrio del templo estaba engalanado con arcos de ramas de pino, cortadas en los bosques vecinos. Las casas lucían colgaduras y guirnaldas de follaje. Por doquiera se divisaban banderolas y gallardetes de diversos colores. Los buques, fondeados en el río, aparecieron empavesados. Frente á la puerta del santuario de la Virgen se levantó un tablado donde debía verificarse la ceremonia.

En los tres días del triduo hubo funciones solemnísimas mañana y tarde. El domingo 9 predicó en la

misa mayor y ante un concurso inmenso el presbítero H. Arcan, prefecto de estudios del Seminario diocesano, desarrollando este pensamiento: María y el Canadá. Empezando desde los tiempos de Cartier y Chamblain hizo un estudio minucioso de lo que han hecho los moradores de la nueva Francia en honor de María. El discurso resultó un brillante resumen de la historia de Canadá y un bello homenaje á Nuestra Señora del Cabo. Por la tarde el R. P. Desjardins, de la Compañía de Jesús en un fervoroso sermón pronunciado con corazón de apóstol hizo resaltar la bondad del Corazón de María. Concluida la exposición del Santísimo Sacramento se paseó en procesión la imagen de Nuestra Señora por la plaza. La iluminación era espléndida y parecía que la noche quería disputar al día el honor de promover el triunfo de la Divina Madre.

El lunes 10 fué un día de lluvia y tempestades. Parece que María quería manifestar uno de sus títulos más místicos, aquel en que la Escritura la aclama rocío y lluvia del cielo. Esto no impidió que varias parroquias vecinas acudieran al santuario desafiando al agua. Por la noche un Padre Dominicó en un lenguaje rico de doctrina ensalzó las glorias del Rosario.

El martes 11 amaneció el día sereno y se presentaron 500 peregrinos de San Maurício y de San Luis, los cuales siguieron las estaciones del Vía-crucis predicados por el R. P. Perrón. En la tarde pronunció patético discurso el R. P. Colomban, Provincial de los Franciscanos, haciendo ver que la romería de Cabo Magdalena era una romería nacional.

Por fin brilló la aurora del gran día. El firmamento estaba límpido y transparente, ni vino á empañarlo la más ligera nubecilla. El sol quiere ser testigo de la fiesta y hacer que reverberen las joyas que adornan la cabeza de María.

Desde la madrugada los fieles rodean los confesonarios. La sagrada comunión se distribuye sin cesar. Los vapores, el ferrocarril, los coches traen á cada instante nuevos peregrinos. La plaza queda materialmente llena, semeja un mar de cabezas humanas.

Á las diez y media, al clamoreo de las campanas y al ronco estallido de los cañones, los Obispos salen procesionalmente con trajes pontificales de la casa de los Oblatos para dirigirse al estrado que se les tiene prevenido. Los preceden la cruz, los acólitos y seminaristas con sus blancas colas, los sacerdotes y la comisión que lleva en artísticas andas la corona destinada á la soberana Virgen. Los zuavos pontificios de Quebec y Trois Rivières les forman escolta. Empieza la misa en que oficia de pontifical el señor Delegado Apostólico, y los seminaristas ejecutan una grandiosa obra de un artista europeo. Cantado el evangelio sube al púlpito Monseñor Luis N. Bégin, Arzobispo de Quebec. Con elocuencia arrobadora sentó dos proposiciones. «Esta manifestación, dijo, es 1.º una profesión de fe en Nuestro Señor y en la soberanía de la Virgen. Si Jesucristo es Rey, María es nuestra Reina. Ella tiene derecho á toda especie de coronas, á la corona de la santidad, á la corona de la ciencia, porque en la luz del Verbo ha conocido la economía de nuestros divinos misterios, á la corona de la victoria y de la abnegación, á la corona real, porque ha dado al mundo al Rey de los reyes, á la corona sacerdotal, porque fué la sacerdotisa por excelencia, etc.

2.º Una expresión de gratitud á Nuestra Señora del Cabo. María ha dado significativas pruebas de amor á la vieja Francia. Su culto arraigó profundamente en el corazón de nuestros antepasados. Pero también podemos afirmar que la dulcísima Virgen no ha sido olvidada en la nueva Francia». El orador hizo á grandes rasgos el catálogo de los testimonios de amor que ha dado á Ma-

ría el Canadá. Terminó con patética peroración. «En el cielo, oh María, no encontráis oportunidad de ejercer la misericordia: pero en la tierra ¡qué vasto teatro para vuestras ternuras!»!

Monseñor Duhamel, Arzobispo de Ottawa en una alocución en inglés puso de relieve cuán legítimo es el culto que los católicos tributamos á la Madre de Dios. Concluida la Misa el Obispo diocesano de Trois Rivières, lee una disertación histórica acerca del santuario del Rosario, y luego sube á colocar sobre la frente de Nuestra Señora del Cabo el signo del poder y de la soberanía. Emoción indecible embarga á los concurrentes. Es una especie de corriente magnética que pasa por las mentes y corazones, que los sacude. Todos los ojos quedan humedecidos con dulces lágrimas. El Prelado se arrodilla entonces y con voz entrecortada por los sollozos recita una oración tiernísima, en que le dice á María que allí está con todos sus hijos para besar su cetro é implorar sus maternales bendiciones.

En hombros de los sacerdotes fué conducida la imagen á su querido santuario donde se entonó por centenares de voces el *Te Deum* de la acción de gracias.

**Autoridades.** — *Manuel du pèlerin au Cap de la Madeleine* par l'abbé J. E. Panneton. — Montreal C. O. Beauchemin et Fils, Libraires imprimeurs, rue St. Paul, 256 et 258. — *Annales du T. S. Rosaire et Cronique du pèlerinage du Cap de la Madeleine.* — *Précis historique du Sanctuaire de Notre Dame de très Saint Rosaire au Cap de la Madeleine* par Monseigneur Cloutier, évêque des Trois Rivières.

## CAPÍTULO XXIII

### Nuestra Señora de los Ángeles (Costa Rica)

SUMARIO.—I. La República de Costa Rica. II. La imagen de Nuestra Señora de los Ángeles. III. Favores concedidos por Nuestra Señora de los Ángeles. IV. La peregrinación.

#### I

#### COSTA RICA

De las cinco pequeñas Repúblicas que forman la América Central, la más adelantada, vigorosa y tranquila es la de Costa Rica, situada entre los grados 8 y 11 de latitud Norte y que deslinda por el Sur con Colombia. Su extensión superficial no ha sido bien apreciada todavía, por lo cual los geógrafos modernos siguen el cálculo de Eliseo Reclus que le asigna 51.760 kilómetros cuadrados. Sus costas orientales son bañadas por el Atlántico ó Mar de las Antillas, y las occidentales por el Pacífico. Descubrió las primeras Cristóbal Colón en 1502, cuando verificaba su cuarto viaje, y las segundas los emisarios de Pedrarias Dávila, Gaspar de Espinosa, Hernán Ponce y Bartolomé Hurtado. Parece que los conquistadores le dieron el nombre de Costa Rica á causa de unas minas de oro llamadas de Tisingal, situadas en las costas del Atlántico; otros creen que Colón las llamó así conjeturando que habría grandes riquezas en ese suelo.

Durante la época colonial fué provincia del reino de

ría el Canadá. Terminó con patética peroración. «En el cielo, oh María, no encontráis oportunidad de ejercer la misericordia: pero en la tierra ¡qué vasto teatro para vuestras ternuras!»!

Monseñor Duhamel, Arzobispo de Ottawa en una alocución en inglés puso de relieve cuán legítimo es el culto que los católicos tributamos á la Madre de Dios. Concluida la Misa el Obispo diocesano de Trois Rivières, lee una disertación histórica acerca del santuario del Rosario, y luego sube á colocar sobre la frente de Nuestra Señora del Cabo el signo del poder y de la soberanía. Emoción indecible embarga á los concurrentes. Es una especie de corriente magnética que pasa por las mentes y corazones, que los sacude. Todos los ojos quedan humedecidos con dulces lágrimas. El Prelado se arrodilla entonces y con voz entrecortada por los sollozos recita una oración tiernísima, en que le dice á María que allí está con todos sus hijos para besar su cetro é implorar sus maternales bendiciones.

En hombros de los sacerdotes fué conducida la imagen á su querido santuario donde se entonó por centenares de voces el *Te Deum* de la acción de gracias.

**Autoridades.** — *Manuel du pèlerin au Cap de la Madeleine* par l'abbé J. E. Panneton. — Montreal C. O. Beauchemin et Fils, Libraires imprimeurs, rue St. Paul, 256 et 258. — *Annales du T. S. Rosaire et Cronique du pèlerinage du Cap de la Madeleine.* — *Précis historique du Sanctuaire de Notre Dame de très Saint Rosaire au Cap de la Madeleine* par Monseigneur Cloutier, évêque des Trois Rivières.

## CAPÍTULO XXIII

### Nuestra Señora de los Ángeles (Costa Rica)

SUMARIO.—I. La República de Costa Rica. II. La imagen de Nuestra Señora de los Ángeles. III. Favores concedidos por Nuestra Señora de los Ángeles. IV. La peregrinación.

#### I

#### COSTA RICA

De las cinco pequeñas Repúblicas que forman la América Central, la más adelantada, vigorosa y tranquila es la de Costa Rica, situada entre los grados 8 y 11 de latitud Norte y que deslinda por el Sur con Colombia. Su extensión superficial no ha sido bien apreciada todavía, por lo cual los geógrafos modernos siguen el cálculo de Eliseo Reclus que le asigna 51.760 kilómetros cuadrados. Sus costas orientales son bañadas por el Atlántico ó Mar de las Antillas, y las occidentales por el Pacífico. Descubrió las primeras Cristóbal Colón en 1502, cuando verificaba su cuarto viaje, y las segundas los emisarios de Pedrarias Dávila, Gaspar de Espinosa, Hernán Ponce y Bartolomé Hurtado. Parece que los conquistadores le dieron el nombre de Costa Rica á causa de unas minas de oro llamadas de Tisingal, situadas en las costas del Atlántico; otros creen que Colón las llamó así conjeturando que habría grandes riquezas en ese suelo.

Durante la época colonial fué provincia del reino de

Guatemala, y nada progresó. Los frailes Recoletos franciscanos trabajaron con celo apostólico por civilizar á los indígenas, y fundaron varios pueblos.

Cuando en 15 de Septiembre de 1821 se inició en Guatemala la independencia, Costa Rica se adhirió al proyecto concibiendo la idea de que los cinco Estados formaran una sola República. Mas como en 1823 algunos de ellos quisieran seguir el efímero imperio de Iturbide de Méjico, Costa Rica prefirió gobernarse por sí misma.

En varias ocasiones ha manifestado sus simpatías por la formación de la gran República de Centro América; pero este ideal, que redundaría en gran provecho de esos pequeños estados y podría contener un tanto las ambiciones del águila del Norte, no ha podido realizarse. Aspiraciones ambiciosas han hecho fracasar las tentativas verificadas.

Desde la independencia ha progresado extraordinariamente esta República, debido á la rectitud y prendas de varios de sus gobernantes y á que no se ha visto impulsada á tantas guerras civiles y extranjeras como sus otras cuatro hermanas.

Entre sus Presidentes más celebrados figura D. Juan Rafael Mora, que gobernó desde 1850 hasta 1859. Con acendrado amor patrio se dedicó al engrandecimiento del país. Á él se deben los principales edificios de la capital de la República, la ciudad de San José, que cuenta unos veinticinco mil habitantes. En 1852 celebró concordato con la Santa Sede; orillándose así muchas dificultades; se suprimieron los diezmos, comprometiéndose el gobierno á sostener el culto. Sólo se le inculpa el destierro del primer Obispo de la diócesis Monseñor Anselmo Llorente; el cual regresó á las playas de la patria cuando Mora salía expulsado y no volvió sinó para ser pasado por las armas en las playas de Punta Arenas

por un odioso decreto de su sucesor, D. José Maria Monte Alegre.

También fué pacífica y progresiva la administración del Licenciado D. Jesús Jiménez, que ocupó la silla presidencial desde 1863 á 1866. Fomentó sobre todo la instrucción pública, llamando de España profesores distinguidos.

La población de la República en Marzo de 1900 era de 303.752 habitantes, casi todos de la raza blanca. Apenas quedan unos dos centenares de indios paganos. La principal riqueza es el cultivo del café, que es el más apreciado en varios mercados. En 1819 principió á cultivarlo el P. Velarde, sembrando algunos granos que le proporcionó el gobernador Acosta.

La religión de la mayoría de los costarricenses es la católica, apostólica, romana; pero la Constitución tolera todos los cultos, y de hecho existen en San José, Puerto Limón y en otras ciudades templos protestantes. La diócesis fué creada por Pío IX por Bula expedida el 2 de Marzo de 1850. En 1900 tenía 58 parroquias y 155 iglesias ú oratorios (1).

## II

### LA IMAGEN DE NUESTRA SEÑORA DE LOS ÁNGELES

Entre las ciudades más importantes de Costa Rica figura Cartago, fundada por los españoles en 1563, y que fué la capital durante la época colonial y en los primeros años que siguieron á la independencia. Cuenta unas 6000 almas y va progresando rápidamente hasta

(1) Pastoral del Ilmo. Sr. Dr. D. Bernardo Augusto Thiel de 1.º de Diciembre de 1900.—Véase también la Geografía de Costa Rica por D. Francisco Montero Barrantes, impresa en Barcelona el año 1892.

competir con San José. Es ciudad eminentemente religiosa, como lo atestigua el hecho de tener más templos católicos que las restantes de la República, siendo dignos de mención el de San Nicolás, de arquitectura gótica, el del Carmen, Soledad, San Francisco, y el de los Ángeles. Este último es el que ha dado motivo á escribir las presentes líneas, por encerrar una imagen pequeñita de piedra, venerada con el título de *Nuestra Señora de los Angeles*, no sólo por los costarricenses, sino por todos los católicos de Centro América.

El Santuario es espacioso y bien adornado. Aunque de antiguo origen, fué reparado y hermoseado por haber sufrido deterioros en el terremoto de 2 de Septiembre de 1841, llamado de San Antolín. El Ilustrísimo Sr. Llorente, primer Obispo de Costa Rica consagró dicho santuario el 4 de Septiembre de 1852.

Desgraciadamente nada se ha escrito referente á la milagrosa imagen. El M. I. Sr. Dr. D. Ricardo Zúñiga Canónigo de la Catedral, á cuya benevolencia debo el bello libro, *Homenaje á Jesucristo, ofrecido por el clero de la diócesis de Costa Rica á fines del siglo XIX*, donde se describe la peregrinación al santuario de nuestra Señora de los Angeles, me asegura que en diez años que residió en Cartago no cesó de estimular á los escritores que revolviesen archivos y escribiesen alguna historia de la taumaturga imagen: pero sus exhortaciones se perdieron en el desierto. Yo me congratulo de que, merced á reiteradas instancias á diversos personajes de Costa Rica, el decano del clero, presbítero D. Víctor Ortiz, publicase en el presente año una especie de romance ó más bien leyenda en octavillas, en que refiere la aparición de la santa imagen (1). Sensible es que no

(1) Titúlase el opúsculo *La aparición de la imagen de Nuestra Señora de los Angeles*; y se imprimió en la imprenta de D. Anastasio Lehmann, San José C. R.

haya escrito en prosa, pues á los ochenta y tres años que cuenta el venerable anciano, las musas se muestran ya esquivas y la imaginación apagada.

He aquí lo que en sustancia dice el referido opúsculo.

El 2 de Agosto de 1635 una humilde aldeana fué á coger leña para su hogar en la floresta vecina á Cartago. Allí la aguardaba la Providencia para otorgarle una gracia extraordinaria, que le envidiarían sus parientes y amigas. Mientras recogía leña seca en el fondo de unas breñas, divisó erguida sobre tosca peña una imagencita, también de piedra, desprovista de adornos, y que sostenía en el brazo izquierdo agraciado Niño, de formas diminutas como la Señora. Atónita la candorosa mujer ante aquel inesperado hallazgo y juzgando que había descubierto un tesoro que nadie le podía legalmente disputar, cogió la imagen y la llevó á su casa, escondiéndola en un cofre de cuero, ya que carecía de otros muebles más dignos.

Cuando al día siguiente volvió á la floresta por leña sorprendióse de ver en el mismo sitio una imagen. Se acerca á la imagencita, la examina y la encuentra muy semejante á la que ya tiene en casa. Esto la infunde recelos de que quizás alguna persona escondida en los matorrales pretende burlarse de ella. Con todo se resuelve á llevarse la imagen á su domicilio para que haga compañía á la del día anterior. Ya puede imaginarse el lector la zozobra y disgusto que experimentaría la aldeana al abrir el cofre y encontrarle vacío. Dominadas las primeras impresiones asegura bien la nueva alhaja, y al caer la tarde del día siguiente, vuelve á la floresta. Mientras iba recogiendo leña se le aparece otra vez la imagen. Con el corazón palpitante examina y dice: es la misma de ayer. Y empezó á vacilar sin atreverse á tomar resolución alguna. Por un lado no quería despreciar el tesoro hallado, y por otro le faltaba ánimo

para llevarlo temiendo ser víctima de ilusión ó engaño. Ocurrióle la idea de consultar al cura, que es el padre de sus feligreses. Aunque llena de miedo y vergüenza refiere ingenuamente cuanto le había sucedido. El sacerdote, que se llamaba don Alonso de Castro y Sandoval, ordenóle que volviese á la mañana siguiente trayendo la imagen hallada, y que entretanto guardase secreto. Cumplió la india lo que se le mandaba y volvió con la imagen la cual robó el corazón del piadoso cura, que juzgó que obra tan bien labrada no podía aparecer de cualquier modo en aquellos riscos.

La fisonomía de la Virgen, es humilde y bondadosa, sus ojos de dulcísimo mirar, su continente el de madre amorosa. El Niño que sostiene en el brazo la mira con complacencia.

Á fin de hacer las convenientes averiguaciones el párroco retuvo la imagen y la guardó bajo llave en una cajita para impedir un robo ó sacrilegio. Pero sucedió como en las veces anteriores que desapareció de la casa del señor cura. Encontróla en la misma floresta, y entonces, después de ponerse de acuerdo con el gobernador y los frailes, que en la ciudad moraban, resolvió trasladarla á la parroquia en solemne procesión. Enterados los fieles del suceso acudieron en apiñada multitud y llevaron en triunfo la bendita imagen cantándole himnos. Llegados á la parroquia todos se afanaron por contemplarla y rendirle los homenajes de su amor filial. Desde entonces se la llamó Nuestra Señora de los Angeles por haber aparecido el 2 de Agosto en que la Iglesia hace conmemoración de este título de la Santísima Virgen tan propagado por los hijos de San Francisco. Satisfecha la piedad de los fieles se encerró la efigie en el mismo sagrario confiándose la llave al coadjutor. Mas al dar este sacerdote muy de madrugada la sagrada comunión notó que había desaparecido. Sin sombra

de duda se dirigen con el cura á la piedra de las apariciones, y allí la encuentran. Ya no fué posible dudar de que la Señora quería se la erigiese un santuario entre el musgo y la hierba de aquel lugar predilecto de su corazón. Allí quería derramar gracias sobre los venturosos hijos de Costa Rica. Pronto los fieles de Cartago improvisan una enramada y allí colocan á la Señora. Y luego españoles y naturales, ricos y pobres, ofrecen dones y trabajan con sus manos para levantar un santuario digno de la Reina que venia á buscar hospedaje entre ellos. Con actividad admirable, y sin arquitecto que los dirigiera, zanjaron los cimientos y dieron cima al edificio de cantería que todavía subsiste. En tiempos modernos se le añadieron la portada, las torres y las capillas que tanto le hermosean. Se tuvo la feliz idea de colocar en el presbiterio debajo del altar mayor, la piedra bendita donde cinco veces se había manifestado Nuestra Señora.

En el altar mayor de delicado gusto, y rodeado de nueve ángeles, se dispuso el trono para la imagen. Desde esa fecha memorable no cesan de visitarla desvalidos, enfermos, afligidos y jamás se retiran desconsolados. La santa imagen es pequeñita, como hemos indicado, y se la cubre con vestidos de ricas telas de forma algo parecida á los de la Virgen del Pilar de Zaragoza. Sus devotos le han regalado joyas de no escaso mérito para su adorno. El Ilmo. Sr. Obispo Dr. D. Agustín de Santa Cruz, Obispo de Nicaragua, á cuya jurisdicción pertenecía antes Costa Rica, le regaló valioso pectoral de esmeraldas, que sirvió para adornar una de las túnicas de oro. Monseñor Thiel le ofreció rica corona de este mismo precioso metal.

Para fomentar más el culto de Nuestra Señora de los Angeles el Sr. Obispo Dr. D. Domingo Satarin, por auto

de 20 de Julio de 1736, declaró festivo el día 2 de Agosto.

Es tanta la veneración que tienen los costarricenses á la devota efigie, que jamás es tocada por los seculares sino por los sacerdotes. Poco después de proclamada la independencia el primer Congreso publicó un decreto declarando á Nuestra Señora de los Ángeles, patrona y protectora de la República. He aquí el texto del decreto:

El Jefe Supremo del Estado de Costa Rica, por cuanto el Congreso Constituyente del mismo Estado ha decretado lo que sigue:

«El Congreso Constituyente del Estado de Costa Rica ha tenido á bien decretar y decreta:

La Virgen de los Ángeles Madre de Dios y Señora nuestra es y será en lo sucesivo Patrona del Estado de Costa Rica.

Comuníquese al Jefe Supremo del Estado para su ejecución, publicación y circulación, Dios, Unión, Libertad.—San José, Septiembre veintitrés, de mil ochocientos veinticuatro.—Agustín Gutiérrez, Diputado Presidente, Manuel Aguilar, Manuel Alvarado. Al Jefe Supremo del Estado».

Por tanto mando se guarde, cumpla y ejecute en todas sus partes. Lo tendrá entendido el Secretario del despacho y hará se publique y circule.

San José, Septiembre veinticuatro, de mil ochocientos veinticuatro.—Juan Mora. Al ciudadano José María Peralta.

### DIRECCIÓN GENERAL DE

FAVORES CONCEDIDOS POR NUESTRA SEÑORA  
DE LOS ÁNGELES

La Virgen de los Ángeles ha cumplido su oficio de

Patrona favoreciendo á Costa Rica en sus calamidades públicas y derramando beneficios á cuantos desgraciados llegan ante sus aras á implorar su maternal clemencia. En el terremoto de 1841 llamado de San Antolin, por haberse verificado el 2 de Septiembre, la ciudad de Cartago fué reducida á ruinas. Sólo el santuario de la Virgen quedó en pie y allí acudían á refugiarse los habitantes, agradecidos de no haber perecido entre los escombros de los muros derribados.

En el año de 1856 se desarrolló con furia la epidemia del cólera morbo, que hizo estragos en todos los términos de la República. Nueve mil víctimas había segado la muerte, cuando los fieles volvían los ojos y el corazón á Nuestra Señora de los Ángeles y cesó el flagelo como por ensalmo.

En los años 1856 y 1857 se desató otra plaga, la guerra llamada de los filibusteros. Un aventurero yanke de apellido Walker se presentó en Nicaragua como auxiliar de uno de los bandos que se disputaban el poder. Llevaba en su compañía doce mil filibusteros de la América del Norte y se apoderó de Granada y de todo el país y en 1856 se hizo elegir Presidente. Los Estados de Centro América conocieron el peligro, que corría su autonomía y se decidieron á defenderla á costa de la sangre de sus hijos. En Costa Rica, los soldados enardecidos por la voz del Presidente Mora, y del Obispo Llorente, invocaron el auxilio de nuestra Señora de los Ángeles, y se lanzaron á los campos de batalla. La suerte les fué propicia, pues obligaron á Walker á refugiarse en Rivas y á los cuatro meses de sitio capituló. Se le dejó vivir; pero dos veces quiso renovar sus hazañas, hasta que cogido por los hondureños le fusilaron en Trujillo. Después de estas victorias los costarriqueños procuraron mostrar su gratitud á su celestial Patrona.

No podemos precisar las bondades de María de los

Ángeles para con los individuos. Los exvotos que adornan el templo prueban bien alto las bondades de María y la gratitud de sus hijos. Sólo mencionaré un prodigio á que se refiere el capellán Sr. Ortiz en las últimas estrofas de su Leyenda. Es la fuente cuyas aguas beben con delicia los romeros. Al construir el santuario cuyos muros son de piedra, ignorándose el motivo, fabricaron las últimas hileras de toscos adobes. Allá por el año 1800 uno de los empleados de la catedral y excelente músico, D. José M. del Valle, al salir del coro notó un día que toda la pared estaba cubierta de verde musgo. Admirado de la novedad del caso, se reúne con otros amigos, y examinan la pared. Luego conocen que por los adobes se filtraba agua que descendía y daba vida al musgo. Colocáronse tubos de hierro para que el líquido descendiese al suelo sin perjudicar al edificio, y con ella se surte la pila. En cierta época dejó de manar el agua; pero los fieles con súplicas y penitencias lograron que volviese á brotar de nuevo.

## IV

## LA PEREGRINACIÓN

Remataremos estos ligeros apuntes reproduciendo un artículo del precioso libro *Homenaje á Jesucristo*, que hemos citado antes, en que se relata la peregrinación de los fieles de Costa Rica al santuario de Nuestra Señora de los Ángeles al alborear el siglo XX. Fué éste un hecho grandioso jamás presenciado en esa República y cuyo proyecto fué ideado por el Sr. Dr. D. Ricardo Zúñiga.

«Peregrinación al Santuario de Nuestra Señora de los Ángeles en Cartago.

A las doce de la noche del domingo 6 de Enero las

campanas de la santa Iglesia Catedral en alegre repiqueo y doce bombetas lanzadas á las nubes, con su solemne estallido anunciaban á los peregrinos de la provincia de San José, que era llegado el momento de partir en camino de penitencia, al santuario por muchos títulos amable de Nuestra Señora de los Ángeles en Cartago.

Al abrirse las puertas de la anchurosa Iglesia Catedral una multitud inmensa invadió las naves para esperar allí el momento del desfile.

Minutos antes de la una de la mañana, el Ilmo. señor Obispo dió solemnemente la bendición á los peregrinos; y al grito de fe; *¡Cristo vive, Cristo reina, Cristo impera!* dado por el jefe de la peregrinación, señor Cánónigo don Ricardo Zúñiga, empezó el desfile en secciones separadas de hombres y mujeres, según los distintos pueblos, gobernados por sus respectivos párrocos.

¡Hermoso espectáculo de orden y de fe, nunca visto en Costa Rica! Una extensa línea de peregrinos que ocupaba más de 400 metros, formada por más de 4000 peregrinos de la ciudad de San José y de los pueblos del lado oeste de la capital, marchaban en orden admirable sin hacer confusión y sin que en el trayecto de cuatro leguas, que recorrieron, dejase oír un grito descompasado. Todos atentos y obedientes á las indicaciones de los jefes y celadores y llevando magníficos estandartes desplegados, caminaban á Cartago con tanta alegría, cual si caminaran al Paraíso. ¡Tanto pueden la fe cristiana y el amor á María Reina de los Ángeles y de los hombres!

Imponente é indescriptible era el cuadro que ofrecían aquellos fervorosos peregrinos: unos grupos recitaban en voz alta el Santísimo Rosario, otros entonaban con voz llena las canciones populares del Santo Dios, Dios te Salve María, la Salve, el Perdón y el Corazón Santo; otros conversaban en voz baja. Y es admirable consi-

derar que no hubiera entre ellos el menor desorden, á pesar de que en el trayecto se encontraron algunas tiendas de licores en vigia.

En Ochomogo se esperó un corto espacio de tiempo la peregrinación de Cartago, que venia á encontrar á los josefinos. Venían aquellos romeros en magnifico orden, acompañados del señor Cura, don Juan de Dios Trejos, de los Padres Capuchinos y demás clero de la ciudad y de algunos pueblos vecinos.

Abrazo de fraternidad, de comunidad de fe y amor á María se dieron allí, la capital nueva llena de bríos y de espléndidos ideales con la antigua capital de noble abolengo y representante de las tradiciones de Costa Rica. Allí donde en otro tiempo midieron entre sí esos dos pueblos sus armas en fuerza del odio, en este día de eterno recuerdo se dieron el ósculo de amor y juraron ambos fidelidad á Dios y amor á María, erigiendo en testimonio en ese lugar de alianza una cruz de piedra con la siguiente inscripción: «Encuentro de las provincias de San José y Cartago en peregrinación al Santuario de Nuestra Señora de los Angeles.—7 de Enero de 1901».

Bendijo el señor Cura la Cruz y después habiendo repetido los peregrinos de ambas provincias la suprema exclamación de:

*¡Cristo vive, Cristo reina, Cristo impera!*  
abrieron paso los cartagineses en número de unos cinco mil á los josefinos que desfilaron por el centro; y juntos en el orden anterior y con numerosos estandartes flotantes, se encaminaron á Cartago, que en el corazón de los romeros era algo así como la tierra prometida en donde se guardaba el arca de María.

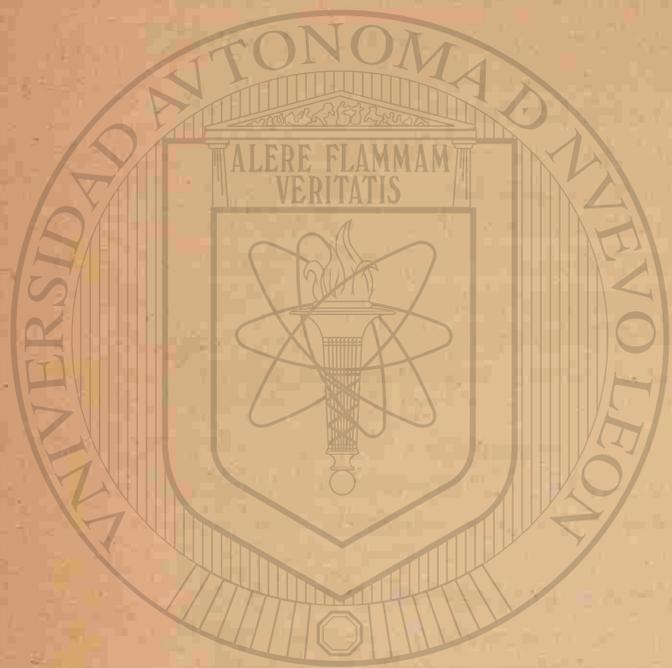
¡Qué magnífica romería! ¡Qué coronación tan brillante de las fiestas á Cristo Redentor al iniciarse el siglo XX! La peregrinación al santuario de María había de ser

la flor más preciosa en la corona que Costa Rica entretejió al Redentor del género humano, en este nuevo siglo que, con tan felices augurios, promete ser siglo de prosperidad, de paz, de fe, de religión y de bendiciones para el pueblo costarricense.

Una vez en Cartago la romería atravesó la calle principal de la ciudad, bajo hermosos arcos de triunfo, acompañada de los acordes de la música militar. En el santuario una muchedumbre inmensa de 14.000 personas oyó fervientemente la misa que celebró el señor Rector del Seminario en un estrado que se levantó en la puerta principal y en frente de la cual se colocó el estandarte principal de la peregrinación, verdadera obra de arte, hecho en el Hospicio de Huérfanas de esta capital y que ondeará en el templo de María como recuerdo de tan feliz suceso.

Después de la misa, en voz pausada y vibrante y desde la tribuna levantada al efecto, leyó el señor Presbítero don Juan de Dios Trejos un concienzudo é importante discurso.

Después el señor don Polibio Chávez, ilustre poeta ecuatoriano, leyó algunas octavas de un precioso canto escrito por él en honor de María Reina de los Angeles, con motivo de esta peregrinación. Las pocas estrofas que pudo leer por ser ya muy tarde, arrancaron estruendosos aplausos de los millares de romeros que lo escuchaban.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## CAPÍTULO XXIV

### Otros Santuarios de María en la América Central

En las otras cuatro pequeñas Repúblicas de la América central, cada una de las cuales forma diócesis separada, sufragánea de la Metropolitana de Guatemala, brilla muy viva devoción á la Santísima Virgen bajo todos sus títulos, especialmente á la Inmaculada Concepción. Quizás á esto se debe que no haya muerto la fe á pesar de los trastornos políticos que han experimentado. Frecuentes han sido las guerras de unas contra otras y las revoluciones intestinas excitadas por ambiciosos que buscaban subir las gradas de los palacios nacionales, dando margen á ciertos escritores para que afirmaran en tono dogmático, que las Repúblicas americanas no sabían gobernarse á sí mismas. Añádase que en algunos congresos compuestos de hombres amantados á los pechos del liberalismo y sin la suficiente cultura han promulgado leyes abiertamente hostiles á la Iglesia. Como ideal de progreso han sancionado la libertad absoluta de cultos. El artículo 24 de la Constitución de Guatemala dice: «El ejercicio de las religiones, sin preeminencia alguna, queda garantizado en el interior de los templos». En Honduras sobre todo se han dado leyes tan adversas al catolicismo, tan restrictivas de la libertad de la Iglesia, como quizás no las haya en otra región de la América Latina. No opinaba así el insigne Simón Bolívar á quien la historia aclama con los gloriosos y merecidos títulos de Libertador y Bene-

mérito de las Américas. Este genio de la guerra y de la política juzgaba indispensable la buena armonía entre la Iglesia Católica y el Estado para que éste prosperase. En su Mensaje á la constituyente de Colombia recomendaba la protección á la Religión Católica, «fuente profusa de bendiciones del cielo». El invicto general Antonio José de Sucre tampoco opinaba de otro modo, pues dijo oficialmente: «La mayor gloria del Gobierno está en que sus fondos, su poder y su esplendor sirvan á aumentar la Religión de Jesús, que felizmente profesa y ha protestado sostener».

María Santísima es sin duda la que sostiene la religión en los hijos del pueblo. No hay santuarios célebres de la Señora donde acudan los fieles en romerías como en las otras Repúblicas americanas: sin embargo, en más modesta escala se pueden citar algunos.

Conocida es en toda la Archidiócesis de Guatemala la imagen de Nuestra Señora del Socorro que llevó, según se dice, el descubridor del país Pedro de Alvarado y que se venera en la Catedral, hermoso edificio de cinco naves y de más de 84 metros de largo con dos elegantes capillas que le dan forma de cruz.

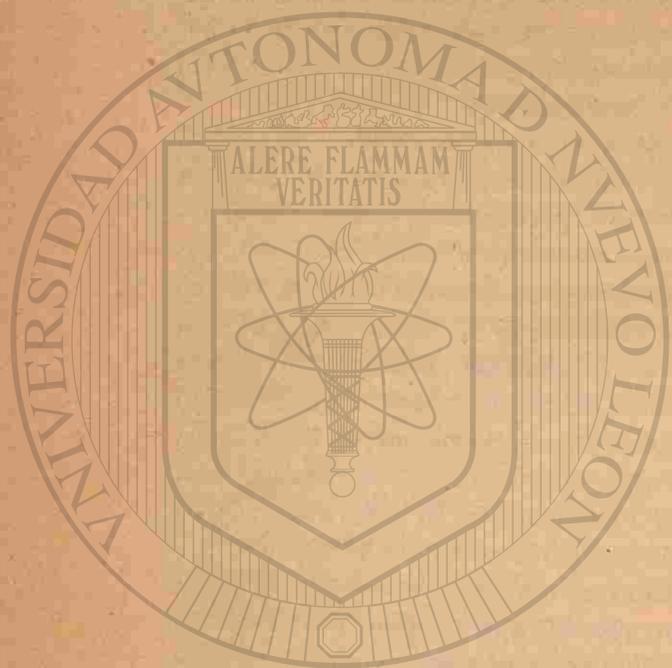
A una legua de Tegucigalpa, capital de la República de Honduras, diócesis de Comayagua, en la aldea de Suyapa, hay una ermita dedicada á la Inmaculada Concepción, pero los fieles la saludan con el título de *Virgen de Suyapa*. Nunca faltan peregrinos á sus plantas que dejan el óbolo de los pobres para su culto. El actual Prelado dispuso que dichas limosnas se depositen en cepillos con dos llaves, una de las cuales guarda el párroco y otra el capellán, los cuales cuidan que todos los sábados se celebren misas por los bienhechores.

(1) Véase el *Boletín eclesiástico* de las diócesis ecuatorianas, número correspondiente á Septiembre de 1904.

En Juticalpa, ciudad del departamento de Olancho, y la segunda de la misma República de Honduras, se rinde culto fervoroso á la Inmaculada Concepción, patrona de la Parroquia. En las calamidades públicas se lleva la imagen en procesión con pompa extraordinaria. Todos los sábados se canta misa en su honor, y los músicos se ofrecen gratuitamente á cantar las alabanzas de su Purísima Madre.

La diócesis de Nicaragua (el Obispo reside en la ciudad de León) posee á Nuestra Señora del Viejo, llamada así de la aldea, en cuya parroquia se venera. En el archivo parroquial se conserva un decreto ó auto del Ilustrísimo Sr. D. Fray Alonso de Bravo y Laguna, Obispo de Nicaragua, expedido en 18 de Agosto de 1673, en que firma que por declaración juramentada de testigos honorables se sabe el origen de la santa imagen. Fué conducida de España por un hermano de la gloriosa Santa Teresa de Jesús, quien la regaló á los religiosos de San Francisco del Convento de El Viejo asegurándoles que se la había obsequiado su ínclita hermana.

La imagen se mantiene en un tabernáculo de plata mandado construir por el capitán Don Francisco de Aguirre el año 1678. Si no es por una calamidad pública, sólo dos veces al año se baja del trono, el 8 de Diciembre en que se celebra la fiesta principal por representar á María en el misterio inefable de su Inmaculada Concepción, y el 2 de Febrero en que se hace una función solemne en obsequio de los peregrinos de toda la diócesis, pues á causa del crecimiento de los ríos la mayor parte no puede visitar el santuario el día de la Inmaculada. Un velo cubre la imagen, y sólo se descorre cuando se presentan romeros, que es casi á diario.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## ÍNDICE

	Página.
INTRODUCCIÓN. . . . .	17
CAP. I. La Estrella del Anáhuac ó Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico. . . . .	49
" II. Nuestra Señora de los Remedios (Méjico). . . . .	115
" III. La maravillosa imagen de Nuestra Señora de los Ángeles (Méjico). . . . .	127
" IV. La Madre Santísima de la Luz (Méjico). . . . .	135
" V. Nuestra Señora de Guanajuato (Méjico). . . . .	155
" VI. Nuestra Señora de la Salud de Pátzcuaro (Méjico).. . . . .	163
" VII. Nuestra Señora del Pueblito (Méjico). . . . .	171
" VIII. Nuestra Señora de Izamal en Yucatán (Méjico). . . . .	181
" IX. Nuestra Señora de San Juan de los Lagos (Méjico).. . . . .	193
" X. Nuestra Señora de la Esperanza en Jacona (Méjico). . . . .	209
" XI. Nuestra Señora del Patrocinio en Zacatecas (Méjico). . . . .	213
" XII. Nuestra Señora del Socorro de Montreal (Canadá). . . . .	229
" XIII. Nuestra Señora del Pronto Socorro (Nueva Orleans).. . . . .	249
" XIV. Nuestra Señora de la Caridad y de los Remedios del Cobre (Cuba). . . . .	255
" XV. Nuestra Señora de Regla (Cuba). . . . .	273
" XVI. Nuestra Señora de Montserrat en Hormigueros (Puerto Rico).. . . . .	283

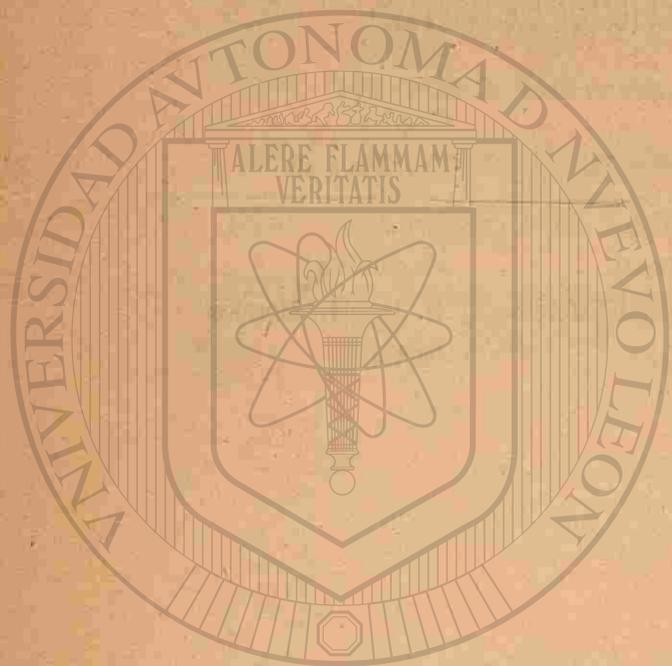
CAP. XVII.	Nuestra Señora de Altagracia en la República Dominicana. . . . .	291
" XVIII.	María Libertadora en la isla de la Martinica	301
" XIX.	Nuestra Señora del Carmen en la isla de Guadalupe. . . . .	305
" XX.	Nuestra Señora de Siparia en la isla de Trinidad. . . . .	337
" XXI.	Nuestra Señora de Laventille (Isla de Trinidad). . . . .	341
" XXII.	Nuestra Señora del Cabo Magdalena (Canaadá). . . . .	349
" XXIII.	Nuestra Señora de los Angeles en Costa Rica. . . . .	361
" XXIV.	Otros Santuarios de María en la América Central. . . . .	375

## CORRECCIONES

Página	Línea	Dice	Debe decir
38	35	Bolivia	Colombia
57	10	D. Miguel Morelos	D. José M. <sup>a</sup> Morelos
61	23	camino	barrio
117	28	10	1. <sup>o</sup>

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

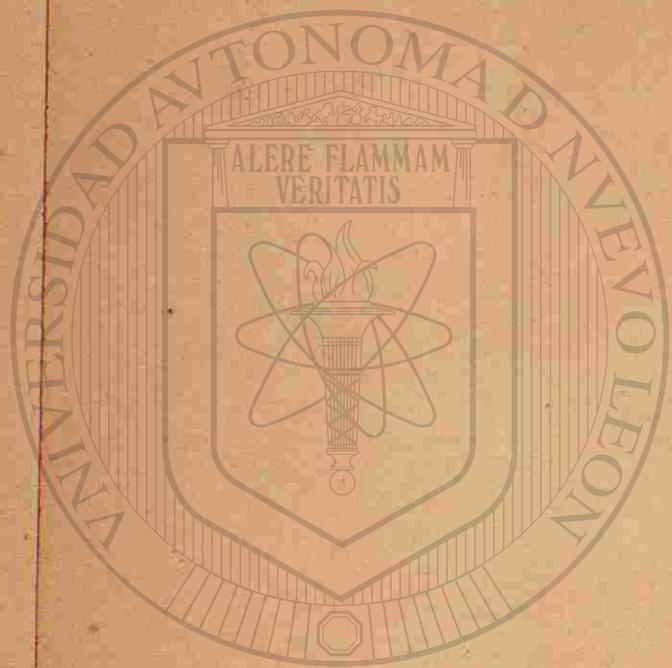


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





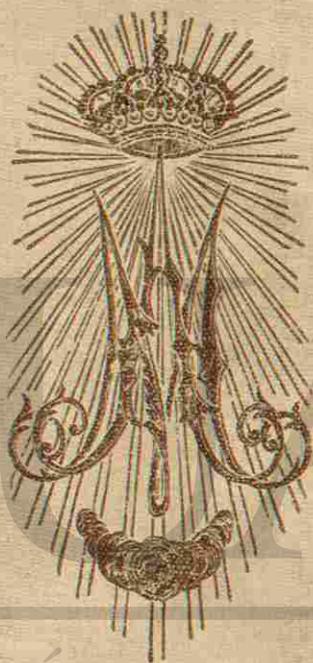
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS







UNIVERSIDAD DE MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MEXICO  
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA